

Rosie y Ruby



PATRICIA DIXON



ROSIE Y RUBY

LA SERIE DESTINY

LIBRO 1

PATRICIA DIXON



ÍNDICE

1. [Ruby 1998](#)
2. [Rosie 1998](#)
3. [Ruby 2010](#)
4. [Ruby](#)
5. [Ruby 2010](#)
6. [Ruby 2010](#)
7. [Rosie 1998](#)
8. [Rosie](#)
9. [Rosie 2010](#)
10. [Ruby](#)
11. [Olivia](#)
12. [Olivia](#)
13. [Rosie Y Ruby](#)
14. [Olivia](#)
15. [Olivia Y Ruby](#)
16. [Ruby en la actualidad](#)
17. [Rosie](#)
18. [Dylan](#)
19. [Rosie, Ruby Y Dylan](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del Autor](#)

*Para mi querido padre.
Gracias por los recuerdos.
Te echo de menos cada día.*

RUBY 1998

Ruby yacía bajo sus frías mantas, hipnotizada por las luces azules parpadeantes que iluminaban las paredes de su dormitorio. Las sirenas aullaban y los neumáticos chirriaban mientras la policía perseguía al delincuente buscador de emociones que, al parecer, no tenía nada mejor que hacer un sábado por la noche que robar un coche y corretear por la urbanización. No era inusual que la mantuvieran despierta y mañana probablemente habría una repetición, o un drama diferente, representado a la vista de los residentes, aunque fuera detrás de puertas cerradas y a través de cristales turbios. Si no era una persecución de coches, sería Frank, al otro lado del rellano, gritando porque Carol, su sufrida esposa, lo había dejado fuera. O también podrían ser los pasos de gente subiendo y bajando por la escalera de camino a ver a Denzil, el pequeño camello de Openshaw que vivía en el piso al final de su fila.

Siempre había ruido de algún tipo: una pelea de borrachos, alarmas de coches, voces alzadas o taxis tocando el claxon hasta altas horas de la madrugada. A Ruby le parecía asombroso que, a pesar de estar sin blanca y probablemente en el paro, tantos de sus vecinos todavía pudieran permitirse coger un taxi a Manchester cada fin de semana y emborracharse, pero claro, la mayoría andaba en malos pasos o estafando. Nada de esto le molestaba demasiado, era simplemente la realidad y una forma de vida con la que había crecido y, poco a poco, con el tiempo, se había acostumbrado.

Cada día, de camino a la escuela y de vuelta, cruzaba la deteriorada urbanización que una vez fue un brillante ejemplo del ideal del gobierno: construir calles prístinas y futuristas en el cielo. Hoy en día, no era mejor que los barrios bajos de la posguerra que habían derribado para construir la monstruosidad de hormigón que ella llamaba hogar. En realidad, era un testimonio glorioso de cómo la vivienda social había salido mal y estaba habitada por personas que no tenían interés en formar parte de la sociedad normal, algo que se dio cuenta cuando un grupo de gamberros quemó su centro comunitario, marcando el fin del salón de reuniones de los ancianos y su club juvenil.

Las ventanas tapiadas que cubrían los cristales rotos de las casas familiares abandonadas y las filas de tiendas vacías contaban su propia historia de cómo la esperanza se había ido. Los únicos negocios viables que quedaban eran la freiduría y la tienda de licores. Esta última tenía cristales a prueba de balas protegiendo al personal en el interior, y el mero hecho de que te pasaran las compras a través de una trampilla de seguridad lo decía todo realmente. Nadie se atrevía a ir al parque a menos que fuera para comprar hierba, de lo contrario te partían la cara por meterte en el territorio de otro. Luego estaban los baños públicos, un recuerdo lejano después de haber sido derribados. La extensión de terreno baldío que quedó se utilizó posteriormente para vertidos ilegales y parecía haber sido ignorada por el ayuntamiento, a pesar de ser un foco

maloliente y otra mancha más en el paisaje.

Las únicas familias que parecían mudarse aquí ahora eran de tierras lejanas, algunas de las cuales Ruby ni siquiera había oído hablar, y que hablaban idiomas que los aislaban y alienaban de otros miembros de la comunidad. La verdad aún más triste era que a nadie parecía importarle. Los extranjeros tenían poco en común con los residentes originales y ninguno tenía nada remotamente edificante de qué hablar tampoco, así que todos simplemente seguían con lo suyo y se ignoraban mutuamente, extinguiendo cualquier esperanza de espíritu comunitario.

Ruby tenía mucho frío. Era febrero y junto con la lluvia incesante, las temperaturas habían bajado a un solo dígito y el piso estaba helado por la noche. Todo el lugar tenía un toque de humedad y las manchas moteadas de moho verde y negro parecían estar apoderándose de los techos y las paredes, expandiéndose y esparciendo sus esporas, junto con el inconfundible hedor de la pobreza. Ruby estaba obsesionada con que pronto su ropa también empezaría a oler. Eso era lo último que necesitaba, aparecer en la escuela con un uniforme apestoso, así que hacía todo lo posible por mantenerse limpia y ordenada, aunque sin la ayuda de su madre. Ruby se había vuelto bastante independiente, más por necesidad que por deseo, sin embargo, disfrutaba bastante sus viajes a la lavandería, principalmente porque hacía calor dentro y significaba un par de horas fuera de casa, leyendo revistas y escuchando la ch☐☐chara del conserje y sus clientes.

Desafortunadamente, Stella, su madre, estaba pasando por otro período de mucha escasez en este momento, lo que significaba que ahora tenían que secar la ropa en un tendedero que tardaba una eternidad, especialmente frente al radiador eléctrico más ineficiente del mundo. En cuanto a la calefacción central, estaba permanentemente apagada y el piso siempre estaba oscuro y lúgubre. Durante los meses de invierno, Ruby se obsesionaba con revisar el contador eléctrico. Su peor temor era quedarse a oscuras, especialmente cuando El Pervertido andaba por ahí, así que se propuso como misión en la vida esconder monedas aquí y allá, y mantenerlo alimentado.

Había oído que para entrar en calor debías ponerte muchas capas de ropa, lo cual era fácil si realmente tenías varias prendas, pero como no era su caso, Ruby se había envuelto en su bata y se había dejado puestos los calcetines y las zapatillas de peluche. Quedarse quieta tampoco parecía ayudar. Incluso había metido el edredón bajo sus pies para sellar cualquier calor, y tenía la nariz fría y mucosa. Realmente quería meter la cabeza bajo las mantas, pero eso significaría apartar la vista de la puerta del dormitorio. Su madre volvería pronto con El Pervertido y, por el aspecto que tenían cuando salieron, ya iban medio borrachos antes incluso de llegar al pub, así que solo Dios sabía en qué estado volverían a casa. Y eso que estaban sin blanca.

Ruby oía el zumbido del helicóptero de la policía mientras se acercaba a la urbanización. Era lo habitual y estaría ahí arriba durante horas, siguiendo el coche robado, iluminando con su foco al imbécil del ladrón mientras hacía su inútil intento de fuga. La persecución sería el tema de conversación en su instituto el lunes y el culpable seguramente resultaría ser el hermano o el primo de alguien que acabaría siendo el centro de atención en el comedor y adorado como un héroe por todos sus colegas sin cerebro. Aun así, había una pequeña parte de Ruby que deseaba estar también en ese coche, pero no perdería el tiempo provocando a la policía y saltando bordillos. En su lugar, se dirigir☐☐a la autovía más cercana y seguiría conduciendo hasta quedarse sin gasolina, para alejarse lo más posible de casa.

Estaba quedándose dormida cuando el sonido de la puerta principal al cerrarse de golpe la sobresaltó y la puso en alerta. Ruby escuchó las risitas irritantes de su madre y el taconeo de sus zapatos sobre el linóleo mientras abría y cerraba las puertas de los armarios, aunque no hubiera nada dentro que mereciera la pena comer. Probablemente habían ido a la freiduría; El Pervertido era muy generoso cuando le convenía y Ruby sabía que pronto estarían atiborrándose con las

latas de cerveza que no habían logrado zamparse antes. Aunque ella también tenía hambre, Ruby prefería morirse de hambre antes que salir de su habitación. A El Pervertido le encantaría eso, una oportunidad para echar un vistazo a su camisón y mirarla lascivamente mientras su madre no miraba. No, se quedaría allí, bien quieta y fingiendo que dormía y, con suerte, se arrastrarían mutuamente a la cama y pasarían el resto de la noche en coma.

Pasó una hora y Ruby había controlado cada ruido que hacían. Había oído a su madre ir al baño y, luego, afortunadamente, apagaron la tele, lo que indicaba que por fin se habían ido a la cama. Todo estaba en silencio fuera de su puerta. Esto no significaba necesariamente que ya estuviera fuera de peligro. El peor escenario posible era que él hubiera emborrachado tanto a su madre que no pudiera acudir en su ayuda como la última vez, un pensamiento que hacía que su corazón latiera con fuerza dentro de su pecho y que el miedo recorriera cada nervio y tendón de su cuerpo. Casi paralizada por su propia imaginación, Ruby no tenía otra alternativa que tumbarse en la oscuridad, mantenerse despierta y esperar.

Dos semanas antes, en un sábado normal, había ocurrido casi lo mismo. Ruby finalmente había logrado dormirse a pesar del jaleo que estaban armando, pero más tarde, la despertó de un sueño inquieto el crujido de su puerta. Cuando la luz de la cocina se coló en su habitación, pudo ver la silueta de Barry el Pervertido de pie al final de su cama, mirándola en silencio. En los terroríficos segundos antes de que gritara, habría jurado que sostenía algo en sus manos y que fuera lo que fuese, definitivamente sobresalía de sus pantalones. También era muy posible que todos los ocupantes del bloque oyeran los desgarradores gritos de Ruby y, afortunadamente, también lo hizo su madre, que se despertó por el sonido de su hija histérica y las llamadas de pánico de Barry pidiendo ayuda. Ruby podía oírle ahora, actuando como si fuera totalmente inocente. Aunque hay que reconocer que logró dar toda una actuación aquella noche y despistó completamente a Stella.

—¡Stella! ¡Stella! ¡Ven rápido! Creo que tu Ruby está enferma o algo. Está como loca ahí dentro. ¡Por el amor de Dios, date prisa! —dijo Barry.

Cuando su madre finalmente entró tambaleándose, apestando a cerveza y kebabs, mientras Ruby jadeaba intentando explicar lo que había pasado, Barry intervino haciéndose pasar por el ángel vengador.

—Estaba sentado allí, a lo mío viendo el partido en la tele, cuando empezó a chillar como una loca. Me dio un susto de muerte, así que me levanté de un salto pensando que alguien había entrado y vine corriendo aquí. Estaba delirando sobre alguien en su habitación, pero debía ser una pesadilla porque comprobé la ventana y no hay nadie por ahí. Daré una vuelta fuera para asegurarme, por si acaso —dijo Barry.

Ruby no podía creer lo que oía cuando Stella se tragó sus mentiras.

—No, cariño, no hace falta. Mejor pon la tetera y hazle una tila, ¿vale? Solo ha sido un mal sueño, ¿verdad, Ruby? Estarás bien cuando te calmes. ¿Te comiste un bocadillo de queso antes de acostarte? Seguro que fue eso. Ahora intenta olvidarlo y piensa en cosas bonitas —dijo Stella mientras acariciaba la cabeza de su hija y se levantaba, tambaleándose ligeramente, luego se dirigió a la puerta—. Vuelvo en un minuto con tu tila y veré si encuentro un par de galletas también. No tardo, y dejaré la puerta abierta por si me necesitas.

Y se fue.

Ruby se quedó sentada en silencio e incredulidad mientras oía a su madre agradecer a Barry que hubiera acudido a su rescate, y luego decirle lo contenta que estaba de tener a un hombre grande y fuerte que las cuidara. Cuando volvió con el té y, como era de esperar, sin galletas, Ruby fingía estar dormida. Esperó a que su madre se fuera y cerrara la puerta antes de saltar de la

cama. Intentó empujar el arcón de madera, pero pesaba demasiado, así que sacó los cajones y lo arrastró frente a su puerta, luego volvió a meter todo dentro antes de meterse bajo el edredón. Ruby no pegó ojo en toda la noche. El más mínimo ruido o crujido la hacía entrar en pánico, imaginando a Barry merodeando fuera de su puerta.

A los trece años nunca había tenido novio, pero su mejor amiga, Crystal, sí. Ruby escuchaba regularmente todos los detalles escabrosos de su vida amorosa adolescente, así que tenía una muy buena idea de lo que Barry estaba haciendo con su mano al pie de su cama. Barry le ponía los pelos de punta y, si era sincera, su madre también empezaba a hacerlo. «Piensa en algo bonito», le había dicho. Ruby se habría reído si la frase no hubiera sido tan patética. ¿Qué demonios había por aquí que pudiera encajar remotamente en la categoría de «bonito»? Lo bonito no formaba parte de la vida ni del vocabulario de Ruby. Lo bonito les pasaba a otras personas con madres normales, no a las que vivían en el culo de un barrio marginal, rodeadas de gente a la que no le importaba nada más que su próximo pago de ayudas y ver la telebasura en la tele.

Si no tenía cuidado, pensó Ruby, acabaría como invitada en uno de esos programas. Su madre ciertamente encajaba en el perfil y había pasado por tantos tíos que había perdido la cuenta. Todos eran un puñado de perdedores desesperados y cortados por el mismo patrón: divorciados o echados por sus anteriores novias, y generalmente buscando un polvo fácil y un sitio donde dormir. Stella proporcionaba ambas cosas de buena gana, ya que parecía incapaz de existir sin un hombre durante mucho tiempo.

Al principio, todos se beneficiaban del romance floreciente mientras el novato se deshacía en atenciones para caerles bien y causar una buena impresión, trayendo regalos para ambas y derrochando encanto. Durante unas semanas al menos, encendían la calefacción, el piso estaba limpio y ordenado, e incluso Ruby recibía algunos caprichos y comida casera mientras su madre intentaba atrapar al desgraciado de turno. Pero nunca duraba, y una vez que el brillo se desvanecía, pronto volvía la normalidad. Stella inevitablemente se aburría de la vida doméstica y de su hombre. Cuando lo exprimía y él se daba cuenta de que no era ninguna santa, la madre de Ruby se iba a nuevos pastos y al Stag's Head a la caza de otra víctima. Pero esta vez, Stella había tocado fondo porque Barry era el peor de todos.

Ruby aún recordaba a su madre cuando era guapa. Siempre había tenido el pelo teñido de rubio, pero en aquellos tiempos no tenía las raíces negras y gruesas ni parecía algo ~~de~~ de azúcar. Stella era la mami del patio del colegio que destacaba, siempre con vestidos de colores vivos y tacones muy altos a juego con su conjunto. La mami de Ruby no era como las otras madres sosas que iban con impermeables y gorros de lana en invierno. Stella tenía mucho maquillaje bonito, botas negras brillantes, un paraguas transparente y un novio esperando en la puerta para llevarlas en su coche lujoso e invitarlas a merendar en un restaurante.

Ahora, Ruby se daba cuenta de que lo que sus ojos de cinco años veían como glamuroso, las otras madres lo consideraban cutre. Con el paso de los años y el fracaso de Stella para encontrar un hombre estable (o echando a perder sus oportunidades por buscar siempre a alguien con un coche más grande y una cartera más gorda), el tiempo y demasiado vodka pasaron factura a su aspecto. En un ciclo continuo de autocompasión y desesperación, esperaba encontrar la salvación en otra botella del colmado y consuelo en los brazos de cualquiera que la aceptara.

Ruby seguía mirando la puerta, recordando la primera vez que Barry entró en su habitación, y cómo después había rezado con todas sus fuerzas para que dejara a Stella al día siguiente y se hubiera largado antes de la hora de la merienda. Se había quedado en la cama la mayor parte de aquel domingo hasta que les escuchó salir, evitando así cualquier contacto, y casi se desmayó de

alivio cuando Stella entró sola esa noche. Parecía llorosa y llevaba una botella de vino que indicaba que se avecinaba una noche de ahogar las penas.

—Bueno, se acabó. Se ha ido. Ha hecho la maleta y ha desaparecido en el ocaso. Ya estará a kilómetros de aquí —dijo.

Ruby habría dado una voltereta si hubiera tenido espacio suficiente. En un intento de fingir interés y ofrecer una pizca de simpatía, preguntó a su madre si sabía adónde había ido.

—Solo a Irlanda, volverá en quince días. Va a visitar a su hermana. Dice que le debe dinero, así que cuando vuelva, ¡fiesta! En fin, no hay mucho en casa, así que cenaremos sopa. Te haría un sándwich de queso, pero podrías tener otra vez un ataque de histeria y mis nervios no lo soportarían, sobre todo porque Baz no está aquí para cuidarnos. Mejor abre una lata —dijo.

Pero Ruby ya no tenía hambre y, poniendo excusas, dejó a Stella bebiendo hasta emborracharse con el dinero del alquiler. Se escabulló a su habitación, hundió la cabeza en la almohada y lloró hasta quedarse dormida.

Recordar los acontecimientos de aquella noche aún le revolvía el estómago a Ruby y la devolvió bruscamente al presente. Los ruidos de la calle se habían apagado y, afortunadamente, también los sonidos de su madre pagando a Barry por una noche de juerga y una cena de fish and chips. Eran las cuatro de la madrugada. Los chicos con sus coches trucados por fin se habían ido a dormir y el helicóptero había desaparecido en la oscuridad. Aún se oía algún portazo de coche y alguna sirena a lo lejos. Ruby se permitió dormitar. Seguramente Barry ya estaría roncando y ella podría dormir un poco. Estaba soñando que Pippa, de Home and Away, la acogía y pasaba los días en un camping o en la playa. En su sueño, le quedaba muy bien el vestido de cuadros rojos que llevaba para ir al colegio... y entonces su cama se sacudió y los libros estratégicamente apilados y el despertador se cayeron al suelo con estrépito, advirtiéndole del peligro inminente y, lo más importante, despertándola.

Ruby abrió los ojos de golpe. Él estaba allí, al otro lado de la puerta, intentando abrirla en silencio, pero no había forma de que pudiera entrar porque en el espacio entre la puerta y su cama había una silla y una cómoda. El corazón de Ruby latía tan fuerte que pensó que iba a estallarle dentro del pecho.

—¿Estás despierta, Ruby? Venga, cariño, no seas tímida. Solo quiero hablar un poco para pedirte perdón por lo que pasó la última vez. Vamos, abre la puerta a tu tío Barry —dijo, empujando la puerta una vez más.

Horrorizada, Ruby vio aparecer sus dedos mientras metía la mano, tanteando lo que fuera que bloqueaba su entrada. Saltando de la cama, con el terror y la adrenalina alimentando sus movimientos, Ruby se abalanzó sobre la silla y luego saltó encima del armario antes de lanzarse contra la puerta. Usando todo el peso de su cuerpo, la empujó con fuerza contra la muñeca de Barry, haciéndole gemir de dolor.

—Pequeña zorra —siseó Barry—. Te arrepentirás cuando entre ahí, mocosa insolente.

Al ver su estuche de lápices junto a donde habían estado sus libros, rebuscó en su interior hasta que notó el compás. La furia, la vergüenza y el terror corrían por sus venas y, sin pensarlo dos veces, agarrándolo con fuerza, clavó la punta de acero en el dorso de la mano de Barry. Entonces Ruby empezó a gritar. Si la última vez pensaron que era una banshee, esta vez probablemente despertó a los muertos, pero lo más importante de todo es que despertó a Stella.

Cuando su madre salió tambaleándose de su dormitorio, poniéndose la bata y tratando de abrir sus ojos inyectados en sangre y manchados de rímel, se encontró con Barry en calzoncillos. Tenía una mano atrapada dentro del dormitorio de Ruby mientras su hija gritaba histéricamente desde el otro lado.

—¡Mamá! ¡Mamá! Haz que se vaya. Está intentando entrar en mi habitación. Es un perverso, mamá. Por favor, haz que se vaya —dijo Ruby.

Stella podía ser muchas cosas, pero no era ingenua, y supo en ese momento que esta vez realmente había elegido mal. Sin dudarlo, corrió hacia el escurrí platos y agarró la sartén, sujetándola firmemente con ambas manos.

—Aléjate de mi hija, cerdo asqueroso. Tranquila, Ruby, estoy aquí, cariño —dijo Stella, intentando sonar tranquilizadora y en control, justo antes de perder los estribos por completo y estrellar la sartén contra la cabeza de Barry—. ¡Maldito degenerado! ¿Qué coño te crees que estás haciendo? Aléjate de mi niña o te juro que te mato —Stella estaba furiosa.

Barry no supo qué le golpeó (literalmente) cuando el frío metal impactó en la parte posterior de su cabeza. Por un momento no pudo determinar qué le dolía más, si la mano atravesada o el cráneo abollado. A través de la rendija, Ruby vio cómo se desplomaba de rodillas, así que aflojó la presión sobre la puerta mientras los dedos ensangrentados de Barry dejaban rastros rojos por toda la madera. Lo siguiente que oyeron fue el timbre de la puerta y alguien gritando a través del buzón. Era el viejo señor Kenyon de al lado.

—¿Estáis bien, Stella, cariño? ¿Quieres que llame a la policía? Os he oído gritar a ti y a Ruby —dijo el señor Kenyon.

Stella corrió hacia la puerta principal, aún agarrando la sartén, y la abrió de par en par para encontrarse con el señor Kenyon en pijama, sosteniendo un periódico enrollado y una espátula de plástico.

—Está todo bien, Charlie, no hace falta llamar a la policía, siempre que este cerdo salga de aquí en los próximos diez segundos. Estaba intentando entrar en la habitación de nuestra Ruby, el asqueroso perverso. ¡Venga, coge tus cosas y lárgate! —dijo Stella, agitando la sartén de manera amenazadora mientras Barry se escabullía, sujetando su mano sangrante, demasiado aturdido y avergonzado para hablar.

Volviendo en segundos, con la camisa y la chaqueta bajo el brazo y sujetándose los pantalones con la mano ilesa, Barry hizo su silenciosa y avergonzada salida del piso. Sin atreverse a mirar a nadie a los ojos, huyó hacia la fría noche, pero no antes de que Stella le diera una patada en el trasero mientras el señor Kenyon le daba un último golpe con su periódico enrollado y un coscorrón con la espátula.

Ruby acogía todo esto con entusiasmo. Para ella representaba estabilidad, y estaba tan limpio que se podía comer en el suelo, pero sobre todo, era tranquilo y apacible. Incluso el tío Jim parecía fundirse con la casa, sin desentonar nunca, mimetizándose perfectamente con su sillón y el papel pintado, asintiendo de vez en cuando para mostrar su acuerdo con Doreen, pero por lo general guardaba sus opiniones para sí mismo, con la cabeza gacha y concentrado en la lectura del periódico.

A pesar de la frugalidad insípida de la cocina de la tía Doreen, Ruby sabía que cada vez que la invitaban a dormir o a pasar unos días durante las vacaciones escolares, tendría tres comidas caseras servidas ante ella sobre el mantel blanco almidonado y sábanas limpias y perfumadas en su cama. Pero la guinda del pastel siempre era Rosie. Al no tener hermanos propios, las dos primas veían la una en la otra la hermana y compañera que nunca tuvieron. Ruby admiraba y adoraba a Rosie, mientras que a cambio, siendo cuatro años mayor, la prima mayor disfrutaba de su papel de hermana mayor para la frágil, inocente y entusiasta niña que, cuando eran más pequeñas, le agarraba la mano con fuerza y se bebía cada una de sus palabras.

A medida que crecían, y a pesar de que vivían a kilómetros de distancia, su vínculo logró sobrevivir incluso cuando Doreen prohibió temporalmente a Stella entrar en la casa después de

su mal comportamiento inducido por el jerez el día de Navidad. La frecuente falta de dinero de Ruby para el billete de autobús para hacer el viaje sola era a veces un obstáculo, pero ahora Rosie le daba el dinero para una visita de ida y vuelta, que ella se metía en el calcetín y escondía de Stella. Incluso cuando tuvo su primer novio, esto no se interpuso y Ruby no fue dejada de lado porque Rosie no era así. Era el pilar de Ruby, siempre presente en una crisis, alguien sabía en quien confiar, una vía de escape muy necesaria.

Para cuando Ruby finalmente se deslizó en el país de los sueños, su corazón se había aligerado un poco, y una pequeña sonrisa persistía en sus labios porque en unas horas estaría con su prima, y entonces todo en el mundo entero estaría bien.

ROSIE 1998

Rosie arrastraba la pesada maleta por la acera, con las ruedas atascándose entre las grietas de las losas del pavimento. A pesar de esto y de que las lágrimas nublaban su visión, no se desanimaba, estaba decidida. Su sangre, que había alcanzado el punto de ebullición unos minutos antes, corría por sus venas, bombeando su corazón y alimentando la rabia que ardía en su interior. Con cada paso se volvía más resuelta, cada zancada la llevaba hacia la libertad, un lugar donde las palabras crueles y rencorosas de su madre ya no podrían herirla. A los cotillas les encantaría esto y Rosie lamentaba que no fuera verano, cuando los pulcros jardines delanteros estarían ocupados por dedicados jardineros domingueros. Alguno le habría preguntado con curiosidad, pero muy educadamente, adónde iba, y entonces ella podría haberles dicho sin rodeos que se alejaba lo más humanamente posible de su estirada, cerrada de mente, intolerante y controladora madre.

Tal como estaban las cosas, en este lluvioso día de febrero, la mayoría de los habitantes de Sandringham Avenue probablemente habrían vuelto de la iglesia o estarían leyendo el Mail on Sunday. O, como en el caso de su madre, preparándose para una fiesta de cumpleaños que cualquiera con dos dedos de frente intentaría evitar por ser completamente aburrida. Un tostón, carente de vida o alma y atendida por la mujer con el trasero más prieto de Cheshire.

Las mejillas de Rosie ardían rojas por el esfuerzo de su huida. Su pelo rubio estaba empapado y su maleta era realmente pesada porque contenía todas sus pertenencias y había sido empaquetada apresuradamente después de las peores cuarenta y ocho horas de su vida. Si tan solo hubiera visto la carta de la universidad antes de que su madre la encontrara, habría podido salirse con la suya con su doble vida un poco más. Por otro lado, quizás estaba destinado a ser así porque, en el fondo, Rosie sabía que no podía vivir una mentira para siempre y ahora todo estaba al descubierto. Se habían tomado decisiones, se habían dicho palabras duras y se habían cerrado puertas de golpe.

Cuando Rosie giró hacia la calle principal y se dirigió tambaleante hacia la estación de tren, de repente se acordó de Ruby. Llegaría en un par de horas con la tía Stella para la fiesta de cumpleaños de la Parca y se disgustaría al no encontrar a Rosie allí, un pensamiento que por un segundo le causó aún más confusión.

Debido a la incapacidad de la tía Stella para manejar sus finanzas, su teléfono había sido cortado hacía tiempo, así que no había forma de llamar a Ruby para explicarle la pelea. Rosie se hizo una nota mental para ahorrar y comprarle a su prima un teléfono móvil barato. Ya era hora de que tuviera uno y facilitaría mantenerse en contacto, pero por ahora, simplemente tendría que sentarse en la parada del autobús y esperar a que llegaran. Entonces podría advertirles sobre la fiesta infernal y al menos darles a Ruby y a la tía Stella su versión de la historia. Solo podía imaginar cómo la contaría su madre y una cosa sabía con certeza, Doreen sería la víctima y Rosie

pintada como una hija ingrata y rebelde.

No había más remedio. Rosie se sentó en el banco, afortunadamente protegida del viento y la lluvia por el refugio de plástico, y esperó pacientemente a que llegara el autobús. Serían las dos horas más largas y frías de su vida, pero le dio tiempo para pensar y aclarar sus ideas y, lo más revelador, a pesar de la temperatura helada, el trasero entumecido y los labios azules, durante su tiempo de contemplación silenciosa, ni una sola vez Rosie consideró volver a casa.

Rosie recordó el día que empezó a trabajar en el hotel, tal vez fue entonces cuando las cosas realmente empezaron a cambiar, ¿o había sido un avance lento; una mezcla de edad, angustia y rebeldía o simplemente madurar? Quizás no tenías que conformarte con lo que tus padres decían que necesitabas o por lo que deberías estar agradecida. No tenías que vivir como ellos lo habían hecho o seguir sus pasos, ni siquiera pisar el camino que habían trazado para ti desde el día en que naciste. Rosie no era ingrata de ninguna manera. Sabía que tenía una buena vida y ciertamente no necesitaba que la profesora de la escuela dominical le recordara dar gracias en sus oraciones antes de dormir, ni que Doreen se lo recordara, maldita sea, en cada cumpleaños y Navidad. Rosie solo tenía que mirar a su pequeña prima para apreciar que podría haber terminado con alguien como Stella como madre. No solo eso, después de las raras visitas al piso de Ruby, Rosie siempre estaba verdaderamente agradecida cuando llegaba a casa por la noche y apoyaba la cabeza en su almohada en el calor y la comodidad de su limpio y ordenado dormitorio rosa pastel.

Rosie sospechaba que Doreen había planeado su futuro incluso antes de que naciera y, muy probablemente, guardaba otro plan maestro en reserva, por si acaso hubiera resultado ser un niño. Rosie fue puesta en un camino cuidadosamente controlado y estratégicamente pensado que Doreen siguió al pie de la letra desde el primer día. Catequesis, Scouts, clases de equitación y baile, una vida impoluta firmemente arraigada en una sólida educación cristiana de clase media rodeada de gente de ideas afines. Recibió educación privada en la escuela preparatoria local, que con suerte proporcionaría a Rosie un círculo social aceptable y, con un poco de fortuna, un acervo genético favorable para cuando la casaran con algún pobre chico que Doreen había señalado en el jardín de infancia. Doreen ya había decidido las carreras aceptables para Rosie, todas las cuales rozaban lo inverosímil y eran el polo opuesto de cualquier cosa que su hija realmente estuviera considerando. Algo importante en la profesión médica encabezaba la lista, quizás cirujana y luego, lo que solo podía clasificarse a ojos de Rosie como deprimente y mundano, abogada o directora de banco.

Los planes de Doreen se toparon con problemas tan pronto como su hija entró en el instituto público, cuando quedó claro que sus finanzas no daban para una educación secundaria privada y, peor aún, Rosie no consiguió una beca para ningún centro de prestigio. Conocer a chicas de otros ámbitos, especialmente aquellas no examinadas ni aprobadas por su madre, le dio a Rosie una idea de cómo vivía la otra mitad. Sus nuevas amigas no tenían que ajustarse a la imagen de niña buena. Se teñían el pelo y se hacían piercings, bebían sidra en el parque y se liaban con chicos poco recomendables en la parada del autobús. Para merendar, sus colegas comían pizza o lasaña, paella, curry o chili picante con arroz, platos de todo el mundo que jamás tocarían los labios de quienes vivían en el número 42 de Sandringham Avenue.

Doreen no soportaba la comida extranjera, la gente extranjera ni probablemente nada que tuviera la palabra extranjero asociada, y por tanto, todos los demás tenían que sufrir. Rosie anhelaba ir al extranjero, aunque fuera en una excursión de un día, a España o Francia o Italia, cualquier sitio valdría, pero en cambio, cada año iban a Scarborough durante dos largas y tediosas semanas. Un verano, milagrosamente se rompió el molde y se atrevieron a probar

Tenby, donde tristemente, el acento galés sacó de quicio a Doreen, así que ahí se acabó todo. Rosie no podía entender por qué dos personas económicamente acomodadas querrían pasar una quincena helándose en un ventoso paseo marítimo de la costa este. No cuando había aviones surcando el cielo llevando a la gente al paraíso, o al menos a Magaluf. Rosie aún recordaba sentarse en el comedor del mismo hotel lúgubre y lleno de corrientes, esperando a ver cómo el chef se las había apañado para hervir el brócoli hasta la sumisión y asesinar las chuletas de cerdo por enésima vez esa semana. Mientras picoteaba sus melocotones en almíbar con nata montada, juró que cuando fuera lo suficientemente mayor, compraría una mochila, conseguiría un pasaporte y se largaría hacia el sol para no volver jamás.

Quizás fuera culpa de su padre. Si se hubiera enfrentado a su madre de vez en cuando, tal vez las cosas habrían sido diferentes. Seguramente tenía un par de pelotas escondidas en algún lugar de sus pantalones de planchado permanente, ¿no? Si las tenía, Rosie suponía que probablemente estaban arrugadas por falta de uso. Era de dominio público que hacía tiempo que había sido desterrado a la Tierra del Desamor, durmiendo en una cama individual cubierta de satén, bien separado de Doreen por una mesita de noche y una lámpara de lectura. Quizás tuviera suerte en su cumpleaños o en Navidad como regalo especial, sin embargo, Rosie estaba segura de que, como con todo lo demás en su vida, él optaba por el camino de menor resistencia y se conformaba con leer su libro.

No era de extrañar que desapareciera para jugar a los bolos en cada oportunidad que se le presentaba y se ofreciera voluntario para cualquier cosa en el comité de la iglesia. La única razón por la que podía votar al partido de su elección era porque visitaba el colegio electoral de camino al trabajo, de lo contrario, Doreen estaría allí diciéndole exactamente dónde poner su cruz negra. Estúpidamente, durante la bronca de ayer, había esperado algo de apoyo, pero fiel a su costumbre, él solo chasqueó la lengua y asintió, meneando solemnemente la cabeza en todos los momentos adecuados hasta que, como era de esperar, se puso del lado de Doreen.

Rosie sabía que tenía dedos de los pies, pero ya no podía sentirlos. En un intento por restaurar el flujo sanguíneo a sus pies, comenzó a caminar de un lado a otro en la parada del autobús, decidida a aguantar y, solo para concentrarse, repasó los acontecimientos del sábado, el día del infierno. Uno que nunca olvidaría, cuando tuvo que enfrentarse a las consecuencias del engaño, a toda la furia de Doreen y su madre finalmente cruzó la línea.

Cuando cumplió dieciséis años, Rosie y su mejor amiga Laura decidieron que necesitaban un trabajo de verano. Era un plan triple. En primer lugar, significaba que Rosie tenía una excusa para no ir a Scarborough, en segundo lugar, podría quedarse en casa de Laura durante dos semanas, lo que sería unas vacaciones en sí mismas y, en tercer lugar, tendrían montones de dinero para gastar durante los meses de verano.

Rosie seguía firmemente encaminada y adhiriéndose al gran plan de su madre, que implicaba quedarse en el instituto para hacer sus A levels después del verano. Por esta razón, Doreen no puso muchas pegas cuando tanto Rosie como Laura encontraron trabajo como camareras de piso en Fairhaven Manor, un prestigioso hotel rural enclavado en el corazón del campo de Cheshire. Era un lugar popular para bodas de alto nivel, conferencias de negocios y escapadas románticas, y se utilizaba como escondite para cualquiera que fuera alguien.

Antaño una mansión señorial, las impresionantes paredes de arenisca de Fairhaven estaban bordeadas por colinas ondulantes, céspedes inmaculados y rodeadas por un foso adornado con nenúfares. Era una imagen perfecta y, aunque sus encantos pasaban totalmente desapercibidos para Laura, cuya principal ocupación después de hacer las camas era perseguir a cualquiera que llevara pantalones (personal o huéspedes, no era exigente), Rosie recordaba aquellas seis

semanas como una de las épocas más felices de su vida. Sin tener ni idea de lo que quería hacer con su futuro, aparte de beber alcopops y divertirse con sus amigos, Rosie estaba contenta de dejarse llevar y seguir con su vida despreocupada.

No solo evitaba Scarborough, sino que ganaba mucho dinero y tenía un montón de admiradores entre los camareros y los porteros. Pero aparte de los muchos aspectos sociales y económicos excelentes de su trabajo, Rosie no podía esperar a llegar allí cada día y lo disfrutaba todo. Desde el lujoso entorno, el constante flujo de caras nuevas, novios felices, famosos con gafas de sol oscuras, visitantes de fin de semana y grupos de golf. Ya fuera haciendo monótonos cambios de habitación o trabajando en la lujosa piscina y el spa, doblaba alegremente las toallas esponjosas e inhalaba los aromas de los aceites de aromaterapia mientras se aplicaban generosamente a los huéspedes.

Ayudar en el restaurante era como una maniobra militar. Incluso había un arte para colocar el mantel de lino crujiente y los cubiertos. Rosie se enorgullecía de inspeccionar el comedor una vez preparado y más tarde, mientras recogía las mesas, encontraba el sonido de las copas tintineando y el murmullo de los comensales, mezclado con los aromas de los platos exquisitos creados para los gourmets, extrañamente relajante. Aunque la mayoría de los días le dolían los pies y sentía que la espalda se le iba a partir de tanto cambiar camas o llevar bandejas, a Rosie no le importaba porque Fairhaven Manor le permitía experimentar un mundo completamente nuevo. Y aunque no lo vio venir, le ofreció una salida de Sandringham Avenue.

Al acercarse la última semana de las vacaciones de verano, Rosie empezó a sentirse desanimada por tener que dejar el hotel, e incluso la perspectiva de unirse a las sagradas filas del sexto curso no hacía nada para levantarle el ánimo. Eso fue hasta que la señora Amery, jefa de limpieza, la llamó a su despacho. Posiblemente una de las personas más eficientes e imperturbables que Rosie había conocido, su jefa siempre iba impecablemente arreglada y emanaba un aire de control totalitario entre el personal, pero curiosamente, era agradable con ello. La señora Amery exigía trabajo duro y altos estándares que recompensaba con cumplidos y ánimos y el ocasional guiño pícaro cuando te pillaba mirando embobada a un apuesto huésped, o especulando sobre lo que había dentro de los pantalones ajustados de Tony, el barista.

—Bueno, Rosie, ¿cómo has disfrutado tu tiempo con nosotros aquí en Fairhaven? Lamentaremos verte marchar a finales de mes. Espero que no te hayamos agotado, pero supongo que estarás contenta de volver a las aulas y tener un buen descanso —dijo la señora Amery mientras reorganizaba casualmente el papeleo en su escritorio antes de posar sus ojos en Rosie esperando una respuesta.

—Sí, lo he disfrutado mucho, muchas gracias. Pero para ser sincera, me entristecerá irme y os echaré de menos a todos. En realidad, no tengo muchas ganas de volver al instituto. Creo que preferiría trabajar aquí, pero mi madre se pondría furiosa si no hiciera mis A levels —dijo Rosie, sorprendiéndose a sí misma con sus palabras porque decirlo en voz alta de alguna manera lo hacía cierto, no quería marcharse.

—Buena respuesta. Esperaba que dijeras eso porque he estado hablando con los otros jefes de departamento y nos preguntábamos si te gustaría quedarte con nosotros. No a tiempo completo, por supuesto. No quisiera interferir con tus estudios ni provocar la ira de tu madre, pero si estás de acuerdo, siempre hay sitio para un trabajador duro en Fairhaven y has impresionado a todos durante el verano. Podemos encontrar muchas cosas para que hagas los fines de semana y durante las vacaciones, así que ¿qué te parece? ¿Te gustaría unirse a nosotros? —dijo la señora Amery mientras se reclinaba en su silla, jugueteando con su pluma estilográfica y escrutando el rostro de Rosie.

Las mejillas de Rosie estaban ardiendo por la emoción de todo aquello, no solo querían que volviera, sino que además estaban impresionados. Una burbuja de felicidad burbujeó desde su corazón acelerado. Su respuesta salió como una risita nerviosa, pero logró componerse y respondió:

—Me encantaría volver, de verdad. Estoy muy agradecida, y gracias por preguntarme. ¿Debo presentarme el próximo fin de semana entonces? Cogeré el autobús como siempre y estoy segura de que mi madre se alegrará, muchas gracias.

Rosie sabía que estaba divagando mientras la señora Amery solo sonreía con ironía y se levantaba de su escritorio.

Indicando que era hora de irse caminando hacia la puerta, hizo un gesto para que Rosie la siguiera.

—Muy bien, entonces te veremos el sábado por la mañana temprano. Te pondré en el horario y a partir de ahí, si tienes algún problema mientras tanto o si cambias de opinión, házmelo saber —dijo la señora Amery, dando una palmadita amable en el hombro de Rosie mientras la acompañaba a la salida, sintiéndose bastante complacida al ver a su nueva recluta flotando por el pasillo.

Eso fue hace dieciocho meses y desde entonces Rosie había pasado todos los fines de semana y vacaciones escolares en The Fairhaven, entre estudiar para sus exámenes de selectividad que odiaba con pasión. Laura se había molestado un poco por no haber sido invitada a volver, pero se había echado un novio de  ltimo curso que ocupaba su tiempo agradablemente y dejaba a Rosie libre de culpa. Doreen se había opuesto al principio, insistiendo en que Rosie debería concentrarse solo en sus estudios, pero fue hábilmente convencida de que había tiempo de sobra durante la semana para estudiar diligentemente y, además, quería ser una mujer independiente y poder comprarle a su madre algo bonito para Navidad y cumpleaños. ¿De qué otra manera podría agradecer a sus padres por una educación tan maravillosa? Doreen cayó rendida. Con el entendimiento de que de lunes a viernes, Rosie estudiaría duro y no descuidaría sus deberes escolares, se le permitió trabajar en The Fairhaven los fines de semana y vacaciones.

Rosie no se durmió en los laureles y fue de éxito en éxito. Los respectivos gerentes descubrieron que tenía una forma natural de tratar con los huéspedes; además, era guapa, estaba bien arreglada y era profesional. Pronto se encontró pasando menos tiempo haciendo camas y más tiempo haciendo sonreír a la gente. Ya fuera dando esa primera impresión tan importante en la recepción o sirviendo en el restaurante y ayudando con eventos y conferencias, Rosie era un éxito. Al mismo tiempo, empezaba a darse cuenta de que la industria de la hostelería podría ser lo suyo. Había tanto que aprender y, por lo que había visto, podría llevar años subir la escalera, pero a pesar de eso, Rosie no tenía ninguna inclinación por seguir ninguna de las rutas que su madre había planeado para ella. La idea la mantenía despierta por la noche, sabiendo muy bien los problemas que causaría cualquier desvío de su vida planificada.

El director general, el señor Hardy —o Alfred para aquellos a quienes favorecía, Rosie siendo una de ellos— tenía grandes esperanzas para su nueva protegida y una lluviosa mañana de noviembre, durante un descanso para tomar un café, muy inocentemente avivó las llamas del descontento que ya ardían dentro del alma de Rosie.

—Rosie, ¿alguna vez has considerado la formación en gestión una vez que hayas terminado tus exámenes de selectividad? Solo lo pregunto porque creo que serías muy adecuada y estaríamos encantados de enviarte a los cursos apropiados, tal vez un programa de aprendizaje, a menos que tengas otras ideas para tu futuro —dijo Alfred mientras removía su café lentamente, esperando una respuesta positiva.

Rosie estaba atónita. Era como un sueño hecho realidad. ¿Cuál era el sentido de ir a la universidad cuando no tenía absolutamente ninguna idea de lo que quería estudiar? A pesar de todas las insinuaciones de su madre y la lista de carreras preferidas para su hija, ninguna de ellas la emocionaba o interesaba como la propuesta que tenía delante. Alfred le estaba ofreciendo un aprendizaje en bandeja, así que ¿por qué ser una estudiante sin dinero cuando podía tener lo mejor de ambos mundos, trabajando en un hermoso hotel con sus amigos y recibiendo un sueldo al mismo tiempo que estudiaba? Era perfecto.

—Alfred, no me puedo creer que hayas dicho eso. Llevo un tiempo pensándolo y sería una oportunidad fantástica. El problema es que no creo que a mi madre le haga mucha gracia. Espera que vaya a la universidad el próximo septiembre y se ha hecho a la idea. Pero estoy segura de que cuando le explique todo y todas las ventajas de tu oferta, lo entenderá. Hablaré con los dos esta noche y te lo diré mañana por la mañana. Estoy tan contenta que apenas puedo respirar — dijo Rosie.

Las mejillas sonrosadas características de Rosie ya habían delatado cómo se sentía, así que Alfred simplemente sonrió y asintió, rezando para que la señora Wilson no fuera realmente la tirana controladora que él sospechaba que era.

Desafortunadamente, la maravillosa noticia de Rosie no sentó nada bien a Doreen; de hecho, se puso hecha una furia y le dijo a su abatida hija que pasaría por encima de su cadáver antes de que fuera a un "curso de formación" y mucho menos se metiera en la industria hotelera. Cualquiera habría pensado que a Doreen le acababan de decir que su única hija quería trabajar en un burdel y necesitaba clases de baile del caño, no que le habían dado la oportunidad de su vida para seguir una carrera que le encantaría. Conociendo demasiado bien a su madre, Rosie se dio cuenta de que estaba a punto de "prohibirle" ir a trabajar, ya que solo le estaba metiendo tonterías e ideas estúpidas en la cabeza. En su lugar, sabiamente cedió y le dijo a su madre que tenía razón, que no había pensado con claridad y que rechazaría educadamente la oferta de Alfred. Conversación cerrada, o eso pensó Doreen mientras resoplaba camino a la cocina para calentar la tapioca. Sin embargo, lo que ocurrió cuando Rosie fue a trabajar al día siguiente fue una historia completamente diferente.

Después de una noche en vela derramando lágrimas de rabia, rumiando y maldiciendo a su madre, y sopesando todas las alternativas posibles, Rosie fue a trabajar con la decisión tomada. Cuando le dijo alegremente a Alfred que sus padres apoyaban totalmente, al cien por cien, su decisión de entrar en la industria hotelera, fue tan convincente que tuvo que recordarse a sí misma que en realidad era una gran y gorda mentira. En realidad, esperaba que Doreen cambiara de opinión de alguna manera al mismo tiempo que rezaba por un milagro. Para estar segura, Rosie mantuvo la farsa en el trabajo y en casa. Solicitó plaza en la Universidad de Leeds para estudiar Economía, así como para un curso de Gestión Hotelera, mucho más cerca de casa, en Manchester.

Mantuvo contentos a sus padres siendo una buena chica y estudiando, mientras se esforzaba diligentemente durante el periodo navideño en el hotel, desesperada por asegurarse de que Alfred no cambiara de opinión. Disfrutando cada minuto que pasaba en el ambiente festivo adornado con guirnaldas, Rosie ayudó a la organizadora de eventos con una boda de Cuento de Invierno y registró a los emocionados huéspedes en el mostrador de caoba. Sus ojos brillaban tanto como las luces del gigantesco abeto que se erguía majestuosamente al pie de la imponente escalera mientras inhalaba los gloriosos manjares festivos que el chef servía a los glamurosos asistentes a la fiesta. Como había prometido, Rosie regaló a sus padres lujosos regalos en un intento de convencerles de que realmente había dinero en cambiar camas y limpiar inodoros.

Desafortunadamente, a pesar de sus esfuerzos, ambos se mantuvieron firmes, tachando felizmente los días que faltaban hasta mayo, cuando se presentaría a los exámenes finales y estaría en el siguiente peldaño de su escalera hacia el infierno.

Rosie no podía prever el curso de los acontecimientos que siguieron. ¿Cómo iba a saber que la Universidad de Manchester se enorgullecía de tener su nombre estampado en su papelería y que aquel viernes por la mañana de febrero, cuando un sobre cayó sobre el felpudo, ella estaría en el instituto y los ojos de águila de Doreen detectarían algo sospechoso? Cuando Rosie entró alegremente en la cocina aquella noche, se encontró con un solemne comité de bienvenida y una carta abierta que estaba extendida acusadoramente sobre la mesa. Siguieron preguntas y acusaciones.

¿Por qué había solicitado este curso a sus espaldas? Era engañosa, astuta, taimada, una vergüenza, ingrata, testaruda, obstinada, y así continuaba la lista de adjetivos negativos. Doreen gritaba y chillaba y Rosie le respondía a gritos. Jim mantuvo la boca cerrada todo el tiempo e hizo su rutina de perro asintiendo. Se dieron y rechazaron ultimátums. Dejaría el hotel inmediatamente y abandonaría esta ridícula idea. La carta fue rasgada por la mitad y tirada a la basura, solo para ser recuperada por Rosie, quien en represalia vació el contenido de su mochila escolar, negándose a volver a pisar el edificio del instituto a menos que le dejaran salirse con la suya. El viernes por la noche terminó con Rosie subiendo furiosa a su habitación, Doreen llorando y gimoteando en el sofá, y Jim deseando tener un perro para poder sacarlo a pasear y escapar de aquella casa de locos.

El sábado se descontroló cuando a las seis y media de la mañana, a través de la madera de una puerta de dormitorio cerrada con llave, Doreen informó a Rosie que había telefoneado al hotel para decirles que no volvería, nunca. En un ataque de rabia, Rosie le dijo a su madre exactamente lo que pensaba de ella, usando lo que Jim llamaba palabrotas. Y solo para demostrarles lo enfadada que estaba realmente, le dio un puñetazo a la puerta de su armario, haciéndole un agujero. Cuando se calmó y pudo respirar con normalidad, con los nudillos palpitantes, Rosie reunió el valor para llamar a Alfred y, entre sollozos y disculpas, le explicó el lío en el que se encontraba.

En lugar de reprenderla, Alfred le aconsejó con calma que hablara las cosas con sus padres e incluso se ofreció a interceder por ella, pero Rosie lo rechazó, sabiendo muy bien que su madre sería vil y condescendiente y que nada iba a hacer cambiar de opinión a Doreen. Una cosa que la hizo sonreír, y luego llorar aún más, fue que Alfred le aseguró a Rosie que siempre habría un trabajo para ella en Fairhaven. Él estaba solo a una llamada de distancia y la ayudaría en todo lo que pudiera.

La única vez que Rosie salió de su habitación fue para ir al baño o preparar unas tostadas y coger un paquete de Jaffa cakes, unos pastelillos Mr Kipling y una botella de leche de la nevera. Se habría quedado arriba todo el día, pero se moría de hambre. Un muro de silencio pétreo existía entre todas las partes y continuó durante toda la noche del sábado hasta la mañana del domingo, cuando escuchó movimiento abajo y olió a beicon cocinándose. Rosie estaba famélica, pero no soportaba estar en la misma habitación que ninguno de ellos, así que esperó un rato y les dejó cocerse en su propia salsa. Cuando pensó que el peligro había pasado, Rosie bajó cautelosamente las escaleras hacia la cocina y, al pasar por el salón, vio las tarjetas en la repisa de la chimenea y la vieja pancarta de «Felicidades» colgada sobre el espejo encima de la chimenea. Entonces recordó que era el cumpleaños de su madre. «Bueno, que se meta el regalo por donde le quepa», pensó Rosie con amargura y siguió hacia la cocina. Estaba echando leche en un bol de copos de maíz y tenía toda la intención de escabullirse directamente de vuelta a su

habitación, ya decidida a boicotear la fiesta y hacer que Doreen se retorciera, cuando sus padres aparecieron en la cocina. Su madre habló primero.

—Así que aquí estás. Espero que hayas entrado en razón después de tu tonta rabieta y no tengamos más de tu lenguaje soez ni tonterías sobre el hotel. Estoy dispuesta a pasar por alto tu comportamiento atroz de ayer y dejar atrás los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, sin embargo, esperamos una disculpa. Las cosas que dijiste fueron muy hirientes.

Rosie se quedó boquiabierta. ¿De verdad su madre pensaba que era así de simple? Obviamente, Doreen sí lo creía.

—No te quedes ahí con la boca abierta, Rosie. ¿Y por qué pareces tan sorprendida? Me enorgullezco de tener una naturaleza muy indulgente y estoy dispuesta en esta ocasión a darte una segunda oportunidad. Además, tenemos una fiesta que atender y tienes un aspecto horrible, así que sube y arréglate un poco, luego puedes ayudarme con la comida. Pero primero, tu padre y yo estamos esperando tu disculpa —al terminar su pequeño discurso, Doreen se acercó a la basura para tirar unos sobres dentro.

Cuando su madre abrió la tapa, Rosie vio algo. Era una de las blusas que usaba para trabajar, arrugada y cubierta de trozos de huevo y corteza de bacon, todos los restos del desayuno. En ese instante, la habitación se volvió roja, ¿o era la sangre hirviendo en sus venas, nadando frente a sus ojos? Fuera lo que fuese, marcó el cruce de una línea, destacando el insulto definitivo y el momento en que Rosie supo que no había vuelta atrás.

—¿Por qué está mi blusa en la basura? La voy a necesitar para el trabajo. Ahora tendré que lavarla otra vez —dijo Rosie con calma, dejando que sus palabras calaran, esperando que su madre captara el mensaje, alto y claro.

—Creo que ya hemos hablado de esto, Rosie, y no vas a volver a ese hotel. ¿Me he explicado con claridad? —dijo Doreen, que se había puesto blanca de ira y temblaba visiblemente.

Jim parecía que iba a desmayarse.

—No, madre, creo que me expliqué bastante claramente anoche. No voy a ir a Leeds. Voy a trabajar en El Fairhaven te guste o no. No puedes controlarme para siempre, así que de una manera u otra me saldré con la mía. Ya no puedes obligarme a hacer lo que quieras, ¿lo entiendes? —dijo Rosie agarrando el bol de cereales, esperando la respuesta de su madre.

—Oh, creo que te darás cuenta de que mientras vivas bajo mi techo, jovencita, harás exactamente lo que se te diga, ¿no es así, Jim?

El padre de Rosie asintió obedientemente, lo cual era de esperar.

—Bueno, si ese es el caso, entonces tendré que irme, ¿no? Si no estoy bajo tu techo o tu control, significa que puedo hacer lo que quiera. ¿No es así, querida madre?

Rosie se dirigió hacia la puerta, pero Doreen le bloqueó el paso.

—No vas a ir a ninguna parte, jovencita. Es mi cumpleaños y no me vas a avergonzar, hoy menos que nunca. Viene el vicario y media avenida, así que deja esta tonta actuación y madura. Te estás comportando como una niña malcriada —dijo Doreen cruzando los brazos, con dos manchas rosadas en las mejillas contra la palidez de la rabia.

Rosie no podía creer lo que estaba oyendo. Se trataba de su futuro, su felicidad, su vida, y a su madre solo le importaba guardar las apariencias y sus propios deseos y necesidades egoístas. Pues bien, si su madre quería infantilismo, Rosie decidió que eso era exactamente lo que iba a obtener. Soltando un grito ensordecedor, impulsado por pura frustración e injusticia, Rosie lanzó sus cereales contra la pared, rompiendo el cuenco y salpicando a Jim y Doreen con una lluvia de copos de maíz empapados. Luego, pasó junto a su madre, que balbuceaba, subió las escaleras de dos en dos y se encerró en su habitación. Sacando la maleta de debajo de la cama, Rosie la llenó

a presión con sus pertenencias, cogiendo apresuradamente ropa interior de los cajones y arrancando la ropa de las perchas de su armario. Llenó una bolsa de plástico con sus artículos de aseo y metió todo lo que pudo en su maleta y bolso antes de ponerse la ropa y coger su abrigo. Haciendo un último repaso de la habitación, cogió a Humphrey, su desaliñado osito de peluche, y una foto de ella y Ruby cuando eran niñas, sentadas en el escalón de la entrada con los brazos entrelazados, dos niñas felices sonriendo a la cámara.

Un enorme sollozo se atascó en la garganta de Rosie mientras miraba la imagen. Una lágrima cayó sobre el cristal mientras recordaba su inocencia infantil, cuando la vida era simple y no estaba complicada por problemas de adultos. Y ahora míralas. Ambas tenían madres plagadas de defectos que, entre ellas, conseguían hacer tan terriblemente infelices a sus hijas. Bueno, puede que Ruby estuviera atrapada con Stella, pero Rosie ya había tenido suficiente. La blusa arrugada en la papelera era el detonante y, en cierto modo, representaba a su madre con el cerebro retorcido. Puede que Doreen pensara que estaba bien echar basura sobre su blusa, pero Rosie no le permitiría hacer lo mismo con su vida. Respirando hondo, metió la foto en la bolsa de plástico, se secó las lágrimas y abrió la puerta. Mientras bajaba ruidosamente la maleta por las escaleras, Doreen apareció en el pasillo con Jim trotando detrás, con furia escrita en su rostro.

—Si sales de esta casa, señorita, no pienses que volverás jamás. Estás avergonzando a esta familia. Te lo advierto, si me desobedeces, lo lamentarás —dijo Doreen con la cara incandescente de rabia.

Mientras hablaba, Rosie notó un copo de maíz pegado en el pelo gris, cardado y excesivamente rociado de laca de Doreen, y luchó contra el impulso de reír.

—¿En serio, madre? Pues para tu información, tal como me siento ahora mismo hacia vosotros dos, no quiero volver... nunca. Así que apártate de mi camino y sigue haciendo tus tristes sándwiches para tu patética fiesta. Tus invitados llegarán pronto y estoy segura de que te preocupa más hacerlos felices a ellos que a mí —dijo Rosie mientras agarraba el pestillo, abría la puerta principal y salía.

El aire helado golpeó sus mejillas sonrojadas mientras marchaba por el camino. Abriendo la verja de un tirón, dio un paso hacia la avenida, cruzando la línea hacia la tierra del libre albedrío. Sin cerrar la verja a propósito, ya que sabía que irritaba muchísimo a su madre, Rosie se detuvo y se giró para verlos a ambos, inmóviles, mirando conmovidos. La boca de su padre estaba congelada, abierta de horror y sin duda preocupado por las repercusiones que seguirían. La de su madre era una línea sombría, fija en piedra obstinada. Entonces Rosie se dio cuenta de que había olvidado algo.

—Oh, qué maleducada soy. Se me olvidó por completo desearte feliz cumpleaños, madre. Que tengas un día realmente, realmente bueno —y entonces se marchó.

Rosie veía el autobús acercarse a lo lejos. Era el de la una en punto desde Stockport y, con suerte, Ruby y Stella vendrían en él; de lo contrario, podría morir congelada allí mismo en la marquesina. Rosie esbozó una sonrisa irónica, imaginando la doble dosis de vergüenza que caería sobre Doreen si encontraran el cadáver rígido y helado de su hija descarriada en la parada del autobús.

El autobús se acercaba y Rosie estaba impaciente por explicarlo todo, principalmente para poder ir a algún sitio caliente una vez que hubiera soltado toda la historia. No era ningún secreto que no había mucho cariño entre Stella y Doreen, y Rosie sospechaba que su tía estaría de su parte; no obstante, ellas podrían decidir por sí mismas si dar media vuelta y evitar la fiesta o dar la cara. El objetivo principal era asegurarle a Ruby que se mantendría en contacto y que no la estaba abandonando, porque pasara lo que pasara, Rosie siempre estaría ahí para su prima. Era

una promesa que cumpliría fielmente, y en aquella fría tarde de febrero, no tenía forma de saber cuán importante resultaría ser su juramento en el futuro.

RUBY 2010

Ruby limpió las migas de la reluciente encimera de mármol y encendió el hervidor. Marcus bajaría pronto a desayunar y ella quería que todo estuviera perfecto. Sabía que a él le encantaba el aroma del café recién molido y había preparado tortitas especialmente. La mesa de la cocina estaba puesta con su vajilla favorita para el desayuno, una porcelana blanca inmaculada con girasoles pintados a mano, uno de sus regalos de boda preferidos. El toque final era el enorme ramo de flores exóticas que se erguía en el centro de la mesa, cuya fragancia le hacía cosquillas en la nariz cada vez que se acercaba. Marcus se lo había regalado al llegar a casa la noche anterior, como muestra de gratitud por la espléndida cena que ella había preparado.

Después de recordarle a Oliver al menos cien veces que no derramara nada ni salpicara Coco Pops en el mantel, como precaución extra, Ruby alejó aún más la trona de Lily de la mesa, por si acaso intentaba agarrar el sirope de arce o diera una patada con una de sus rechonchas piernas y tirara la jarra de leche. Echando un vistazo a la impecable cocina, Ruby se sintió satisfecha con sus preparativos. Los relucientes muebles de alta gama brillaban y el suelo de mármol estaba impoluto. Tras una noche en vela, se había levantado temprano y, además de preparar la masa para las tortitas, se había puesto a limpiar, aprovechando la paz y la tranquilidad antes de que su familia se despertara. Marcus ni siquiera la oyó levantarse cuando se deslizó de entre las sábanas de seda blanca; estaba en coma, durmiendo la mona de la noche anterior.

La noche previa habían tenido invitados y dos parejas se habían unido a ellos para cenar. Kevin, de la oficina, era solo un subordinado pero un gran adulator, junto con su prometida contable, Diana. Luego estaba otro socio llamado Roman, uno de sus agentes con base en Tailandia que había volado para reuniones de negocios con Marcus. Le acompañaba su supuesta asistente Helene, quien, según Marcus, era tonta de remate pero innegablemente guapísima. La mujer de Roman estaba en casa cuidando de sus cuatro hijos y ajena a sus infidelidades.

A Ruby le encantaba cocinar, la calmaba y mientras estaba inmersa en una receta o comprando ingredientes especiales, le ayudaba a olvidar sus preocupaciones. Lo más importante era que quería impresionar a Marcus y a sus invitados, y siempre se esmeraba en ofrecer la mejor cocina posible. La noche había ido extremadamente bien, salvo por el hecho de que Diana sacaba de quicio a Marcus y parecía empeñada en demostrar lo inteligente, exitosa e independiente que era, hechos que Ruby sabía de sobra que no significaban absolutamente nada para su marido. En cuanto a Helene, era obvio que él la consideraba vulgar, así que prácticamente la ignoró durante toda la velada y lo hizo con gran placer. Ruby no estaba segura de si lo hacía a propósito, porque en las raras ocasiones en que se fijaba en ella, Marcus se refería a ella como Helen, para disgusto apenas disimulado de la mujer. Aparte de eso, todo había ido bien y todos la felicitaron por sus habilidades como anfitriona y su pericia culinaria. Marcus parecía el gato que se había comido la

crema, lo que significaba que ella podía relajarse un poco e intentar disfrutar de la velada, pero siempre hay algo que hacer cuando eres la anfitriona por excelencia, así que cuando todos decidieron dar por terminada la noche, estaba agotada. Marcus, sin embargo, habiendo disfrutado de la compañía de Roman, que amaba el brandy tanto como su marido amaba el whisky, no tenía ganas de dormir, así que, como Ruby había esperado, su noche ciertamente estaba lejos de terminar.

Al oír pasos en el rellano, Ruby empezó a cocinar las tortitas y sirvió el café antes de dar un último vistazo a la mesa. Oliver se estaba metiendo cucharadas de cereales en la boca y parloteaba sobre el modelo de dinosaurio que estaba haciendo en el colegio. Con casi cinco años, abrazaba cada día con ojos abiertos y emocionados y le encantaba aprender cosas nuevas. Era inteligente y lleno de energía, tenía un banco constante de preguntas listas y algunas en reserva, hablando sin parar a Ruby en cada oportunidad. Era amable y considerado con su hermanita y, aunque podía ser brusco con sus amigos en el colegio, tenía un lado sensible y aún le gustaba que su mami le diera mimos. Sus ojos marrones oscuros y atentos no se perdían detalle y Ruby admitía que podía ser un poco cotilla, propenso a preocuparse por los retazos de fatalidad que a veces captaba en las noticias y rayando en lo obsesivo sobre la muerte, el cielo y el monstruo que estaba convencido de que vivía en el cesto de la ropa sucia. Aparte de eso, sus principales preocupaciones en la vida eran aprender a montar en bicicleta y ser invitado a la fiesta de cumpleaños de Michael Patterson. Estaba a mitad de contarle todo sobre lo que desayunaba un triceratops cuando Marcus irrumpió en la cocina.

El estómago de Ruby dio un vuelco cuando su marido entró en la habitación. Sabía demasiado bien lo desagradable que podía ser con todos cuando tenía resaca, y rezó para que, por una vez, Oliver no se atreviera a intentar entablar conversación con su padre. Fiel a su costumbre, su pequeño, a pesar de haber recibido suficientes señales de que Marcus simplemente no estaba interesado, lo intentó con su mejor dato curioso sobre dinosaurios.

—Papá, ¿sabes qué significa extinto? Eso es lo que les pasó a todos los dinosaurios que vivían en esta tierra —los ojos de Oliver estaban abiertos de par en par con expectación, su cuchara suspendida en el aire, peligrosamente cargada de leche y Choco Krispies goteando mientras esperaba una respuesta.

—Claro que sé lo que significa, ahora cállate y desayuna. Tengo prisa —dijo Marcus, ignorando la mirada de dolor que cruzó el rostro de su hijo mientras golpeaba su maletín sobre la mesa perfectamente puesta.

El repentino golpe hizo que el brazo de Oliver se sacudiera y, inevitablemente, la cucharada de cereales marrones y lechosos se esparció por todo el mantel blanco.

—  Por Dios santo! Mira lo que ha hecho. ¿Eres completamente tonto o solo un bebé que no sabe encontrar su boca? Ruby, no vuelvas a comprar esa porquería, hace demasiado desastre.

Volviéndose hacia Oliver, que estaba al borde de las lágrimas, Marcus soltó más órdenes.

—Venga, lleva tu plato al lavavajillas, ya has comido suficiente —Oliver se levantó de un salto de la mesa y agarró su cuenco, derramando leche por todas partes y enfureciendo aún más a Marcus—. Ya está bien. Sube arriba y quítate de mi vista. Eres incluso más tonto que tu madre. Venga, no te quedes ahí parado como un pasmarote, y las lágrimas no van a ayudar tampoco. Deja de ser un blandengue.

Oliver parecía un conejo deslumbrado por los faros de un coche y entonces Lily percibió la tensión y empezó a llorar, lo que hizo que Ruby interviniera rápidamente.

—Ve a lavarte los dientes y prepara tu mochila del colegio. Quédate en tu habitación y te llamaré cuando sea hora de irnos —dijo Ruby, acariciando suavemente la cara pálida y asustada

de Oliver en un intento de tranquilizarlo. Se le rompía el corazón por su pequeño mientras que, al mismo tiempo, el miedo y el odio luchaban por el primer puesto entre la multitud de emociones que se arremolinaban en su cerebro.

—¡Genial! Ahora esta se ha puesto a berrear. ¿No puedes hacerla callar o también eres incapaz de eso? ¿Y qué es ese olor? Apesta aquí dentro.

Marcus estaba en pleno apogeo mientras Ruby se giraba para ver las tortitas ennegrecidas humeando en la sartén porque, en medio del caos, se había olvidado por completo de ellas.

Apresuradamente, las apartó del fuego, vertió leche en silencio en su café y lo colocó en la mesa, luego sacó a Lily de su trona e intentó calmarla.

—¿Quieres otra cosa en su lugar? Puedo hacerte unos huevos si lo prefieres —dijo Ruby, rezando para que simplemente se fuera a trabajar. No podía esperar a que se marchara y, por una vez, su deseo se cumplió.

—No, no quiero huevos. Probablemente también los estropearías. Cogeré algo en la ciudad. No te olvides de recoger mi tintorería. Necesito esos trajes para mi viaje. ¿Crees que podrás arreglártelas para hacer eso? —Dio un trago a su café, luego golpeó la taza contra la mesa, agarró su maletín y se dirigió a la puerta.

Sin otra opción, Ruby lo siguió afuera, respondiendo a la parte trasera de su cabeza, la cual habría aplastado con gusto.

—Los recogeré de camino a casa del médico. Tengo dos citas esta tarde, así que si llamas y no contesto es porque estoy en la consulta o con el óptico. Tu madre se quedará con Lily mientras me hacen los exámenes. Ya te lo dije —el corazón de Ruby latía con fuerza en su pecho, esperando que él pensara en una razón para prohibirle salir de casa.

—Vale, lo que sea. Volveré tarde esta noche, así que no hagas cena. Me reuniré con Roman y luego comeremos en la ciudad. Cualquier cosa es mejor que la bazofia que me das.

Ruby contó hasta cinco y observó cómo Marcus cogía sus llaves y abría la puerta, aunque sabía lo que venía a continuación, la muestra pública de afecto para algún vecino entrometido o cualquiera que pasara por allí.

De pie en el umbral como la esposa obediente, Ruby esperó mientras Marcus la besaba en la mejilla y luego daba un beso en la cabeza a Lily, haciéndole cosquillas en la pierna juguetonamente para mayor efecto, y luego se fue. Ruby se dio la vuelta y cerró la puerta de golpe, luego llevó a Lily arriba para buscar a Oliver, que estaba jugando en silencio con su modelo de dinosaurio, sumido en sus pensamientos.

Cuando vio a Ruby, Oliver levantó la mirada y le dedicó una sonrisa forzada. Ella se dio cuenta de que había estado llorando, pero hacía tiempo que había renunciado a intentar explicar o defender el comportamiento de su marido. ¿Por qué debería proteger a Marcus o mentir a su pequeño por él? Lo último que quería era que Oliver perdiera también la fe en ella, o que sintiera que lo estaba traicionando al defender a su padre, quien, dicho sea de paso, no era más que un cruel y despiadado matón. En lugar de eso, dejó a Lily en el suelo y se sentó junto a su hijo.

—Ven aquí, cariño. Dame un abrazo. Te voy a echar de menos mientras estés en el colegio hoy. Seguro que la señora Taylor tiene un montón de cosas emocionantes preparadas para ti, y hoy toca deporte, así que estarás agotado cuando la abuela te recoja más tarde —dijo Ruby mientras le acariciaba la cabeza y abrazaba su pequeño cuerpo, saboreando la sensación de sus brazos rodeándole fuertemente los hombros mientras respiraba el aroma a champú infantil de su pelo.

—Seguro que la abuela nos lleva a tomar pasteles después del cole, en esas bandejas plateadas con un montón de sándwiches. ¿Puedo tomar naranjada? —Los grandes ojos redondos

de Oliver la miraron esperanzados.

¿Cómo podía resistirse? Ruby sonrió a su encantador pequeño. Su capacidad para olvidar el mal comportamiento de su padre y buscar las cosas felices de la vida era algo que ella envidiaba, y solo esperaba que realmente lo olvidara rápido y no estuviera fingiendo por ella.

—Claro que puedes tomar naranjada, cariño, y el trozo más grande de tarta de chocolate también. Ahora vamos a prepararnos para el cole, no queremos llegar tarde, ¿verdad? —Mientras Ruby los recogía a los dos, deseó que un refresco y un trozo de tarta pudieran arreglar todo en su mundo. No lo harían, y empezaba a darse cuenta de que, si acaso, el comportamiento de su marido estaba empeorando.

Ruby se sentó en el cementerio de St Peter's, en el corazón del pueblo de Prestbury. Lily se había quedado dormida en el cochecito durante el paseo de vuelta del colegio y, sin ganas de volver a su hermosa casa en la urbanización cerrada, encontró un banco y se tomó un tiempo para sí misma. El suave sol de finales de mayo le calentaba el rostro mientras cerraba los ojos y escuchaba el canto de los pájaros y el ruido de los motores de los vehículos que circulaban por la calle principal. Ruby sabía que tenía suerte de vivir en este prestigioso pueblo con su historia sajona y sus casas de estilo Tudor, donde las calles estaban impecablemente limpias y ganaban regularmente premios por su belleza y sus arreglos florales. Era muy distinto de la urbanización de hormigón donde se crió. Los habitantes de Prestbury estaban a años luz de las personas con las que solía vivir, aquellas que se aferraban con fuerza al escalón más bajo de la sociedad.

La zona acomodada era un imán para futbolistas y sus mujeres, famosos del norte y hombres de negocios ricos que viajaban a diario, encontrándose su propio marido en esta última categoría. Oliver iba a un buen colegio privado y se relacionaba con otros niños bien educados de padres adinerados. Ella tenía un coche nuevo y ropa cara, pero aparte de esto y de su casa de estilo georgiano de cuatro dormitorios, con sus impresionantes columnas en la puerta principal y un enorme invernadero en la parte trasera, Ruby no tenía nada. Ni amigos, ni intereses o aficiones, ni perspectivas de liberarse alguna vez de la vida que Marcus había diseñado y controlaba celosamente para ella y sus hijos. A veces pensaba que podría ser la versión masculina de la tía Doreen, pero mucho más desagradable y con puños que golpeaban.

El problema también radicaba en el hecho de que todo lo que tenía estaba aprobado y pagado por Marcus. Él se aseguraba de que no tuviera dinero propio aparte de la prestación por hijos, que solo podía usarse para los niños, y aun así había que justificar cada céntimo gastado. Él estaba a cargo de todos los asuntos relacionados con el hogar y le daba una asignación para la comida. Si necesitaba ropa nueva o cualquier cosa para ella, tenía que pedirlo, entonces él decidiría si realmente lo necesitaba y le proporcionaría una cantidad que considerara adecuada. Irónicamente, si tenía que agasajar invitados o aparecer en público como su esposa, no se escatimaba en gastos. Podía darse el lujo de ir al salón de belleza, hacerse el pelo en la mejor peluquería de Manchester y comprarse un conjunto nuevo, incluso ropa interior; Marcus insistiría en ello. Por esa razón en particular, Ruby temía las invitaciones sociales, ya que no tenía ningún deseo de arreglarse para su marido o, como él decía de manera amenazante, devolverle su generosidad en la cama.

La noche anterior no fue una excepción. Las hermosas flores no eran realmente un regalo de un marido cariñoso y agradecido. Eran solo parte de la cortina de humo que envolvía su vida, demostrando a todos lo fabuloso y considerado que era. El día anterior, mientras compraba la comida que iba a preparar, la futilidad de todo hizo que Ruby quisiera llorar. Sabiendo perfectamente que no importaba cuánto se esforzara, lo perfecta que fuera la cena o lo bien que cumpliera con sus deberes de anfitriona bajo su intenso escrutinio, una vez que él hubiera bebido

su whisky y su vino, los invitados se hubieran marchado y el lavavajillas estuviera cargado, sus servicios serían requeridos en el dormitorio. Las lágrimas le escocían en las comisuras de los ojos mientras intentaba borrar cualquier recuerdo del día anterior y su trato frío y brutal. Se había convertido en algo que simplemente había que aguantar con una sonrisa mientras rezaba para que todo terminara lo más rápido posible.

En la tranquilidad del adormecido cementerio, Ruby recordó la vida antes de Marcus. No era la mejor existencia, pero comparada con esto, la cambiaría sin dudarlo. De verdad que lo haría. Había tantos "y si", tantas cosas que habría hecho de manera diferente. Para empezar, habría prestado atención a cada consejo y escuchado seriamente las advertencias de aquellos que no se habían dejado engañar por él. Pero una cosa era segura, si pudiera cambiar su vida de alguna manera, habría tres cosas que querría mantener exactamente como estaban. Sus dos preciosos hijos y Rosie.

Todo comenzó a cambiar alrededor de la época en que su prima se marchó de casa. Cuando Ruby se bajó del autobús todos aquellos años atrás para encontrar a Rosie sentada en la marquesina, medio congelada con una gran maleta empapada a su lado, una sonrisa valiente en su rostro y una buena historia que contar, no se dio cuenta de que estar parcialmente abandonada por su única y verdadera amiga la obligaría a defenderse por sí misma y cambiar el rumbo de su propia vida. Stella estaba demasiado resacosa para hacer el viaje después de lamentar la prematura y vergonzosa partida de Barry el Pervertido, así que Ruby hizo el viaje sola. De ninguna manera iba a ir a casa de sus tías si Rosie ya no vivía allí, así que en su lugar, pasó el resto del día con su prima.

Se sentaron en la sala de espera de la estación de tren y se comieron toda la caja de bombones que Ruby había comprado para Doreen. No podía creer lo mezquinos que habían sido, pero más que nada admiraba a Rosie por plantarle cara a sus padres y tener el valor de marcharse. Rosie tranquilizó a Ruby diciéndole que se mantendría en contacto y anotó el número de The Fairhaven y la casa de Laura. Había acordado esconderse en casa de su amiga del colegio y partir de ahí. Pasara lo que pasara, nada había cambiado entre ellas dos y una vez que las cosas se calmaran, Rosie le prometió a Ruby que podrían quedar y pasar tiempo juntas.

Anocheceía cuando se despidieron. Ruby se negó rotundamente a dejar que Rosie volviera a salir al frío, asegurándole a su prima que era lo suficientemente mayor como para caminar sola hasta la parada del autobús, así que cuando el tren entró en la estación, se dieron un último abrazo y tomaron caminos separados.

Siguiendo el consejo de Rosie, al día siguiente, Ruby empezó a buscar un trabajo para los sobados. Esto le proporcionaría algo de dinero para recargar el móvil que Rosie iba a comprarle, permitiéndoles así mantenerse en contacto. Además, tener tu propio dinero te hacía independiente y después de lo que le había pasado a Rosie, un fondo de emergencia era vital si alguna vez querías escapar de las garras de tu madre. El destino jugó su papel cuando, de camino a casa desde el instituto la semana siguiente, Ruby vio un cartel en el escaparate de una panadería en las afueras del barrio. Sin perder tiempo, entró y preguntó a la amable señora detrás del mostrador si podía solicitar el trabajo. Como estaba tranquilo, consiguió una entrevista allí mismo y después de asegurarle a Sandra, la dueña, que era responsable y trabajadora, Ruby consiguió empezar ese mismo sábado por la mañana.

A Ruby le encantaba trabajar para Sandra y había muchas ventajas en trabajar en una panadería, especialmente el calor que era muy bienvenido después de una noche en el frío piso. Luego, estaba el bocadillo caliente de beicon (o dos si le apetecía) para desayunar y una empanada y un pastel para comer. Ya fuera fregando cuencos y moldes, batiendo nata o

rellenando empanadas, Ruby ponía su corazón y su alma en su pequeño trabajo porque durante unas preciosas horas estaba libre de la jungla de hormigón y de Stella.

A medida que pasaba el tiempo y Sandra llegaba a conocer a Ruby, pudo extraer fragmentos de información sobre su vida familiar y empezó a sentir lástima por la chica delgada de pelo castaño claro y ojos tristes a juego.

Conocía demasiado bien la reputación de su madre en la zona y había oído algunas historias bastante desagradables sobre el comportamiento de Stella y su lamentable elección de hombres. Teniendo esto en cuenta, Sandra aumentó las horas de Ruby para que trabajara algunas tardes después del instituto y durante las vacaciones. Era una trabajadora incansable, y resultaba obvio por el estado de su uniforme escolar y la ropa que llevaba al trabajo los sábados que el dinero que Stella pudiera tener no se gastaba ciertamente en su hija. Antes de irse a casa por las tardes, Sandra siempre le daba a Ruby una bolsa con algunas cosas, embutidos y magdalenas o un par de empanadas frías, una barra de pan de molde o algo de bizcocho de frutas. Si lo compartía con su madre o no, eso era asunto suyo, pero le daba a Sandra la conciencia tranquila cuando se sentaba a cenar esa noche con sus propias hijas.

El tiempo pasó y transcurrió un año. Ruby iba a hacer sus exámenes de GCSE en verano y durante un tiempo, la vida en casa había sido soportable. Desde el incidente con Barry, Stella había aprendido la lección y mantenía a sus novios alejados del piso, o al menos cuando Ruby estaba por allí. Probablemente por eso, un lluvioso miércoles a la hora de comer, cuando irrumpió en el piso después de que la mandaran a casa del instituto con un virus estomacal, Ruby pilló a su madre y a un tipo de pelo grasiento en una posición comprometida sobre la mesa de la cocina. Ya había pasado la mayor parte de la mañana con la cabeza metida en el váter, pero ver a su madre y a su última conquista, dándole con ganas sobre la mesa de formica, solo le dieron ganas de vomitar de nuevo, por todo el suelo de linóleo sucio.

Con la cara roja y muerta de vergüenza, Ruby entró como una furia en su habitación y dio un portazo, con el asco hacia su madre filtrándose por sus venas y a punto de rezumar por cada poro de su cuerpo. Desesperada por dormir y con suerte borrar las imágenes de su mente, Ruby abrió su cajón para sacar su camisón, y fue entonces cuando notó algo raro. Al no tener orden ni rutina en su vida fuera de los límites de la puerta de su habitación, Ruby siempre se había enorgullecido de su cuarto, por muy escaso y triste que fuera. Y lo más importante, cuidaba las pocas prendas de ropa que poseía y lavaba todo ella misma. Por lo tanto, era fácil notar que la ordenada fila de ropa interior y calcetines había sido alterada y, al abrir rápidamente el cajón de abajo, Ruby encontró el resto de sus pertenencias en el mismo estado. Alguien definitivamente había estado husmeando entre sus cosas.

Corriendo hacia su mesita de noche, abrió de un tirón el cajón superior y supo al instante que había sido invadido. Su corazón dio un vuelco cuando agarró su monedero y abrió la cremallera con cautela. Ruby jadeó al mirar dentro; aún quedaban algunas monedas, pero las veinte libras que había ahorrado habían desaparecido. El pánico ciego se apoderó de ella mientras apartaba la cómoda de la pared y buscaba frenéticamente el sobre que estaba pegado con cinta adhesiva en la parte trasera. El alivio la invadió cuando lo arrancó y vio que estaba intacto y, afortunadamente, aún contenía todos sus ahorros. Mientras su presión arterial comenzaba a volver a la normalidad y su ritmo cardíaco se ralentizaba, apretó el dinero contra su pecho. Este era su fondo de escape y se dio cuenta ahora de lo estúpida que había sido al dejarlo en el piso, así que sin pensarlo dos veces, se lo metió bajo la blusa del uniforme y salió a enfrentarse a su madre.

—¿Ya se ha ido tu amorcito? —Ruby miró fijamente a Stella, que estaba sentada a la mesa de la cocina, fumando y leyendo *The Sun* con indiferencia como si nada hubiera pasado unos

minutos antes. Lo único que Ruby podía pensar era: «Espero que la muy zorra haya limpiado la mesa», mientras se estremecía y observaba a su madre con un desprecio y asco apenas disimulados.

—Sí, se ha ido, no gracias a ti, y de todos modos, ¿qué haces en casa? Deberías estar en el colegio. Espero que no estés haciendo pellas porque lo último que necesito es que la maldita policía de absentismo venga aquí a causar problemas —dijo Ruby.

Stella era tan descarada que hizo que Ruby soltara una carcajada, aunque nada de esto tenía gracia.

—¿Qué quieres decir con no gracias a mí? Para tu información, me han mandado a casa enferma, no es que te importe porque lo único que te interesa es emborracharte y follar, así que no finjas que te importo yo o el colegio. Y por cierto, alguien ha estado en mi habitación y me ha robado veinte libras del monedero. ¿Ha sido ese impresentable o tú? —dijo Ruby temblando de rabia mientras esperaba la respuesta de Stella.

Las palabras que salieron de la boca de su madre quedaron grabadas en su memoria, profundamente arraigadas para el resto de la vida de Ruby. También marcaron el fin de su ya limitada relación, para siempre.

—¡Descarada desagradecida de mierda! No, yo no he robado tu puto dinero y Dave tampoco. Y ya que estamos, estoy harta de no tener vida porque tengo que cuidarte y andar a escondidas mientras estás en el colegio. He desperdiciado mis mejores años atrapada aquí, sirviéndote como una esclava mientras tú me hundías. Bueno, a partir de ahora, si quiero traer a mis novios aquí, lo haré, ¡así que si no te gusta, puedes largarte! —dijo Stella apagando su cigarrillo y mirando fijamente a Ruby—. Y no te pongas a lloriquear, que conmigo no te va a servir. Echaste a perder las cosas con Barry porque te comportas como una fulana, paseándote en camisón haciéndote la dulce e inocente. Seguramente fuiste tú quien le provocó aquella noche, y no al revés, así que si Dave no vuelve será por tu culpa y te arrepentirás, así que lárgate de mi vista. Estoy harta de ver tu cara de santurrona. Venga, fuera de aquí.

Stella estaba blanca de rabia, incluso bajo su rostro arrugado y bronceado artificial que estaba retorcido y lleno de rencor. Sin decir una palabra más, con sus labios marchitos encendió otro cigarrillo y le dio una larga calada, lanzando la cerilla al cenicero rebosante antes de irrumpir en su dormitorio dando un portazo.

Las lágrimas cegaron los ojos de Ruby mientras las palabras de Stella se asentaban en su mente, las punzantes acusaciones le atravesaron el corazón y sus mejillas ardían de vergüenza y conmoción. Incapaz de pensar en otra cosa que hacer o decir, se dio la vuelta, abrió la puerta y caminó en silencio por el descansillo lleno de basura, bajó la sucia escalera y salió a la calle. Ruby no tenía adónde ir. Pensó en ir a la panadería, pero estaba prohibido si estabas enferma por si contagiabas tus gérmenes. Tampoco podía volver al colegio y faltaba una eternidad para que sus amigas terminaran las clases, así que en su lugar caminó sin rumbo hacia el recinto y se sentó en uno de los bancos. Sacando el teléfono del bolsillo, Ruby marcó el único número de su lista de contactos, la persona que sabía que la entendería. Ignorando al anciano que se sentó a su lado para comerse una bolsa de patatas fritas y mientras el nauseabundo olor a grasa y vinagre llegaba hasta ella, llamó a Rosie. Ella sabría qué hacer.

A las cinco de la tarde de ese día, cuando Ruby regresó al piso vacío, tenía una cuenta en correos, dos cerrojos y un candado para su puerta, y un plan. A partir de ahora su sueldo iría directamente a una cuenta de ahorros. Después, iba a pedirle al señor Kenyon que le instalara los cerrojos mientras Stella estuviera en el bingo. En el futuro, cuando Ruby saliera, cerraría su puerta con candado desde fuera y cuando estuviera en casa, podría atrancarse por dentro, por si

Dave o cualquiera que Stella trajera para un polvo rápido intentaba propasarse de nuevo. Y finalmente, iba a sacar las mejores notas posibles en sus GCSE, luego encontraría un trabajo a tiempo completo, ahorraría cada céntimo que ganara y se largaría de la vida de Stella para siempre.

Fiel a su palabra, Ruby empezó a ahorrar con ahínco y le preguntó a Sandra si había alguna posibilidad de que la contratara a tiempo completo cuando dejara el colegio, pero no parecía probable. Su jefa ya le había dado todas las horas y toda la ayuda que podía, así que animó a Ruby a ir a la universidad y aprender un oficio, quizás en hostelería, pero ella se mantuvo firme. La única manera de salir del barrio y de Stella era ganar dinero. Sandra sabía que Rosie estaba atenta por si salía algún puesto en el hotel, pero sintiéndose culpable y desesperada por ayudar a su joven amiga de cualquier manera posible, hizo algunas averiguaciones y finalmente dio en el clavo.

La mejor amiga de su hija mayor trabajaba en Kendal's, los grandes almacenes de lujo de Manchester, y prometió hablar bien de Ruby. El dicho «no es lo que sabes, sino a quién conoces» ciertamente se cumplió. Después de mucha preparación, un corte de pelo elegante y un nuevo conjunto del catálogo de Sandra, Ruby superó sin problemas la entrevista y le ofrecieron un puesto en la sección de ropa de mujer. Debía empezar a jornada completa la semana después de su último examen, así que con cálidos abrazos y promesas de no perder el contacto (y un mar de lágrimas por parte de Sandra), Ruby dejó la panadería y empezó a trabajar en el centro de la ciudad. Era el comienzo de una vida completamente nueva.

RUBY

Ruby ni siquiera se molestó en contarle a Stella sobre su trabajo hasta la noche antes de empezar, ni tampoco sobre los siete GCSE bastante aceptables que había obtenido. Su relación se había deteriorado tanto que apenas se hablaban o se veían. Dave era poco común en el sentido de que realmente tenía su propio piso, así que a veces Stella se quedaba allí, lo que a Ruby le encantaba porque tenía el piso para ella sola. Compraba y cocinaba su propia comida y dejaba dinero para el alquiler y las facturas sobre la mesa cada semana. Lo que Stella hiciera con él era asunto suyo. Cuando los tortolitos estaban en el piso, simplemente se encerraba en su habitación o iba a visitar a alguna de sus amigas del colegio con las que, inevitablemente, tenía menos en común ahora. Era evidente que todo el mundo estaba cambiando y empezando a seguir adelante. Se habían matriculado en la universidad, habían comenzado aprendizajes o, como Ruby, habían encontrado trabajo. Otros no tenían nada que hacer aparte de quedarse en casa, ver basura en la tele todo el día y esperar su próximo cheque del paro.

Para Ruby, el trabajo se convirtió en su lugar favorito. No era el trabajo más apasionante del mundo y pasaba la mayor parte del día sacando montones de ropa no deseada de los probadores y volviéndola a colocar en las perchas, o trabajando en la caja, doblando prendas preciosas que solo podía soñar con llevar. Lo bueno era que hizo nuevos amigos y de vez en cuando podía permitirse ir a comer una pizza o al cine después del trabajo. La ventaja añadida de obtener un descuento para empleados también significaba que, en lugar de ir desaliñada y pasada de moda, por fin podía comprarse algo nuevo de las gamas más baratas de la tienda. Ruby se aferraba rígidamente a su régimen de ahorro, impulsado por su sueño de tener suficiente para una fianza para alquilar un piso. Pasaba muchas horas felices fantaseando con su propio piso mientras descargaba cajas en el almacén.

En una lluviosa tarde de viernes de octubre, estaba de pie en la parada del autobús, soñando despierta y sintiéndose particularmente satisfecha consigo misma. Se aferraba con fuerza a una bolsa que contenía sus nuevos vaqueros y jersey, que habían estado apartados durante mucho tiempo y que ahora, por fin, estaban pagados. Ruby tenía ganas de ponérselos el domingo, era su cumpleaños y un grupo del trabajo iba a ir a jugar a los bolos para celebrarlo. Mientras el autobús avanzaba lentamente hacia la parada, abriéndose paso entre el tráfico de la hora punta, una voz masculina interrumpió sus pensamientos. Ruby dio un respingo, había estado tan distraída con sus pensamientos que no se había dado cuenta del hombre que estaba a su lado.

—Ya era hora. Te apuesto lo que quieras a que dos más darán la vuelta a la esquina, este primero irá lleno y los otros irán vacíos —dijo la figura extendiendo la mano para indicar al autobús que se detuviera, justo cuando otros dos autobuses naranja y blancos aparecieron a lo lejos—. ¿Ves a lo que me refiero? —El joven sonrió al volverse hacia Ruby, aliviado de haber

captado por fin la atención de la chica.

En ese preciso momento, a la madura edad de casi diecisiete años, la órbita de Ruby cambió. Al levantar la vista, vio los ojos marrones más dulces que jamás hubiera podido imaginar, enmarcados por ondas de pelo color arena que se agitaban incontrolablemente con el viento. Mientras el rostro que había pronunciado las palabras esperaba expectante una respuesta, su corazón se saltó un latido y un rubor nervioso se deslizó por su tímido rostro hasta sus mejillas. Recobrando el juicio, Ruby buscó desesperadamente algo que decir, cualquier cosa serviría, así que dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Crees que deberíamos esperar al siguiente entonces? Seguro que no habrá sitio para sentarse en este —y con esa breve frase, su destino quedó sellado.

Dejaron que los demás pasajeros subieran al autobús y cogieron el siguiente, que como esperaban iba casi vacío. Se dirigieron a la planta superior y eligieron un asiento en la parte delantera (solo los chiflados y alborotadores se sentaban atrás) y durante el trayecto de media hora a casa en el tráfico lento, Ruby Moore se enamoró total e inesperadamente de Dylan Hopkins.

Lily comenzó a moverse en su sillita, sacando a Ruby de sus ensoñaciones y devolviéndola a la realidad con un golpe desagradable. Al levantarse para salir, le puso el chupete de nuevo en la boca a su hija, esperando que la calmara y la hiciera dormir un rato más. Mientras regresaba, Ruby no podía sacarse a Dylan de la cabeza. ¿Por qué, cuando las cosas iban mal,  acechaba su conciencia durante el día y atormentaba sus sueños por la noche? Llenar su mente de imágenes y recuerdos que le costaba apartar no le daba consuelo, solo la entristecía. Hacía tiempo que había renunciado a la idea de que él volviera a buscarla o a desear que apareciera para rescatarla del lío en que se había metido. Sin embargo, él siempre lograba colarse en su mente, dejando a su paso un anhelo por el pasado y el año más feliz de toda su vida.

Dylan molaba. Era un hecho. No se parecía a los chavales con los que se juntaba en el instituto. Dylan estaba en un grupo y escuchaba música rock y llevaba el pelo largo, a diferencia de los grupos de chicos bien peinados de la tele. No le importaba si eso le hacía parecer raro o destacar entre la multitud porque se sentía seguro y cómodo consigo mismo y no prestaba atención a lo que hacían los demás. Se tumbaban en su habitación durante horas escuchando música, rodeados de pósteres de Nirvana, R.E.M, Metallica y U2; hasta el día de hoy, cada vez que Ruby oía "I Don't Want to Miss a Thing" de Aerosmith, se transportaba en el tiempo a la habitación de Dylan. Sus brazos la rodeaban mientras yacían sobre su edredón del Manchester City, con el volumen alto mientras memorizaban cada palabra. Era su canción y a veces, incluso ahora, dependiendo de su estado de ánimo, Ruby tenía que apagarla porque la letra era demasiado dolorosa o subir el volumen al máximo y ponerla a todo trapo en el estéreo del coche, en abierto desafío a la vida que ahora llevaba y al hombre con el que tontamente se había casado.

Dylan trabajaba a tiempo parcial en la cafetería de British Home Stores entre sus estudios de bachillerato en el instituto. Tenía una familia normal, una madre amable y ama de casa llamada Yvonne, y un padre sólido y fiable, Trevor, que trabajaba en las plataformas petrolíferas frente a la costa de Escocia. Tenía dos hermanas menores, Lexie y Hannah, de cinco y siete años. Todos se sentaban juntos a cenar cada noche con una comida casera, y allí hablaban sobre su día o se tomaban el pelo y reían. Eso era lo que Ruby más recordaba. Era una casa llena de risas y olores a comida y, sobre todo, siempre era bienvenida a sentarse a la mesa y participar.

Dylan vivía un poco más arriba en Audenshaw, así que las noches que se encontraban en la parada del autobús después del trabajo, hablaban y se cogían de la mano durante todo el camino a casa, aprovechando al máximo sus treinta minutos juntos. Si el City jugaba o había ensayo con

el grupo, se separaban y Ruby volvía al piso, de lo contrario, se quedaba en el autobús y pasaba la tarde con Dylan y su familia. Intentando constantemente no abusar de su bienvenida o estar en medio, Ruby hacía lo posible por ser educada y servicial, sin embargo, no tenía de qué preocuparse. Yvonne reconocía un alma perdida cuando la veía y la tomó bajo su protección, maldiciendo a Stella por su falta de cuidado e interés maternal.

Para alivio de ambas partes, Ruby fue invitada a pasar el día de Navidad con Dylan, dejando así a Stella libre como un pájaro y absuelta de tener que hacer un esfuerzo forzado o una comida decente. Por el poco respeto que le quedaba hacia su madre, Ruby le compró un regalo a Stella y lo dejó sobre la mesa de la cocina antes de salir del piso la mañana de Navidad. Era un frasco de perfume de la tienda y lo había envuelto en papel dorado y atado con un lazo rojo.

Aunque le habían ofrecido quedarse en casa de Dylan en Nochebuena, Ruby había rechazado la invitación, inventándose una excusa sobre que debía hacer un esfuerzo con su madre y no dejarla sola. En realidad, no quería entrometerse. Ruby tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo en la garganta y parpadear para contener las lágrimas mientras miraba alrededor de la cocina desaliñada, llena de latas de cerveza vacías y botellas de Lambrini, todo lo cual Stella y Dave habían consumido ruidosamente la noche anterior mientras ella yacía en la cama detrás de su puerta cerrada con llave. Esa mañana, mientras contaba los minutos para ir a casa de Dylan, Ruby abrió la tarjeta barata y blanda que Stella había dejado en su mesita de noche. Contenía su regalo de Navidad de diez libras. Para colmo, no incluía ningún mensaje ni palabras de amor y buenos deseos, solo un garabato borracho que decía: «de Mamá». Apartando de su mente la tarjeta cutre, Ruby abrió la puerta y cogió sus bolsas, una con algo de ropa y la otra llena de regalos que había elegido con cariño para Dylan y su familia, cerrando intencionadamente con un portazo. Que Stella y Dave se pudrieran, le daba igual. Iba a pasar toda la Navidad y Año Nuevo con una familia de verdad, y pensaba disfrutar cada segundo.

Dylan y su familia pronto se convirtieron en el mundo de Ruby, lo cual fue una suerte, ya que el suyo dentro de la jungla de hormigón empezaba a desmoronarse. Los pisos iban a ser demolidos y los residentes reubicados. Esto significaba que eventualmente tendría que irse con Stella, quien suponía se mudaría con Dave, o encontrar un sitio propio. El señor Kenyon ya se había marchado y ahora vivía en una residencia de ancianos. Últimamente le fallaban las piernas y se negaba a ir con su hija, así que, según él, estaba acomodándose en el Centro de Retiro Los Prados antes de que hubiera un éxodo masivo de ancianos de la urbanización. La mayoría de los pisos estaban siendo tapiados a medida que la gente se iba gradualmente y, inevitablemente, los okupas se habían instalado. El único lado positivo era que hacía a Ruby consciente de que realmente había gente en peor situación que ella, aparte del hecho de que tenía la peor madre del mundo. Dejando sus preocupaciones y su inminente falta de hogar en un segundo plano, Ruby intentó concentrarse en el presente y en estar enamorada.

Llevaba un tiempo acostándose con Dylan y aprovechaban momentos preciosos cuando Yvonne salía de compras, pero aterrada de repetir la historia, Ruby fue a la Clínica de Planificación Familiar y empezó a tomar la píldora, que tomaba religiosamente. De ninguna manera cometería los mismos errores que Stella y traería un hijo al mundo si no podía cuidarlo adecuadamente. Ruby se juró a sí misma que cuando tuviera hijos, estaría en posición de darles todo, incluyendo toneladas de amor incondicional. De lo contrario, acabaría siendo fría, resentida y pobre, como su propia madre.

Dylan era su primer novio de verdad y, aparte de besar a chicos del colegio en aburridas fiestas en casa, él era el único y pensaba que así sería para siempre. La primavera dio paso al verano y Ruby estaba completamente inmersa en la vida familiar de los Hopkins. Había tenido

excursiones a Blackpool, un viaje de acampada a Rhyl en Semana Santa e incluso había ido a Maine Road a ver jugar al Manchester City. Absorbiéndolo todo, se había quedado en las gradas, escuchando los cánticos de los aficionados, el rugido ensordecedor de la multitud cuando salió el equipo, y la emoción y el alboroto que reverberaba por todo el estadio cuando el City marcó. El tío que estaba a su lado la levantó del suelo, envolviéndola en un abrazo de oso, haciéndola sonrojar como una tonta, pero lo que más le impactó fue ser parte de una tribu de desconocidos, unidos por un vínculo común. Fue una de las experiencias más increíbles de su vida. Mirando a Dylan, que estaba absorto en el partido, agradeció a Dios sinceramente por habérselo enviado y pidió que su felicidad y el sentimiento de pertenecer a algún sitio nunca terminaran. Inevitablemente, porque nadie parecía escuchar mucho a Ruby y posiblemente era la persona con peor suerte del mundo, por razones fuera de su control, el final llegó mucho antes de lo esperado.

El plan era que Dylan hiciera sus A levels y continuara sus estudios en Manchester. Quería ser ingeniero y como era inteligente y trabajaba duro, no había razón por la que esto no pudiera hacerse realidad. Como su padre trabajaba fuera, quería estar cerca de su madre, sus hermanas y Ruby, así que para alivio de todos, irse a estudiar a otra universidad no era una opción que siquiera considerara. Con sus exámenes hechos, todo lo que tenía que hacer ahora era esperar sus resultados y luego aceptar su plaza en otoño y todo iría sobre ruedas. Así que en una tarde soleada de julio, mientras Ruby esperaba sola en la parada del autobús, sin esperar tener noticias de Dylan hasta después del ensayo de la banda, se sorprendió cuando recibió un mensaje de él. Le pedía que siguiera en el autobús y fuera directamente a su casa y que se lo explicaría cuando llegara.

Dylan estaba esperando en la parada y en cuanto le vio, supo que algo iba mal, muy mal. Era evidente por sus ojos enrojecidos que había estado llorando y parecía pálido bajo su rostro bronceado. Ingenuamente, había supuesto que debía haber tenido una discusión con uno de los chicos de la banda, por eso se había cancelado el ensayo. Algo le dijo a Ruby que esperara y no hiciera preguntas mientras caminaban en silencio hacia el parque de Ryecroft y se sentaban frente al campo de bolos vacío. Él le sujetaba la mano con fuerza y miraba al frente. A partir de ese día, cada vez que Ruby veía un parque con cuadrados de césped verde, las siguientes palabras horribles y lo que sucedió después volvían a su mente como un torrente.

—Mi madre tiene cáncer. Me lo acaban de decir. Lo saben desde hace unas semanas, pero no querían preocuparme mientras estaba haciendo los exámenes. En fin, tiene que recibir tratamiento y creen que hay muchas posibilidades de que se recupere porque el hospital lo ha detectado pronto. Va a estar mal con la quimio y aunque intentaban aparentar valentía, puedo ver que mi padre está muerto de preocupación —dijo Dylan.

Apretó las manos de Ruby mientras ella oía cómo se le quebraba la voz.

—Ay, Dios, Dylan, lo siento mucho, ¡tu pobre madre! Me había parecido que últimamente estaba cansada, pero no parecía enferma ni nada. Pero esas son buenas noticias, ¿no? Lo han detectado pronto y se pondrá mejor. Estoy segura de que sí. Por favor, no llores, todos podemos ayudarla y yo puedo cuidar de las niñas mientras esté en el hospital. Incluso podría quedarme a dormir y llevarlas al colegio y todo eso. Todo va a salir bien, de verdad que sí —dijo Ruby mientras le rodeaba con sus brazos al oírle sollozar.

—Ruby, escúchame. Eso no es todo, hay algo más —dijo Dylan secándose los ojos y recomponiéndose, tomando sus manos entre las suyas, agarrándolas con fuerza mientras la miraba a los ojos—. Nos mudamos, a Escocia, ya está todo arreglado. Papá quiere estar cerca de ella mientras recibe el tratamiento, pero no puede permitirse dejar su trabajo, y si hay una emergencia, solo estará a un vuelo en helicóptero. Me dijeron que me quedara aquí y fuera a la

universidad, pero no puedo seguir con mi vida cuando me necesitarán más que nunca. Si papá está en la plataforma, debería estar allí para cuidar de mamá y las niñas. Le hemos dado mil vueltas, pero voy a ir con ellos. Solicitaré plaza en una universidad en Escocia, si no, me tomaré un año sabático y buscaré trabajo. Al menos así mamá no se sentirá culpable además de estar enferma. Van a alquilar nuestra casa hasta que sepamos cómo van las cosas. Lo siento, Ruby. He estado dándole vueltas a cómo decírtelo, pero te prometo que esto no nos separará. Puedes venir cuando quieras y con suerte volveremos aquí en cuanto ella esté mejor.

Dylan se secó los ojos, abrumado por la culpa al ver la expresión en el rostro de su novia.

En el mundo de Ruby, el tiempo se había detenido porque durante esos breves segundos, toda la felicidad que conocía se había extinguido con sus palabras. Esa mañana, cuando cogió el autobús para ir al trabajo, su corazón estaba ligero mientras esperaba con ilusión el fin de semana y el viaje en tren con Dylan para visitar a Rosie. El peso de plomo que ahora descansaba en su pecho era tan pesado que pensó que podría dañarle el corazón. Su mente se llenó de imágenes de la despedida, Yvonne con un gotero en el hospital, viajes solitarios en autobús que terminaban en la urbanización, no más cenas de los domingos ni tardes escuchando música en la habitación de Dylan. Su novio la dejaba, el amor de su vida y la familia que nunca había conocido, todos se irían y ella volvería a estar sola.

Ruby nunca sabría cómo sobrevivió las siguientes semanas. Lo único que la mantenía en pie era su amor por Dylan y la familia que había llegado a considerar como propia. Luchando contra el impulso abrumador de suplicar que la llevaran con ellos, el orgullo y el sentido común intervinieron. Ya tenían suficiente con lo que lidiar sin un miembro más en la familia, así que en su lugar les ayudó a empaquetar sus pertenencias para guardarlas, o entretuvo a Lexie y Hannah para que Yvonne pudiera descansar.

Ruby desarrolló una visión de túnel y se centró en ser fuerte y servir de apoyo porque, por una razón u otra, todos tenían el corazón roto y estaban llenos de temor. Se convenció de que si les ayudaba a superar este terrible momento y no armaba escándalo, no la abandonarían. Aseguró a su atormentado corazón que cuanto antes se fueran y Yvonne se recuperara, antes podrían volver a casa y la vida volvería a la normalidad. El día que se despidió y la familia Hopkins partió hacia su casa alquilada en Aberdeen, Dylan y Ruby se aferraron el uno al otro como si les fuera la vida en ello, haciéndose promesas y empapando los hombros del otro con lágrimas. Pero incluso las mejores y más solemnes promesas se rompen y, desgraciadamente, también se rompió el corazón de Ruby.

Durante un tiempo, mantuvieron el contacto. Una llamada telefónica cada noche y cientos de mensajes a la semana mantenían vivo su amor, pero a medida que Yvonne se debilitaba cada vez más y Dylan asumía la presión de la universidad y el cuidado de su madre y hermanas, la distancia que los separaba empezó a abrir grietas que comenzaban a hacerse evidentes. Donde antes había consuelo y alivio al escuchar la voz del otro al final de la línea, ahora sus conversaciones amorosas se veían reemplazadas por tensión y recriminaciones. Ruby hizo un único viaje a Escocia para ver a Dylan.

Fue unos dos meses después de que él se mudara, y la tan esperada semana de ponerse al día y estar juntos resultó ser miserable y una completa decepción. Su hogar, antes feliz y estable, ahora parecía disfuncional y en desorden. La roca que era Yvonne se había vuelto dependiente de otros, principalmente de Dylan, quien luchaba por compaginar la universidad con el cuidado de los niños y una novia necesitada que estaba fuera de onda social e intelectualmente con sus nuevos amigos. En resumen, su vida se había convertido en un acto de malabarismo y no podía manejarlo, así que gradualmente, tal como Ruby siempre había temido, se fueron distanciando

cada vez más. Después de muchas llamadas telefónicas llenas de lágrimas y búsqueda interior, acordaron ser "solo amigos". Era lo mejor, se dijeron a sí mismos, mantendrían el contacto y estarían ahí el uno para el otro al final del teléfono. Aunque aliviaba el dolor y hacía más soportable la pérdida de una extremidad, Ruby sabía en su corazón que todo había terminado y que Dylan podría no volver nunca.

Fort Beswick, como era cariñosamente conocido por todos en la zona, principalmente por la policía, los bomberos, los delincuentes varios y la mayoría desempleada del este de Manchester, estaba a punto de ser demolido y pronto el hogar de Ruby se reduciría a escombros. Aun así, era lo último en su mente mientras yacía en la cama, noche tras noche, lamentando la pérdida de su razón para levantarse por la mañana. Ruby repasaba cada momento que había pasado con Dylan, una y otra vez, hasta que, más a menudo que no, se quedaba dormida llorando. Los sonidos de la urbanización se escuchaban cada vez menos y pronto se volvió inquietantemente silenciosa. Ya no había tantas pisadas, ni sirenas, ni taxis nocturnos. Era un pueblo fantasma y, subconscientemente, Ruby sabía que era hora de marcharse.

La Diosa Fortuna debió de despertar finalmente de un sueño profundo y decidió darle un respiro a Ruby, animando a Martine, del departamento de decoración del hogar, a poner un anuncio de una habitación en alquiler en el tablón de anuncios de la cafetería. Para agilizar las cosas, la Diosa Fortuna se aseguró de que todas las mesas estuvieran llenas excepto la situada justo debajo del mencionado cartel, escrito oportunamente en negrita con bolígrafo rojo y solicitando una "mujer soltera para compartir casa de cuatro habitaciones en Reddish".

En su descanso para comer, aburrida hasta la muerte y sin nadie con quien hablar, Ruby no tenía nada mejor que hacer que leer los carteles y varios anuncios en el tablón de corcho, y con la Diosa Fortuna de su lado por una vez, sus ojos se posaron en la tarjeta blanca. Leyendo y releendo las palabras, destellos de oportunidad y emoción se filtraron en su cerebro, mientras que la esperanza (un sentimiento que pensaba que la había abandonado previamente) la animaba. Estirándose, Ruby desprendió la tarjeta y sin más contemplaciones, dejó su té frío y su sándwich de queso y se dirigió a decoración del hogar en busca de Martine. Iba a asegurarse de tener prioridad en esa habitación.

Durante los siguientes años de su vida, Ruby aprovechó al máximo ser joven, libre y felizmente soltera. Compartir casa con tres chicas fiesteras de ideas afines significó que pensaba menos en Dylan y su corazón finalmente sanó. La cicatriz permanecía, pero era menos visible. Todas trabajaban y se divertían intensamente, intercambiaban zapatos y ropa, comían muy poco (para poder comprar más zapatos y ropa), bebían mucho de lo que estuviera en oferta en el supermercado, tenían aventuras de una noche y líos fugaces, iban de fiesta hasta la madrugada y lo dormían al día siguiente. Entre todo esto, Dylan y Ruby mantuvieron el contacto a través de tarjetas corteses y algún que otro mensaje de texto protocolario, pero ambos sabían la inevitable verdad: habían seguido adelante.

Afortunadamente, Yvonne se recuperó, pero la familia decidió quedarse en Aberdeen y vendió la casa en Manchester, sellando muchos destinos y echando por tierra cualquier esperanza restante de reconciliación. Stella se fue a vivir con Dave y luego se marchó directamente cuando conoció a Ricky, el gerente de Argos donde finalmente consiguió trabajo. Él tenía un bungalow en Bolton y una caravana en Morecambe, así que en lo que a Stella respectaba, había dado con oro. Demasiada agua turbia había pasado bajo el puente para que Ruby estuviera interesada o se preocupara por lo que su madre hacía, así que siguió con su vida y la vivía plenamente satisfecha. Hasta el día en que conoció a Marcus.

RUBY 2010

Ruby cargaba los platos del desayuno en el lavavajillas mientras Lily jugaba con sus juguetes en el suelo de la cocina. Eran solo las 10:30 de la mañana y ya se sentía emocionalmente agotada. La preparación de la cena de la noche anterior y los sucesos que siguieron en el dormitorio estaban pasando factura. Le dolía todo el cuerpo y tenía moratones por dentro y por fuera. Estremeciéndose ante el recuerdo, metió el mantel manchado de chocolate y café en la lavadora y empezó a limpiar las encimeras de mármol. Su mente estaba plagada de instantáneas del pasado, tantas imágenes en blanco y negro de una chica tonta que debería haber sido más sensata y seguir su cabeza, no su débil corazón. Más importante aún, mientras su mundo todavía estaba lleno de color, debería haber prestado atención a las insinuaciones y observaciones de sus amigos preocupados. Mientras pensaba en aquel fatídico día en que conoció a Marcus, Ruby se preguntó, no por primera vez, cómo habría sido su vida si se hubiera mantenido firme y hubiera dejado la cabeza bajo el edredón.

Martine había pasado la última hora intentando convencer a Ruby de que saliera del calor de su cama y se adentrara en la bruma de septiembre para una noche en la ciudad.

—Venga, Ruby, será divertido. Este tío está forrado y es en un bar muy elegante. No tendremos que pagar nada excepto el taxi de vuelta, a menos que yo tenga suerte, entonces me quedaré en el Midland y tú podrás volver andando. Vamos, no seas sosa —dijo Martine mientras saltaba sobre la cama e intentaba quitarle el edredón de la cabeza a Ruby, decidida a hacerle cambiar de opinión.

—Déjame en paz, Martine. Estoy agotada. Me pasé anoche, así que estoy sin blanca hasta que cobre. Y no tengo nada que ponerme. Pídele a Jackie o a Kay que vayan, yo me quedo aquí —dijo Ruby, que esperaba con ansias un baño caliente, un bocadillo de beicon y acostarse temprano.

—Por favor, Ruby. Jackie sigue con la cabeza metida en el váter y Kay se ha ido al gimnasio. Mira, yo pago el autobús a la ciudad y el taxi de vuelta. Solo bromeaba, no te abandonaré por muy guapo que sea. Habrá champán todo el rato y puede que hasta nos invite a cenar, eso es mucho mejor que un bocata de beicon —Martine hizo una pausa y le dio su mejor golpe—. Incluso te dejaré que te pongas mi vestido rojo y los zapatos a juego. Venga, sabes que quieres, ¿así que deja de hacerte la dura! —dijo Martine mientras le hacía cosquillas a Ruby a través del edredón, usando tácticas de molestia como su última estratagema.

—Así que... ¿puedo ponerme el vestido rojo y tú pagas el taxi? —Ruby asomó su cabeza despeinada y su cara manchada de rímel de debajo de las sábanas—. Si este sitio es una porquería, te arrepentirás, y más vale que coma algo porque me muero de hambre —dijo Ruby frunciendo el ceño a Martine para hacerle saber que estaría en problemas si resultaba ser una

pérdida de tiempo.

—Palabra de scout. Estaba tirando el dinero cuando vino a comprar un jarrón de cristal para su madre y sé que se aloja en el Midland porque lo hice envolver para regalo y se lo mandé allí. Me invitó a mí y a una amiga a unos cócteles de champán, así que será muy elegante, ¿cuántas más pistas necesitas, señorita Marple? Está forrado, así que espabila y vámonos.

Martine, como de costumbre, acertó porque el bar era realmente exclusivo y cuando llegaron, el champán fluía libremente. Nate las vio casi en cuanto entraron en la sala y se pegó a Martine como una lapa, lo que no sorprendió a Ruby, ya que su amiga de pelo negro y labios carmesí era lo bastante llamativa con su uniforme de Kendal's, pero cuando se arreglaba con uno de sus vestidos ceñidos para ligar, ningún hombre podía resistirse. Ruby no se quedaba atrás con el vestido rojo de estilo años cuarenta de Martine, su pelo rubio recogido en un moño alto. Definitivamente parecía la más sofisticada de las dos y atraía bastantes miradas de admiración del grupo de hombres de negocios ebrios que holgazaneaban en los sofás de cuero.

Sorbiendo su champán mientras observaba a la gente, intentando no mirar fijamente mientras la mano de Nate se familiarizaba con el trasero de Martine, Ruby estaba disfrutando de la opulencia de su entorno cuando se le unió en el chéster otra figura trajeada. No se giró para mirar, pero por el rabillo del ojo se dio cuenta de las largas piernas, estiradas frente a él, y el olor a limón de su aftershave. Haciéndose la interesante, siguió bebiendo y observando, escuchando la música de jazz que sonaba suavemente de fondo. Finalmente, ganó el juego de la espera y él habló primero.

—Veo que tu amiga ha conocido a Nate. Espero que no se ofenda fácilmente porque puede ser bastante atrevido cuando se lanza.

Las palabras fueron pronunciadas suavemente al oído de Ruby, no exactamente un susurro, pero lo suficientemente suave como para que se le erizara el vello de la nuca, y luego cedió al impulso de mirarlo.

Ruby giró la cabeza y quedó cautivada por el hombre sentado a su lado. Casi podía respirar su aroma, estaba tan cerca, mirándola intensamente con sus ojos oscuros. Su pelo negro corto estaba cuidadosamente peinado hacia atrás, pero el flequillo le caía de vez en cuando mientras hablaba, dándole un aspecto juvenil por un instante. Encontrando su voz, que decidió que debería ser la correctamente articulada que usaba en el trabajo mientras atendía a las señoras que almorzaban, Ruby le dedicó una de sus mejores sonrisas de atención al cliente antes de responder.

—Te aseguro que Martine es más que capaz de lidiar con tu amigo. De hecho, puede que sea él quien necesite que lo rescaten al final de la noche. Puede ser una auténtica depredadora cuando se lo propone —dijo Ruby sonriendo y haciendo un delicado gesto con los dedos en dirección a Martine, quien le devolvió un guiño coqueto.

—Mmm, puede que tengas razón. ¿Te apetece más champán? Veo que tu copa está casi vacía. Toma, bebe esto y pediré otra botella, si te parece bien —dijo él, esperando educadamente su respuesta antes de pedir.

Mientras ambos vigilaban de reojo el comportamiento de sus respectivos amigos, Ruby y Marcus Cole (como finalmente se había presentado) pasaron la noche inmersos en la conversación. Una vez que la botella de champán se vació, él sugirió que fueran a comer algo, de lo contrario estarían demasiado borrachos para hablar y él quería saberlo todo sobre ella. Halagada y casi muerta de hambre, aceptó, así que dejaron a Martine y Nate a su aire y caminaron la corta distancia hasta el restaurante italiano favorito de Marcus en Deansgate.

Era interesante y divertido, autocrítico y atento. Ruby, por su parte, hizo todo lo posible para

que trabajar en la sección de ropa de mujer sonara como el mejor trabajo del mundo, mientras que interiormente se preocupaba por su falta de abolengo y sus humildes orígenes. Para su sorpresa, y porque él parecía genuinamente interesado en todo sobre ella, en lugar de pasar por alto las obvias diferencias entre ellos, Ruby se abrió y fue parcialmente sincera sobre su pasado. Marcus estaba fascinado por sus raíces obreras. Confesó que nunca había visitado el este de Manchester y, aunque ella pintó una versión ligeramente menos vívida de su relación con Stella y las razones de su distanciamiento, él se mostró genuinamente comprensivo con su situación y su pequeño círculo familiar. Él, a su vez, tenía una historia completamente diferente que contar.

Era el director general de la empresa familiar que importaba ropa de todo tipo de todas partes del mundo, que luego se vendía en catálogos y grandes almacenes de todo el Reino Unido. Su trabajo lo llevaba a lugares remotos del globo, Tailandia, Hong Kong, Turquía, Malasia, y a menudo estaba fuera del país, reuniéndose tanto con compradores como con fabricantes. Su padre había fallecido hacía muchos años, dejando solo a su madre, que vivía en Prestbury en la casa familiar, que naturalmente algún día sería suya. Por el momento, vivía en un apartamento tipo loft junto a los muelles, ya que era más conveniente para sus oficinas en el centro de Manchester.

Ruby estaba impresionada por todo lo relacionado con Marcus, aunque intentaba desesperadamente no mostrarlo. No se deshacía en elogios ni hacía zalamerías, ni decía "guau" ni soltaba risitas, en su lugar, hacía preguntas interesantes sobre los lugares que visitaba o las prendas que producían, en lugar de aludir de alguna manera a su riqueza. Él la acompañó a casa esa noche e insistió en pagar el taxi. Marcus se comportó como un perfecto caballero cuando la besó suavemente en la mejilla antes de preguntar si podía volver a verla lo antes posible, a lo que ella naturalmente accedió. Y así fue, su destino estaba una vez más sellado.

La vida de Ruby ascendió rápidamente a un mundo que ni siquiera sabía que existía. A pocos kilómetros del centro de la ciudad donde trabajaba y se divertía, había personas que orbitaban en un universo completamente diferente. Lo había vislumbrado brevemente durante las visitas de fin de semana para ver a Rosie en The Fairhaven, pero observar a los fabulosamente ricos huéspedes del hotel con sus coches de lujo era completamente diferente a codearse con ellos regularmente. Marcus era implacable en lo que concernía a Ruby y pronto monopolizó cada momento de vigilia. Ramos de hermosas flores llegaban con frecuencia al trabajo, provocando la envidia de las otras chicas. La recogía al final de su turno siempre que podía y la llevaba a un restaurante o de vuelta a su apartamento, donde cocinaba para ella. Había fines de semana de lujo en hermosos hoteles y fiestas en el club de golf o en las casas de sus amigos adinerados.

Marcus era extremadamente popular entre todos sus conocidos, hombres y mujeres, y Ruby no había pasado por alto que, de vez en cuando, recibía miradas gélidas y despectivas de mujeres hermosas que sospechaba eran ex amantes. A pesar de esto, cuando estaban juntos, él solo tenía ojos para ella y la hacía sentir como si fuera la persona más importante de la sala. Todo iba de maravilla hasta que anunció que le gustaría que conociera a su madre y, peor aún, estaban invitados a almorzar el domingo siguiente. Después de aceptar educadamente, Ruby entró directamente en modo pánico, para diversión de sus compañeras de piso, que se burlaban de ella sin piedad, agobiándola con sus profecías de anillos de compromiso y bodas de la alta sociedad de Cheshire.

—Eso es, Ruby. Antes de que te des cuenta, estarás caminando hacia el altar y trayendo al mundo a los próximos Tarquins y Tabithas para la dinastía Cole. Ya te veo en tu Range Rover y tus vaqueros Ralph Lauren, yendo a tomar un almuerzo con las esposas de los futbolistas, y después de un par de copas de Chablis, volverás volando a casa para decirle al chef lo que

quieres para cenar. Espero que no te olvides de tus pobres y leales amigas de los barrios bajos —dijo Martine mientras sorbía su café de la taza para darle un efecto teatral.

—¡Anda ya, Martine! Es solo un almuerzo dominical, por Dios. Cualquiera pensaría que voy a conocer a la Reina por la forma en que hablas. Además, tú has ido a casa de montones de tíos para conocer a su madre, ¿me oyes reírme de ti? Pero ahora veo por qué no te volvieron a invitar si es así como bebes tu café, y quita los pies de la mesa, guarra —dijo Ruby mientras registraba los armarios de sus compañeras de piso, tratando desesperadamente de encontrar algo adecuado para la temida ocasión.

No podía comprarse otro conjunto en el trabajo, ni en ningún otro sitio. Durante los últimos tres meses había gastado cada céntimo que le sobraba en hacerse presentable y ahora estaba totalmente sin blanca. Si era sincera, Ruby ni siquiera quería conocer a la madre de Marcus. Las cosas estaban bien tal como estaban y, en lo que respecta a relacionarse con las familias de otras personas, ya había aprendido la lección por las malas. Ruby estaba convencida de que este encuentro era solo una formalidad, por cortesía y respeto a su madre, no algo que ella fomentaría o anhelaría. Mientras hiciera feliz a Marcus, eso era todo lo que importaba. Nunca más bajaría la guardia ni se acercaría a la familia de nadie, ya había tenido suficiente decepción en ese aspecto.

Por esa razón, y era una verdadera lástima, Ruby desperdició toda la noche del jueves y los dos días siguientes preocupándose por conocer a la madre de Marcus. A pesar de sus preparativos y sus intentos de causar una buena impresión, cuando partieron en el coche de él después del coñac y los caramelos de menta, era bastante evidente que Olivia no soportaba a Ruby, que no fomentaría ningún tipo de contacto y que, además, no veía la hora de echarla de la casa. Afortunadamente, el sentimiento era mutuo.

Antes, cuando se desviaron de la carretera principal flanqueada por elegantes mansiones y propiedades con verjas hacia un amplio patio de grava lo suficientemente grande como para albergar al menos cuatro casas independientes, Ruby contuvo el aliento maravillada ante la casa familiar de Marcus. Era una enorme construcción de los años 20, con grandes ventanas cuadradas cuyo cristal brillaba bajo el sol. Los altos gabletes curvos en cada extremo le daban a la casa una apariencia de castillo, con grandes puertas dobles blancas situadas en el centro, sostenidas por pilares de mármol gris a ambos lados del impresionante lema familiar, tallado en la piedra de arriba. Quizás Martine tenía razón, pensó Ruby nerviosamente mientras cogía su regalo, se alisaba la falda y comprobaba su aspecto en el espejo. Puede que la Reina viviera aquí después de todo. Percibiendo su nerviosismo, Marcus le cogió la mano mientras se acercaban a la puerta principal, que se abrió de golpe antes de que tuvieran la oportunidad de tocar el timbre. Ante ellos estaba Olivia, menuda y curvilínea, custodiando la entrada con un traje de lana malva, perfectamente cortado y complementado con un broche de perlas. Sus zapatos perfectamente pulidos rezumaban clase y mostraban unas piernas tonificadas, enfundadas en lo que Ruby estaba segura que eran medias de pura seda. Su cabello estaba perfectamente peinado y apartado de su rostro en suaves ondas de plata real, el maquillaje aplicado con precisión era de buen gusto y disimulaba bien su edad, que Ruby calculó que rondaba los cincuenta y tantos. Hubo una pausa, no del todo un silencio incómodo, y luego habló.

—Ruby, encantada de conocerte. Pasa, por favor —dijo mientras su fría y delicada mano estrechaba la de Ruby con firmeza, aceptando graciosamente los bombones envueltos para regalo antes de continuar—. Marcus me ha hablado mucho de ti. Ven, deja que coja tu abrigo y luego pasaremos al salón a tomar una copa antes del almuerzo.

Olivia colgó el abrigo de Ruby en el perchero de madera antes de darse la vuelta. Había algo

elegante en su forma de caminar que le indicó a su joven invitada que había recibido clases de protocolo; casi se deslizaba. Se dirigieron a una sala bellamente decorada en amarillo pálido, amueblada con gusto con antigüedades y pinturas al óleo donde, con un fluido movimiento de su mano, indicó a Ruby que se sentara en un sillón de respaldo alto de terciopelo gris. Estaba estratégicamente colocado a un lado de una ornamentada chimenea de mármol blanco que estaba adornada a lo largo de su repisa con un homenaje fotográfico a su hijo. A Ruby le pareció un altar, engalanado con imágenes de Marcus el Dios, a través de las edades.

Aceptando una ginebra con tónica de Marcus, que ahora hacía de camarero, Olivia se sentó enfrente en un sillón idéntico. Charlaron sobre el tiempo, el césped anegado, el viaje hasta allí, su club de backgammon y bridge que organizaba todos los miércoles, y el sermón que su amigo, el vicario, había dado esa mañana en la iglesia. La conversación se prolongó y prolongó con algunas preguntas educadas lanzadas en dirección a Ruby, solo para mantenerla en el tema, cortesías realmente sobre cómo disfrutaba de su trabajo y si viajaba mucho para llegar allí. Nada demasiado intrusivo o difícil, pero aparte de eso, era principalmente el espectáculo de Marcus y Olivia.

Finalmente, el ama de llaves, la señora Wallace, interrumpió un tedioso monólogo sobre el Baile de Navidad del Club Conservador para informarles de que el almuerzo estaba listo. Una vez más, Olivia indicó con un gesto que Ruby debía levantarse y la siguieron obedientemente hasta el comedor. El almuerzo fue soportable gracias a que Olivia era una anfitriona hábil y experimentada, experta en asegurarse de que su invitada tuviera todo lo que necesitaba y disfrutara de la comida. Aparte de eso, Ruby no sintió ni un ápice de calidez o interés genuino fluir a lo largo de la pulida mesa de caoba en su dirección. Olivia no fue grosera ni desairó a Ruby de ninguna manera, pero tampoco fue amable o acogedora. ¿Cómo podía Marcus estar emparentado con este témpano de hielo? Él era tan cariñoso y generoso, tan lleno de diversión y calidez. Tal vez fuera adoptado, pensó Ruby mientras cortaba desganadamente su tarta de manzana.

Eventualmente, y no antes de tiempo, el suplicio de Ruby llegó a su fin. Marcus parecía ajeno al hecho de que las dos mujeres con las que acababa de almorzar parecían igualmente aliviadas de despedirse, pero para Ruby estaba claro que Olivia simplemente había cumplido con el trámite y probablemente deseaba que se fuera. Al menos no había quedado en mal lugar ni había avergonzado al este de Manchester y había aguantado el tipo con una de las mejores de Cheshire.

—Bueno, eso ha ido bien. ¿Lo has pasado bien? Creo que has causado buena impresión a mi madre. Parece que le has caído bien desde el principio. Y la señora Wallace siempre prepara un banquete maravilloso. Esa tarta de manzana ha sido un triunfo, ¿no crees? —dijo Marcus, ajeno a la falta de entusiasmo de su pasajera mientras aceleraba por los caminos rurales, ansioso por llevarla de vuelta al piso para una noche de pasión.

—Sí, ha sido encantador, Marcus, y tu madre también. Me alegro de que creas que le he caído bien, y por cierto, tu casa es preciosa. Lo he pasado muy bien —mientras decía estas palabras, Ruby sabía que la mayoría de ellas eran falsas. Una sensación de desánimo se instaló en sus huesos, la inquietud se hizo notar y cuando llegó al piso, la duda y la baja autoestima le decían que se preparara para lo peor.

La semana siguiente, y para sorpresa de Ruby, las malas vibraciones que recibió de Olivia no parecían haber calado en Marcus y él seguía tan entusiasmado como siempre. Los días previos a la Navidad fueron una ronda constante de cócteles, cenas y veladas íntimas para dos, así que habiendo logrado apartar a Olivia de su mente, se vio pillada por sorpresa cuando Marcus la

invitó a pasar las fiestas con él y su madre en la casa familiar.

Ruby se quedó atónita, por decir lo menos. Preguntó si la invitación venía directamente de Olivia y si no sería una intrusión tener a una virtual desconocida alojada durante las fiestas. No le sorprendió en absoluto saber que había sido idea de él, pero que su madre estaba encantada y que Ruby sería más que bienvenida a unirse a ellos. Sin embargo, Ruby no tenía ninguna intención de aceptar su oferta y, por suerte, tenía una excusa ya preparada.

—Marcus, es una idea encantadora. Sería maravilloso ir a casa de tu madre, pero ya tengo planes. Creo que te he mencionado que siempre paso la Navidad con Rosie y lo he hecho durante los últimos cuatro años. Es una especie de tradición y no podría fallarle. Siempre ha sido tan buena conmigo y es la única familia cercana que me queda, en realidad —dijo Ruby dando un sorbo a su vino y notó un destello de molestia en el rostro de Marcus, aunque se recuperó rápidamente y puso su mano sobre la de ella.

—Cariño, qué tonto soy. Claro que lo recuerdo, pero solo quería asegurarme de que tuvieras algún sitio donde ir. Me disgustaría pensar que estás sola en Navidad, así que no hay problema. ¿Qué tal para Nochevieja? Mi madre organiza una fiesta fabulosa, quizás podrías venir a esa —dijo Marcus desplegando su encanto con una de sus miradas sexys, intensas y directas a los ojos.

Dio en el blanco de su corazón y Ruby no pudo resistirse.

—Por supuesto que iré. Y por favor, agradéceselo a tu madre de mi parte. Lo esperaré con ilusión. Ahora tendré que encontrar algo suficientemente glamuroso para ponerme en esta fiesta. No quiero decepcionarte —dijo Ruby esperando que su pequeña actuación fuera convincente, ya que el último lugar donde quería estar era en compañía de Olivia y bajo su gélido escrutinio durante días. Y no solo eso, ¿qué demonios se pondría?

—Ruby, nunca me decepcionas y en cuanto a algo glamuroso, déjame invitarte. Quiero que todos en la fiesta estén celosos porque estás conmigo. Iremos de compras este fin de semana y no escatimaremos en gastos, te lo mereces —dijo Marcus sonriendo y pidiendo otra botella de vino. Había cerrado el trato y conseguido lo que quería.

Ruby, sin embargo, no era consciente de que esto era meramente la fase de calentamiento de un plan cuidadosamente elaborado. A largo plazo, Marcus tenía toda la intención de reclamar a la joven inocente que tenía delante, luego tomar el control total de su inversión y hacer muy buen uso de su recién adquirido activo.

Todo iba bien durante la estancia de Ruby en casa de Olivia, principalmente porque habían logrado mantenerse fuera del camino de la otra. Olivia se levantaba temprano y daba largos paseos con sus perros, dos enormes labradores negros llamados Bertie y Boris. Para cuando Ruby y Marcus finalmente se despertaban, podían desayunar solos. Afortunadamente, solo usaban la casa como base y pasaban sus días de compras o almorzando en uno de los muchos pubs rurales repartidos por la zona. Se quedarían hasta el dos de enero y Ruby había sido persuadida por Marcus para reservar dos semanas libres del trabajo. No había caído bien, ya que se perdería las rebajas, pero como rara vez iba a algún sitio, su jefa benevolentemente e inesperadamente cedió. El cambio de opinión de la severa jefa de Ruby se debió principalmente a la experimentada persuasión de Marcus, quien telefoneó para pedir un favor especial, sin mencionar la bonificación adicional de entradas para el teatro y el ramo semi-anónimo de rosas blancas que se entregó en la oficina de la sección de ropa de señora.

Llegó la Nochevieja y Marcus de repente recordó que tenía que salir a hacer un recado e insistió en que Ruby esperara en la casa y se relajara. Aburrida como una ostra, buscó a la señora Wallace para preguntarle si podía usar la cocina para hacer una taza de té, sintiéndose aún como una extraña, no quería entrometerse en el dominio del ama de llaves. Cuando Ruby asomó la

cabeza por la puerta, encontró a la señora Wallace ocupada preparando canapés para esa noche. Parecía una señora encantadora y siempre le dedicaba a Ruby una sonrisa alentadora cuando servía la cena o si se cruzaban en algún lugar de la casa.

—¿Le importaría si hago un poco de té, señora Wallace? No me interpondré en su camino. ¿Le apetece uno a usted también?

El ama de llaves levantó la vista de su tarea y sonrió agradecida.

—Oh, eso sería estupendo, querida Ruby, y hay unas galletas deliciosas en la lata. Creo que le daré un descanso a mis dedos y los pondré a buen uso con un trozo de mantecado. Venga, vamos a darnos un capricho —dijo la señora Wallace mientras se limpiaba las manos y se acercaba a la lata de galletas para llevarla a la mesa, dejándose caer en la silla, esperando su taza de té.

Observó contenta cómo la bonita joven de largo pelo rubio se afanaba con tazas y platos. Ruby era tan diferente de las otras mujeres que el señor Cole solía traer a casa. No iba excesivamente maquillada ni era molestamente confiada, ni llevaba ropa y joyas de diseñador ni conducía un coche deportivo comprado con el dinero de papá. Siempre había habido un patrón común en sus conquistas anteriores, pero esta vez había roto con la tradición y había encontrado a alguien con un poco de clase, que además parecía una persona encantadora. El único problema era que, por lo que había observado, a la señora Cole no parecía gustarle demasiado la elección de novia de su hijo, lo cual era una verdadera lástima.

—Estos canapés tienen una pinta estupenda, señora Wallace. Es usted muy hábil. Quizás pueda enseñarme cómo hacerlos. No sabría ni por dónde empezar. ¿Cree que podría intentarlo ahora y ayudarle a prepararse para la fiesta? —dijo Ruby, harta de leer y deambular por una casa vacía.

—Por supuesto que puedes, querida, y tengo unos volovanes que necesitan rellenarse, así que podemos ocuparnos de esos después. Será agradable tener compañía, pero no hay prisa, terminemos primero este mantecado —dijo la señora Wallace con una sonrisa mientras deslizaba la lata de galletas hacia su invitada, quien le devolvió el gesto.

Sintiéndose relajada por primera vez en días, Ruby se puso manos a la obra.

La fiesta era todo lo que Marcus había descrito y más. La alta sociedad de Prestbury llegaba en sus coches de lujo para mezclarse, beber champán y degustar un suntuoso bufé preparado por la señora Wallace. Ruby fue presentada a todos mientras Marcus la guiaba por la sala, deleitándose con los numerosos cumplidos que recibía. El hermoso vestido que él había elegido personalmente le daba la confianza que tanto necesitaba; su corpiño de color ostra, con lentejuelas y cristales bordados, resaltaba su largo cuello y sus hombros estilizados, y luego caía elegantemente hasta el suelo en un remolino de gasa negra transparente. Ruby casi se desmayó cuando vio la etiqueta del precio de más de mil libras, pero él insistió en que lo tuviera. Después de su sesión de compras, que incluyó la adquisición de zapatos y una delicada pulsera para complementar su vestido, la llevaron a hacerse un cambio de imagen y le dieron un aspecto fresco y radiante, uno que Marcus dijo que prefería, ya que las mujeres demasiado maquilladas le parecían un completo desacierto. Su pelo estaba recogido en una coleta lisa, sujeta por una simple banda de cuentas a juego con su vestido, y combinado con su maquillaje discreto y su impresionante vestido, Ruby parecía recién salida de la portada de una revista. Una imagen perfectamente reproducida de elegancia y estilo. Justo como le gustaba a Marcus.

Mientras daba un sorbo a su bebida, Ruby se sentía bastante satisfecha consigo misma, recordando una conversación que había tenido con Martine, quien tenía otras ideas sobre la incipiente relación de su amiga, al igual que Kay y Jackie. Habían decidido hablar con Ruby

cuando se enteraron de que no iba a salir de fiesta con ellas en Nochevieja. Todo el mundo estaba un poco harto de la falta de lealtad de su compañera de piso.

—Hay que reconocérselo a Marcus, Ruby, sabe cómo impresionar, pero si no tienes cuidado, te tendrá comiendo de su mano y a su disposición antes de que te des cuenta. Ya está a medio camino. Apenas te hemos visto durante las Navidades y ya nunca estás en casa. Creo que ni te darías cuenta si alquiláramos tu habitación —dijo Martine con expresión enfurruñada, y pronto recibió el apoyo de Kay.

—En serio, Ruby, nos alegramos mucho por ti y todo eso, pero es como si se hubiera apoderado de tu vida. Te echamos de menos y lo único que decimos es que necesitas tomarte un descanso de él, un par de noches a la semana por lo menos. E intenta recordar quién eres en realidad, y a tus amigas también.

Ruby puso los ojos en blanco y se dijo a sí misma que eran los celos los que hablaban.

Entonces Jackie intervino:

—No es solo tu vida de la que se está apoderando, está cambiando hasta tu forma de vestir y de hablar. Sé que no es algo tan malo porque trabajas de cara al público, pero es como si te estuviera moldeando según su idea de novia perfecta. Si no tienes cuidado, acabarás siendo una esposa de Stepford.

Ruby se limitó a negar con la cabeza y se rió, optando por ignorar la mirada de profunda preocupación y seriedad en el rostro de su amiga. Tantas veces en el futuro, volvería a aquella noche de martes en la casa y, en lugar de hacer caso omiso de sus preocupaciones, se habría sentado a escuchar los buenos consejos y habría prestado atención a las advertencias eruditas. Pero estaba enamorada del hombre más amable, generoso y guapo de Manchester. Nada, ni siquiera sus amigas más cercanas, iba a estropear su felicidad esta vez.

Ruby no lograba encontrar a Marcus por ninguna parte. Se acercaba la medianoche y quería estar a su lado cuando el reloj marcara las doce. El único lugar donde no había buscado era la cocina, que es exactamente donde lo encontró, en plena discusión acalorada con Olivia. Conteniendo la respiración, Ruby se quedó al otro lado de la puerta en la oscuridad del pasillo, escuchando a escondidas su conversación.

—Madre, esto es ridículo. No voy a escuchar ni una palabra más. Ya no puedes decirme qué hacer, ¡no soy un crío!

Ruby pudo notar la ira en su voz, lo cual ya era toda una revelación.

—Marcus, tanto tú como yo sabemos muy bien que incluso cuando eras pequeño tenía poca influencia sobre lo que hacías, pero esta vez me vas a escuchar. Estoy decidida a que no le pidas matrimonio a Ruby, ¿me oyes? Ella no es para ti y por mi vida que no puedo entender qué ves en ella. No es tu tipo y estás cometiendo un error enorme.

Ruby contuvo la respiración bruscamente. «¡Dios mío, va a pedirme matrimonio!» Su mente se volvió loca ante la idea y su corazón latía con fuerza en su pecho mientras seguía escuchando.

—No tienes ni idea de cuál es mi tipo, madre, y francamente, no es asunto tuyo. Deja de ser una esnob y déjame tomar mis propias decisiones. Fuiste tú quien me dijo que pusiera en orden mi vida y planificara el futuro, así que aquí estoy, siguiendo tu consejo por una vez —esta vez, había un tono de sarcasmo y un toque de burla en su voz.

—No te atrevas a llamarme esnob, Marcus. No soy nada de eso y lo sabes, pero todo esto va demasiado rápido y acabará en lágrimas, ya verás.

Ruby podía sentir la furia en la voz de Olivia, casi sonaba como si estuviera perdiendo el control. Al oír pasos detrás de ella, Ruby se escabulló más allá por el pasillo y se escondió en el hueco de otra puerta, protegida por un gran armario. Entonces oyó a Henry, uno de los invitados

de Olivia, llamándola.

—Olivia, aquí estás. Vamos, querida, es casi medianoche y todos estamos esperando. Te he estado buscando por todas partes. ¿Está todo bien? Pareces bastante alterada —Henry se había detenido en el pasillo, manteniendo abierta la puerta de la cocina y proyectando luz sobre las baldosas de mármol del suelo.

Ruby rezó para que nadie la viera, sería demasiado humillante. Marcus habló a continuación.

—Todo está perfectamente, Henry, muchas gracias. Ya íbamos de camino. Nos vemos en un momento, madre. Voy a buscar a Ruby, si me lo permites, claro.

Ruby oyó sus pasos mientras se marchaba, seguido inmediatamente por Olivia y Henry. No podía oír lo que murmuraban, pero sabía que sería sobre ella. Bueno, entonces era oficial. Olivia la odiaba y había hecho todo lo posible para evitar que Marcus le propusiera matrimonio. Ahora todo dependía de él. Lo único que podía hacer era esperar hasta medianoche para ver si tenía el valor de ir en contra de los deseos de su madre y, al hacerlo, convertir a Ruby en la mujer más feliz del mundo.

Ruby yacía de lado, mirando por la ventana mientras las nubes pasaban frente a la luna del día de Año Nuevo. Eran las tres de la madrugada y no podía dormir. Su mente no dejaba de repasar los acontecimientos de la noche mientras parpadeaba para contener las lágrimas e intentaba acallar la sensación de fatalidad inminente. ¡Olivia había ganado! No hubo propuesta cuando el reloj marcó las doce y una serie de fuegos artificiales surcaron el cielo mientras se intercambiaban besos y el champán corría. Sin embargo, por un segundo, Ruby pensó que había triunfado cuando Marcus la tomó de la mano y la llevó a la biblioteca. Mientras estaban junto a las puertas del patio en la tranquila habitación rodeada de libros, los únicos sonidos que podían oír eran los chillidos y estallidos de los espectáculos multicolores que explotaban en el cielo negro como la tinta. Diciéndole que tenía una pequeña sorpresa, Marcus metió la mano en el bolsillo y su corazón exultante latió de pura alegría, hasta que sacó un largo sobre blanco que contenía billetes de primera clase a Dubái. Ruby se reprochó ser la mujer más desagradecida de la tierra, pero mientras sollozaba en la oscuridad mientras Marcus dormía plácidamente a su lado, no podía desterrar su decepción y su creciente resentimiento hacia Olivia.

Sin embargo, no tenía de qué preocuparse, porque una semana después, mientras contemplaban la puesta de sol al pie de la iluminada Torre Safran en el desierto de Al Wadi, contemplando las dunas de color naranja quemado y comiendo comida tailandesa, preparada y servida por su chef y mayordomo personal, Marcus volvió a meter la mano en el bolsillo, se arrodilló y le pidió matrimonio a Ruby. Y, por supuesto, sin perder un solo latido, ella dijo que sí.

RUBY 2010

Ruby cogió a Lily en brazos. Tenía que cambiarla antes de dejarla en casa de Olivia. Era fundamental que ambos niños estuvieran impecables, sin dar pie a críticas ni cotilleos que pudieran llegar a oídos de Marcus; él ya pensaba que era una madre bastante mala sin que su suegra interviniera. La relación entre Ruby y Olivia era de cortés tolerancia y, salvo algún destello ocasional, no había mejorado con el paso de los años. Olivia venía a comer los domingos cada quince días, a veces sola, a veces con Henry, su compañero. Ruby no estaba segura de la naturaleza exacta de la relación de Olivia con aquel hombre amable y corpulento que jugaba incansablemente con Oliver y Lily, pero de una cosa estaba segura: Marcus lo detestaba.

Cuando Olivia anunció durante la comida su intención de que Henry se mudara a la casa familiar, Marcus logró contener sus emociones frente a su madre. Una vez que se hubo marchado, como era de esperar, estalló en un ataque de ira y empezó a beber whisky y, inevitablemente, a golpear a Ruby contra las paredes de su dormitorio.

Henry era un viejo conocido y su relación con Olivia se remontaba a muchos años atrás. Era viudo y sin hijos, y deambulaba por una gran casa en Alderley Edge, actuando a menudo como acompañante de Olivia en eventos sociales. Solían pasar las veladas juntos, leyendo y escuchando Radio 4, ocasionalmente haciendo excursiones de un día y escapadas de fin de semana. Después de que sufriera una grave caída y necesitara cuidados y un lugar para recuperarse, Olivia amablemente lo invitó a quedarse con ella y durante este tiempo se dieron cuenta de que mudarse permanentemente sería una solución perfecta para su situación de viviendas demasiado grandes. Ruby sabía que tenían dormitorios separados porque Oliver le había contado que Henry tenía miles de libros por toda su habitación y olía a humo de pipa, pero la habitación de la abuela siempre estaba ordenada y olía a flores. Aparte de eso, hacían todo juntos y Ruby no indagaba porque, en general, Olivia no se metía en sus asuntos, así que ella gustosamente le devolvía el favor.

Lo que más sorprendía a Ruby era que, a pesar de su opinión y observaciones sobre Olivia, Oliver y Lily parecían adorar totalmente a su abuela. Lily había decidido llamarla Golly, lo que suponían era una combinación de "Granny" y Olivia en boca de una niña de dos años, y la seguía como un cachorrillo enamorado. Oliver no podía esperar a salir por la puerta lo suficientemente rápido cuando ella llegaba a recogerlos y constantemente suplicaba dormir en El Castillo, como él lo llamaba. Ruby a menudo se preguntaba si su entusiasmo tenía mucho que ver con el terrible ambiente en su propia casa, porque la mayoría de los días, ella sentía lo mismo y daría cualquier cosa por poder salir corriendo por la puerta, subirse a un coche y escapar. Pero en su caso, ciertamente no sería con Olivia.

Durante el almuerzo dominical, su suegra se comportaba religiosamente de la misma manera

que cuando cenaban en su casa. Siempre agradecida y educada, se ofrecía a ayudar a Ruby en la cocina, lo que Marcus prohibía por ser la invitada, así que en su lugar, Olivia entretenía a los niños, haciéndoles reír a carcajadas hasta que inevitablemente su aguafiestas padre les decía que se calmaran y se comportaran en la mesa. Tampoco se quejaba ni criticaba nunca la cocina de Ruby, pero tampoco la elogiaba en exceso. Olivia era realmente el proverbial pez frío y extremadamente difícil de descifrar.

Incluso con Marcus, la única calidez o contacto entre madre e hijo que Ruby jamás presenció fue cuando le daba un beso en la mejilla al despedirse. "Menudo par de bichos raros", era el pensamiento amargo que cruzaba la mente de Ruby en más de una ocasión. Había esperado que una vez que se casaran, Olivia se ablandara un poco, pero no fue así; ni siquiera la llegada de Oliver logró el truco, así que Ruby dejó de intentarlo. En sus momentos más bajos, imaginaba que hubiera sido agradable tener una figura materna que la ayudara a elegir su vestido de novia o le diera consejos sobre la vida matrimonial y asuntos de bebés, pero en realidad, Ruby definitivamente estaba ladrando al árbol equivocado y permanecía aislada y sola.

Tras la gran propuesta, los acontecimientos se precipitaron. Era evidente que ni sus compañeras de piso ni su futura suegra iban a dar saltos de alegría con la noticia y una noche, después de cenar con Marcus, tomó una decisión que disgustó aún más a ambas partes.

—Estaba pensando que, ahora que se lo hemos dicho a todos, quizás deberíamos fijar una fecha, cuanto antes mejor en mi opinión. No quiero arriesgarme a que cambies de opinión y te fugues con otra —dijo Marcus, haciendo girar el brandy en su copa mientras la observaba atentamente.

—¡Calla, tonto! No pienso fugarme a ninguna parte, a menos que sea contigo. Pero, ¿cuándo tenías en mente? ¿Hay un plazo adecuado? No quiero disgustar a tu madre —dijo Ruby dando un sorbo a su agua y esperando expectante.

—Bueno, da la casualidad de que he echado un vistazo a mi agenda y tengo bastantes viajes programados durante la primavera, pero estoy libre todo julio, así que tal vez podríamos hacerlo entonces. ¿Es demasiado pronto? —dijo Marcus dirigiéndole una de sus miradas preocupadas y su corazón se derretió.

—¿Te refieres a este julio, Marcus, o al julio del año que viene? —dijo Ruby un poco sorprendida y sin querer parecer demasiado ansiosa.

—Este año, por supuesto. ¿Crees que voy a esperar una eternidad para hacerte mía? Quiero un anillo en tu dedo lo antes posible, pero si crees que es demasiado pronto y no hemos tenido tiempo de conocernos, tengo una pequeña sugerencia que podría persuadirte para que me aceptes. Puedo ver que tienes dudas, así que déjame explicarte —Una sonrisa pícara y juvenil se extendió por su rostro mientras le tomaba la mano, entrelazando sus dedos.

—¿Y si te mudaras conmigo ahora mismo? Parece una tontería que pagues alquiler en tu piso cuando siempre estás en el mío, y sería como una prueba. Así podrías probarme y eliminar todos mis molestos defectos antes incluso de que digamos "Sí, quiero". ¿Qué te parece la oferta? Por favor, di que sí. No he pensado en otra cosa en todo el día —Terminó la actuación con una de sus intensas y ardientes miradas y su respuesta era una conclusión inevitable.

A Ruby le encantaba vivir en el piso, que distaba mucho de su pequeña habitación en Reddish. Tenía unas vistas fabulosas del perfil de la ciudad desde la terraza de madera y adoraba los suelos de mármol negro pulido en la cocina de acero inoxidable. El baño era puro lujo y el salón estaba lleno de muebles contemporáneos y sofás de cuero elegantes. Marcus le dijo que podía hacer lo que quisiera para dejar su huella, dándole una tarjeta de crédito para gastar en lo que necesitara, especialmente mientras él estuviera fuera.

El día que Ruby lo llevó al aeropuerto para despedirle en su viaje de un mes al Lejano Oriente, pensó que se le rompería el corazón ante la perspectiva de estar separados tanto tiempo. Él, por su parte, la hizo sentir terriblemente culpable, describiendo su pesada carga de trabajo y las visitas a fábricas en un calor abrasador, seguidas de aburridas reuniones de negocios regateando precios. Luego, habría largas y horribles veladas entreteniéndolo a compradores tediosos, escuchando sus aburridas tonterías cuando lo único que realmente quería era estar en casa, en la cama con ella.

Lo que Marcus pensaba realmente era una historia completamente diferente. Mientras embarcaba en su vuelo de Singapore Airlines y tomaba asiento en primera clase, se dijo a sí mismo que si no ligaba con alguna de las azafatas durante el vuelo, aún tendría tiempo de sobra para visitar los burdeles y clubes nocturnos de cada ciudad que él y Roman visitaran en su gira. Había cumplido con su deber familiar y se había buscado una buena esposa y madre para sus hijos, atrayéndola con éxito para asegurarse de que estuviera tan agradecida por la vida a la que se había acostumbrado que haría exactamente lo que se le dijera. Todo lo que tenía que hacer ahora era deshacerse de sus amigos vulgares y molestos y de esa prima suya, y entonces estaría a salvo.

Marcus no quería que nadie se entrometiera en su vida, ni siquiera su madre, pero ella ya sabía que debía mantenerse a distancia. Mudarse con Ruby fue una jugada maestra y una vez que estuvieran casados, se aseguraría de que todos ellos quedaran fuera de escena. Asintiendo secamente a la azafata, pidió una copa y decidió que hasta que volviera, iba a olvidarse de su prometida y disfrutar. Se había ganado algo de diversión y pensaba soltarse la melena, con quien estuviera dispuesta. Marcus sabía por experiencia que las mujeres de allí estaban ansiosas por coger su dinero y harían lo que él quisiera, literalmente. "Y seamos sinceros", pensó para sí mismo mientras sonreía con suficiencia y daba un trago de champán, "no hay nada que una inyección de penicilina no pueda curar cuando vuelva a casa".

Ruby sabía que Martine y sus compañeras de piso no estaban contentas con sus noticias y había habido un ambiente realmente tenso cuando empaquetó sus cosas y se mudó de la casa. La reunión que había organizado esa noche era una especie de disculpa y un intento de ganárselas. Deseaba desesperadamente que estuvieran en su boda, no solo porque eran sus mejores amigas, sino porque aparte de Rosie, la tía Doreen y el tío Jim, su lado del registro civil iba a estar bastante vacío. Se había esmerado y había comprado mucho vino y comida deliciosa, y todas habían accedido a quedarse a dormir.

Tardaron un poco en entrar en calor, pero una vez que se bebieron unas cuantas copas de vino y se familiarizaron con el entorno, sentadas en la terraza mirando el horizonte de Manchester mientras comían comida india, el hielo comenzó a derretirse. En parte debido al vino y a la charla motivadora de Martine de camino, Jackie y Kay hicieron lo que se les dijo y dejaron el pasado atrás, entrando en el ambiente, haciendo planes para su despedida de soltera y eligiendo trajes de boda en revistas. Ruby se lo estaba pasando en grande y se sentía muy borracha y un poco nostálgica, recordando noches como estas cuando se mudó por primera vez a su casa, cuando sonó el teléfono devolviéndola a la realidad. Intentando en vano hacerlas callar y bajar la música, cogió el auricular para escuchar la voz de Marcus al otro lado. Tapando el altavoz con la mano, corrió al dormitorio donde podía oírle mejor.

—¿Qué demonios está pasando ahí? Suena como si tuvieras una manada de arpías gritonas en mi piso. ¿A qué narices crees que estás jugando, Ruby? —Marcus estaba furioso y, por una vez, se le había caído la máscara de santo.

—Marcus, tranquilízate. Solo son las chicas. Las invité a tomar unas copas. Hace siglos que

no las veo y nunca tengo la oportunidad de ponerme al día con Martine en el trabajo. Lo siento, pero no pensé que te importaría —dijo Ruby tragando saliva y dándose cuenta de que temblaba ligeramente. Nunca le había oído tan enfadado, jamás.

—Pues no estoy nada contento, Ruby, y de hecho, sí que me importa. Estoy aquí, a miles de kilómetros, echándote de menos como un loco y luego me entero de que estás montando una fiesta salvaje a mi costa. Me estoy partiendo el lomo en este horno y tú solo puedes pensar en tus malditas amigas. Estoy realmente dolido, para ser sincero. No pensaba que fueras tan egoísta —dijo Marcus jugando bien sus cartas y esperando la disculpa de Ruby. Se llevó una sorpresa.

—En realidad, Marcus, creo que tú eres el que está fuera de lugar aquí. En primer lugar, pensaba que este era nuestro piso ahora, no el tuyo. Me diste una tarjeta de crédito para que me cuidara mientras estuvieras fuera e insististe en que le diera buen uso, así que eso estoy haciendo. He invitado a mis amigas para hablar de la boda y sí, puede que hayan bebido de más, pero no es ilegal. En cuanto al trabajo, estoy segura de que estás muy ocupado allí, pero no es sin sus beneficios, ¿verdad? He echado un vistazo al hotel donde te alojas y no es precisamente una pensión de dos estrellas. Para tu información, yo también trabajo duro y tengo derecho a divertirme de vez en cuando. Si tienes alguna objeción a algo de lo que he dicho, te devolveré tu tarjeta de crédito y las llaves y me iré a casa con las chicas ahora mismo, ¿me oyes? —dijo Ruby con las mejillas ardiendo y furiosa.

Quizás el vino la había envalentonado, pero cada palabra que dijo la sentía de verdad. Mientras escuchaba y esperaba una respuesta, finalmente se dio cuenta de que la línea se había cortado. Al volver al salón, se percató de que tal vez se había pasado de la raya y, antes de darse cuenta, su valentía se había esfumado junto con su arrebato de indignada independencia. Obviamente, él había colgado el teléfono después de su perorata y ahora estaría aún más furioso. Dando un trago al vino para calmar sus nervios, Ruby volvió con sus amigas, sin querer que supieran lo que había ocurrido; no estaba de humor para bromas. De hecho, no estaba de humor para nada, pero puso buena cara y siguió con la noche, a pesar del nauseabundo torbellino de miedo y ansiedad que le atenazaba el corazón.

Él no llamó en todo el día siguiente ni por la noche y, en consecuencia, Ruby pasó un domingo miserable limpiando, preocupándose y pendiente del teléfono. Llamó a su hotel para disculparse, pero le dijeron que había salido. Le envió mensajes que él ignoró, así que se resignó a esperar. A las 10 de la mañana del lunes, mientras estaba en el mostrador doblando pañuelos de seda, le entregaron un enorme ramo de lirios con una nota disculpándose por estar cansado y de mal humor. Marcus decía que la línea se había cortado a mitad de la conversación y que tenía que ir a una reunión, y que había estado muy ocupado desde entonces, pero le enviaba amor y besos y un millón de «lo siento». La tensión abandonó el cuerpo de Ruby y el alivio fluyó por sus venas, solo por saber que la había perdonado y, mejor aún, que no debía haber escuchado su perorata de borracha. Al instante, se sintió culpable porque él estaba lejos de casa y la echaba de menos, mientras ella se había comportado como una novia mimada y había montado un berrinche. Ruby pasó el resto del día llamando a su hotel y dejando mensajes prometiendo compensarle en cuanto volviera a casa.

Fue música para los oídos de Marcus cuando el conserje le entregó un papel doblado, transmitiéndole sus numerosos mensajes y su empalagosa disculpa; sabía que la tenía contra las cuerdas. Se había puesto furioso cuando llamó al apartamento y oyó a esas zorras chillando en su casa. Cuando ella se atrevió a contestarle y amenazó con irse, entró en una rabia hirviente, colgando el teléfono de golpe y saliendo hecho una furia del hotel. Finalmente, descargó su ira con una desafortunada joven prostituta que, lamentablemente, le invitó a su habitación y pagó

caro el arrebato de Ruby. Más tarde, mientras regresaba al hotel, intentando mezclarse con los otros hombres que deambulaban por las calles haciéndose pasar por turistas, pero que en realidad buscaban sexo barato y sin compromiso, Marcus se dio cuenta de que esta vez quizás se había pasado de la raya. Tenía los nudillos magullados, había sangre en su camisa y estaba nervioso. Solo esperaba que la prostituta no llamara a la policía, rezando para que una paliza ocasional fuera simplemente un riesgo aceptado de su trabajo y se mantuviera callada.

En cuanto a Ruby, mientras languidecía en el país del perdón y la estupidez, colocando sus flores en el jarrón de cristal que había comprado a Martine, no tenía ni idea de que cada vez que Marcus recordara su insolencia, sería castigada por haberse salido de la raya aquella noche. Además, ahora estaba más decidido que nunca a deshacerse de sus vulgares ex compañeras de piso, de una vez por todas.

La boda se celebró según lo previsto una soleada tarde de julio en el registro civil del Ayuntamiento de Manchester. Asistieron los compinches de Marcus, su familia extensa y el círculo íntimo de amigos de su madre. Ruby tenía a su prima como dama de honor, junto con sus tres ex compañeras de piso y, con el permiso de Rosie, que se había reconciliado torpemente con sus padres, la tía Doreen y el tío Jim completaron el número de invitados. Ruby no había tenido contacto regular con Stella en más de dos años y lo último que había sabido, a través de Doreen, era que Ricky, el encargado de la tienda, se había jubilado y habían comprado una casa en Alicante. Seguramente, su madre estaría ocupada dilapidando los ahorros de toda una vida de Ricky y tomando el sol, así que Ruby pensó que lo mejor para todos era mantenerla en la ignorancia. De ninguna manera habría invitado a Stella de todos modos; el daño se había hecho años atrás y ni muerta permitiría que nadie ni nada estropeará su gran día.

Sorprendentemente, Marcus había dejado la elección del vestido de novia a Ruby, quien sin saberlo había sido bien aleccionada en sus gustos y aversiones, y por lo tanto fue capaz de elegir algo que sabía que él aprobaría, aunque fuera de manera subliminal. Debido a problemas de agenda y citas canceladas, siempre por el apretado horario de Marcus, Rosie finalmente lo conoció durante la cena previa a la boda que   él había organizado apenas siete días antes del gran día. Allí, él desplegó su encanto e hizo todo lo posible por impresionar, derrochando dinero mientras hacía todas las preguntas correctas y parecía terriblemente interesado en la pariente más cercana de su prometida. En realidad, estaba tratando de determinar el nivel de amenaza que ella representaba para su relación y, al escuchar que pasaría más tiempo en el extranjero en el futuro, la consideró de poca importancia.

La noche antes de la boda, mientras Ruby y Rosie se relajaban en su lujosa habitación de hotel proporcionada por Marcus, bebiendo champán y pidiendo caprichos del servicio de habitaciones, recordaron y rieron, y derramaron algunas lágrimas sobreemocionales inducidas por el alcohol.

—Dime honestamente, ¿qué piensas de Marcus? Sabes que a veces no puedo creer mi suerte. Parece un cuento de hadas hecho realidad. Todavía tengo que pellizcarme para creer que todo es real    dijo Ruby tumbada de espaldas, admirando la intrincada moldura alrededor del ornamentado techo.

—Bueno, nadie puede negar que te adora. No podía quitarte los ojos de encima la semana pasada en la cena y yo empezaba a sentirme como un cero a la izquierda. Siempre y cuando estés cien por cien segura de que no es demasiado pronto. Ha sido un noviazgo un poco precipitado y mi única preocupación es que no hayas llegado a conocerlo, con sus defectos y todo, todavía — Rosie estaba desesperada por no desanimar la felicidad de su prima, así que expresó sus preocupaciones de la manera más táctil y honesta que pudo.

—Venga, no empieces tú también, Rosie. Ya he oído todo esto de Martine y las chicas. Sé que es rápido, pero hemos estado viviendo juntos durante los últimos seis meses y nos llevamos muy bien. Ha sido perfecto y, como dice Marcus, tenemos toda la vida para conocernos. Así que deja de preocuparte y sírreme otra copa. Te saldrán arrugas si sigues así —Ruby descartó las palabras de su prima, decidida a que nada estropeará su estado de ánimo.

—Vale, tú ganas. Es solo que me he acostumbrado tanto a cuidar de ti todos estos años y es difícil dejarlo ir, y ahora que voy a viajar más, me preocupa que no tengas a alguien cerca si necesitas algo. Siempre que sepas que estoy al otro lado del teléfono y no me importa en qué zona horaria esté, quiero que me prometas que me llamarás —dijo Rosie con los ojos llenos de lágrimas y el corazón dolorido por su prima. A pesar de la buena fortuna y la innegable felicidad de Ruby, había algo en Marcus que no le cuadraba y la llenaba de una inquietud persistente.

Ruby sorbió y alcanzó un pañuelo.

—Mira, ahora me estás haciendo llorar. Te prometo que te llamaré si te necesito y nos mantendremos en contacto, como siempre lo hemos hecho. Nada puede interponerse entre nosotras. Pero por favor, no te preocupes, ahora tengo a Marcus y él cuidará de mí. Puedes irte de viaje y olvidarte de mí por una vez en tu vida y concentrarte en pasarlo bien —dijo Ruby secándose los ojos y dando un gran abrazo a Rosie, aferrándose a ella. Cuando las lágrimas se calmaron y apenas logrando que su voz no se quebrara, continuó.

—Recuerdo cuando éramos pequeñas y solías cogerme de la mano cuando íbamos al parque o de compras con la tía Doreen. Solía mirarte y solo saber que estabas allí me hacía sentir tan segura y protegida. Siempre sentí que yo era un pequeño gorrión desaliñado y tú eras un águila real, enviada para cuidarme. Eso es lo que imagino en mi mente cada vez que pienso en nosotras creciendo y nunca lo olvidaré, Rosie, jamás. Si no hubieras estado allí para guiarme y ser mi amiga, Dios sabe dónde habría acabado. Me doy cuenta de que las cosas están cambiando de nuevo, pero quiero que sepas que te debo mucho y siempre serás mi mejor amiga, por siempre jamás.

Las lágrimas volvieron a caer mientras ambas se aferraban hasta que la dama de honor principal, Rosie, dio por terminada la sesión y ejerció su autoridad, insistiendo sensatamente en que no querían aparecer al día siguiente con los ojos hinchados y enrojecidos y necesitaban recomponerse, rápido.

Secándose los ojos y sonándose la nariz, sin más preámbulos pasaron el resto de la noche depilándose las cejas y aplicándose crema facial. Rosie guardó sus dudas y centró su mente en asegurarse de que su pequeño gorrión tuviera el mejor día de boda del mundo.

La vida matrimonial fue en su mayoría dichosa, salpicada de melancólicos tonos oscuros, momentos negros que desviaban el mundo de Ruby de su eje antes de ser gratamente restaurado a un estado de armonía. Los altibajos siempre eran causados por los estados de ánimo y los celos de Marcus, quien culpaba invariablemente a Ruby por su falta de consideración y descuido hacia sus sentimientos. Siguieron viviendo en el piso del muelle, ya que era conveniente para el trabajo. Marcus señalaba con regularidad que Ruby ya no necesitaba vender vestidos, pues él podía mantener a ambos, a lo que ella respondía con firmeza que disfrutaba de su independencia y se aburriría como una ostra todo el día en casa. Él lo aceptó durante un tiempo, pero poco a poco fue minando cualquier alegría que ella obtuviera de ir a trabajar, esperándola fuera de la tienda la mayoría de las noches, evitando así que socializara en el pub de enfrente o incluso que charlara inocentemente con sus compañeros mientras caminaban hacia la parada del autobús.

Ruby temía que la invitaran a comidas de cumpleaños o eventos de la empresa, ya que inevitablemente acababan en una discusión seguida de uno de sus berrinches, lo que hacía

insoponible estar en el piso. Ruby intentaba hacerle entrar en razón explicándole que podía confiar plenamente en ella y que no tenía motivos para estar celoso, y que no había forma de que Martine pudiera desviarla cuando tenía al marido más maravilloso del mundo.

Incluso mencionar el hecho de que él asistía a almuerzos y cenas de negocios y viajaba con frecuencia sin ella era rápidamente descartado como irrelevante; era parte de su trabajo y una necesidad. Sin embargo, con el tiempo, la fue desgastando y Ruby empezó a rechazar invitaciones porque no merecía la pena el problema en casa. Pronto la gente dejó de invitarla, incluida Martine, que se había distanciado y ahora se sentaba con las otras chicas en la cantina. Antes de darse cuenta, Ruby estaba aislada y sola, tanto en el trabajo como en casa, lo que casualmente coincidió con la época en que Marcus decidió que deberían formar una familia.

Al principio, Ruby no estaba segura de la idea. Solo tenía veintitrés años y pensaba que deberían disfrutar de un par de años de dicha matrimonial antes de tener un bebé, pero su vida había empezado a perder brillo, así que poco a poco se fue haciendo a la idea. Sin dejar que creciera la hierba, ese octubre, justo en medio de su ciclo mensual, Marcus organizó un viaje sorpresa de cumpleaños a Nueva York y la llevó al aeropuerto en un frenesí de emoción y maletas hechas a toda prisa. Al llegar, para preocupación de Ruby, se dio cuenta de que con las prisas por salir había dejado sus píldoras anticonceptivas en casa, lo que significaba depender de que Marcus tomara precauciones mientras estuvieran fuera.

En su primera noche en la Gran Manzana, después de una cena muy lujosa y bastante vino de más, Ruby probó lo mejor que Marcus tenía para ofrecer en el dormitorio y, en medio de la pasión, se olvidó por completo del control de natalidad. Una vez que se dieron cuenta, Ruby fue objeto de un buen ejemplo de la practicada técnica de ventas de su marido, vendiéndole suavemente la idea de que ya podrían haber concebido un bebé, así que bien podrían olvidarse de la anticoncepción y dejar que la naturaleza siguiera su curso. Después de todo, estaban pensando en formar una familia.

Lo que Marcus omitió decirle a Ruby era que el paquete de píldoras desaparecido estaba en realidad en el fondo de una papelería en los aseos del aeropuerto de Manchester. La había sacado de su maleta y luego la había deslizado astutamente en el bolsillo de su chaqueta. Un mes después, cuando Ruby se hizo una prueba de embarazo y aparecieron las dos líneas azules en la pequeña ventana, no fue una sorpresa para ninguno de los dos que estuviera embarazada, especialmente para Marcus.

Oliver nació el agosto siguiente después de un parto largo, prolongado y muy doloroso que duró dieciocho horas extenuantes y que resultó en un parto con fórceps horroroso. Todo lo cual Marcus se perdió cuando se retrasó misteriosamente después de perder dos vuelos desde Estambul. Sin embargo, el nacimiento fue presenciado por Olivia quien, para sorpresa de Ruby, acudió corriendo al rescate y le sostuvo firmemente la mano, le secó la frente y le susurró palabras de consuelo y aliento durante toda la horrible experiencia. Más tarde, una vez que las enfermeras y el médico habían hecho lo suyo, Ruby presenció un raro momento de compasión cuando su suegra la ayudó a lavarse y cambiarse a un camisón limpio, mimándola y cuidándola como lo haría una verdadera madre. Cuando se restableció la calma en la habitación privada y Ruby se acomodó, Olivia sostuvo a su diminuto nieto en sus brazos por primera vez. Limpiándose las lágrimas, miró a su nuera y, con ojos llorosos, habló con genuina emoción.

—Es perfecto, Ruby, simplemente perfecto. Muchas gracias por traerlo al mundo. Las dos tendremos que cuidarlo muy bien, muy bien. Nunca pensé que esto pasaría, que tendría un nieto y por eso te debo una gran deuda de gratitud —dijo.

Mirando a Oliver, pareció perderse en sus pensamientos durante un rato, así que Ruby la dejó

en paz, grabando la imagen en su memoria por si acaso fuera la última vez que veía el lado más suave y amable de su suegra.

Por lo que Ruby solo podía imaginar que era una recompensa por traer a su nieto al mundo, Olivia hizo un gesto extremadamente generoso y les compró una casa nueva en Prestbury, justo a la vuelta de la esquina de la suya. Fue duro dejar el piso, pero Ruby se había quedado aislada y sola allí, especialmente durante la última parte de su embarazo después de perder completamente el contacto con Martine, Kay y Jackie. Aunque Rosie estaba constantemente al teléfono, no compensaba el tener una persona real con quien hablar o compartir sus preocupaciones.

Incluso mencionar el hecho de que él asistía a almuerzos y cenas de negocios y viajaba con frecuencia sin ella era rápidamente descartado como irrelevante, pues formaba parte de su trabajo y era una necesidad. Sin embargo, con el tiempo, la fue desgastando y ella empezó a rechazar invitaciones porque no merecía la pena el jaleo en casa. Pronto la gente dejó de invitarla, incluida Martine, que se había distanciado y ahora se sentaba con las otras chicas en la cafetería. Antes de darse cuenta, Ruby estaba aislada y sola, tanto en el trabajo como en casa, lo que casualmente coincidió con el momento en que Marcus decidió que deberían formar una familia.

Al principio Ruby no estaba segura de la idea. Solo tenía veintitrés años y pensaba que deberían disfrutar de un par de años de felicidad conyugal antes de tener un bebé, pero su vida había empezado a perder brillo, así que poco a poco se fue animando ante la posibilidad. Como no era de los que dejan crecer la hierba bajo sus pies, aquel octubre, justo en medio de su ciclo mensual, Marcus organizó un viaje sorpresa de cumpleaños a Nueva York y la llevó al aeropuerto en un torbellino de emoción y maletas hechas a toda prisa. Al llegar, para preocupación de Ruby, se dio cuenta de que con las prisas por salir se había dejado las píldoras anticonceptivas en casa, lo que significaba tener que confiar en que Marcus tomara precauciones mientras estuvieran fuera.

En su primera noche en la Gran Manzana, después de una cena muy copiosa y bastante más vino del debido, Ruby probó lo mejor que Marcus tenía para ofrecer en la cama y, en medio de la pasión, se olvidó por completo del control de la natalidad. Cuando se dieron cuenta, Ruby fue testigo de un excelente ejemplo de la experimentada técnica de ventas de su marido, que le vendió hábilmente la idea de que quizás ya habían concebido un bebé, así que bien podrían olvidarse de los anticonceptivos y dejar que la naturaleza siguiera su curso. Al fin y al cabo, estaban pensando en formar una familia.

Lo que Marcus omitió decirle a Ruby era que el paquete de píldoras desaparecido estaba en realidad en el fondo de una papelera de los aseos del aeropuerto de Manchester. La había sacado de su maleta y luego las había metido disimuladamente en el bolsillo de su chaqueta. Un mes después, cuando Ruby se hizo una prueba de embarazo y aparecieron las dos rayas azules en la ventanita, no fue ninguna sorpresa para ninguno de los dos que estuviera embarazada, especialmente para Marcus.

Oliver nació el agosto siguiente tras un parto largo, prolongado y muy doloroso que duró dieciocho horas extenuantes y que acabó en un parto con fórceps horroroso. Todo lo cual se perdió Marcus cuando se retrasó misteriosamente después de perder dos vuelos desde Estambul. Sin embargo, el nacimiento fue presenciado por Olivia, quien, para sorpresa de Ruby, acudió corriendo al rescate y le sostuvo firmemente la mano, le secó el sudor de la frente y le susurró palabras de consuelo y ánimo durante toda la horrible experiencia. Más tarde, una vez que las enfermeras y el médico hubieron hecho lo suyo, Ruby fue testigo de un raro momento de compasión cuando su suegra la ayudó a lavarse y cambiarse a un camisón limpio, mimándola y cuidándola como lo haría una verdadera madre. Cuando se restableció la calma en la habitación

privada y Ruby se hubo acomodado, Olivia sostuvo a su diminuto nieto en brazos por primera vez. Enjugándose las lágrimas, miró a su nuera y, con los ojos empañados, habló con auténtica emoción.

—Es perfecto, Ruby, simplemente perfecto —dijo—. Muchas gracias por traerlo al mundo. Las dos tendremos que cuidarlo muy bien, muy bien. Nunca pensé que esto pasaría, que tendría un nieto y por eso te debo una gran deuda de gratitud.

Mirando a Oliver, pareció perderse en sus pensamientos durante un rato, así que Ruby la dejó tranquila, guardando la imagen en su memoria por si acaso fuera la última vez que veía el lado más suave y amable de su suegra.

Por lo que Ruby solo podía imaginar que era una recompensa por traer a su nieto al mundo, Olivia hizo un gesto extremadamente generoso y les compró una casa nueva en Prestbury, justo a la vuelta de la esquina de la suya. Fue duro dejar el piso, pero Ruby se había quedado aislada y sola allí, especialmente durante la última parte de su embarazo después de perder completamente el contacto con Martine, Kay y Jackie. Aunque Rosie estaba constantemente al teléfono, no compensaba la falta de una persona real con quien hablar o compartir sus preocupaciones.

Aquella noche marcó el principio del fin para Ruby y, si era completamente sincera, también para su matrimonio. Continuaron con su farsa durante todo el embarazo, mostrando un frente unido ante Olivia y, en las pocas ocasiones en que venía de visita, también ante Rosie. Marcus mostraba poco interés por Oliver, salvo cuando estaban en compañía, momento en el que, debía admitir, montaba todo un espectáculo, interpretando el papel de padre orgulloso y hombre de familia. Por lo general, no era realmente violento, solo malhumorado y beligerante, rechazándola si ella mostraba afecto y utilizando tácticas de castigo y recompensa para mantener el control. Tiraba cosas o las rompía cuando estaba de mal humor, y ella temía que bebiera, así que al final, Ruby simplemente se sometía, agradecida por cualquier migaja de felicidad o amabilidad que él permitiera en su existencia.

Si Olivia sospechaba que algo iba mal, nunca se enfrentó a ninguno de los dos, aparte de algún comentario ocasional a Ruby sobre que parecía pálida o un poco cansada y demacrada, lo que ella tomaba como una crítica y no como una oportunidad para contarle a su suegra lo que realmente ocurría tras las puertas cerradas. Para ser justos con Olivia, siempre estaba disponible para hacerse cargo de Oliver durante un par de horas mientras ella descansaba, y también estuvo allí para dar la bienvenida a Lily al mundo después de un parto afortunadamente más rápido y menos traumático que la primera vez.

Una vez más, Olivia estuvo presente durante todo el proceso y cuidó de Ruby como si fuera su propia hija. Cuando Marcus finalmente llegó al hospital con Roman, tres horas tarde y recién bajado del tren de Londres, medio borracho y apestando a whisky, interrumpió un momento íntimo y especial entre Ruby y Olivia. Las dos mujeres estaban sentadas tomando una taza de té en la relativa calma de la habitación privada cuando Lily se despertó de una breve siesta y comenzó a hacer ruidos de hambre desde su cuna.

—¿Por qué no la alimentas tú, Olivia? Puedes darle a Lily su primer biberón, solo pudiste cogerla un momento antes y creo que necesita un abrazo de su abuela —dijo Ruby, queriendo ofrecer un gesto de gratitud, reconociendo que, de no haber sido por su suegra, que se puso manos a la obra y dejó a Oliver al cuidado de la señora Wallace y Henry, habría dado a luz sola con solo las enfermeras como compañía.

Mientras observaba a Olivia alimentar a Lily, Ruby comenzó a adormilarse y debió quedarse dormida unos minutos, solo para ser despertada por el sonido de sollozos. Al abrir los ojos, Ruby se quedó atónita al ver a Olivia meciendo suavemente a Lily para dormirla mientras las lágrimas

corrían por sus mejillas y pequeños sollozos escapaban en la habitación tenuemente iluminada.

Ruby habló suavemente con voz llena de preocupación.

—Olivia,   ¿qué pasa? ¿Estás bien? ¿Ocurre algo malo?

Al levantar la mirada, el dolor se reflejaba en todo el rostro de Olivia mientras trataba valientemente de controlar sus emociones.

—No pasa nada, querida. Estaré bien. Solo estaba siendo una vieja tonta y dejando volar mi imaginación. Estaba recordando... —y entonces Marcus irrumpió en la habitación y el momento se perdió.

Olivia se recuperó rápidamente y volvió a su estado normal, reprendiendo suavemente a Marcus por su impuntualidad y su aliento cargado de alcohol. Después de asegurarle a Ruby que Oliver estaría bien quedándose con ella hasta que saliera del hospital y dirigiendo una última mirada fulminante a su hijo, se marchó. Ruby nunca volvió a mencionar aquella noche en el hospital y las relaciones normales se reanudaron una vez que regresó a casa. Quizás lo que había presenciado fuera el resultado de una mezcla de gas y aire, analgésicos y su imaginación.

Lily era la bebé perfecta, nunca daba problemas y se adaptó rápidamente a una rutina que hizo la vida de Ruby un poco más fácil, porque su mundo había caído aún más en el caos. Durante el año siguiente, Marcus comenzó a descontrolarse. Su comportamiento era errático y sus borracheras empeoraron, mientras que sus viajes de negocios eran más frecuentes y las noches fuera de casa se convirtieron en algo habitual, quedándose a dormir en su piso en la ciudad, que había conservado como inversión. Ruby sospechaba que no solo era conveniente y estaba a una distancia asequible después de una juerga, sino que probablemente lo usaba para verse con mujeres, porque hacía tiempo que sospechaba que tenía una aventura. Si ella cuestionaba su comportamiento de alguna manera o cruzaba el límite que él había definido claramente, ya fuera con respecto a las actividades adecuadas para Oliver o visitar a su única amiga, él montaba en cólera y eliminaba cualquier resistencia a golpes.

La gota que colmó el vaso llegó cuando encontró el paquete de polvo en el baño. Debía haberse caído del bolsillo de su pantalón y yacía despreocupadamente en el fondo del cesto de la ropa sucia, y Ruby supo lo que era en cuanto lo vio. La bebida ya era bastante mala, y el mujeriego, pero tomar drogas y traerlas a casa, realmente había tocado fondo esta vez. Después de toda una mañana sentada en silencio atónito mirando la televisión, sin entender una palabra de lo que fuera que Phillip y Fern estuvieran parlotando, Ruby se dio cuenta de que estaba en un profundo agujero y, peor aún, no tenía a nadie que la ayudara a salir.

Olivia estaba ciega ante los defectos de su hijo debido a sus actuaciones dignas de un Óscar. Ni se le pasaría por la cabeza contárselo a Liz; la vergüenza era demasiado grande y, ¿y si se corriera la voz? Oliver iba a empezar pronto el colegio y, ¿qué pasaría si el director se enterase? Podría perder su plaza. Aunque Liz se mantenía en contacto por mensajes y charlaban en el patio al dejar y recoger a los niños de la guardería, se habían distanciado. En consecuencia, Ruby se encerró en su propio mundo de secretos y ocultación de moratones, aguantando el tipo y esquivando problemas. La única alegría en su vida venía de sus hijos y, mientras el barro que Marcus lanzaba no les salpicara, estaba decidida a encontrar la fuerza para seguir adelante y, mientras tanto, esperar un milagro.

—Qué desastre, menudo desastre —pensó Ruby mientras abrochaba a Lily en su silla del coche. Mientras se alejaba de la casa y conducía hacia la de Olivia, se preguntó, y no era la primera vez, qué diría su suegra si supiera la verdad sobre el monstruo que había creado. En secreto, Ruby culpaba a Olivia de la mayoría de los defectos de Marcus; al fin y al cabo, alguien tenía que ser responsable de cómo había salido. En cuestión de minutos, llegaron al castillo y

Ruby giró el coche hacia el camino de grava justo cuando Lily empezaba a patalear de emoción, cantando:

—Abue, abue, abue.

—Me rindo —pensó Ruby—. Esta mujer debe tener talentos ocultos que solo mis hijos pueden ver.

Resignada, desabrochó a Lily y se dirigió a la puerta principal donde Olivia apareció al instante y, después de hablar un poco sobre su precioso hijo trabajador, cogió a la bebé emocionada de los brazos de Ruby, asegurándole que podía tomarse todo el tiempo que quisiera y que Henry recogería a Oliver del colegio.

—Si Marcus va a llegar tarde, ¿por qué no aprovechas tu libertad mientras yo tengo a los niños? Puedo darles la cena y bañarlos si quieres. Los tendré a los dos listos para las siete para que puedas tener algo de tiempo para ti, ¿qué te parece?

Olivia siempre estaba ansiosa por pasar tiempo de calidad con sus nietos, así que en esta ocasión, Ruby definitivamente no iba a decepcionarla ni a rechazar su oferta.

—Eso sería estupendo, Olivia, gracias. Puede que eche un vistazo por las tiendas y necesito comprar unos pantalones nuevos de colegio para Oliver, ah, y recoger la tintorería de Marcus de camino de vuelta. Nos vemos a las siete entonces —Ruby besó a Lily y se apresuró de vuelta a su coche.

Ruby se alejó conduciendo hacia la carretera principal con una enorme sonrisa en la cara porque ahora tenía siete horas de libertad por delante. No tenía intención de ir al médico ni al óptico y solo había concertado las citas para cubrir sus huellas por si Marcus llamaba y comprobaba, porque no lo descartaba. Era muy descortés simplemente no presentarse y estaba haciendo perder el tiempo a la gente, pero la necesidad obliga, y ahora era una parte necesaria de su vida: escabullirse y mentir. En lugar de ser examinada y manoseada en las clínicas privadas, en realidad iba conduciendo a Cheadle para encontrarse con Rosie, que estaba allí de visita rápida para ver a la tía Doreen, que estaba enferma.

Iban a almorzar y pasar la tarde poniéndose al día antes de que ella volara de vuelta a Francia esa noche. El salvavidas involuntario que Olivia le había lanzado significaba que ahora podría llevar a Rosie al aeropuerto y prolongar su tiempo juntas. Por una vez, el corazón de Ruby estaba lleno de expectación y emoción mientras recorría los caminos rurales. No podía esperar para ver a su prima de nuevo, aunque solo fuera por unas pocas y preciosas horas.

ROSIE 1998

El tren partió lentamente de la estación, alejando a Rosie de su abatido primo Cheadle y sus padres. Se sentó sola en un asiento desgastado, contemplando su solitario reflejo en la ventanilla. Apenas reconocía aquel rostro pálido que se veía distorsionado y borroso por la vibración del tren mientras traqueteaba por las vías. Su pelo rubio parecía enmarañado y lacio debido a la persistente llovizna y el viento huracanado que había soportado mientras esperaba en la parada del autobús, y sus huesos doloridos aún estaban helados por la larga y tediosa espera. El hecho de ser una viajera solitaria parecía resaltado por la luz dura y brillante del vagón vacío. Rosie miraba fijamente a la desconocida en el cristal que se había visto obligada a protagonizar un drama que no era de su creación, pero en el que tenía un papel estelar. Esto solo la hizo pensar en sus dos coprotagonistas y se preguntó cómo se sentirían sus padres en ese momento.

Rosie revisó su móvil por si había algún mensaje de disculpa o, al menos, una petición para que volviera a casa e intentara arreglar las cosas. Pero la pantalla estaba en blanco y, perversamente, Rosie se alegró porque demostraba sin lugar a dudas que había hecho bien en marcharse. El hecho de que no tuviera ningún deseo de reconciliarse con sus padres significaba que no albergaba ni un ápice de culpa por sus acciones. Ambos eran unos peces fríos y tercos que probablemente pensaban que estaban siendo listos, tramando un plan maestro sin duda concebido por su madre, para esperar sentados a que ella volviera a casa con el rabo entre las piernas. Bueno, ¿cuán equivocados y estúpidos podían ser dos personas? No, ahora era libre y no habría vuelta atrás, había tomado su decisión y sí, se acostaría en la cama que había hecho, por dura e incómoda que resultara ser.

El tren aminoró la marcha al entrar en la estación de Alderley Edge. Rosie se levantó y agarró su maleta, luego la arrastró hasta las puertas, sintiéndose nerviosa cuando se abrieron y ella pisó el andén. Al oír que la llamaban por su nombre, Rosie buscó entre las caras de los pasajeros que subían o bajaban del tren y vio a Laura y a su madre, de pie junto a la salida. Una oleada abrumadora de emociones inesperadas la invadió y, cuando llegó hasta ellas, su nerviosismo había desaparecido y había sido reemplazado por fatiga, ya que la culminación de los acontecimientos del fin de semana de repente la alcanzó. En cuestión de segundos, se encontró envuelta en brazos preocupados mientras le susurraban palabras de consuelo y la llevaban al coche entre lágrimas. Para su alivio y eterna gratitud, después de que la acogieran, la escucharan y realmente le permitieran tener una opinión, comenzó la nueva vida de Rosie, llena de libertad y oportunidades.

La madre de Laura, Natasha, o Tash como prefería que la llamaran, era lo que se podría calificar como "progre" y de naturaleza espiritual, creyendo que los niños deberían ser libres para explorar y desarrollarse a su propio ritmo y descubrir su verdadero camino a través de sus errores

y esfuerzos. Además de ser amable, fácil de tratar y una muy buena oyente, también trabajaba para los servicios sociales y tenía un título en psicología. Tash, por lo tanto, estaba bien versada en los problemas de la sociedad moderna, los conflictos familiares de diversa índole y, en particular, los adolescentes problemáticos. Habiendo tenido el desagrado de toparse con Doreen en muchas ocasiones a lo largo de los años en reuniones de padres o eventos escolares, Tash opinaba que la madre de Rosie era una vaca intolerante, odiosa y estirada, y por lo tanto trataba de evitarla siempre que fuera posible.

Fue con gran placer que esa misma noche llamó a Doreen para charlar. En cuestión de minutos quedó claro que los padres de Rosie esperaban que ella volviera a casa antes de que acabara la noche y dejaron muy claro que esperaban una disculpa completa y una capitulación sumisa por parte de su hija. Natasha medió con calma en nombre de Rosie y no consiguió absolutamente nada, así que después de consultar a su joven invitada sobre cómo quería proceder, Natasha le dijo a Doreen cómo iban a ser las cosas.

Tash dijo que Rosie era bienvenida a quedarse con ella y que estaría segura y bien cuidada en el futuro previsible. A primera hora de la mañana se aseguraría de que todos los departamentos relevantes fueran informados de la situación de Rosie. En cuanto a la contribución para la manutención y alojamiento de su hija, Natasha insinuó a Doreen que podría considerarse fraudulento reclamar prestaciones por hijos para un miembro de la familia si ya no estaba bajo su cuidado y que, para estar segura, debería enviar el dinero por correo, una vez al mes, hasta nuevo aviso. Para rematar todo esto, Tash informó a una Doreen totalmente atónita que Rosie haría los arreglos necesarios para recoger las pertenencias que había dejado atrás en un momento conveniente para todos los implicados y que podía estar segura de que se animaría a su hija a estudiar duro para sus próximos exámenes. Terminando la conversación con una nota alegre, Tash insistió en que si Doreen tenía alguna preocupación, podía llamar en cualquier momento para charlar. Luego colgó.

Rosie había pasado toda la mañana en el restaurante preparándose para el almuerzo, una tarea que encontraba relajante y gratificante. Las mesas se veían preciosas con sus servilletas verde pálido y copas de cristal. También disfrutaba del bullicio de la actividad previa al servicio y los deliciosos aromas que llegaban de la cocina cada vez que alguien atravesaba las puertas batientes. Actualmente estaba haciendo un turno en recepción, que era uno de sus lugares favoritos, y le encantaba dar la bienvenida a los huéspedes, enorgulleciéndose de ser la primera cara amistosa que la gente veía cuando llegaba a The Fairhaven. Era su trabajo hacer que cada visitante se sintiera relajado y especial al comienzo de su estancia y un huésped valioso y extrañado una vez que se marchaban. En los momentos más tranquilos, Rosie se tomaba el tiempo para absorber su entorno y sentirse algo presumida de que, después de toda su angustia, las cosas habían salido bastante bien.

Rosie avanzó a pasos agigantados una vez que dejó el instituto en junio, cuando por fin llegó el tan ansiado día de libertad. Tras escribir la última palabra en su examen final, rematándola con un punto gordo y atrevido, Rosie tapó el bolígrafo y lo colocó junto al examen terminado. Luego dejó que una oleada de puro alivio recorriera su cuerpo, permitiendo que su mente se vaciara de los datos y cifras que tenía grabados en el cerebro. Al salir del aula de exámenes y pisar el sol, Rosie miró hacia la entrada del instituto y vio toda su vida desplegada ante ella, esperando solo a que empezara a vivirla.

Alfred seguía siendo su mentor y la señora Amery también la había tomado bajo su protección, así que, segura bajo su atenta mirada y su discreta tutela, fue cuidada, alentada y se le brindó la oportunidad de prosperar. La madre de Laura resultó ser también el ángel de la guarda

extraoficial de Rosie, y su hogar era un lugar acogedor y relajante durante la semana. Además, nunca había un momento aburrido ni una chuleta de cerdo a la vista a la hora de comer. Tash insistía en que esta existencia armoniosa se debía enteramente a la falta de testosterona en la casa y estaba firmemente convencida de que, desde su caótico divorcio, iba a seguir siendo un entorno sin hombres para siempre. Rosie complementaba su manutención con lo que ganaba en The Fairhaven y, en lo que a ella respectaba, era dinero bien invertido. Tash les había dado a ambas chicas un ultimátum en cuanto a la proporción entre estudio y diversión, diciendo que no le importaba que se divirtieran un poco siempre y cuando dedicaran las horas necesarias. De ninguna manera iba a cargar con la culpa del fracaso, especialmente en el caso de Rosie, porque a la dominante Doreen le encantaría eso.

Los viernes después de clase, Rosie se dirigía a The Fairhaven y trabajaba allí hasta el domingo por la tarde. Alfred se encargó de que se alojara allí los fines de semana y, en cuanto terminó el instituto, se mudó permanentemente a una pequeña habitación en la parte trasera del hotel. Rosie siempre estaría agradecida a Tash y Laura por hacerla sentir tan bienvenida y por el maravilloso manto de seguridad que le brindaron cuando más lo necesitaba. Nunca olvidaría lo que se sentía al que le dieran té y tostadas, envuelta en un edredón calentito y que le dijeran que todo iba a salir bien, y realmente creerlo. Era una de las cosas más amables y naturales del mundo, cuidar de alguien necesitado, y esperaba que si alguna vez surgiera la situación y se le presentara la oportunidad, haría exactamente lo mismo.

Durante los tres años siguientes, Rosie trabajó duro en The Fairhaven mientras estudiaba para obtener sus títulos en Gestión Hotelera. Trabajar realmente en la industria era una gran ventaja y hacía que la tediosa parte teórica fuera mucho más fácil. Aunque prefería el trabajo práctico en el hotel, Rosie se esforzaba por hacerlo bien en la universidad y justificar la fe que Alfred y la señora Amery tenían en ella. La vida nunca era aburrida y entabló grandes amistades con los otros miembros del personal, algunos de los cuales vivían allí mientras que otros iban y venían, mudándose con frecuencia a nuevos horizontes. Una de las constantes en su vida era André, el fogoso chef francés que infundía temor en los corazones de su personal de cocina, haciendo llorar por igual a hombres y mujeres regularmente. Todos excepto Rosie, quien sabía que en el fondo era un blando.

Su amistad comenzó muy temprano una mañana cuando ella se coló en la pequeña cocineta destinada al personal que vivía allí. Eran alrededor de las tres de la madrugada y no podía dormir. Estaba preocupada por Ruby, quien había llamado más temprano ese día hecha un mar de lágrimas por otro de los novios de la tía Stella; al parecer, le había robado dinero del bolso. Lo que más entristecía a Rosie, y la enfurecía al mismo tiempo, eran las cosas horribles que su tía le había dicho a Ruby: eran golpes bajos y crueles. En fin, después de aconsejarle que abriera una cuenta de ahorros y comprara cerraduras para la puerta de su habitación, en un intento por animar a su prima, la había invitado a venir el domingo. Era su fin de semana libre y le había prometido a Ruby un día de relax hablando tonterías, comiendo chocolate y una cena abundante en el pub local. Rosie no se dio cuenta de que había alguien sentado en la pequeña mesa cuando entró en la cocina y automáticamente encendió la luz. Casi se meía del susto cuando una voz fuerte retumbó en la oscuridad.

—¡Sacré bleu! ¿Qué narices estás haciendo? ¡Merde! Ahora estoy ciego. Apaga esa luz antes de que mis ojos exploten.

La impresión de la voz de André hizo que Rosie obedeciera y luego se quedó inmóvil, esperando obedientemente en la oscuridad. Cuando su corazón acelerado se calmó, reunió el valor para hablar con el temible chef.

—Lo siento, André. No sabía que había alguien aquí. Estaba a punto de hacerme una taza de té, ¿te importa si te molesto? Podría hacerte una también —dijo Rosie y esperó en silencio a que le arrancaran la cabeza de nuevo.

—Té, té, ¿qué pasa con los malditos ingleses y su té? Creen que lo curará todo. Sabe a agua de fregar. No, yo tomaré mi vino. Ven, siéntate y únete a mí, comparte conmigo una bebida como Dios manda.

André tenía el don de hacer que la gente hiciera lo que él quería, así que Rosie, nerviosa, sacó una silla y se sentó. Mientras lo observaba buscar otro vaso en los armarios en la tenue luz de la cocina, iluminada solo por la media luna y el hecho de que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, Rosie se preguntaba sobre André. ¿Por qué este hombre, con su mata de pelo ondulado castaño oscuro, barba bien recortada y físico de jugador de rugby, que era bastante atractivo a su manera ruda y francesa, había terminado a cientos de kilómetros de su hogar, viviendo en una habitación individual y estrecha en la parte trasera de un hotel?

Todo el mundo decía que era homosexual, pero como se mantenía reservado, el personal en realidad sabía muy poco sobre él o, mejor dicho, nadie se atrevía a preguntar. Una vez que sirvió el vino, André encendió otro cigarrillo. Rosie sabía que esto no estaba permitido, pero desde luego no iba a ser ella quien se lo recordara, así que en su lugar se sentó y bebió, dejando que el líquido rojo rubí la calmara. En el silencio que siguió y mientras fumaba su cigarrillo, sus ojos vigilantes se clavaron en ella y, finalmente, habló.

—Entonces, mademoiselle, ¿cómo es que vives aquí en el hotel? ¿Te echó tu familia o te escapaste de casa? Te observo en el restaurante y eres diferente a las demás, más sensata, no tonta. Cuéntame, ¿cuál es tu historia? —dijo André dando una calada a su cigarrillo y esperó, sosteniendo la mirada de Rosie.

—No es exactamente una historia. En realidad, es todo un poco aburrido. Simplemente quería cosas de la vida con las que mis padres no estaban de acuerdo. Tenían esta imagen en sus cabezas de lo que querían que fuera y el hecho de que me hiciera infeliz no les importaba en absoluto. Todo lo que parecía importarles era lo que pensarían los demás y que les había decepcionado por no ajustarme a lo que era aceptable en su mundo. Así que me fui. Así de simple —dijo Rosie mientras bebía su vino e intentaba reprimir la ira que burbujeaba en la superficie cada vez que recordaba los acontecimientos que la obligaron a abandonar su hogar.

—Esto no me sorprende. Los padres pueden ser muy tontos a veces, pero me interesa, ¿qué querían que fueras? Eres muy joven para tomar esta decisión y dejar a tu familia, así que debe ser algo horrible —el tono de André era más suave ahora y estaba intrigado por la bella joven de cabello dorado sentada frente a  l bajo la luz de la luna, que tenía el valor de hablarle y no salir corriendo como siempre hacían los demás.

A cambio, Rosie sintió que justo al otro lado de la mesa había un espíritu afín ligeramente solitario que se arriesgaba y se acercaba a una desconocida, así que sonrió y sirvió más vino, luego le contó su historia y, a cambio, él le contó la suya.

André nació en Francia, en el pequeño y pintoresco pueblo de Saint Pierre de Fontaine. Estaba enclavado en la hermosa campiña del Loira y había sido su feliz hogar hasta que cumplió la tierna edad de dieciséis años. Sus padres y abuelos antes que ellos eran propietarios de Les Trois Chênes, un pequeño hotel y restaurante, o auberge, como lo llamaban los franceses. El plan maestro, mutuamente aceptable para todos los interesados, era que algún día su único hijo siguiera sus pasos y tomara las riendas. Por aquel entonces, André tomó la ingenua y totalmente equivocada decisión de decirles a sus devotos padres que era homosexual y, para ser franco, se armó un escándalo.

En lugar de la comprensión y aceptación que esperaba en este mundo moderno, se encontró con horror y agresión. Su madre se metió en la cama después de que su marido cogiera el cinturón para golpear a su hijo, con la esperanza de sacarle lo que solo podía ser el demonio y librar a su familia de su vergüenza. Cuando se hizo evidente para todos los interesados que ni el sacerdote ni el cuero de un cinturón podían librar a André de su maldición, y que solo sería cuestión de tiempo antes de que el resto del pueblo sospechara del joven tranquilo que nunca tenía novia, decidió hacer las maletas y marcharse a París. Allí, André podía estar seguro de encontrar las dos cosas que necesitaba para vivir su vida: muchos restaurantes donde aprender a cocinar y muchos hombres a quienes amar.

Libre de las restricciones y prejuicios de una comunidad rural, André trabajó y se divirtió intensamente, encontrando una liberación en la creación de hermosos platos y pasando su tiempo libre con hermosos hombres. Con ansias de vida y aventura, tan pronto como se cualificó, André se dirigió a Londres y después de trabajar duro, ascendiendo en la escala de la cocina, finalmente se encontró en Cheshire como Chef Ejecutivo de un hotel de cinco estrellas. Sin embargo, había una cosa en su vida que faltaba y esa cosa era el amor. Había opciones fáciles en Manchester y nunca le faltaban admiradores o una aventura de una noche, pero a medida que se hacía mayor y un poco más sabio, André empezaba a sentir la necesidad de algo más permanente en su vida. Sabía que era poco probable que alguna vez tuviera hijos, un hecho que lamentaba profundamente, ya que le habría encantado ser padre y formar parte de una familia. Y así fue como en noches como estas, André siempre sentía la atracción de un pequeño pueblo de Francia y el amor que aún sentía por sus padres. Los había perdonado por estar atrapados en otro mundo menos ilustrado, por no saber hacerlo mejor, y por tener miedo. André era ahora más sabio y se daba cuenta de que quizás solo eran culpables de una simple cosa: quererle demasiado.

—Así que parece que somos iguales tú y yo. Fugitivos con padres que están cegados por sus esperanzas para nosotros y no pueden ver que este mundo cambia cada vez que gira —dijo André mientras se levantaba y suspiraba, luego se alejó en silencio de la cocina y regresó con otra botella de vino y comenzó a abrirla.

Rosie se sintió honrada de que este enorme oso de hombre con fama de ogro se hubiera sincerado con ella. André tiró el corcho sobre la mesa, pero antes de que tuviera tiempo de servir el vino, Rosie se inclinó y puso su mano sobre la de él. Mientras sus dedos se cerraban agradecidos alrededor de los de ella, sellaron en silencio su amistad y forjaron un vínculo que duraría el resto de sus vidas.

El amanecer comenzaba a bañar la habitación con una luz plateada y, al darse cuenta de que André estaba decidido a beber hasta estar contento o en coma, Rosie deslizó su copa por la mesa.

—Bueno, si vamos a beber ese vino necesito algo para absorberlo. Puede que tú tengas turno de tarde, pero yo empiezo a trabajar en unas horas y nunca he estado borracha de servicio. Así que, ¿qué tal un bocadillo de huevo frito y beicon? Especialidad de la casa, invito yo —dijo Rosie mientras se levantaba, algo inestable, y se dirigía a la cocina.

—Vale, si insistes, con mucha de tu salsa marrón. El desayuno es lo único que sabéis hacer bien los ingleses. ¿Tienes salchichas? Me apetece comer —dijo André, tamborileando con las manos en la mesa y frotándoselas después con anticipación.

Mientras amanecía el jueves, con los pájaros cantando su coro y el sol abriéndose paso entre las nubes, los improbables amigos se sentaron en la cocina bebiendo vino tinto y comiendo bocadillos de beicon y huevo. En los años venideros, a menudo recordarían y se reirían de aquella noche y de cómo, contra todo pronóstico, Rosie logró hacer su primer turno completamente borracha. André se había despertado en la mesa de la cocina, rodeado de

compañeros desconcertados que comían sus cereales en silencio y se preguntaban quién sería lo suficientemente valiente como para decirle al ogro que tenía un trozo de beicon pegado en la frente.

Cuando Rosie terminó su carrera, fue recompensada con el puesto de Subdirectora Adjunta y asumió el reto con entusiasmo. No había un metro cuadrado del hotel que no conociera ni un miembro del personal cuyo nombre no recordara. Con una habilidad natural para hacer que la gente se sintiera cómoda y una forma de sacar lo mejor de sus compañeros, Rosie valía cada céntimo de la inversión de The Fairhaven. Extremadamente diplomática y observadora de la gente, tenía un don para los nombres y las caras, haciendo todo lo posible para que cada huésped que entrara en el vestíbulo se sintiera especial.

Como Rosie vivía en el hotel, estaba más o menos disponible para cualquier emergencia o crisis y se hacía cargo al momento si faltaba personal. Eso no quería decir que fuera esclava de su trabajo y se las arreglaba para divertirse de vez en cuando. Rosie podía ser bastante fiestera cuando quería y, ayudada y alentada por André, que por fin había salido de su caparazón y daba menos miedo estos días, pedía un minibús y, junto con quien hubiera conseguido arrastrar, se pasaba toda la noche de juerga por las discotecas de Manchester.

Rosie también era bastante popular entre el personal masculino y finalmente sucumbió al atractivo y los innegables encantos de Tony, el barista, que hay que decir que fue un poco decepcionante. Después de años especulando sobre el contenido de sus pantalones ajustados, durante una confesión entre risas a Laura tras su primera aventura de una noche, Rosie admitió que había perdido la virginidad con un tío que obviamente se metía un par de calcetines en los calzoncillos justo antes de ir a trabajar.

También se había producido un ligero deshielo en las relaciones entre Rosie y sus padres, con quienes, aparte de una tarjeta para felicitarla por sus buenos resultados en los A levels y tarjetas de cumpleaños sin sentimiento enviadas al hotel, no había tenido ningún contacto. En realidad, fue gracias a unas palabras amables y sabias de André que ella, a regañadientes, cambió de opinión. Él había hecho las paces con sus padres hacía mucho tiempo, principalmente porque aceptaba que seguían viviendo en el país de la fantasía y eran felices allí. Contaban a todo el mundo en el pueblo que su hijo viajaba por el mundo, cocinando en restaurantes de lujo, un soltero errante que, lamentablemente, no había encontrado a la mujer de sus sueños. André razonaba que si esto les hacía felices, a él le parecía bien. También le permitía ir a casa de visita, beber en el bar con su amigo Sebastien y dormir bajo el mismo techo que sus padres. En lugar de odiarlos por sus prejuicios, los quería por quienes eran, su querida mamá y su querido papá. Con este fin, Rosie hacía alguna que otra llamada telefónica educada a sus propios padres, recordando sus cumpleaños y la Navidad, pero se negaba a pasar las fiestas con ellos. El hotel estaba vivo y bullicioso, y allí era donde quería estar, no en casa, cortando pavo seco y caminando sobre hielo fino mientras veía el reloj avanzar muy lentamente.

Una persona que se mantuvo constante en su vida fue Ruby. Rosie vigilaba fielmente a su prima, manteniendo un contacto regular con llamadas telefónicas e invitaciones para visitas de fin de semana al hotel, donde dormían cabeza con pies en su pequeña cama, hablando tonterías y riendo hasta la noche. Proporcionar apoyo continuo cuando Ruby lo necesitaba (lo que desafortunadamente ocurría con frecuencia) se convirtió en parte de la vida de Rosie. No creía en las maldiciones, pero tenía que admitir que a veces el pensamiento cruzaba por su mente en lo que concernía a Ruby. Justo cuando encontró la felicidad con su primer novio, Dylan, le quitaron la alfombra de debajo de los pies y le rompieron el corazón. Rosie pensaba que era un chico encantador e incluso cuando se fue a Escocia, realmente creyó que habría un final feliz y que su

amor por Ruby sobreviviría, pero no fue así y le tocó recoger los pedazos.

Después de la fase de Dylan, Ruby logró salir adelante y parecía bastante feliz con su trabajo y sus nuevos compañeros de piso, así que Rosie bajó la guardia por un tiempo, tranquilizada por las historias de noches locas y alguna que otra cita insatisfactoria. En realidad, pensaba que Ruby finalmente había superado su racha de mala suerte y estaba en el camino de la felicidad, y que eventualmente encontraría un buen reemplazo estable para Dylan y luego viviría feliz para siempre. ¿Cuán equivocada puede estar una persona?

ROSIE

Rosie se había acostumbrado a que algún que otro huésped intentara ligar con ella. Cuando empezó a trabajar en el hotel, incluso un simple piropo o cumplido la dejaba nerviosa y sin palabras, deseando que la tierra se la tragase. Con el tiempo, Rosie fue ganando experiencia en las cosas de la vida y desarrolló habilidades para rechazar comentarios coquetos y comensales demasiado entusiastas con las manos largas; en general, manejaba las situaciones difíciles con soltura.

De una semana a otra siempre pasaba algo. Huéspedes ruidosos molestando a los de la habitación de al lado, esposas llamando para controlar a sus maridos y maridos registrándose con mujeres que claramente no eran sus esposas. Habían tenido una novia histérica abandonada en el altar y a su madre igual de histérica, luego un par de novios pillados literalmente con los pantalones bajados, uno con una invitada de la boda y el otro con su padrino. La Navidad traía un sinfín de acontecimientos entre las paredes y, más a menudo de lo que no, detrás de los arbustos del jardín. Tales travesuras nunca dejaban de mantener la sala de descanso animada con historias de la noche anterior y las fechorías de los huéspedes.

Habían tenido algunas situaciones incómodas con escorts merodeando en el bar y el revuelo que se formaba cuando se les pedía que se marcharan. Habían robado objetos de las habitaciones y las terribles sospechas que levantaba entre el personal, pero peor aún, había habido una desagradable agresión a una de las camareras de piso unos años antes que asustó a la mayoría de ellas. No se presentaron cargos porque al final era su palabra contra la de él, pero la joven en cuestión quedó gravemente traumatizada y dejó el hotel y, según los rumores, el país.

Por esta razón, aunque mantenía su actitud amable, Rosie siempre estaba alerta, precisamente por eso el caballero de la habitación 203 le estaba causando cierta preocupación. El señor Crawley había sido bastante agradable cuando se registró tres días antes y, de pasada, mencionó que estaba en un viaje de negocios, pero aparte de algún paseo por los jardines, parecía pasar gran parte de su tiempo solo en el hotel. Invariablemente se le encontraba sentado en el salón leyendo el periódico, comiendo en el restaurante o bebiendo en el bar, charlando con Tony o quien estuviera de servicio. Sabía que nadaba en la piscina cada mañana porque Nellie, la masajista sueca, le había visto charlando con Dawn, la encargada.

Había algo en él que inquietaba a Rosie. Decidió que, al igual que ella, era un observador de personas y había notado que mientras estaba sentado, aparentemente ocupándose de sus asuntos, observaba todo y a todos. En resumen, el señor Crawley le daba mala espina. Rosie transmitió sus preocupaciones a André, quien no ayudó mucho al decirle que o bien era un detective privado, tratando de recopilar pruebas para una esposa sospechosa, o un psicópata, estudiando a su próxima víctima. Con estos escenarios rondándole la cabeza, no fue sorpresa que cuando se

topó con él merodeando por un pasillo temprano una mañana, espiando a las camareras de piso, lo denunciara inmediatamente. Si Alfred y la señora Amery pensaron que estaba exagerando no lo dijeron y prometieron vigilarle de cerca, pero nada más mencionarlo Rosie, él se marchó.

Todo el asunto se olvidó por completo hasta que aproximadamente un mes después, un gran grupo de ejecutivos se registró y el inquietante señor Crawley (como ahora se refería a él) era uno de ellos. Dos horas más tarde, los dueños de The Fairhaven, los Hamilton-Pyke, también llegaron después de volar desde las Bahamas donde vivían, con un equipo de abogados a cuestas. El hotel bullía de especulaciones. Alfred anduvo todo el día hecho un manojo de nervios, con la cara roja y desesperado por asegurarse de que todo estuviera a la altura o por encima de los estándares durante su visita sorpresa.

Los misteriosos invitados y los abogados pasaron los siguientes dos días encerrados en la sala de conferencias mientras rumores descabellados de bancarrota y cierre flotaban por el hotel. La teoría más popular con las mejores probabilidades era que Fairhaven se convertiría en una residencia de ancianos, seguida de cerca por los soñadores que esperaban que fuera el escenario de un drama de época y todos conseguirían trabajo como extras. Al tercer día, todo el equipo directivo y cualquier personal que pudiera ser liberado fueron llamados a la sala de conferencias y mientras esperaban ser informados por los Hamilton-Pyke, una tensión incómoda llenó la sala. Rosie estaba curiosa y preocupada. Por muy absurdos que fueran los rumores, la habían inquietado y, mirando hacia su jefe, notó que Alfred también parecía preocupado.

Cuando los peces gordos finalmente entraron con aire despreocupado, flanqueados por sus abogados, la sala quedó en silencio y todos esperaron expectantes, con los ojos clavados en el frente mientras rezaban para que fueran buenas noticias. Gregory Hamilton-Pyke parecía el típico expatriado con una camisa blanca almidonada y un alegre pañuelo amarillo bajo una chaqueta de club náutico, combinada con pantalones chinos y náuticos. Rosie lo percibió ligeramente nervioso pero levemente presuntuoso. Sus ojos azules y penetrantes escudriñaron al público reunido desde su rostro profundamente bronceado, y se le ocurrió que parecía una nuez arrugada en comparación con su esposa Miranda, que era rubia platino y estaba envuelta de pies a cabeza en Gucci. Por el aspecto de su rostro sin arrugas, la habían inyectado suficiente Botox como para hundir el yate que Gregory probablemente había dejado amarrado en el Canal de Manchester.

El abogado inició el asunto con una tos dramática e hizo su gran anuncio. Fue breve y conciso, bien ensayado y diseñado para limitar el pánico, adornado con grandes dosis de optimismo y grandiosos planes para el futuro que beneficiarían a todos los presentes. El resultado de su entusiasta discurso fue que, después de un siglo de pertenecer a la dinastía Hamilton-Pyke, el Hotel Fairhaven estaba siendo comprado por la cadena de hoteles internacionales Belmonte Grande y, a partir de ese día, formaría parte de su familia en constante crecimiento. Los Hamilton le habían pedido que les agradeciera sinceramente a todos su lealtad y dedicación a lo largo de los años, deseándoles todo el éxito para el futuro y prometiendo volver para ver cómo les iba siempre que estuvieran en el país. Con eso, le entregó a Alfred un montón de folletos para repartir entre el personal que proporcionaban cualquier información que necesitaran, tras lo cual todos se marcharon, los antiguos propietarios unos cuantos millones más ricos y dejando a una audiencia atónita a su paso.

Más tarde esa noche, una vez terminado su turno, Rosie fue en busca de Alfred, que había desaparecido casi inmediatamente después de la reunión y había estado en su despacho con los hombres de traje desde entonces. Llamó a su puerta e inclinó la cabeza para escuchar su respuesta y, al oír una voz que le decía que entrara, la abrió y pasó. Alfred estaba sentado en su

pulido escritorio de nogal, bebiendo whisky. Su rostro estaba bañado por la suave luz de una lámpara de latón. Pareció complacido cuando vio que era Rosie y, con una sonrisa cansada, le indicó que tomara asiento.

—Bueno, eso ha sido toda una sorpresa, Alfred. ¿Sabías algo de todo esto o te has quedado tan sorprendido como el resto de nosotros? —dijo Rosie observando cuidadosamente a su mentor, percibiendo que algo iba mal solo por su lenguaje corporal y falta de entusiasmo. Si esta adquisición eran buenas noticias, ciertamente no lo estaba demostrando.

—No, Rosie, no tenía ni idea. No hasta que todos aparecieron y el grupo de las Bahamas llegó volando, entonces me di cuenta de que algo gordo se estaba cociendo. Me pusieron al día esa misma noche, pero me hicieron jurar que guardaría el secreto. Al parecer, hemos estado bajo escrutinio durante algún tiempo. Parece que también ha habido una afluencia constante de huéspedes misteriosos que nos han estado evaluando en secreto. Obviamente, todos pasamos con nota, así que vinieron aquí para ultimar los detalles y cerrar el trato. Todo lo que pude hacer fue mantenerlos a todos alerta y esperar el veredicto, que sospecho que era una conclusión inevitable —dijo Alfred dando un sorbo a su bebida y suspirando.

Rosie no podía entender la negatividad de su amigo, así que insistió en el tema, principalmente con la esperanza de que compartiera sus preocupaciones.

—Por la forma en que el abogado nos lo vendió, el hotel solo puede beneficiarse. Una remodelación completa y millones de euros invertidos, seguramente eso no puede ser malo. Seguirán necesitando a todo el personal, especialmente si se expanden como dijeron, así que ¿por qué pareces tan desanimado? ¿Es porque las cosas van a cambiar? Sé que te encanta el Fairhaven tal como está, Alfred, pero serás el rey de un castillo completamente nuevo y yo seré la princesa. Sabes que puedes contar conmigo para ayudarte —dijo Rosie pensando que había hecho un trabajo excelente animándole con su lista de aspectos positivos, pero ni siquiera sus bromas sobre la realeza pudieron hacerle sonreír.

—Bueno, ese es precisamente el punto, Rosie, porque aunque estoy de acuerdo con todo lo que dices, hay un pequeño fallo en tu argumento. Verás, no seré el rey del castillo porque me están despidiendo. Parece que no formo parte del trato y junto con el papel pintado elegante y una mano de pintura fresca, tendréis un nuevo gerente con un máster y una perspectiva renovadora que os guiará a todos hacia el futuro. No, Rosie, de una forma u otra, mi tiempo aquí ha terminado.

Alfred se sirvió otra copa y dejó que la declaración flotara en el aire, esperando a que Rosie reaccionara, lo que hizo estallando en un mar de lágrimas de rabia e indignación.

Rosie echaba de menos a Alfred más de lo que jamás había echado de menos a sus padres. Él le había dado una oportunidad cuando la necesitaba y era su guía e inspiración, pero sobre todo, durante los últimos siete años había sido su amigo. Esa noche en su despacho, cuando finalmente se calmó, él le explicó que no todo era malo y que a pesar de su decepción, había algunos aspectos positivos que se podían obtener de la adquisición, especialmente para ella.

La cadena Belmonte Grande había reconocido el valor y la amplia experiencia de Alfred y le había pedido que se quedara en el Fairhaven en calidad de supervisor para facilitar el traspaso al nuevo equipo directivo. Por ello, se le recompensaría con una generosa indemnización además de su paquete de jubilación anticipada. Naturalmente, lo había consultado todo con la señora Alfred (como cariñosamente se refería a su sufrida esposa), quien le dijo que aceptara la oferta y se largara para que por fin pudiera tenerlo solo para ella. Había compartido a su marido con su otro amor, el Fairhaven, durante más de cuarenta años y ahora les tocaba a ellos. Alfred pintó un cuadro idílico de una casita de campo cubierta de rosas, mucho golf y quizás algo de

jardinería, además de un bonito crucero por el Mediterráneo. Cualquiera que lo conociera bien podía darse cuenta de que estaba fingiendo, porque la luz de sus ojos se había apagado de la noche a la mañana y su paso alegre se había reducido a un andar resignado.

No quedó un ojo seco en la fiesta de despedida de Alfred. La señora Amery parecía desconsolada y le confesó a Rosie que si le hubieran ofrecido el mismo trato, ella también se habría marchado, pero al parecer su momento aún no había llegado, así que por ahora sus días de sábanas y colada estaban lejos de terminar. En cuanto a Rosie, resultó que su estrella estaba en ascenso y, debido principalmente a una brillante recomendación del leal Alfred y a las observaciones de los huéspedes misteriosos —en particular del inquietante señor Crawley—, iba a ser ascendida rápidamente en el Programa de Formación de Directivos de Belmonte.

Rosie se ofreció a ayudar a llevar todos los regalos y tarjetas de despedida de Alfred, además de la caja de champán del grupo Belmonte, hasta su coche. Él no quería mucho jaleo ni que todo el mundo lo despidiera, pero era la manera de Rosie de prolongar sus últimos momentos con  l. Haciendo todo lo posible por mantener la compostura, cargó los regalos en el maletero, cuyo cierre con un golpe seco marcó el final de una era. Al volverse hacia Rosie, justo cuando gruesas gotas de lluvia comenzaban a caer sobre sus rostros, Alfred abrió los brazos para un último abrazo, envolviéndola en su corpulenta figura mientras ambos contenían las lágrimas.

—Ahora, debes escucharme, Rosie. Quiero que aproveches al máximo todo lo que esta gente de Belmonte pueda ofrecerte. Observa y aprende, pero mantén siempre la guardia alta. Tienen grandes planes de los que podrías formar parte, así que aprovecha cada oportunidad que se te presente, trabaja duro y sé la mejor. Vi algo muy especial en ti hace todos esos años y nunca me has decepcionado. Por favor, ten éxito. Harás muy feliz a un viejo y algo cínico director —dijo Alfred sonriendo y mirando a los ojos llenos de lágrimas de Rosie en busca de una respuesta.

Rosie se compuso valientemente y logró articular con voz entrecortada:

—Lo intentaré, Alfred. Siempre y cuando me prometas que te mantendrás en contacto y que lo pasarás en grande con la señora Alfred —dijo Rosie con una sonrisa valiente mientras la lluvia se hacía más persistente, obligando a poner fin prematuramente a su conversación.

—Solo una última cosa, Rosie. No dejes que esta industria te devore. Quédate en el viaje mientras lo disfrutes, pero cuando empiece a quemarte o ya no sientas la emoción de un nuevo día, es hora de bajarse. No des tantas vueltas como hice yo y te pierdas las cosas importantes de la vida. Sabrás cuándo, así que sigue tu instinto y actúa en consecuencia. Ahora entra antes de que te empapes. Tengo una esposa impaciente esperándome en casa y necesitamos empezar con algo de este champán —con eso, Alfred le dio a Rosie un último abrazo y saltó a su coche.

Mientras arrancaba el motor, ella golpeó su ventanilla empapada por la lluvia y pronunció dos palabras a través del cristal.

—Lo prometo.

La primera fase de la vida acelerada de Rosie comenzó cuando la enviaron a una gira de doce meses por los otros hoteles de la cadena Belmonte. Esto era para darle una idea de cómo llevaban sus operaciones y también para ver cómo se las arreglaba cuando estaba fuera de su zona de confort. Quedándose en cada hotel durante unos meses, Rosie acompañaba a los directores de todos los departamentos y con frecuencia la dejaban al mando, donde o se hundía o nadaba. Naturalmente, Rosie nadó y afrontó cada desafío de frente. Abordaba cada día con vigor y, en lugar de levantar suspicacias, era aceptada como una cara fresca, un soplo de aire fresco que se integraba fácilmente en su rutina. Haberse abierto camino desde abajo la hacía caer bien a todos, desde los lavaplatos hasta los porteros. Rosie regresó al Fairhaven una fresca mañana de septiembre, retomó su antiguo puesto y estaba literalmente ansiosa por poner en práctica su año

de viajes en el bellamente renovado Fairhaven-Belmonte Grande.

Durante su año fuera, a pesar de tener una carga de trabajo completa, Rosie se había mantenido en contacto constante con Ruby, quien había florecido desde que se mudó con Martine. Lograron pasar un rápido fin de semana juntas cuando trabajó en el Belmonte de York, comprimiendo seis meses de cotilleos en cuarenta y ocho horas donde Rosie quedó adecuadamente asegurada de la nueva felicidad de su prima y, en consecuencia, se sintió en libertad de seguir adelante con su propia carrera.

El regreso triunfal de Rosie coincidió también con una llamada jubilosa de Ruby, que tenía sus propias noticias maravillosas. Un tal Marcus había llegado a su vida. Después de escuchar a su animada prima parlotear sobre su fabuloso novio, Rosie se sintió aliviada de que por fin Ruby hubiera encontrado un reemplazo para su único amor verdadero, Dylan. Antes de colgar, Rosie prometió que una vez que hubiera recuperado el aliento y vuelto a su rutina en The Fairhaven, se reunirían y podría interrogar a Ruby sobre Marcus como es debido.

Sin embargo, desde entonces, Ruby había estado un poco ausente y Rosie también había estado ocupada. Solo habían logrado hacer llamadas telefónicas y pasar un par de días en Navidad, después de lo cual dejó a su prima seguir con su floreciente romance sin darle más vueltas. Por lo tanto, fue bastante impactante cuando una mañana temprana de enero, mientras supervisaba la retirada de las decoraciones navideñas, Rosie recibió una emocionada llamada de Ruby, que llamaba desde Dubái con una noticia increíble. ¡Estaba comprometida con Marcus!

Durante la estancia de Ruby en el hotel por Navidad, era evidente que estaba locamente enamorada, pero no había habido indicios de nada tan serio y, desde luego, no se había hablado de una proposición. Después de esa bomba llegó otra, solo unas semanas después. Ruby se mudaba al ático de Marcus y dejaba su habitación en casa de Martine, y había más: se casarían en julio.

Rosie aún no había conocido al hombre que había enamorado a su prima y, a pesar de numerosas invitaciones al hotel o planes para reunirse en Manchester, en el último minuto Ruby llamaba y cancelaba debido a que Marcus estaba inevitablemente retenido, o alguna otra excusa igualmente vaga. Luego se fue al Lejano Oriente, después a Europa, lo que significó que su encuentro se pospuso aún más. Rosie sospechaba que al maravilloso y elegante prometido de Ruby no le apetecía realmente conocer a la familia política, lo que la hizo sentirse ofendida y despertó sus sospechas. Por eso, en lugar de seguir sus instintos que le decían que les hiciera una visita sorpresa, Rosie tuvo un berrinche celoso y decidió que si esa era su actitud, dejaría que él viniera a ella. Fue con cierta intriga y expectación que Rosie finalmente conoció a Marcus, acompañado por Ruby, solo una semana antes de su boda para una cena prenupcial.

La velada fue bien, tan bien como podía ir una noche sentada frente a un hombre que te ponía los pelos de punta mientras destilaba falso encanto y falso interés por cada escama de su largo cuerpo viscoso. Rosie no soportaba a Marcus y su instinto bien afinado se activó de inmediato. Le recordaba a los lagartijas de salón, un nombre que las chicas del trabajo daban a los hombres que se arrastraban por el bar del hotel tratando de ligar con cualquiera disponible para una noche de pasión antes de marcharse en sus coches de empresa. S??, Marcus hacía todas las preguntas correctas y fingía interés en sus respuestas, pero Rosie seguía teniendo la sensación inquebrantable de que la estaba evaluando e intentando decidir qué lugar ocupaba en la vida de Ruby. El golpe de gracia llegó cuando notó su reacción de alivio ante una emocionante noticia propia, que había guardado para esa noche y quería compartir con Ruby en persona.

Rosie había sido llamada al despacho del gerente unos días antes para encontrar al Sr. Creepy Crawley también presente. Alfred había entregado el control de su querido hotel al Sr. Hemming,

un tipo bastante agradable que parecía extremadamente competente en todos los asuntos gerenciales, poniendo su máster en buen uso asegurándose de que el hotel funcionara como un reloj. Los únicos recelos que Rosie tenía eran sospechar que el Sr. Hemming la miraba un poco por encima del hombro. Aunque ella tenía su propio título universitario, Rosie sentía que él no admiraba la forma en que se había abierto camino y tal vez pensaba que había recibido un trato especial de The Fairhaven. Fuera lo que fuera, Rosie tenía la clara impresión de que él también la veía como una amenaza.

Ver un grueso expediente abierto sobre su escritorio, que el Sr. Hemming cerró rápidamente cuando ella entró en la habitación, hizo que Rosie se sintiera ligeramente aprensiva. Quizás Creepy era un detective después de todo y tenía algo contra ella. Se dio una bofetada imaginaria, dándose cuenta de que si hubiera logrado desenterrar alguna suciedad relacionada con ella, sería un milagro, a menos que se contara una maravillosa noche de pasión con un atractivo huésped en Aberdeen. Resultó que no había motivo de preocupación. La razón de la reunión era una evaluación de su progreso hasta el momento y la buena noticia era que el Sr. Creepy pensaba que estaba desempeñándose bien, así que tenían una propuesta emocionante para ella. Si estaba de acuerdo, planeaban enviarla a la fase dos de su formación, que implicaría trabajar en sus hoteles ubicados en Europa. Para su deleite, a partir de octubre, Rosie iría a París, Berlín, Palma, Madrid y Roma.

A pesar de sus recelos sobre Marcus, decidió darle el beneficio de la duda después de comentar sus observaciones con el siempre sabio André, quien la convenció de que el tipo untuoso (como lo describió Rosie) podría haber estado muy nervioso o intentando demasiado impresionar y ella lo había malinterpretado. Rosie se resignó al hecho de que Ruby era lo suficientemente mayor para tomar sus propias decisiones y aunque Marcus no era de su agrado, hacía feliz a su prima y eso era lo que importaba.

Sin importar lo que dijera André, todavía no podía quitarse de encima las malas vibraciones y solo esperaba que el tiempo demostrara que estaba equivocada. Desafortunadamente para Rosie, dos personas estaban a punto de aguar su desfile optimista y, sin ser culpa suya, se quedaría con secretos que, con el tiempo, de una forma u otra, le costarían caros a su prima.

Rosie derramó lágrimas de orgullo y felicidad por su prima mientras hacía sus votos en el pálido registro civil azul. Sabía que Ruby había soñado con una boda en la iglesia, pero al no haber sido bautizada y, por tanto, no poder presentar un certificado, se enfrentaba a la opción de bautizarse a la tierna edad de veintitrés años o conformarse con un matrimonio civil. Incapaz de soportar la idea de que Olivia mirara por encima del hombro a una no cristiana, Ruby puso buena cara y fingió que el Ayuntamiento de Manchester era su preferencia. Radiante con un vestido al estilo Grace Kelly, con su corpiño y mangas de encaje, elegante falda de seda fluida y velo a media altura, Ruby literalmente resplandecía mientras el padre de Rosie acompañaba a la ruborizada novia a la sala. Ante los invitados reunidos, compuestos casi en su totalidad por la familia y amigos del novio, la querida prima de Rosie se casó con Marcus Neville Cole.

Rosie observaba divertida cómo su madre adulaba a Olivia todo lo que podía. Y ese acento, ¿de dónde se creía Doreen que era? Sonaba como Hyacinth Bucket y hacía que Rosie se estremeciera. Tras la ceremonia, decidió quedarse con las antiguas compañeras de piso de Ruby, ya que solo podía mantener una conversación educada con sus padres durante un rato. Después de una rápida ronda de fotografías, todos salieron al sol de julio. Guiados por los felices novios a través de los adoquines, el cortejo nupcial se dirigió poco a poco hacia las limusinas que esperaban para llevarlos a un restaurante cercano para el banquete.

Doreen y Jim se hicieron con un asiento junto a Olivia y su amigo Henry, así que Rosie se

quedó organizando al resto de los invitados, ya que el padrino, un tipo guapo pero arrogante llamado Roman, no servía para nada y estaba como una cuba. Justo cuando Martine y las otras chicas estaban siendo metidas en el último coche, Rosie se giró para examinar la plaza adoquinada y comprobar que no se había dejado a nadie fuera. Fue entonces cuando lo vio, observando desde las escaleras del Albert Memorial. Lo habría reconocido en cualquier parte. Él mantuvo su mirada y por un segundo Rosie se quedó paralizada hasta que años de pensar rápido entraron en acción. Volviéndose hacia el coche que esperaba, le dijo a Martine que siguieran sin ella, que se había dejado algo dentro y los seguiría en un taxi. Indicando al chófer que arrancara, Rosie cerró apresuradamente la puerta y los despidió con la mano antes de que pudieran protestar o hacer preguntas.

En cuanto los perdió de vista, Rosie volvió a mirar hacia el monumento; él seguía allí, tal como sabía que estaría. Tomando una larga y profunda respiración y luego sobre sus tacones muy altos, Rosie se dirigió con cautela por los adoquines hacia el rostro abatido de Dylan, deteniéndose justo frente a él.

—Hola, Rosie, qué casualidad encontrarte aquí —dijo Dylan con unas tristes palabras que desmentían la jovialidad de su tono.

Después de sacudir los escalones para evitar ensuciar su vestido, Rosie se sentó a su lado y por un momento se encontró sin saber qué decir, luego preguntó lo obvio.

—¿Qué demonios haces aquí, precisamente hoy? ¿Es una casualidad milagrosa o sabías que Ruby se casaba? —Rosie aún estaba un poco en shock e intentaba desesperadamente adivinar los motivos de Dylan.

Apoyando los brazos en las rodillas, con la cabeza mirando hacia los adoquines, Dylan habló en un susurro abatido.

—Un poco de ambas, en realidad. Vine a ver a Ruby. Llegué a mediodía y fui directamente a su casa desde la estación. Esperaba sorprenderla, pero no había nadie en casa, así que cogí el autobús de vuelta al centro y fui a la tienda, pensando que estaría allí. Estuve dando vueltas durante horas, pero no la vi, así que al final pregunté a una de las dependientas si estaba trabajando hoy. Cuando me dijeron que se estaba casando, casi vomito de la impresión. De alguna manera, logré disimular y preguntar dónde se celebraba la boda. En cuanto la chica me dijo que era en el Ayuntamiento a las tres, corrí hasta aquí. Pensé que mi corazón iba a explotar, lo cual podría haber pasado porque llegué tarde. Entré y el tipo de la oficina me dijo que la boda ya había empezado, pero yo solo quería verla un momento, así que me senté aquí y esperé. En cierto modo, ojalá no lo hubiera hecho porque lo ha empeorado todo un millón de veces —Dylan se llevó las manos a la cabeza, sumido en sus pensamientos.

—Ay, Dylan. Lo siento mucho, de verdad. Pero, ¿qué habrías hecho si hubieras llegado a tiempo? ¿Intentar convencerla de que estaba cometiendo un gran error? Ruby no te ha visto ni ha sabido de ti en años y, aparte de alguna tarjeta ocasional, pensé que habíais perdido el contacto hace tiempo —dijo Rosie, en parte contenta de que no hubiera llegado a tiempo, imaginando la escena que habría provocado y el dilema en el que se habría encontrado Ruby.

—Por eso he vuelto. Por alguna razón, últimamente no podía quitármela de la cabeza. Estaba lleno de arrepentimientos y "y si...", así que me convencí de que tal vez podríamos retomar donde lo dejamos. Nunca la he olvidado, Rosie, y ninguna chica me ha hecho sentir como Ruby, pero lo dejé demasiado tarde y ahora la he perdido para siempre —Dylan se recostó contra el frío monumento de piedra, mirando al frente, perdido en sus pensamientos.

—¿No se te ocurrió pensar que podría tener novio? ¿Esperabas que lo dejara todo y te diera una segunda oportunidad? Y aunque lo hiciera, aún queda el asunto de que vivís a kilómetros de

distancia. Menuda ilusión te has hecho, Dylan. No lo pensaste bien, ¿verdad? Si le hubieras enviado una carta primero o incluso llamado, te habrías ahorrado un largo viaje y mucho sufrimiento.

Hubo un momento de silencio incómodo y luego Dylan habló.

—Tienes razón. No lo pensé bien y una parte de mí no quería afrontar el hecho de que podría estar con alguien. Me convencí de que si tenía novio, podría recuperarla, así que simplemente me subí a un tren y vine directamente aquí. Fue algo impulsivo, una locura supongo. Lo planeé todo en mi cabeza y ensayé lo que diría durante el viaje. Iba a decirle que me mudaría aquí o que ella podría dejar su trabajo y volver conmigo a Escocia. Habría hecho lo que ella quisiera, todo lo que debería haber hecho hace cinco estúpidos años —Dylan tragó saliva con dificultad, ahogado por sus emociones y arrepentimientos.

Rosie no daba crédito a lo que oía y sabía perfectamente que, en circunstancias normales, Ruby se habría enfadado un poco e incluso habría hecho que Dylan le suplicara otra oportunidad, pero al final le habría perdonado y le habría aceptado de nuevo. Ahora estaba el Señor Maravilloso con el que lidiar y Rosie no podía predecir nada. ¿Habría elegido Ruby a Marcus o a su antiguo amor, Dylan? Lo único que sabía era que la llegada de Dylan armaría un buen lío y estropearía el día de Ruby, y no iba a arriesgarse a eso, por mucho que le desagradara el nuevo marido de su prima.

Suspirando sonoramente, Rosie se preparó para salvar la situación y, al mismo tiempo, destrozarse las ilusiones del pobre Dylan.

—¡Menudo embrollo! Quizás si hubieras hecho todo esto hace un año, antes de que conociera a Marcus, podrías haber tenido alguna posibilidad. Pero Ruby está con él ahora y por mucho que te quisiera entonces, dudo que puedas hacerla cambiar de opinión, y menos el día de su boda —dijo Rosie, que sentía mucha lástima por él y también algo de enfado por su pésimo sentido de la oportunidad.

—¿Es ese el tiempo que lleva conociéndole, solo un año? ¿Y ya están casados? Eso es un poco precipitado, ¿no? ¿Cómo es él? ¿Es un buen tío? Porque ella se merece lo mejor —dijo Dylan mirando a Rosie con incredulidad, esperando respuestas.

No había forma de que compartiera sus pensamientos más íntimos sobre Marcus con Dylan, eso solo le daría falsas esperanzas y, después de todo, solo eran sospechas. El cretino podría demostrar que estaba equivocada y resultar ser un buen tipo después de todo.

—No le conozco muy bien, Dylan. Solo le conocí una semana antes de la boda. Yo viajé mucho y él también, pero puedo contarte lo básico si te hace sentir mejor, aunque dudo que lo haga. Viene de una familia bastante adinerada que tiene una gran empresa de importación aquí en la ciudad y también fabrican ropa en este país. Ruby le conoció el septiembre pasado y las cosas fueron bastante rápido desde entonces. Le pidió matrimonio en Nochevieja y ella se fue a vivir con él poco después. Las chicas del piso estaban un poco disgustadas y pensaban que iba demasiado deprisa, y yo también, pero ella es adulta y tuvimos que dejar que tomara su propia decisión —dijo Rosie. Quería que supiera que había estado alerta, pero en última instancia, Marcus era la elección de Ruby.

—Así que eso es todo. La he fastidiado. Él debe estar loco por ella y parece que sería una estupidez dejar a alguien como él por mí. ¿Le dirás que vine hoy? ¿Quizás le des un mensaje?

Los ojos de Dylan parecían esperanzados, pero Rosie sabía que tenía que ser firme y dejarle caer con suavidad.

—No, Dylan, no se lo voy a decir. Sea lo que sea lo que pensemos cualquiera de nosotros, este es el día más feliz de la vida de Ruby y no voy a estropeárselo. Ahora mismo está en algún

lugar de la ciudad bebiendo champán y recibiendo a sus invitados, y probablemente preguntándose dónde narices está su dama de honor. Lo último que quiero hacer es meterle en la cabeza pensamientos sobre ti o el pasado. Se lo contaré algún día, te lo prometo, pero no ahora. ¿Recuerdas cómo era su vida antes? Ni en sus sueños más locos habría esperado conocer a alguien como Marcus —dijo Rosie haciendo una pausa para dejar que sus palabras calaran antes de continuar.

—Solía preocuparme que acabara como su madre o como algunas de las otras chicas con las que fue al colegio, que estaban en el paro y empujando un carrito por el barrio. Quizás la estaba subestimando, pero con una madre como Stella y sin una figura paterna en su vida, cualquier cosa podría haber pasado. Estoy muy orgullosa de cómo ha resultado y es porque nunca se rindió y trabajó muy duro para hacer algo de sí misma. Deja que tenga este día perfecto sin una preocupación en el mundo y su momento de gloria —dijo Rosie. Esperaba haber llegado a él, era una pena, pero tenía que ser leal a Ruby.

—Lo sé. Tienes razón. Pero siempre me preguntaré qué habría pasado si hubiera llegado antes. Es solo otro arrepentimiento que añadir a mi lista cada vez más larga. En fin, será mejor que te vayas o te perderás la fiesta. Todos pensarán que te han secuestrado —dijo Dylan levantándose y recogiendo su mochila.

La visión de esto hizo que Rosie se sintiera aún más triste, obviamente había empacado algunas cosas y había esperado un final feliz.

—¿Qué harás ahora? ¿Tienes dónde quedarte? —dijo Rosie. No quería abandonarle, pero necesitaba ponerse en marcha.

—Volveré andando a la estación y cogeré un tren de vuelta a casa. No tiene sentido quedarme por aquí ahora. Me volveré loco si me quedo. ¿Puedo pedirte una cosa antes de irme? Si te doy mi número, ¿me prometes que me llamarás si alguna vez me necesita, o para cualquier cosa? No me importa esperar eternamente la llamada. Aunque sea un anciano, siempre estaré aquí para ella.

Dylan decía cada palabra en serio. Rosie podía verlo solo por la mirada en sus ojos, así que tomó su número y le dio el suyo, solo para hacerle sentir mejor.

—Vamos, caminemos juntos. Necesito encontrar un taxi, rápido, y tú no has tenido la oportunidad de contarme nada sobre ti. Envíame un mensaje mientras estés en el tren y ponme al día con tu vida. Me gustaría saber cómo te va —dijo Rosie mientras terminaba de hablar. En ese momento, un taxi apareció a la vista y ella lo paró.

Rosie se detuvo al abrir la puerta para darle un abrazo a Dylan y sintió como si estuviera abandonando a un cachorro perdido en la carretera.

El cuerpo de Dylan se desplomó al soltarla, abatido por la decepción, y su voz sonaba igual de apagada.

—Venga, vete ya. Dale un beso secreto de mi parte.

Y sin decir nada más, se despidió con la mano y se marchó.

Rosie sabía que estaba llorando.

Cuando llegó al restaurante, los invitados ya estaban disfrutando del bufé gourmet y Ruby estaba histérica, preguntándose dónde demonios se había metido y por qué no contestaba al teléfono. Rosie mintió a su prima por primera y última vez en su vida, contándole una historia creíble que había inventado durante el trayecto en taxi. Convenció a Ruby de que había perdido el móvil en la sala de bodas y, como había otra ceremonia en curso, tuvo que esperar a que terminara para poder buscarlo. Se había caído entre las sillas y, afortunadamente, la batería se había agotado, de lo contrario la ceremonia se habría visto interrumpida por las llamadas

constantes de Ruby. Ruby se creyó cada palabra, lo que hizo que Rosie se sintiera fatal. Se suponía que era un día feliz, pero ella se sentía como una mierda. No solo acababa de mentir descaradamente, sino que el primer amor de Ruby estaba de camino a la estación de Victoria con el corazón roto y ahora ella cargaba con un secreto enorme.

«Necesito una copa», pensó Rosie mientras evitaba hábilmente a su madre, que acaparaba a Olivia y aún no la había visto. «Gracias, Dios mío», fue el mensaje silencioso que Rosie envió al cielo mientras se bebía de un trago lo primero que encontró en la gran bandeja plateada al final de la mesa del bufé. Lo último que necesitaba era pasar un segundo en compañía de su madre porque eso sí que la haría perder los estribos por completo.

La semana siguiente, Rosie estaba sentada en su escritorio en la oficina detrás de recepción, hojeando las fotos de la boda y sonriendo como una tonta al ver a su preciosa prima, cuando una de las camareras la interrumpió buscando a la señora Amery.

—Eh, ¿por qué estás tan contenta?... Ah, ¿son las fotos de la boda? Déjame echar un vistazo rápido. Qué guapa es tu Ruby.

Rosie le pasó las fotos a Kelly, que había conocido a Ruby en sus numerosas visitas al hotel. Empezaron los «oh» y los «ah», y ambas coincidieron en que estaba espectacular como novia. Entonces, mientras Kelly pasaba a otra foto, se quedó inmóvil y miró en silencio la imagen que tenía en la mano mientras el color desaparecía de su rostro.

—Rosie, ¿es este con quien se casó tu Ruby, el del pelo oscuro? —Kelly señaló la foto, apuntando a Marcus.

—Pues claro que es él, por eso están cortando el pastel juntos. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Rosie observó cómo Kelly se sentaba en la silla junto al escritorio, visiblemente conmocionada y mirando con incredulidad a los novios riendo mientras cortaban su espectacular tarta nupcial de tres pisos.

Cuando Kelly empezó a pasar frenéticamente las otras fotos, el miedo erizó la piel de Rosie mientras observaba el rostro de su amiga y supo instintivamente que no le iba a gustar lo que estaba a punto de oír.

—Ay, Dios, Rosie. No sé cómo decirte esto. No puedo creer que sea él. Si lo hubiera sabido, te juro que te lo habría dicho.

Kelly tenía el rostro ceniciento y Rosie empezaba a entrar en pánico.

—¿Decirme qué, Kelly? Suéltalo ya, ¿qué pasa?

Kelly levantó la foto y tocó la cara de Marcus.

—Este es el hombre que atacó a mi amiga Magda. ¿No te acuerdas? Te lo conté todo. Pasó hace unos años, tú estabas fuera cuando un huésped intentó violar a una de nuestras camareras, pues fue él. Reconocería su cara en cualquier parte. Estaba borracho y se le insinuó cuando ella le llevó unas toallas extra, le hizo mucho daño, Rosie. Si no fuera porque trabajamos en parejas y fui a buscarla, Dios sabe lo que habría pasado.

Rosie sintió que un frío glacial le recorría las venas, pero le pidió a Kelly que continuara.

—Nuestro turno había terminado, pero Magda tenía que volver con las toallas, así que le dije que la esperaría. Siempre volvíamos juntas a casa y le dije que se diera prisa. Sabía a qué habitación había ido, así que cuando no volvió después de un rato, fui a buscarla o habríamos perdido el autobús. Cuando llegué arriba, llamé y esperé, pero no hubo respuesta. Presentí que algo iba mal, así que volví a llamar y dije que era del servicio de habitaciones. Lo siguiente que oí fue a Magda gritando que la ayudara. Había logrado liberarse. Él la estaba sujetando con la mano sobre su boca, pero ella le mordió cuando oyó mi voz y la soltó. Entré de golpe en la habitación mientras Magda corría hacia la puerta, con el pelo y el uniforme descolocados, y él

intentaba subirse los pantalones. Ella parecía aterrorizada y se puso histérica. Él decía las cosas más viles, llamándola puta y provocadora, y entonces se armó un escándalo porque los otros huéspedes salieron al pasillo para ver qué era todo ese alboroto.

Kelly dio un sorbo de agua del vaso que había en el escritorio de Rosie y luego continuó.

—En fin, Magda estaba llorando, luego llegaron seguridad y la señora Amery, y todo el rato él seguía despotricando sobre que el hotel contrataba prostitutas. Lo siguiente que supe fue que llamaron a la policía y le detuvieron. Me interrogaron, claro, pero todo lo que vi realmente fue lo que te he contado, así que se redujo a su palabra contra la de él. Sentí que había fallado a Magda, pero no podía mentir. Él se buscó un abogado de primera y alegó que Magda se le insinuó, insistiendo en que ella estaba consintiendo hasta que yo les interrumpí, y como pensó que perdería su trabajo, dijo que ella gritó violación —las mejillas de Kelly estaban rojas por contar todo esto y recordar la angustia de su amiga.

—Entonces, ¿nunca fue procesado? —Rosie miró la foto del hombre de ojos oscuros que sonreía a la cámara, lo que la hizo estremecerse.

—No, se salió con la suya. La policía dijo que no había suficientes pruebas para asegurar un procesamiento. La pobre Magda quedó traumatizada y estuvo de baja durante mucho tiempo. Incluso rompió con su novio, probablemente por el estrés, y al final regresó a Polonia. Me hierve la sangre cuando lo pienso. Esa noche montó todo un numerito, actuando como la parte perjudicada que no podía creer la injusticia de ser detenido. Pero yo le vi justo antes de que llegara todo el mundo, estaba como una cuba y desagradable, Rosie. Tenía esa mirada enloquecida en los ojos, fría como el hielo y malvada. Nunca lo olvidaré. ¡Pobre Ruby! Ojalá lo hubiera sabido porque te juro que te lo habría contado y entonces podríamos haberla avisado — Kelly parecía abrumada por la culpa y la preocupación.

—No es culpa tuya, Kelly, pero ¿qué hago ahora? Se ha ido de luna de miel a Mauricio. No puedo llamarla y darle la noticia devastadora de que su marido es un bicho raro violento, ¿no? — Rosie estaba horrorizada, confundida y preocupada.

—Tienes razón, y lo peor es que si está tan enamorada como dices, no se va a tomar bien lo que digas, puede que ni siquiera te crea. Él se libró una vez, así que probablemente lo hará de nuevo, y ya sabes lo que siempre le pasa al mensajero, Rosie, le dan de hostias. Si vas a por todas y ella se pone de su lado, te arriesgas a perderla para siempre —Kelly dejó las fotos y pasó su brazo alrededor del hombro de una Rosie abatida—. Mejor me voy o tendré problemas, pero pasaré a verte antes de irme a casa. Quizás podamos ir a tomar algo y hablarlo después del trabajo. Dos cabezas piensan mejor que una, o eso dicen.

Con un rápido abrazo, Kelly salió de la habitación dejando a Rosie con sus pensamientos y las terribles y vívidas imágenes del hombre vil con el que su tonta prima se había casado.

Le encontró en la enorme cocina de acero inoxidable que había sido limpiada y preparada para el servicio de la mañana siguiente. Estaba ocupado escribiendo listas cuando ella se acercó sigilosamente por detrás y le agarró el trasero, haciéndole dar un brinco de medio metro y luego darse la vuelta para abrazar a la persona que sabía sería responsable de atreverse a tocarle el culo y darle semejante susto.

—Chérie, ¡has vuelto y has llegado pronto! Cuánto te he echado de menos, déjame verte... non. Estás demasiado delgada. ¿Esos alemanes solo te han alimentado con salchichas y col? Bah, necesitas comer auténtica comida francesa para poner algo de carne sobre tus huesos. Voy a prepararte algo ahora mismo.

André comenzó su ceremoniosa búsqueda de vino tinto y copas, revoloteando alrededor de Rosie, quien notó al instante que evitaba el contacto visual.

—Así que... ¿qué son esas listas en las que estabas tan absorto antes de que te diera un susto de muerte? ¿Qué te traes entre manos? —Rosie hojeó las listas, sin entender realmente gran parte de lo que estaba escrito en la elaborada caligrafía francesa de André.

Cuando levantó la vista, los ojos de André mostraban cautela y ella supo que estaba nervioso.

—Chérie, por favor, siéntate. Tengo noticias y estaba esperando a que volvieras para contártelo todo. No quería enviarte un mensaje. Quería hablar contigo cara a cara.

Rosie se rio del acento inglés de André. Siempre le hacía gracia, pero en esta ocasión su risa era un intento de ocultar sus nervios.

—André. ¿Qué ocurre? ¿Estás enfermo? ¿Qué pasa?

Tomando sus manos entre las suyas, habló con cautela.

—Me voy, Rosie. Vuelvo a Francia... a mi pueblo y a mi pequeña auberge. Estas son las instrucciones para el nuevo chef. Lo siento, chérie, pero no hay una forma fácil de decir esto — André parecía triste y pensativo mientras esperaba la reacción de su amiga.

—André, no puedes irte. No lo entiendo. ¿Qué voy a hacer sin ti? ¿Cuándo te vas? —Rosie tenía tantas preguntas, tanta tristeza y pánico en su corazón mientras el agitado chef la guiaba hacia una silla y servía dos copas de vino.

Una vez que Rosie estuvo sentada y con una copa en la mano, André intentó responder a todas sus preguntas y, al hacerlo, esperaba aliviar el dolor que veía en los ojos de su querida amiga.

Su padre había fallecido. Se fue pacíficamente mientras dormía, en la cama junto a su devota esposa, una forma perfecta de irse, según André. Su madre estaba enferma y débil y no podía cuidarse sola, así que él volvía para ocupar su lugar en el hotel familiar. Las cosas habían cambiado en los treinta años que había estado fuera y ser gay ya no era un pecado tan grave. Después de todo, los aldeanos no eran tontos y probablemente adivinaron hace mucho tiempo que el hijo de Monsieur Levron nunca iba a traer una novia a casa. Necesitaba marcharse lo antes posible para ayudar con los preparativos del funeral y consolar a su madre y más tarde, una vez que hubieran hecho el duelo, reabrirla el pequeño hotel como tributo a su padre y lo convertiría en un gran éxito. Incluso tenía planes para transformar el restaurante y servir algunas de sus propias especialidades.

Rosie se quedó sin palabras y al instante se dio cuenta de que su amigo ya tenía suficiente en su plato sin tener que lidiar con sus lloriqueos y ruegos para que se quedara. Se iba a casa para enterrar a su padre, cuidar de su madre y, en lo que a ella respectaba, estaba a punto de meterse en la boca del lobo y establecerse como el único gay del pueblo. Reconponiéndose y haciendo todo lo posible por ocultar su consternación, Rosie hizo lo que mejor se le daba y entró en modo organizativo. Durante las siguientes veinticuatro horas fue la mejor amiga que uno podría desear, ayudándole a hacer las maletas y reescribiendo sus terribles listas, organizando la despedida más rápida de la historia e incluso aunque se le partía el corazón, le acompañó al aeropuerto para decirle adiós. De vuelta a casa, Rosie se dio cuenta de que nunca se había sentido tan sola en toda su vida e incluso contempló la idea de visitar a sus padres, pero el momento pasó ya que no estaba tan desesperada, así que decidió que lo mejor para curar su corazón dolido era trabajo, trabajo y más trabajo.

Rosie consideraba que tenía una buena vida y, en general, le había ido bien, así que después de que André se marchara y durante los dos años siguientes, se volcó en su carrera. El ascenso prometido nunca se materializó y, para su fastidio, a pesar de matarse a trabajar e intentar impresionar al señor Hemming, seguía siendo subdirectora. A veces pensaba que su placa debería decir realmente Ayudante de Dirección para Todo. Había tenido algunas citas

insatisfactorias con algún que otro apuesto huésped que entraba y salía como el viento, asegurándose siempre de que cualquier encuentro fuera fuera del hotel y estrictamente correcto. Rosie no buscaba realmente nada serio y, aunque lo hiciera, no creía que pudiera encajar a un novio en su apretada agenda además de vigilar de cerca a Ruby, que ahora estaba embarazada.

Su perspectiva cambió en el verano de 2007 cuando un gran concesionario de coches alquiló el hotel para un fin de semana VIP. Iban a agasajar a potenciales clientes mientras exhibían su gama de relucientes vehículos. Rosie, como de costumbre, estaba sustituyendo a Ryan, el director de eventos, y entre los dos habían organizado todo el tinglado aun sabiendo que ningún mérito recaería en ella.

No podrían haber pedido un fin de semana más perfecto. El sol brillaba intensamente en el cielo despejado y azul, los clientes se desprendían fácilmente de su dinero después de un par de copas de cava y una vuelta por la finca en un coche de lujo, encargando un vehículo que probablemente ni siquiera podían permitirse. Rosie acababa de terminar una rápida ronda por los terrenos, comprobando que todo funcionaba bien en la carpa de catering, y se dirigía de vuelta cuando no pudo evitar fijarse en un horrible coche deportivo amarillo, cubierto de eslóganes publicitarios y flanqueado por dos azafatas de promoción despampanantes. Justo cuando se daba la vuelta, su atención se vio atraída por dos largas piernas que sobresalían de la parte trasera del coche. Preocupada de que pudiera ser un huésped que hubiera bebido una copa de más de champán barato, Rosie fue a investigar. Lo que encontró en realidad fue al vendedor de coches, uno muy atractivo por cierto, dándole un bocado a una hamburguesa de venado y escaqueándose descaradamente.

—Disculpe que le moleste, señor, solo comprobaba que no tuviéramos un huésped borracho. Le dejaré comer tranquilo —dijo Rosie girándose para marcharse, pero él la interrumpió.

—No pasa nada. Ya casi he terminado. ¿Crees que alguien más me ha visto? Me moría de hambre y he estado atrapado toda la mañana escuchando a esas dos parlotear sobre bótox y bronceados falsos. Me estaban dando dolor de cabeza, así que pensé que me merecía un descanso. ¿Puedes ver si no hay moros en la costa para que pueda salir? —Arrugó el papel y esperó a que Rosie le diera la señal.

Riendo, escudriñó entre la multitud y, tras comprobar que los vendedores de los otros puestos estaban ocupados, le hizo un gesto afirmativo con el pulgar. Cuando se levantó y se sacudió la hierba de los pantalones, Rosie notó que era un poco más alto que ella y tenía unos preciosos ojos grises que parecían divertidos, disfrutando claramente del momento. Tenía lo que ella siempre describía como un bronceado de esquíador, de aspecto saludable, con un puñado de pecas sobre la nariz y pelo castaño con un toque rojizo. Por primera vez en mucho tiempo, Rosie sintió la electricidad de una atracción real y se mostró reacia a marcharse, fingiendo interés por el coche banana. Después de que él le hiciera un breve resumen de sus mejores características, ninguna de las cuales significaba nada para Rosie, que estaba bastante contenta con su pequeño Fiesta, se dio cuenta de que era hora de despedirse o acabaría pareciendo una fanática de coches. Para su sorpresa, él detuvo su huida.

—¿Qué te parece si te lo compenso con una copa cuando terminemos aquí? Me has hecho de vigía y te agradezco mucho que fingieras interés por esta monstruosidad. La única conversación que he tenido en todo el día ha sido con críos de siete años manchados de helado intentando convencerme de que les dé una vuelta. Esas dos de allí son de otro planeta, así que agradecería un poco de conversación inteligente.

El vendedor señaló con la cabeza hacia las chicas de la empresa de promoción y luego le dirigió a Rosie una sonrisa pícara, dejándola sin poder negarse.

A partir de ese momento, y por primera vez en mucho tiempo, Rosie se permitió un poco de diversión y pensó que podría estar enamorándose de verdad. Peter era romántico, atento y entusiasta. Tenía su propio piso en Macclesfield y combinaba el trabajo duro con disfrutar de la vida al máximo, lo que a su vez se contagiaba a Rosie. Era un cambio agradable poder pasar las noches en su piso en lugar de en su pequeña habitación, y disfrutaba poniendo en práctica todas las lecciones de cocina de André, mimando a Peter con sus recetas favoritas. Ahora, siempre que estaba libre, Rosie estaba con él. Era desenfadado y la hacía reír, compartiendo el mismo sentido del humor y gustos en música y cine. Cuando sugirió que se fueran de vacaciones juntos, Rosie no lo dudó y dos meses después, en agosto, volaron a Grecia para una semana de amor bajo el sol. Desafortunadamente, eso significó perderse el nacimiento de Oliver y, debido a que Ruby se puso de parto antes de tiempo, no estuvo allí para cogerle la mano cuando Marcus desapareció en acción. Para gran alivio de Rosie, Olivia había intervenido.

Nada más llegar al Reino Unido, Rosie fue directamente a conocer a su nuevo segundo primo y se enamoró al instante del apacible bebé de ojos oscuros. Después de un millón de disculpas por no haber estado presente, Rosie prometió compensarlo con tareas de canguro y paseos con el cochecito siempre que Ruby la necesitara. Inmediatamente fue rechazada por Marcus, quien señaló que lo tenían todo cubierto: su madre vivía a la vuelta de la esquina y estaba disponible si la necesitaban. Apretando los dientes, Rosie sonrió dulcemente y ofreció sus servicios por si Olivia estaba ocupada, y luego lo dejó pasar. Ruby parecía bastante feliz en su hermosa casa con su igualmente hermoso bebé y, por lo que podía ver, aparte de que Marcus mostraba tendencias de control y celos, su prima parecía estar bien.

A pesar de la cercanía entre Prestbury, The Fairhaven y la casa de Peter en Macclesfield, el malabarismo entre el trabajo, el novio y la prima a veces hacía que Rosie solo viese a Ruby una vez al mes, si acaso. Manteniéndose alerta, seguía en contacto por teléfono y no percibía nada en el tono de Ruby que la alarmase. Durante los siguientes meses, la vida de Rosie transcurrió felizmente, a pesar de haber tenido una gran discusión con el señor Hemming. Él se negó rotundamente a tener en cuenta que ella nunca, jamás, había tenido un solo día libre en Navidad desde que empezó en el hotel hacía tantos años, y aun así rechazó su solicitud de vacaciones durante el periodo navideño para poder ir a esquiar con Peter.

Rosie empezó a sentir que el señor Hemming la tenía manía cuando Gordon, el subdirector, se trasladó al Belmonte de Edimburgo. Ella solicitó confiada su puesto, uno que todos en el hotel pensaban que se había ganado de todas formas y que era pan comido; todos esperaban que el trabajo fuese suyo. Pues bien, no lo fue y tuvo que soportar la vergüenza de un panel de entrevistas y esperar su destino junto con los otros tres candidatos externos que se alineaban en las sillas fuera de la sala de conferencias.

La mala noticia se la dio una mañana un señor Hemming engreído, que la informó delante de la señora Amery, Ryan el gerente de eventos, y Lenny, el jefe de catering, que pronto se les uniría al equipo Jason, un viejo amigo de la universidad y todoterreno que ocuparía el puesto en un mes. Rosie quería que se la tragara la tierra. No solo la había humillado delante de sus amigos, sino que además había nombrado a uno de sus colegas. Después de todo su duro trabajo y dedicación, era como una bofetada, en realidad era más bien un puñetazo.

El resto del personal estaba indignado y amenazó con vengarse, desde escupir en su té hasta hacer una huelga general, y aunque Rosie agradecía su apoyo, sabía en su corazón que él la estaba apartando y para principios de primavera su vida en el hotel se había vuelto insoportable. Criticaba sus horarios, encontraba fallos en cualquier personal que ella tuviera a su cargo, le recordaba secamente a Rosie dónde paraba el carro y se aseguraba de que siempre hubiera alguna

tarea urgente que completar justo cuando terminaba su turno. Al final, Rosie empezó a rechazar las horas extra, llegaba al trabajo solo unos minutos antes de que empezara su turno y se aseguraba de salir por la puerta en el segundo en que terminaba. Los días de darlo todo por The Fairhaven habían terminado definitivamente.

En una llamada telefónica llena de lágrimas a André, que tenía problemas propios con un hotel destartado y una madre que estaba llegando al final de sus días y necesitaba cuidados a tiempo completo, le comunicó la noticia de que el señor Hemming la enviaba a Bristol para sustituir a alguien que había sufrido una crisis nerviosa. Cómo habían elegido su nombre de una larga lista de empleados igualmente cualificados y más cercanos era un misterio, pero probablemente había utilizado su red de espías colegas, así que su destino estaba sellado. André dijo que Hemming tenía ojos de monstruo verde y que temía que Rosie pudiera quitarle la corona y por eso quería que se fuera del hotel. Estaba eliminando a la competencia, ni más ni menos. Fuera esto cierto o no, una cosa era segura: Hemming estaba socavando lentamente cualquier alegría que le quedaba a Rosie por un trabajo que una vez amó.

Sin saber cuándo volvería, Rosie fue a ver a Ruby, que parecía bastante llorosa al escuchar su noticia, pero luego aseguró a Rosie que solo era depresión posparto y cansancio, insistiendo en que estaría bien. En el viaje en tren a Bristol, Rosie reflexionó sobre si debería haber indagado más en la vida personal de Ruby. ¿No era un poco tarde a los nueve meses para tener depresión posparto? Quizás no. Pero ¿por qué estaba tan cansada cuando Santa Olivia vivía a la vuelta de la esquina? La sospecha le remordió la conciencia y deseó haber investigado un poco. Su mente era ahora un torbellino de emociones mezcladas, preocupación por Ruby, pensamientos llenos de rencor hacia el señor Hemming, ligeros nervios por lo que le esperaba en Bristol y nostalgia por un piso en Macclesfield y su encantador novio de ojos grises. Peter había sido estupendo con todo el asunto, asegurándole que sobrevivirían un par de meses separados, prometiendo que bajaría a visitarla y que hablarían todos los días. También le dijo que mandara a paseo al señor Hemming y sus horarios porque en cuanto volviera se la llevaría de vacaciones al sol.

Su tiempo en Bristol se hizo eterno y por primera vez en su vida, Rosie miraba el reloj y deseaba que pasaran los días. Fiel a su palabra, Peter bajó un par de días y después de insistir en que necesitaba un descanso de todo lo relacionado con el Belmonte, desafiante reservó una habitación doble en un hotel de la competencia. Aparte de André, Rosie nunca había llorado por un hombre antes y estaba desconsolada cuando él se fue a casa. Sin embargo, se le pasó por la cabeza si también estaba desahogando emociones que eran resultado de la ira contenida y, preocupantemente, una creciente desilusión con su vida en general.

Finalmente, Rosie recibió la noticia que anhelaba escuchar. Apenas seis semanas después de su estancia en Bristol, fue relevada de sus funciones y le dijeron que podía volver a The Fairhaven. Su predecesora se estaba recuperando y volvería al trabajo de inmediato, así que era libre de volver a casa el fin de semana. Rosie no podía esperar para hacer las maletas y subirse al tren, pero decidió no llamar a Peter, queriendo sorprenderlo estando en el piso cuando llegara del trabajo. Su mente volaba haciendo planes, pensando en la comida que prepararía, el vino que elegiría y la lencería que saldría a comprar a la hora del almuerzo. Sería perfecto y Rosie iba a hacer que se alegrara mucho de que ella estuviera en casa.

Aferrándose a las llaves del piso, llegó justo después de la hora del almuerzo. Luchando con su gran maleta y una bolsa llena de comida que había comprado antes de coger el tren, Rosie agradeció al taxista y se dirigió hacia el bloque de pisos donde vivía Peter. Embargada por la emoción y la expectación, entró en el portal y subió la maleta por las escaleras hasta el primer piso. Esperaba que el piso no fuera un desastre y sospechaba que Peter podría haberse tomado

unas mini vacaciones de las tareas domésticas mientras ella estaba fuera, así que no le sorprendió demasiado cuando abrió la puerta y vio ropa esparcida por el suelo del salón. Lo que sí le sorprendió fue ver un sujetador rosa de encaje y un zapato de tacón negro asomando por debajo del sofá.

Cuando escuchó ruidos provenientes del dormitorio, gruñidos, gemidos y risitas, su corazón se saltó un latido. Rosie sabía perfectamente lo que vería si abría la puerta, pero una curiosidad mórbida la obligó a atravesar la alfombra sigilosamente y empujarla suavemente. Allí, en todo su esplendor de trasero blanco, estaba Peter, rebotando encima de lo que parecía la hermana de Barbie. Cuando la explosiva rubia vio a Rosie, soltó un grito ensordecedor e intentó cubrirse. Lo siguiente que Rosie oyó fue a Peter diciendo «mierda», pero para entonces ya estaba de camino a la puerta. Mientras bajaba la maleta por las escaleras, las lágrimas le quemaban los ojos mientras él gritaba su nombre desde el rellano, suplicándole que volviera para que pudiera explicarse, gritando que lo sentía.

—Lo siento —pensó Rosie, mientras la humillación y el dolor recorrían su cuerpo—. ¿Lo siento? ¿Eso es lo mejor que se te ocurre? ¿Y por qué iba a volver? ¿Para tener una agradable charla mientras la hermana de Barbie busca sus bragas? ¡Menudo capullo ha resultado ser y qué tonta eres, Rosie Wilson! —Murmurando y maldiciendo, marchó por el camino en busca de un taxi, hirviendo de rabia por dentro.

Cuando por fin encontró uno, Rosie pasó el trayecto hasta The Fairhaven en un silencio atónito. Ignorando cualquier intento del alegre conductor por entablar conversación, Rosie solo podía pensar en que había dejado dos botellas de vino carísimo y una bolsa de comida gourmet en el piso de ese cerdo asqueroso. Para empeorar las cosas, la perseguía la imagen imborrable de un enorme grano rojo situado en la mejilla izquierda del trasero rebotante de Peter.

Por la entrada de servicio y la vieja escalera de los criados, Rosie llegó a su habitación sin que nadie la viera. Lo último que quería era que alguien notase sus ojos enrojecidos y supiera que había estado llorando. Arrastró su maleta hasta el pequeño dormitorio y, al notar el olor a cerrado, abrió una ventana para ventilar antes de dejarse caer en la cama y mirar a su alrededor con desconsuelo. Todo lo que poseía estaba encerrado entre estas cuatro paredes. Le recordaba a su habitación en casa de sus padres y cómo, hacía tantos años, había metido todas sus pertenencias en una maleta y un bolso, cambiando con valentía y expectación una pequeña habitación por otra. A Rosie se le saltaron las lágrimas al recordar a aquella chica de cara fresca del pasado, llena de esperanza, ambición y empuje, y verse ahora. ¿Adónde le habían llevado esos diez años de duro trabajo? Estaba cansada y desilusionada, y el brillo del polvo de hadas de The Fairhaven se había desvanecido.

Rosie sabía que la mayor parte se debía a Hemming, porque al final la había desgastado y expulsado. Podía quedarse y esperar años por su ascenso mientras la apartaban como una pieza de recambio, pero siempre habría otro recién graduado brillante listo para llegar y arrebatarse el puesto. Era hora de hacer balance de su vida y ponerla en perspectiva.

Tenía una cuenta de ahorros muy saludable, principalmente porque, aparte de su pequeño coche, nunca iba a ninguna parte ni gastaba dinero en sí misma, pero ¿qué hay de las cosas importantes, los amigos y las relaciones? Peter era solo otro donjuán, Rosie se daba cuenta ahora; debido a su trabajo, ella se había ido y él aprovechó la oportunidad para jugar. Tal vez si hubiera estado aquí y hubiera estado un poco más disponible, nunca habría sucedido. Rosie aceptó que eso no cambiaba el hecho de que él era un infiel y, en su lugar, centró su atención en su habitación. Había un solo armario, una cómoda y una mesita de noche, y en esos tres muebles estaba guardada toda su vida. Había crecido entre estas paredes, pero no era mucho para mostrar

por su tiempo en este mundo y su dedicación al trabajo, y en ese instante la realización la golpeó; Rosie decidió que ya había tenido suficiente.

Una hora más tarde, observó con calma su habitación y repasó mentalmente una lista de comprobación hecha a toda prisa. La cama estaba desvestida y contenía una pila de ropa que ya no quería. Los armarios estaban vacíos y los pósters habían sido retirados de las paredes y enrollados. La pequeña televisión y la radio eran demasiado voluminosas para llevarlas, así que se las dejaría a Kelly, junto con la ropa y una nota explicándolo todo. Tal vez uno de sus hijos podría tenerlas en su dormitorio. A diferencia de la última vez que se fugó, Rosie había colocado cuidadosamente todas sus pertenencias restantes en su maleta y en un gran bolso negro. Lo último que empacó fue el oso Humphrey y la foto descolorida de ella y Ruby, sentadas en el escalón de la entrada cuando eran niñas. Siempre había estado a su lado y era un talismán, un vínculo que le recordaba a Rosie que siempre tenía una persona especial en su vida, dos con André. Cerrando la cremallera de la bolsa, suspiró, echó un último vistazo alrededor y luego dijo un agrí dulce adiós a una gran parte de su vida antes de sacar la maleta por la puerta.

Dejando sus pertenencias al pie de la escalera de servicio, Rosie se dirigió a recepción y saludó cortésmente a la elegante Belinda, que estaba ocupada registrando a unos huéspedes. Sin llamar la atención, Rosie entró en la oficina y retiró de su escritorio cualquier pertenencia personal antes de colocar dos sobres blancos sobre la brillante superficie de madera. Uno era una despedida personal y un sincero agradecimiento a la señora Amery, y el otro contenía la llave de su habitación y una escueta carta de renuncia para su némesis, el señor Hemming. Sin mirar atrás, Rosie salió de la oficina, sonrió a Belinda y recogió sus maletas. Se sentía mal por no despedirse apropiadamente de todos sus amigos, pero si iba a irse, esta era la mejor manera, sin alboroto ni ceremonias. Las despedidas lacrimosas serían demasiado para ella; esperaba que entendieran por qué cuando Kelly les leyera la carta. Además, si tuviera que ver al señor Hemming una vez más, Rosie sabía que probablemente le daría un puñetazo en su cara presumida, sabelotodo, superior, de ojos demasiado juntos y molesta.

Despedirse de Ruby no fue tan fácil.

Al principio, parecía agitada y preocupada de que Marcus pudiera quejarse de que Rosie dejara su coche en la entrada, así que en su lugar, lo aparcó en el garaje doble vacío y prometió anunciarlo para venderlo lo antes posible, pidiéndole a Ruby que le enviara el dinero. Seguramente él no podría poner pegasa eso.

Una vez dentro de nuevo, Rosie le dio el biberón a Oliver. Ruby había renunciado a la lactancia materna porque Marcus se oponía a que estuviera sentada por ahí con sus partes al aire, como él tan caballerosamente lo expresaba. Percibiendo la tristeza de su prima, Rosie se aventuró a preguntar si todo iba bien en casa, con ella y Marcus, comentando que la veía pálida y con el rostro muy demacrado. Desechando cualquier preocupación, Ruby atribuyó su cansancio a los cólicos y la dentición de Oliver; sin saber nada sobre bebés, Rosie tuvo que creerla.

Cuando llegó el momento de irse, Ruby se puso llorosa, así que cuando se aferró a ella desesperadamente en un abrazo prolongado, no inspiró confianza y, por segunda vez, Rosie sintió que estaba abandonando a un cachorro. El claxon del taxi las obligó a separarse y Rosie arrastró con desánimo sus maletas hacia el conductor que esperaba. Mientras él las cargaba, las dos primas se despidieron por última vez.

—Venga, no te disgustes. Solo estoy a hora y media de distancia y vendré de un lado a otro todo el tiempo. Puedes visitarme cuando quieras. Vamos, dame una gran sonrisa o me acobardaré y volveré al hotel —dijo Rosie, que también tenía problemas para contener sus emociones, pero tenía que ser fuerte, por su propio bien y no digamos por el de Ruby.

El taxi estaba cargado y listo para partir, y el conductor volvió a su asiento, mirando impaciente su reloj y dando a Rosie la pista de que necesitaban ponerse en marcha.

Para entonces, Ruby se había recuperado lo suficiente y pudo parecer serena.

—Lo siento, Rosie. Estoy agotada y me estoy comportando como un bebé, mira, Oliver es más valiente que yo. Vete ya y mándame un mensaje cuando llegues. Iré a verte pronto. Sé feliz y haz algo por ti misma por una vez. Venga, lárgate antes de que te encierre en el garaje y te retenga como rehén para siempre —dijo Ruby, dándole a Rosie una sonrisa valiente y un suave empujón.

Se despidieron con la mano hasta que ambas se perdieron de vista y cuando Rosie se giró hacia el frente del taxi, dejó escapar un gran suspiro de alivio. Por favor, Dios, que esté realmente bien, se dijo mientras el taxi se dirigía al aeropuerto. Una vez que salió de la urbanización y entró en la autopista, la tensión se alivió y Rosie sintió una chispa de emoción en el pecho, con un leve atisbo de sonrisa en sus labios. Había sido un día largo y estresante, pero ya casi había terminado y pronto estaría en Francia y, lo mejor de todo, estaría con André.

Cuando lo había llamado desde su habitación más temprano ese día y le había contado todo sobre Peter y el señor Hemming y cómo odiaba su vida, como siempre, él hizo que todo estuviera instantáneamente bien.

—Escucha, Rosie, mándalos a todos a paseo y ven a vivir aquí conmigo. Puedes ayudarme a dirigir el albergue. No puedo arreglármelas solo y estoy hasta las narices de todo. Discuto a cada momento con mi chef que se cree el más listo del mundo y te echo mucho de menos. Así que, esta es la solución. Reserva el billete y ven a Francia.

En cuanto lo dijo, todo encajó y una ola de puro alivio y emoción recorrió el cuerpo de Rosie mientras la adrenalina burbujeaba en sus venas. El resto fue fácil. Rosie reservó su vuelo, vació su habitación, hizo la maleta y escribió sus cartas, apenas resistiéndose a seguir el consejo de André en lo que respectaba a su jefe, aunque era muy tentador.

El vuelo de Air France a Nantes rodó hacia la pista y Rosie esperó pacientemente en su asiento para el despegue. Había apagado su teléfono cuando estaba dentro de la terminal, ya que había habido un flujo constante de llamadas y mensajes de Peter y el señor Hemming. Eran las 9 de la noche y el cielo exterior estaba oscuro. Los motores rugieron y el avión ganó velocidad mientras se lanzaba por la pista. Rosie esperó ese momento asombroso cuando las ruedas se despegan del asfalto y sabes que estás en camino. Cuando la nariz del avión apuntó hacia arriba, ella echó la cabeza hacia atrás y se recostó en el asiento, disfrutando de la emoción del ascenso, sintiendo la potencia del aparato mientras volaba cada vez más alto, llevándola rápidamente hacia una nueva vida.

Cuando empezó a nivelarse, el avión se inclinó hacia la derecha y fijó su rumbo hacia el sur. Mirando por la ventanilla, Rosie pudo distinguir las brillantes luces de Manchester a lo lejos, luego Jodrell Bank y dispersas debajo las casas de Cheshire, donde en algún lugar entre los puntos amarillos vivían sus padres y Ruby. Todavía había un toque de tristeza asociado a sus acciones, pero al mismo tiempo Rosie sabía sin duda que había tomado la decisión correcta.

Las luces pronto comenzaron a desvanecerse y el cielo se oscureció mientras el avión volaba más alto hacia las nubes. Rosie sonrió para sí misma, recordando algo que alguien le dijo una vez. En su cabeza, le habló, deseando que pudiera oírla.

—Ves, Alfred, cumplí mi promesa. Dijiste que sabría cuándo y tenías razón, viejo amigo. Casi me quemé, pero seguí mis instintos y creo que me bajé de la atracción justo a tiempo. Espero haberte hecho sentir orgulloso, de una forma u otra —mirando por la pequeña ventana hacia la noche estrellada, Rosie sintió una maravillosa sensación de paz invadirla.

Decidiendo que ya había tenido suficiente introspección por el día, Rosie buscó a la azafata. Iba a pedir una copa grande y brindar por el futuro: por estar con André, comenzar una nueva vida en Francia y disfrutar de las cosas importantes de la vida.

ROSIE

El canto de los pájaros y una luz blanca y brillante despertaron a Rosie de su sueño inducido por el vino y el cansancio. Acurrucándose bajo las mantas, se permitió despertar lentamente del sueño más profundo y tranquilo que había tenido en años. Recordaba vagamente haber llegado a su habitación y, mientras bostezaba y se estiraba, observó su entorno para ubicarse. Después de una noche muy tardía de reminiscencias y poniéndose al día con André, estaba tan cansada que apenas había logrado quitarse los vaqueros antes de desplomarse en la cama. Comprobando su reloj, que aún estaba en hora del Reino Unido, marcaba las 9 de la mañana, lo que significaba que eran las 10 en Francia. Rosie estaba medio reacia a abandonar el calor de su cama y renunciar al lujo de un raro despertar tardío, pero las ganas de explorar se impusieron y estaba ansiosa por bajar y empezar el día.

La falta de un baño en la habitación suponía una carrera por el pasillo hasta el cuarto de baño, que recordaba a los años setenta y pedía a gritos una reforma. Estaba lo suficientemente limpio y el antiguo calentador de pared finalmente se puso en marcha con un estruendo y un borboteo, proporcionando apenas agua tibia para refrescarla. Después de un sprint de vuelta a su habitación, Rosie se vistió rápidamente y se secó el pelo. El espejo anticuado de tres cuerpos estaba moteado y desgastado en las esquinas, y el tocador sobre el que se apoyaba era de antes de la guerra, Rosie no sabía de cuál, pero estaba hecho de un hermoso roble que había resistido el paso del tiempo. Mientras el secador le calentaba el pelo, Rosie observó su habitación.

El papel pintado floral estaba descolorido, pero probablemente habría sido bonito cuando se colgó por primera vez en la habitación baja de vigas; ahora estaba simplemente desgastado y despegándose por los bordes, muy pasado de moda. La moqueta también había conocido días mejores, estaba desgastada en algunos lugares y no complementaba ni combinaba remotamente con las pesadas cortinas de chintz. La colcha de lana antigua color mostaza y las sábanas que no hacían juego le recordaron a Rosie la pensión donde solían alojarse en Scarborough cuando era niña, lo que las situaba al menos veinte años fuera de estilo. Sin embargo, el dormitorio estaba impecablemente limpio y un viajero cansado que buscara sábanas limpias y un lugar para descansar no tendría quejas al respecto. Por otro lado, no estaría precisamente ansioso por volver a esta habitación por la noche ni te sentirías tentado a reservar para el año siguiente.

André la esperaba en el salón cuando bajó por la escalera de madera. Estaba escuchando la radio en un rincón, bebiendo su café mientras hojeaba un montón de papeles. Cuando vio a Rosie, inmediatamente dejó su tarea y la condujo a la habitación contigua, que hacía las veces de pequeño comedor y bar. Sentada en una de las tradicionales sillas de bistró de madera, Rosie esperó pacientemente mientras él se afanaba en traer café y cruasanes y gritaba órdenes a alguien que hacía ruido en la cocina. Finalmente se sentó y, después de servirles a ambos una taza de café caliente recién hecho, André se relajó y se puso a desayunar.

—Esperamos a unos huéspedes esta tarde, así que después del desayuno, debo prepararme. Michel está contento por una vez, ya que desean cenar aquí esta noche, así que se está esmerando en la cocina.

El uso aleatorio de frases en inglés de André nunca dejaba de hacer sonreír a Rosie.

—Casi lo has dicho bien, André. Puedo echarle una mano con las habitaciones, para eso estoy aquí, ¿recuerdas? Solo dime lo que necesitas que haga y me pondré manos a la obra.

—Non, chérie. Durante una semana estás de vacaciones, insisto. Puedo arreglármelas solo.

Michel prepara los desayunos, luego cocina para nuestros huéspedes por la noche mientras yo he sido degradado a camarero. Tú, Mademoiselle, mirarás, comerás y te relajarás —le dirigió a Rosie su mejor mirada severa y luego continuó—. Pero primero, te llevaré a dar un gran recorrido por Les Trois Chênes. Ven, anoche estaba demasiado oscuro, así que ahora quiero mostrarte mi reino.

Con un gesto dramático, André se levantó y apartó su silla, y luego, caballerosamente, ayudó a Rosie con la suya. Haciéndole señas, le indicó que le siguiera por la parte trasera del bar hacia la cocina.

—Primero, te presentaré a L'Enfant Terrible. Es un buen chef, pero quiere correr antes de saber andar. Ven, está por aquí en alguna parte, quejándose como de costumbre —y con eso, André se apresuró hacia la cocina.

Al principio, Rosie no pudo ver a nadie, pero escuchó el sonido de una voz masculina que provenía de debajo del fregadero, cerca de la ventana. Hubo mucho ruido, el tintineo y el estrépito de metal y luego la palabra «enfin», antes de que una cabeza de rizos oscuros apareciera desde el armario de abajo. Cuando salió marcha atrás y se puso de pie, se sorprendió por su audiencia, pero se recuperó rápidamente y sonrió a Rosie, para luego fruncir el ceño inmediatamente a André, soltando una andanada de francés enojado que casi se le escapó a ella. Siguiendo la acalorada conversación lo mejor que pudo, Rosie captó la idea general debido a los muchos gestos hacia el fregadero y un cubo de agua, que supuso era la causa de los problemas del chef. André respondió con su propia avalancha de gestos dramáticos y puestas de ojos en blanco antes de recordar por qué estaba allí, así que cambió de tema y presentó a Rosie.

—Chérie, este es Michel, nuestro maravilloso chef y ganador del premio por encontrar fallos en cada rincón de mi cocina. Michel, esta es mi Rosie, de quien te lo cuento todo. Habla en inglés. No se le da muy bien el francés —André dio un paso atrás como un padre orgulloso mientras se estrechaban la mano.

—Encantada de conocerte, Michel. Estoy segura de que no eres tan malo como André te pinta, y mi francés tampoco lo es, por cierto. Estoy deseando probar tus platos y si necesitas ayuda en la cocina, házmelo saber, estaré encantada de echarle una mano —Rosie lo mantuvo breve por si acaso no entendía bien el inglés y le costaba concentrarse con esos enormes ojos oscuros mirándola fijamente.

—Hola, Rosie, es un placer conocerte por fin. André me ha hablado mucho de ti. Prepararé algo especial en honor a tu llegada a Francia. Espero que seas muy feliz con nosotros.

Su sonrisa era cálida y sincera, y su inglés era perfecto. Rosie sintió algo extraño en su interior.

—Vale. Ya basta de ch◆◆chara, tenemos que ponernos en marcha. Tengo que recibir a los huéspedes y hacer cosas. Ven, chérie, vamos al jardín —dijo André volviendo a entrar por la puerta, aparentemente ajeno a las chispas que saltaban en las paredes desconchadas de su cocina, con Rosie siguiéndole obedientemente.

—Creo que tu chef parece bastante agradable. Espero que no seas demasiado duro con él, André. Sé que a veces puedes ser un tirano gruñón, ah, y por cierto, se dice "tittle tattle" —dijo Rosie, sintiendo que era su deber reprender a André y corregir su inglés, aunque sus errores le hacían gracia.

André continuó por el camino del huerto, fingiendo no oírla mientras ocultaba una sonrisa irónica y cómplice. Había visto las chispas.

El gran recorrido dio mucho que pensar a Rosie y aún no le habían presentado a la madre de André, Clémence. Ambos vivían en la sección final del bloque de tres edificios y él tenía que

prepararla; luego, después de haber acondicionado las habitaciones de los huéspedes, almorzarían todos juntos. Estaba claro que en ausencia de André, sus padres habían luchado y dejado que las cosas se deterioraran, y posiblemente no habían invertido dinero en el albergue durante varios años. Por lo que Rosie había podido deducir de la suya, esperaba que las otras siete habitaciones tuvieran una mezcla similar de muebles de preguerra y algunas adiciones modernas útiles, probablemente compradas en algún momento de los años setenta u ochenta y desde entonces, se habían adaptado con lo que tenían.

Aparte del mobiliario, el entorno del hotel era perfecto, lo suficientemente lejos de la carretera principal como para no oír el ruido del tráfico, pero fácil de encontrar en el mapa. La parte trasera del edificio daba a un mosaico de campos de agricultores, que se extendían hasta el horizonte. Estaban salpicados por algún que otro tejado de cabaña que asomaba entre una colina, ofreciendo una vista impresionante, que Rosie estaba segura sería igual de hermosa en cualquier estación del año.

El huerto estaba un poco salvaje y necesitaba cuidados, pero se mantenía por sí solo y abundaba en ensaladas y verduras. Desde allí, siguieron el sendero serpenteante que conducía hacia una zona boscosa que se abría en un claro y en él, se alzaba un granero grande y destartado. André explicó que tenía cientos de años y se había utilizado para almacenar pienso para los animales y maquinaria agrícola, parte de la cual aún estaba dentro, cubierta de heno y polvo y todo lo demás que no tenían uso. Continuando por el sendero llegaron a un bosquecillo de arbustos enmarañados, atravesándolo acabaron en los campos de la parte trasera del hotel y aquí había cuatro edificios anexos de varios tamaños. Uno parecía estar parcialmente restaurado, pero los otros estaban en mal estado.

Habían estado sin usar durante décadas y fueron comprados a Clémence y su marido Hugo por dos amigos de Inglaterra, hace algunos años. La pareja inglesa tenía la intención de convertirlos todos en alojamientos vacacionales, pero después de una gran pelea por dinero y que uno u otro no cumpliera con su parte, abandonaron el proyecto y se lo vendieron todo de vuelta a los padres de André por una miseria.

Completaron el recorrido por los terrenos terminando en la parte trasera del hotel y la sección residencial de la propiedad, que es donde André dejó a Rosie mientras iba a ver a su madre.

El sol estaba alto en el cielo, así que se sentó en una de las sillas de hierro oxidadas que estaban esparcidas por la terraza, dejando que el calor de los rayos la reconfortara mientras contemplaba la vista y disfrutaba de la maravillosa paz del lugar. Perdida en sus pensamientos, Rosie fue interrumpida por una tos y la silueta de un hombre alto. Protegiéndose los ojos, su mirada se posó en Michel. Su camiseta blanca estaba salpicada generosamente con lo que imaginaba era sangre y su delantal manchado de Dios sabe qué. Sus pantalones de chef holgados a cuadros iban acompañados de zuecos y en su mano sostenía dos copas de rosado, ofreciéndole una en silencio antes de sentarse en una silla tambaleante a su lado.

—Es muy hermosa, la vista desde aquí. Me gusta sentarme y mirar antes de empezar a trabajar. Es un placer simple y gratuito en mi vida. Creo que es una pena que no venga más gente aquí. Antes estaba lleno de risas y visitantes. Recuerdo venir aquí de niño —dijo Michel bebiendo su vino y mirando hacia los campos.

—Por lo que puedo ver, creo que todo se volvió demasiado para los padres de André y sospecho que él también está luchando. Me sorprendió que incluso te dejara entrar en su cocina, para ser sincera, debes estar haciendo algo bien —dijo Rosie aprovechando la oportunidad para mirar a Michel de cerca y echar un vistazo a sus brazos fuertes y tonificados y admirar su tez gala y su mandíbula cincelada. Ni siquiera iba a contemplar lo que había debajo de su camiseta

ensangrentada porque ya estaba bastante nerviosa, así que permaneció en silencio y esperó a que Michel hablara.

—¡Ja! Solo me deja entrar porque está demasiado ocupado con el hotel y la mayoría de los días no tenemos clientes, así que no hago nada. Estoy aquí por si llega alguien o ocurre un milagro. Este lugar podría ser... ¿cómo es la expresión? Ah, una mina de oro. Quiero abrir el restaurante todas las noches y atraer a gente de los pueblos cercanos. Hay un bar y un pequeño café en St Pierre, pero no hay ningún otro sitio para comer en kilómetros. Tengo la impresión de que André se ha rendido y ha perdido su fuego, así que creo que pronto, si las cosas no cambian, tendré que irme y buscar trabajo en la ciudad —dijo Michel mientras la ira y la resignación cruzaban su rostro y sacudía sus rizos negros con fastidio.

Bueno, acaba de perder a su padre y todo esto supone un cambio enorme respecto a lo que hacía en Inglaterra. Quizás solo necesite tiempo para adaptarse y, una vez que haya asimilado la situación, pueda empezar de nuevo. Por eso estoy aquí, para ayudarle a dirigir este lugar, así que por favor no te rindas con él todavía —dijo Rosie. Había sido leal a André y esperaba que sus palabras también animaran a Michel y le hicieran quedarse, porque mientras hablaba se dio cuenta de que realmente no quería que se marchara.

—Bueno, te deseo suerte, Rosie, y espero que puedas marcar la diferencia porque él no escucha ni una sola palabra de lo que digo. Es un hombre muy cabezota. Ahora, voy a prepararte el almuerzo y si no puedo impresionar al jefe, quizás pueda hacer mi magia contigo —dijo él. Sostuvo su mirada por un segundo y luego le dedicó una sonrisa pícaro y retiró su vaso vacío antes de levantarse y marcharse hacia la cocina.

—No te preocupes por eso —susurró Rosie para sí misma—. Creo que ya has hecho tu magia.

Sonriendo, cerró los ojos y levantó el rostro hacia el sol, esperando con ganas la hora del almuerzo y un poco de la magia de Michel.

Cuando Michel llegó a la cocina, colocó los vasos en el fregadero y no pudo resistir echar un vistazo a través de la pequeña ventana a la diosa de cabello dorado que estaba sentada en el jardín. Esa misma mañana, había decidido presentar su dimisión a André y luego dirigirse a Nantes para buscar trabajo allí, pero desde el momento en que Rosie entró en la cocina, sus planes cambiaron. Quizás se quedaría un poco más. Valdría la pena aguantar el fregadero que goteaba y la cocina inútil si podía pasar algo de tiempo con la hermosa inglesa, y tal vez, solo tal vez, ella podría hacer entrar en razón a André.

La madre de André era tan frágil y pequeña que Rosie pensó que podría partirse en dos si la silla de ruedas golpeaba un bache en la terraza, y se le encogió el corazón cuando él la sacó por la puerta trasera hacia la cocina. Iba a dejarla en la sala de estar, escuchando la radio mientras preparaba las habitaciones antes del almuerzo, así que la llevaron en la silla pasando junto a Michel, que estaba ocupado cortando pero logró esbozar una rápida sonrisa y un asentimiento, además de un segundo de contacto visual con Rosie. Dejaron a Clémence en su propio mundo frente a la enorme chimenea, envuelta en una manta y adormilada con Strauss.

Arriba, Rosie ordenó su habitación y luego, vencida por la inquietud y la anticipación, fue en busca de André. Iba a redescubrir las alegrías de hacer las camas le gustara o no. Cualquier cosa para mantener su mente ocupada y alejada de Michel.

El calor agradable de junio pronto se convirtió en el rugido rojo y furioso de julio, y luego llegó agosto. Algunos huéspedes iban y venían, ninguno prometió volver y la mayoría había llegado a la posada por accidente o desesperación cuando todo lo demás estaba lleno. La carga de trabajo no era nada que Rosie y André no pudieran manejar por su cuenta, pero no era ni de

lejos suficiente para satisfacer la ardiente ambición de Michel, que estaba desesperado por dejar su huella en el mundo culinario, o al menos en los residentes de St Pierre.

Rosie tenía que admitir que era un chef maravilloso y esperaba con ganas las horas de las comidas, no solo para probar su comida; también disfrutaba de la compañía de Michel. Era inteligente y había viajado mucho, y había hecho su aprendizaje en París y Londres, que es donde aprendió a hablar inglés. André era buen amigo del hermano mayor de Michel, Henri. En el funeral de su padre, André quedó impresionado por el entusiasta chef al que no había visto en muchos años y le ofreció un trabajo a Michel en el acto. Encantado con la oportunidad de dirigir su propia cocina, Michel aprovechó la ocasión, pero no era exactamente el puesto de ensueño que había imaginado y hasta la llegada de Rosie, había estado reuniendo el valor para marcharse.

Aparte de la política de la cocina, todos se llevaban bastante bien entre sí, aunque lo que más sorprendió a Rosie fue el cambio en André. Lo recordaba volando por la cocina en Inglaterra, ladrando órdenes, haciendo cien cosas a la vez, creando nuevos menús cada temporada y disfrutando de la gloria de su reputación en The Fairhaven. El cambio era increíble. No se había rendido exactamente, pero parecía contento haciendo camas, lavando la ropa, trasteando por ahí y, sobre todo, relajándose al sol con una copa de vino o jugando a la petanca con sus amigos. Había un flujo constante de conocidos en el hotel para distraerlo. Viejos amigos del colegio y vecinos de las granjas de los alrededores se pasaban por allí, que afortunadamente no tenían ningún problema en relacionarse con el único gay del pueblo, lo que en cierto modo, hacía de André una especie de atracción y un cambio de la norma.

Sus amigos más cercanos eran Sebastien, dueño del bar y café del pueblo; Henri, el hermano muy elegante y extremadamente guapo de Michel; y Dominique, que vivía calle arriba con su esposa polaca, Zofia. Ninguno de los hombres necesitaba mucho estímulo para pasar las horas bebiendo y jugando a las cartas, o a la petanca en el camino polvoriento frente al hotel. Rosie una vez comentó a un frustrado (en muchos sentidos de la palabra) Michel, que incluso si llegara un autobús lleno de huéspedes que quisieran habitaciones para la noche, André probablemente preferiría jugar a las cartas y se molestaría mucho si le interrumpieran la partida. Aunque para ser justos, Rosie no le reprochaba a André su nuevo estilo de vida porque tenía mucho que hacer solo cuidando a Clémence. Aparte de una enfermera que venía cada tarde para atender a su madre, él la cuidaba amorosamente por sí mismo.

Sus días de verano habían adquirido una rutina natural y apacible. Una vez que sacaban a Clémence en su silla de ruedas por la mañana, Rosie la llevaba a dar un paseo por los senderos. Allí, la frágil anciana charlaba sin parar con nadie en particular, señalando varias cosas por el camino a las que Rosie siempre respondía en su francés cada vez mejor e intentaba entablar alguna conversación. No sabía si Clémence la oía o entendía, pero parecía disfrutar de su pequeño paseo y siempre tenía las mejillas sonrosadas cuando volvían a casa.

Los cuatro comían juntos, una tarea algo más exigente para Michel que el desayuno continental que preparaba cada mañana para los huéspedes. De vez en cuando, Rosie pillaba a Clémence observando a su hijo, con amor en los ojos y el más leve atisbo de sonrisa cuando hacía alguna broma. A veces, preguntaba a Rosie dónde estaba Hugo, o le decía a André que guardara algo de comida para papá, lo que entristecía a todos porque en algún lugar de su mundo perdido, aún esperaba que su marido volviera a casa. Una tarde, mientras estaban sentados en la terraza, en las sillas más incómodas del mundo, Rosie sacó el tema del hotel y los planes de André para el futuro.

—Oye, André, ¿qué piensas hacer cuando llegue el otoño? Tengo bastantes sugerencias para las habitaciones, nada demasiado atrevido, pero creo que necesitan una puesta al día, y la cocina

también necesita algo de trabajo. Tal vez podríamos involucrar a Michel, ¿qué te parece? —dijo Rosie sin ver ni un ápice de interés en sus ojos.

—Ya veremos, Rosie. Por ahora, vamos como un reloj, no hay prisa. No somos pobres ni pasamos hambre, tenemos una vida agradable y buenos amigos, así que ¿por qué deberíamos apresurarnos? Poco a poco, chérie, tenemos todo el tiempo del mundo —dijo André dando por zanjado el tema.

—Sí, pero pronto querrás volver a la cocina, ¿no? Si nos ponemos manos a la obra y trabajamos durante el invierno, podríamos tener este sitio como los chorros del oro para cuando volvamos a abrir en primavera. Y André, no olvidemos que vine aquí a trabajar. Han sido unos meses estupendos trajinando por ahí, pero ahora tenemos que hacer planes —dijo Rosie con firmeza, pero vio que André no estaba del todo convencido ni le importaba.

—Vale, chérie. Escucharé tus ideas y si te hace feliz trabajar como una loca, que así sea, pero esta noche, disfrutemos de la puesta de sol y nuestro vino.

Rosie resopló y puso los ojos en blanco a su amigo, pero no podía enfadarse con él por mucho tiempo, así que decidió acorralarlo con sus listas por la mañana. Sin embargo, cuando bajó al día siguiente, Rosie encontró una nota diciendo que se había ido al mar con Dominique a buscar las ostras, que la enfermera se ocuparía de Clémence y que volvería más tarde esa noche. Ahora Rosie entendía exactamente lo frustrado que se sentía Michel, con la cabeza llena de ideas y esperanzas para el futuro. Bueno, esta vez André había encontrado la horma de su zapato, dos cabezas pensaban mejor que una y le gustara o no, con la ayuda de Michel iba a poner Les Trois Chênes de nuevo en el mapa.

A Rosie le encantaba la vida del pueblo y había conseguido hacer algunos amigos mientras se esforzaba con su francés. Se dio cuenta bastante rápido de que si intentabas hablar su idioma, independientemente de lo mal que saliera todo, la mayoría de la gente apreciaba tu esfuerzo y te ayudaba. Zofia, la mujer de Dominique, que afortunadamente hablaba un inglés excelente, era su amiga y aliada más cercana y la presentó a lo más granado de St Pierre. En pocos meses la habían acogido en el grupo y ahora se relacionaba con Renee de la pastelería y Florian, el dueño de la farmacia. También había una divertida jerarquía en la vida del pueblo y cualquier chisme o noticia se pasaba de boca en boca y se extendía como la pólvora. No pasaba mucho en el campo, así que cualquier pequeño cotilleo era bien recibido.

André ya era vieja historia, así que la llegada de la guapa chica inglesa de pelo dorado animó las cosas. Una vez que supieron que se quedaba y trabajaba junto al soltero y atractivo Michel, los rumores se dispararon y las lenguas se desataron como locas. La vecina de Zofia, Hortense, era la reina del pueblo y no se le escapaba ni una pizca de información. Si querías saber qué pasaba, si un rumor era cierto o quién lo había dicho, ella era tu mujer. Su familia había vivido en el pueblo desde que se talló de la tierra y sus antepasados habían luchado en todas y cada una de las guerras o levantamientos franceses, enviando a sus valientes hombres a morir en campos de batalla de todo el mundo. El muy poderoso alcalde resultó ser el tío de Michel, que a su vez era el cuñado de Hortense (también de estirpe ancestral). Su hermano menor era el jefe de policía, su hijo era el notario y su hija era la directora de la escuela local, así que entre todos tenían el pueblo bien atado.

Hortense examinó a Rosie durante el café de la mañana en la cocina de Zofia, donde esta última ejercía de intérprete cuando las cosas se complicaban y animaba la conversación de forma útil. Es posible que exagerara un poco aquí y allá para darle más sabor, pero al final, la reina del pueblo pareció quedar suficientemente impresionada con lo que había oído y visto, así que se marchó con información suficiente para empezar a correr la voz.

Tras su primer encuentro, Hortense y Rosie trabaron amistad rápidamente y charlaban con bastante alegría, aunque con conversaciones un tanto forzadas y con la ayuda de un diccionario. Fue durante una de las mañanas de café y pasteles de Zofia cuando Rosie tuvo una idea. El cumpleaños de Hortense sería a finales de agosto, no una ocasión especial, pero suficiente para merecer una buena comida y una reunión con amigos y familia. Aprovechando el momento, Rosie ofreció el albergue y, no solo eso, también ofreció los servicios de Michel de forma gratuita, junto con ella misma y André, quien sería el maître de la velada. Todo lo que Hortense tenía que hacer era pagar por la comida y el vino. Haría que Michel preparara una selección de menús para que la reina los considerara, y todos se asegurarían de que Hortense tuviera un cumpleaños para recordar y del que se hablara en un radio de diez kilómetros en el futuro previsible. Naturalmente, Hortense aceptó de inmediato, lo que entusiasmó a Rosie, quien apenas podía esperar para volver a la cocina y contárselo a Michel, porque por fin, esta era su oportunidad de brillar.

Rosie estaba como poseída y hacía lista tras lista de cosas por hacer. Michel también estaba empeñado en impresionar a todo el departamento del Loira Atlántico, mientras André se marchó de improviso en unas vacaciones en bicicleta con Dominique, anunciando que estaría fuera una semana. Durante su ausencia, planearon la comida de cumpleaños de Hortense como si fuera una operación militar y, después de examinar los menús, ella decidió que todos sonaban maravillosos y, para deleite de Michel, le dejó la elección final.

Mientras tanto, Rosie decidió que era necesario echar mano de sus ahorros si quería conseguir algo. Su primera tarea fue anunciar el hotel. Se acercaba el final de las vacaciones de verano, por lo que era poco probable que hubiera nuevos clientes de familias de camino al sur o de vuelta. Aun así, había muchas parejas que esperaban a que los niños volvieran al colegio antes de tomarse sus merecidas vacaciones y, además, aquellos que no adoraban el sol podrían apetecer un poco de turismo con temperaturas más frescas.

Rosie recordó los programas que había visto en Inglaterra donde los británicos hacían las maletas y buscaban una nueva vida en el extranjero y, con una abundancia de propiedades en mal estado aún por ocupar, Francia era un destino popular para la búsqueda de casas. Después de un largo día de investigación, puso anuncios en dos revistas de propiedades de lujo y envió correos electrónicos a agentes inmobiliarios británicos que organizaban visitas y recorridos de casas en venta en la zona. Llevando a Zofia como apoyo, condujeron hasta Chateaubriant y contrataron los servicios de un impresor que hizo folletos, y luego pasaron todo un día pegándolos en cada tienda, bar y garaje que encontraron de camino al hotel. Aprovechando su personalidad burbujeante, Rosie también dejó sus datos en todas las inmobiliarias de la zona cuyos cansados clientes podrían querer una cama cómoda y una buena comida después de un día recorriendo proyectos de renovación. La garantía adicional de personal que hablaba inglés les pondría, con suerte, más cómodos, porque era una pesadilla hacer una reserva por teléfono si no hablabas el idioma.

Eso aún dejaba el problema de dónde alojaría a sus potenciales huéspedes, porque no había tiempo para arrancar el único cuarto de baño del hotel, así que tuvo que arriesgarse. Rosie decidió renovar rápidamente dos habitaciones: cualquier cosa sería mejor que su aspecto actual. Si ambos dormitorios nuevos estaban ocupados, entonces cualquier huésped adicional tendría que usar las viejas instalaciones y las habitaciones anticuadas, pero al menos podría mostrarles lo que podrían tener la próxima vez, una vez que todo el hotel hubiera sido reformado. Las instalaciones de abajo tendrían que esperar porque si estaba atendiendo a personas que pasaban todo el día de turismo o de camino de vuelta al puerto del ferry, entonces lo más importante sería

proporcionar una habitación encantadora para dormir, no preocuparse de que el sillón oliera a perros o que el sofá desgastado y abollado estuviera relleno con el crin original. Aquí es donde conocer a la reina del pueblo resultaba útil y Hortense pronto puso a Rosie en contacto con un par de albañiles y fontaneros en los que se podía confiar para hacer un trabajo rápido y profesional, de lo contrario su majestad se enteraría y ellos no se arriesgarían a eso.

Rosie eligió los dos dormitorios grandes y centrales que tenían las mejores vistas y eran luminosos y aireados. Mientras ella raspaba las antiguas capas de papel pintado, Christophe y Bernard construyeron un pequeño cuarto de baño en cada habitación, instalando un moderno inodoro blanco, lavabo y ducha de hidromasaje con accesorios cromados brillantes y un bonito suelo de azulejos.

Cuando finalmente regresó, André se mostró alentador pero dejó a Rosie a su aire. Se encargó de traerles refrescos entre los cuidados a su madre, que ahora era su prioridad número uno. El médico y la enfermera eran visitantes cada vez más frecuentes y Clémence pasaba la mayor parte del día en la cama. Rosie iba cada tarde para sostener su pequeña y frágil mano y escuchar sus murmullos. Era todo lo que podía ofrecer, pero le daba a André un descanso y algo de tiempo al aire libre bajo el sol.

Michel había sorprendido a Rosie presentándose al amanecer el primer día de su renovación y ofreció sus servicios, trabajando para los albañiles, raspando paredes y lijando rodapiés. Mientras echaban agua jabonosa sobre el papel que se despegaba, Rosie disfrutaba de la cercanía de Michel y la oportunidad de pasar algún tiempo con él.

—No esperaba que me ayudaras, ¿sabes, Michel? Estoy segura de que preferirías estar en la cocina que aquí, pero te lo agradezco. No tengo ni idea de lo que dicen esos dos la mitad del tiempo. Es como estar en otro planeta cuando se ponen a hablar y discuten constantemente por todo —dijo Rosie inclinando la cabeza hacia los dos hombres que gritaban y maldecían mientras arrastraban un gran trozo de pladur a la habitación.

—Pasa de ellos. Son como dos críos y siempre han sido así, como Henri y yo. Nos peleamos todo el tiempo por fútbol, rugby, mujeres, cualquier cosa. Pero quería ayudar, como tú me ayudarás con la fiesta de Hortense. Somos un equipo ahora, tú y yo.

No la miró cuando lo dijo, pero si lo hubiera hecho, Michel habría notado la sonrisa tonta en la cara de Rosie y sus mejillas sonrosadas, coloradas de felicidad.

Michel siguió raspando, esperando ver si sus palabras provocaban algún tipo de reacción mientras su corazón latía con fuerza en su pecho. Rosie no tenía ni idea del efecto que causaba en él. Desde el día que llegó, su vida había cambiado. Mientras servía los desayunos, su único pensamiento era cuándo aparecería ella y, cuando lo hacía, su rostro radiante daba inicio a su día. Mientras cortaba verduras y preparaba la cena, escuchaba constantemente su voz en la terraza o sus pasos en el pasillo. Las horas pasaban demasiado despacio hasta que almorzaban juntos, luego ella se iba demasiado rápido a hacer algún recado o visita y, cuando se acostaba por la noche, ella atormentaba sus pensamientos y sueños. Tampoco mentía cuando decía que él y Henri discutían por todo, y Rosie era el tema de su más reciente altercado. Michel se enfureció cuando su hermano insinuó que iba a invitar a Rosie a cenar una noche; no le importaba si Henri estaba bromeando o intentando provocarle, así que le advirtió que se mantuviera bien alejado.

De ninguna manera Michel dejaría que su hermano mayor se entrometiera esta vez. Estaba convencido de que Rosie había sido enviada a Francia especialmente para él, así que necesitaba armarse de valor para decirle lo que sentía, y pronto, pero temía que si el sentimiento no era mutuo, la asustaría y ella haría las maletas y se marcharía. Los engranajes de su mente giraban constantemente, esperando su oportunidad, buscando señales y dejando caer indirectas del

tamaño de un ladrillo. Si André adivinaba que Michel estaba enamorado, no lo dejaba entrever, y no había forma de que fuera a confiar en su jefe, que era sobreprotector con Rosie y obviamente la adoraba. ¿Y si no lo aprobaba y lo despedía? No, esperaría y se lo guardaría para sí mismo.

Las dos pesadas camas de hierro de cada habitación fueron desmontadas y llevadas al patio para ser repintadas de blanco antiguo. Se arrancaron las alfombras y luego se lijaron y barnizaron los suelos. Después de que las paredes recibieran unas cuantas capas de pintura, Rosie estaba lista para dar los toques finales a los dormitorios. André le reembolsó cada céntimo que gastó y le dio carta blanca en cuanto a la decoración, principalmente porque su mente estaba en otra parte, las preocupaciones por su madre deteriorada superaban todo lo demás.

Dos días antes de la fiesta de Hortense, los dormitorios estaban listos, así que Rosie abrió las puertas para la gran revelación ante los rostros curiosos de André, Michel, Dominique y Zofia. Hubo ohs y ahs y una avalancha de cumplidos. Rosie se regodeó en la gloria de un trabajo bien hecho y disfrutó de un gran abrazo de su viejo amigo, que parecía genuinamente complacido y ligeramente abrumado por la transformación.

Las ventanas de guillotina recién pintadas y las cortinas blancas, salpicadas de diminutas flores azules, enmarcaban la vista de los campos, mientras que el pequeño baño en suite era funcional y ocupaba el mínimo espacio en la habitación luminosa y blanca. La pared contigua estaba pintada de azul huevo de pato y complementaba la colcha acolchada de patchwork y las sábanas blancas y crujientes. Los muebles antiguos ahora se integraban en la habitación y se erguían con elegancia sobre el suelo de madera barnizada. Las mesitas de noche que Rosie había decapado, repintado y envejecido eran irreconocibles; sostenían un jarrón con flores silvestres y una bonita lámpara. La habitación gritaba chic campestre al mismo tiempo que era funcional y fácil de mantener. Mientras los demás iban a la habitación contigua para inspeccionar el dormitorio casi idéntico -las paredes de este pintadas de un rosa polvoriento-, André se quedó atrás y le dio un beso en la mejilla.

—Lo has hecho muy bien, chérie. Estoy orgulloso de ti. Ojalá mamá pudiera subir aquí y ver lo hermoso que ha quedado todo esto. Deberíamos sacar una foto y enseñársela, creo que la hará feliz —dijo André mirando a su alrededor y Rosie notó una lágrima en su ojo y por un momento su orgullo se convirtió en desesperación por su amigo.

—¿Estás seguro de que le gustará, André? Este ha sido su hogar durante tanto tiempo. ¿Y si lo odia y piensa que me he entrometido? No quiero molestarla de ninguna manera —dijo Rosie sintiendo que la alegría y la confianza que sentía unos minutos antes se evaporaban. ¿Había sido totalmente insensible y había ignorado a Clémence?

André estaba de pie junto a la ventana, perdido en sus pensamientos, mirando los campos en la distancia cuando se volvió para calmar las preocupaciones de Rosie.

—Chérie, créeme, esto alegrará el alma de mi madre. Le caes muy bien. Mamá dice que eres como un soplo de aire fresco y has traído nueva vida a este lugar. Solo lamento que no la hayas podido conocer cuando estaba llena de energía, como tú. Os parecéis mucho y me recuerdas a cómo era ella cuando yo era niño, siempre riendo y corriendo, haciendo que la gente se sintiera bienvenida con su sonrisa, invitándoles a entrar y cuidando de ellos. Echo de menos esos días más de lo que puedo expresar.

Rosie vio a André secarse una lágrima del ojo y tomó su mano entre las suyas.

—Venga, no hay mejor momento que el presente. Iré a buscar mi cámara y luego podremos enseñarle lo que hemos hecho. Diles a los demás que no salten en las camas mientras estoy fuera, quiero que se vea perfecto —dijo, y lo sacó de la habitación para que comprobara qué estaba pasando en la habitación de al lado. Sus palabras primero la habían entristecido y luego la habían

hecho estar más decidida que nunca a dar un giro a este lugar y honrar el legado de Clémence y Hugo.

Era hora de fiesta y Michel había pasado el día anterior construyendo una gran pagoda de madera en la terraza. Rosie había estado ocupada toda la mañana, entrelazando flores artificiales y luces de colores alrededor del armazón y por las patas. Las mesas debajo se habían colocado juntas en una larga fila y cubierto con mantelería blanca almidonada, decoradas con arreglos florales de la tienda del pueblo vecino. André había lavado y pulido toda la cubertería y vajilla más fina de su madre y su abuela, y había hecho un trabajo maravilloso poniendo la mesa. Tenía un aspecto espectacular y Rosie estaba segura de que a Hortense le encantaría el resultado.

Dominique también se unió a la acción. Habiendo tenido su propio restaurante en Londres durante muchos años antes de jubilarse en su tierra natal, se ofreció a ayudar a elegir el vino después de combinarlo con el menú de Michel. Luego todos se pusieron manos a la obra mientras preparaban un festín para treinta invitados, entre los cuales estarían los más destacados del pueblo, además de conocidos y familiares, todos esperando estar bien relacionados y listos para quedar impresionados.

Clémence se sentó bajo la pagoda a la sombra, observando con interés las idas y venidas mientras todos revoloteaban. Se había alegrado mucho cuando André y Rosie vinieron a enseñarle las fotos y no paraba de tocar las imágenes y luego sostenerlas contra su corazón, hablando con su Hugo, a quien creía que estaba en la habitación, y luego sonriendo radiante a su hijo y su amiga. Las instantáneas ahora estaban colocadas en su mesita de noche donde siempre podía verlas y cuando se enteró de la fiesta, insistió en que la sacaran para mirar.

En lugar de utilizar la única opción disponible de hacer pasar a sus invitados por la cocina o alrededor de la parte trasera del hotel y por el huerto, Rosie y Zofia habían despejado un camino a lo largo del lateral de la vivienda de Clémence y ahora, todos podían aparcarse en la entrada y caminar hasta la terraza de atrás donde se encontrarían con la vista de la hermosa pagoda. Mientras André servía aperitivos a la homenajeadas y sus agradecidos invitados, el sol de media tarde bañaba la terraza con una luz naranja intenso mientras Rosie y Michel trabajaban afanosamente en la cocina. Trabajaban juntos en intensa armonía. Ambos conscientes de lo importante que era esta comida y al mismo tiempo, lo cómodos que se sentían de pie uno al lado del otro o moviéndose por la cocina, pasándose cuchillos y cuencos, rozando sus manos brevemente y preguntándose si el otro había sentido el chispazo de electricidad y su corazón latir más rápido al contacto.

Los platos que contenían la ensalada tibias de pato volvieron raspados y limpios, y el plato de pescado de lubina fresca en una ligera salsa de nata fue saboreado por cada comensal. El solomillo de ternera, cocinado a la perfección y servido sobre un artístico nido de cebollas crujientes, rociado con jugo y acompañado por las verduras del huerto (recién sacadas de la tierra esa mañana) fue todo un éxito. Durante la pausa que se produjo mientras se pasaban los quesos, Rosie y Michel se asomaron por la ventana, observando a los comensales e intentando juzgar su estado de ánimo. Los cuatro paneles de cristal eran muy pequeños y requería que ambos se apretujaran para poder ver hacia fuera. Rosie podía sentir el calor de su piel a través de su camiseta mientras sus brazos musculosos se apretaban contra su piel desnuda. Casi podía oírle respirar y luchó contra un increíble impulso de cogerle la mano que estaba extendida sobre el fregadero, justo al lado de la suya. Finalmente él habló y giró la cabeza para mirarla, sus rostros estaban a solo unos centímetros.

—Lo hemos conseguido, Rosie, tú y yo juntos. Mira lo que hemos hecho —dijo él. Sus ojos se desviaron rápidamente hacia la terraza y luego volvieron directamente a ella—. Todo esto es

gracias a ti. Desde que llegaste, mi vida ha cambiado y quiero que sepas que doy gracias a Dios todos los días por haberte traído aquí —Ya está, lo había dicho, casi. Todo lo que tenía que hacer ahora era besarla. Ella estaba allí esperando, podía saberlo por la mirada en sus ojos.

Entonces apareció Zofia.

—Michel, ¿dónde estás? ¡Enhorabuena! La comida ha sido soberbia... magnifique. Todos están diciendo cosas maravillosas. Estoy tan orgullosa de vosotros dos. Daos prisa, debéis salir fuera y saludar a vuestros invitados y sentaros un rato, estáis entre amigos y queremos daros las gracias —dijo Zofia, ajena a haber interrumpido el momento y la oportunidad se perdió.

Recobrando el sentido, Rosie y Michel hicieron lo que se les dijo y salieron a la terraza recibidos por una gran ronda de aplausos.

La fiesta, tal como había predicho Zofia, se prolongó hasta altas horas de la madrugada. Tras el postre de peras pochadas en vino de Marsala e infusionadas con la embriagadora fragancia de anís estrellado, vainilla y canela, servidas con un toque de crème fraîche, los comensales se entregaron a la importante tarea de bailar toda la noche bajo las luces de colores, la luna y las estrellas. Finalmente, la comida y el vino hicieron mella en los menos resistentes del grupo, incluida Zofia, poco aficionada a la pasión del francés por el alcohol. Junto con la mayoría de los invitados, se despidió de su marido poco después de medianoche y los dejó para que bebieran hasta caer rendidos.

La mayor parte de la limpieza estaba hecha y pronto André se quedó solo con su grupo de hombres bastante alegres. Rosie estaba agotada y, después de su breve momento junto a la ventana, no había pasado ni un segundo a solas con Michel desde entonces. André, muy relajado, le había llamado a la terraza y ahora bebía coñac mientras descansaba sus doloridos pies. Rosie sabía que sería la única mujer y la extraña en el grupo, y no tenía ningún deseo de recibir el amanecer con una copa en la mano, así que salió para despedirse. Recordando el casi beso junto a la ventana, Rosie no quería dejar que el momento especial se desvaneciera y necesitaba enviarle un mensaje a Michel, para recordar cómo se sintieron durante esos preciosos segundos. Cuando se acercó a la mesa, los hombres bajaron un poco la voz y esperaron a que hablara. Se detuvo justo detrás de Michel y, con atrevimiento, colocó ambas manos sobre sus hombros; luego se dirigió al grupo de ojos vidriosos.

—Bueno, os dejo tranquilos. Intentad no hacer mucho ruido y despertar a Clémence, y si no podéis llegar a casa, sentíos libres de usar los sofás o una de las habitaciones de invitados, pero no la tres o la cuatro, u os arrepentiréis, ¿de acuerdo?

Mientras hablaba, Michel puso una de sus manos sobre la de ella y el contacto de su piel casi le hizo perder la concentración.

—En fin, disfrutad y os veré por la mañana para un desayuno inglés completo, si sois lo suficientemente hombres para afrontarlo —les guiñó un ojo con picardía y, solo para Michel, apretó suavemente su mano. Cuando sintió que él respondía, Rosie pensó que había captado el mensaje.

Rosie yacía en su cama con las ventanas abiertas, dejando que la luna proyectara un brillo plateado sobre las paredes mientras escuchaba las voces de abajo y deseaba que Michel subiera a su habitación.

Michel estaba sentado en la terraza, mirando frecuentemente hacia su ventana, preguntándose si estaría dormida y si debería subir sigilosamente las escaleras y llamar a su puerta.

André estaba sentado a la mesa, bebiendo más vino y preguntándose si Rosie y Michel no serían los jóvenes más tontos de la tierra. ¿Cuánto más se esperaba que hiciera para juntarlos? Realmente estaba perdiendo la paciencia con ambos y, de alguna manera, tendría que acelerar las

cosas.

Llegó septiembre y con él, más reservas para el restaurante y algunas llegadas inesperadas que fueron acompañadas a sus flamantes habitaciones por una Rosie muy aliviada. La idea de que todo su duro trabajo se desperdiciara le había provocado pesadillas, imaginando cómo el otoño se acercaba y el fin de la temporada turística dejaba sus preciosas habitaciones desocupadas durante todo el invierno. Por primera vez desde que llegó, los huéspedes que se marchaban prometieron volver; sus folletos también empezaron a surtir efecto.

Rosie estaba ocupada barriendo el porche un lunes por la tarde cuando una moto rugió en el patio, levantando una nube de polvo y perturbando la tranquilidad del día de principios de otoño. Sin dejarse desanimar por un poco de suciedad, o por el hecho de que tendría que empezar de nuevo, abandonó su escoba y fue a saludar al desconocido. Un fuerte acento holandés sorprendió a Rosie y, una vez que se quitó el casco, se presentó en inglés como Wilf.

—Mi autocaravana está siendo reparada en el taller de Le Pin y vi el papel con el nombre de su hotel en la pared. Me pregunto si tiene alguna habitación libre. El mecánico debe pedir las piezas, así que tendré que quedarme tres días. ¿Es posible, señora?

Rosie quedó impresionada con el educado y bien hablado motero y le encantó que se hubiera fijado en sus folletos. Calculó que Wilf tendría alrededor de cincuenta y tantos años. Llevaba vaqueros y una chaqueta de ante color canela con largos flecos colgando de las mangas. Debajo vio una camisa de cuadros y supo, antes incluso de mirar hacia abajo, que calzaría botas de vaquero. Tenía el pelo rubio, peinado hacia atrás y lucía un bigote canoso, del tipo que se enrosca a los lados de la boca, y una perilla.

—Pues da la casualidad de que está de suerte y, por cierto, soy mademoiselle. Tengo una habitación preciosa con su nombre, así que si quiere entrar tomaré sus datos y le enseñaré el lugar. Pero primero, ¿le apetece tomar algo? Venga y siéntese en el bar, le pediré a nuestro André que le atienda —dijo Rosie.

Mientras le acompañaba dentro, no tenía ni idea de que cuando su viejo amigo pusiera los ojos en Wilf, estaría más que encantado de asegurarse de que el amigable motero holandés disfrutara de cada minuto de su estancia.

Había pasado un tiempo desde la fiesta y, para decepción de Rosie y a pesar de su tímido intento de animar a Michel, parecía haberse enfriado. Seguía siendo amable, pero era como si el momento hubiera pasado y se preguntaba si se había ido para siempre, o tal vez se lo había imaginado todo. Para ser justos, había estado mucho más ocupado desde la gran comida, razonando consigo misma que junto con las reservas extra para las cenas y el flujo constante de huéspedes, tal vez solo fuera cuestión de que él se estaba concentrando en su cocina y ella estaba ocupada en el hotel.

Michel también estaba en un dilema. Había mirado hacia la ventana del dormitorio toda la noche, esperando ver su cara y recibir una señal, pero no llegó ninguna. Los hombres estaban tan mal al día siguiente que se perdieron veinticuatro horas enteras por la resaca y luego comenzó la semana y él se vio consumido por el trabajo, sin dormirse en los laureles y desesperado por mantener el impulso. Rosie había sido amable como siempre, pero no hubo más contacto cercano ni cogidas de manos, así que tal vez se lo había imaginado todo.

André pensaba que ambos estaban completamente locos y decidió que los heterosexuales eran tremendamente aburridos. Él no habría esperado tanto para hacer saber sus sentimientos; la vida era para vivirla y demasiado corta para andar con rodeos. Era una ética en la que creía firmemente y puso su teoría a prueba de inmediato, en el momento en que puso los ojos en Wilf.

Wilf prolongó su estancia otra semana, y luego otra. Aparcó su autocaravana en el campo

detrás del hotel y acampó. André era un visitante habitual del vehículo del amor de cuatro ruedas y a veces no volvía a casa hasta el amanecer, cuando comprobaba cómo estaba Clémence. Si no lo supiera mejor, Rosie habría dicho que André estaba enamorado, pero él se lo tomaba con mucha calma y era extremadamente cuidadoso cuando estaba cerca de su madre.

Clémence podía observar todo lo que sucedía en el hotel desde la ventana de su dormitorio que daba a la terraza, y desde detrás de las cortinas de encaje, los ojos sabios de una madre amorosa observaban tiernamente a su precioso hijo. Rosie estaba sentada con la anciana, cogiendo su mano mientras escuchaban la radio, observando a André y Wilf que estaban sentados en las desvencijadas sillas de hierro fuera, charlando y bebiendo café. Clémence apartó sus ojos lacrimosos de su hijo para mirar a Rosie y, al hacerlo, la anciana sacudió suavemente su mano para llamar su atención. Apartándose de los discretos amantes, Rosie sonrió a Clémence y le preguntó si estaba bien. Señalando con su mano temblorosa hacia la ventana, habló en frases cortas y entrecortadas mientras su pecho traqueteaba y su respiración era laboriosa. Clémence se tomó su tiempo pero logró pronunciar las palabras.

—Déjalo ir, querida, está enamorado, que sea libre. Cuando me haya ido, dale mi bendición. Dile que sea feliz —las lágrimas llenaron sus ojos, el esfuerzo de solo decir las palabras dejó a Clémence exhausta y una vez que supo que Rosie había entendido, se sumió instantáneamente en un profundo sueño.

Rosie acarició la cabeza de Clémence y dejó que las lágrimas calientes fluyeran de sus propios ojos. Mientras la suave música fluía de la pequeña radio marrón, asimiló lo que la mujer dormida había dicho, comprendiendo completamente las simples palabras que fueron pronunciadas desde el corazón de una madre que amaba y adoraba a su único hijo. Rosie sabía que era casi hora de que Clémence estuviera con su Hugo. Cuando sus lágrimas se calmaron, se secó los ojos y miró a través del encaje a André, que se reía de algo que Wilf había dicho, sabiendo que cuando llegara el momento adecuado, le transmitiría las palabras de su madre. Ese momento llegó antes de lo que nadie esperaba.

Clémence Levron abandonó este mundo en algún momento de la madrugada del día siguiente. Después de esperar tanto tiempo, se fue para reunirse con su Hugo y ponerle al día sobre los acontecimientos en Les Trois Chênes. Quería contarle a su amado esposo lo bien que les había ido a su maravilloso hijo y que había regresado a casa, justo a tiempo para despedirse y darle esperanzas sobre el futuro del hotel.

Eso es lo que Rosie le dijo a un André inconsolable cuando lo encontró sollozando en la terraza esa mañana, pero él no escuchaba y estaba completamente perdido en su propio mundo privado de dolor.

Una nube oscura se cernió sobre el hotel durante días mientras se organizaba el funeral y amables y preocupados visitantes venían a sentarse con André y ofrecer sus condolencias. Wilf fue un pilar de fuerza y Rosie notó que parecía ser la única persona que podía darle consuelo a André. Le hablaba suavemente con su acento fácil y rítmico, sabiendo cuándo fundirse con el fondo y no avergonzar a los visitantes o a su amante con gestos abiertos de ternura o amor, reservándolos para cuando estaban a solas.

Después del funeral y el velatorio, la zona de baja presión se disipó ligeramente y André insistió en que Rosie aceptara reservas si llegaban, lo cual era poco probable ya que la temporada alta había terminado hacía tiempo. Wilf animó a André a salir y despejarse, pero ni siquiera la emoción de acelerar por los caminos rurales en su enorme motocicleta y la oportunidad de pasar un tiempo lejos del ambiente depresivo que aún rondaba el hotel lo tentaron.

Rosie observaba a André de cerca, sin decir nada, porque intuía que su amigo estaba

luchando contra demonios interiores. Estaba pensativo, introvertido y muy callado. También notaba que Wilf empezaba a perder la paciencia y temía que se marchara, rompiendo el corazón de André una vez más. Fue con temor y preocupación por su amigo más antiguo que Rosie esperó un momento tranquilo y, al ponerse el sol, le pidió que la acompañara a dar un paseo por el camino antes de que anoheciera.

Mientras caminaban juntos del brazo, Rosie se dio cuenta de que se sentía más cercana a este hombre que a cualquier otro en su vida, incluso a su propio padre. Por esa razón, sabía que tenía que intentar llegar a él, pero era difícil saber por dónde empezar, así que decidió preguntarle directamente, adoptando el enfoque franco que André siempre parecía entender.

—André, has sido mi amigo durante más tiempo del que puedo recordar, así que creo que me he ganado el derecho de regañarte de vez en cuando o esperar una respuesta sincera si te hago una pregunta. También te conozco bastante bien y noto que algo te preocupa en el fondo. Aparte de la pérdida de tu madre, ¿hay algo más de lo que necesites hablar? Estoy muy preocupada por ti y no hay nada que no podamos decirnos, ¿verdad? —dijo Rosie mientras le frotaba el brazo y esperaba una respuesta.

André redujo el paso para besar a Rosie en la sien antes de responder.

—Ay, chérie, me conoces bien, pero no creo que nadie, ni siquiera tú, pueda ayudarme a resolver el lío que tengo en la cabeza. No sé por dónde empezar. Estoy confuso, dividido y triste. He llegado a un punto de mi vida en el que debo tomar decisiones, elecciones sensatas y no desperdiciar lo que me queda de tiempo en este mundo. Pero le debo tanto a la memoria de mis padres que no puedo deshonrarlos, no ahora —dijo André mientras se detenía para apoyarse en una valla, agotado solo de pronunciar las palabras.

Rosie intuyó que él quería desahogarse y solo podía esperar que se lo dijera, y entonces se le ocurrió algo: su instinto se activó.

—André, necesitas decirme por qué estás dividido y confuso. Sé por qué estás triste. Si pudieras decidir tu futuro ahora mismo, aquí apoyado en esta valla, aunque sea un plan descabellado, solo dilo. Dime qué harías con tu vida —dijo Rosie mirando a su oso gruñón que se marchitaba con cada día que pasaba.

André siguió mirando al frente, luego tomó aire y habló.

—Vale, esto es lo que haría. Me subiría a la moto de Wilf y conduciría con él hasta su autocaravana, luego la engancharíamos detrás y nos iríamos de aventura. Hay tantos lugares que quiero ver. Podríamos recorrer Italia o España o tal vez cruzar los Alpes suizos. Qué hermosos se verán con la nieve. Cuando el tiempo sea más cálido, podríamos tomar un barco a Córcega y luego cruzar a Grecia o Turquía, podríamos ir a donde nos lleve el viento. Ya no quiero cocinar, Rosie, a menos que sea para dos personas. Quiero pasar el resto de mis días con una persona, no fingir que estoy contento de acostarme con hombres que no conozco y que nunca volveré a ver. He esperado años para amar a alguien y ahora está aquí, por fin. Mi corazón me dice que me vaya, ahora mismo, pero mi cabeza me dice que debo quedarme y cumplir el destino que mis padres habían planeado. No puedo decepcionarlos y todos en el pueblo pensarán que soy una mala persona por renunciar a mi derecho de nacimiento —dijo mientras las lágrimas corrían por su rostro, mojando su barbilla mientras miraba los campos marrones y yermos.

Cuando Rosie empezó a reír mientras lo giraba para que la mirara, limpiándole las mejillas con el puño de su chaqueta, por un segundo pensó que se estaba riendo de sus sueños, hasta que ella habló.

—Ay André, viejo tonto. ¿Por qué no me contaste todo esto sin que tuviera que sacártelo? Si lo hubieras hecho, quizás te habría ahorrado un poco de angustia y ambos estaríais ya en camino

al paraíso.

André miró a Rosie, con confusión en sus ojos, así que ella continuó.

—La noche antes de que Clémence falleciera, estaba con ella en su habitación. Os estaba observando a ti y a Wilf por la ventana. Tenía tanto amor en sus ojos y vi que sonreía contigo cada vez que te reías. Estaba muy cansada, pero aun así logró hablarme. Lo que dijo, bueno, fue claro como el agua. Me dio un mensaje y me hizo prometer que te lo diría. Me puso los pelos de punta y supe que llegaría el momento, pero tenía que ser el adecuado, para transmitírtelo.

André estaba paralizado y miró a los ojos de Rosie, que estaban llenos de lágrimas mientras cumplía su palabra a Clémence.

—Esto es lo que dijo... —déjalo ir, chérie. Está enamorado. Cuando me haya ido, dale mi bendición y dile que sea feliz —Rosie permaneció en silencio, dejando que las palabras calaran.

Sin hablar, André la envolvió en un abrazo y se aferraron el uno al otro como si les fuera la vida en ello. Rosie lo dejó llorar y mientras sollozaba, supo que pronto, tal como había dicho Clémence, tendría que dejarlo marchar.

Más tarde, después de haber regresado al hotel y de que André asumiera el hecho de que era libre de marcharse con Wilf, fue a buscar a Rosie y le pidió que le acompañara al bar. Necesitaba hablar con ella urgentemente. Algo perpleja, ella accedió, pero al llegar se sorprendió al encontrar a Michel sentado a la mesa junto a tres copas y una botella del mejor vino de André, descorchada y lista para ser bebida. Indicando a Rosie que se sentara, André sirvió el vino y les dijo que tenía un anuncio que hacer, así que debían beber y escuchar, sin interrumpir.

—Mis queridos jóvenes amigos. Me marcharé del hotel a finales de semana con Wilf. Vamos a hacer una gran gira por el mundo, o hasta donde podamos llegar en una autocaravana. No voy a andarme con rodeos, así que... me gustaría que me compraseis el hotel, los dos. Ya fijaremos un precio otro día, no hay prisa. Mientras me dé para el gasoil y el vino, me da igual. Ambos habéis demostrado que podéis arreglároselas sin mí, así que os dejo que os ocupéis de hacer de Les Trois Chênes todo lo que mis padres esperaban que fuera. Ya he terminado, ahora podéis hablar.

Nadie dijo nada durante lo que pareció una eternidad, hasta que Rosie intervino; el shock iba pasando y la realidad se imponía.

—Creo que todo esto es un poco precipitado, André. ¿Por qué no te vas con Wilf y mientras tanto Michel y yo nos encargamos del hotel? ¿Y si decides que viajar en una furgoneta de una sola habitación no es lo tuyo, o si te peleas con Wilf? No le conoces desde hace mucho tiempo y es mucho pedir estar confinado en un espacio tan pequeño durante largos periodos. Creo que deberías dejarnos al mando y ver qué pasa.

Entonces Michel intervino.

—¿Qué harías, André, si tu sueño no funcionara y nos hubieras vendido el hotel? Te quedarías sin hogar y nosotros nos sentiríamos fatal. ¿Y si no podemos reunir el dinero para comprarlo? Necesitamos tiempo para considerar tu oferta y tú también necesitas más tiempo para pensarlo —Michel dio un trago a su vino y esperó.

—¡Bah! ¿No creéis que me he pasado los dos últimos años pensando? Cuando llegué, pensé que todo sería sencillo, pero pronto me di cuenta de que estoy hasta las narices de cocinar. Llevo toda la vida haciéndolo. Quiero algo diferente y ver mundo. Pero entiendo vuestros temores y por eso os propongo un trato. Nos daremos seis meses, un año si lo preferís. Yo decidiré si soy el gran explorador y vosotros decidiréis si podéis arreglároselas solos y reunir el dinero. Si todos tenemos suerte y somos felices, seguiremos adelante. Si me hartó de la vida en la carretera, volveré y o bien me compraré una casa en el pueblo desde la que pueda ir andando al bar de Sebastien, o bien os alquilaré una habitación para el resto de mi vida. Podré permitírmelo, así

que no me preocupan ninguna de las dos opciones. Pero os advierto de esto: no voy a volver a dirigir este hotel, nunca. Si no os lo vendo a vosotros, se lo venderé a otra persona.

André miró de un amigo atónito al otro, viendo cómo sus palabras iban calando poco a poco.

—Vale, veo que os ha comido la lengua el gato, así que voy a buscar a Wilf. Esta noche planeamos nuestra ruta, ah, y cuando dejéis de mirarme como si estuviera loco, podéis planear mi fiesta de despedida. Quiero irme por todo lo alto —dicho esto, apuró lo que quedaba de su vino, dejó la copa sobre la mesa y se marchó haciendo resonar dramáticamente sus pasos por las escaleras.

Se quedaron allí sentados unos momentos, sumidos en sus pensamientos, sin palabras, intentando desesperadamente adivinar lo que pensaba el otro. Cuando Rosie por fin reunió el valor para preguntar, no obtuvo la respuesta que esperaba.

—Bueno, eso ha sido toda una sorpresa, por decir lo menos. No esperaba que André soltara semejante bomba, pero parece decidido a marcharse. ¿Qué piensas, te apetece comprar este sitio y darle una oportunidad? Estoy segura de que podríamos hacerlo funcionar si trabajamos duro. Estoy dispuesta a arriesgarme si tú lo estás —dijo Rosie sentada con las manos sobre la mesa, jugueteando nerviosamente con el corcho de la botella.

Michel suspiró y negó con la cabeza tristemente.

—No, Rosie, lo siento, no es suficiente para mí. Quizás para ti sí, pero yo quiero más —la declaración quedó suspendida en el aire mientras veía cómo se le llenaban los ojos de lágrimas.

Había esperado demasiado y perdido demasiadas oportunidades, así que esta noche iba a hacer las cosas bien y hacerle entender exactamente cómo se sentía, de lo contrario nada de esto tendría sentido.

—Verás, Rosie... He intentado decirte esto durante tanto tiempo... Lo que quiero no es este hotel, eres tú, y si no vienen juntos, no me interesa. No hay trato —Michel dejó que sus palabras se asentaran, dándoles tiempo a calar antes de continuar.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Serás mi todo? ¿Me amarás como yo te amo? ¿Quieres que trabajemos y durmamos juntos, codo con codo, bajo este techo? —Michel se centró en Rosie mientras extendía su mano, con la palma abierta, y la dejaba sobre la mesa, esperando su respuesta.

Cuando ella puso su mano en la suya, el corazón de Michel dio un salto de alegría mientras cerraba sus dedos alrededor de los de ella.

—De acuerdo, acepto. Tú y yo contra el mundo, y sí, te amo como tú me amas. He intentado decírtelo durante mucho tiempo, así que, por favor, ¿podrías dejar de darle vueltas? ¡De lo contrario, voy a estallar!

Rosie se dejó abrazar y, por fin, después de tanto tiempo, sellaron el trato y firmaron su propio contrato privado y legalmente vinculante con un beso.

Arriba, André escuchaba mientras Wilf parloteaba sobre adónde irían, qué deberían comprar para su viaje y demás, pero de vez en cuando su mente divagaba, pensando en los dos jóvenes de abajo. «Por favor, que se pongan de acuerdo», pensaba para sus adentros. Aparte de darles un empujón, no sabía qué más hacer. André estaba seguro de que aceptarían su oferta; estaban hechos para este lugar y estaban hechos el uno para el otro. Lo había visto desde el momento en que se conocieron. Era su destino, pero les había llevado más tiempo del esperado darse cuenta por sí mismos. Incluso su querida mamá lo había notado. Ella había sabido que el amor estaba en el aire desde el principio y la había oído murmurar en sus sueños sobre su chérie y L'Enfant Terrible. Quizás Mamá veía más de lo que dejaba entrever a través de esas cortinas de encaje y, a su manera sabia y cariñosa, había elaborado el gran plan ella sola.

André miró por la ventana al cielo que se oscurecía, salpicado de estrellas brillantes, y agradeció al cielo por haber enviado a la chica de cara fresca a la cocina hacía tantos años, y sí, incluso por Michel, que a veces le sacaba de quicio. Pero sobre todo, agradeció a su querida mamá por dejarle marchar.

Después de la fiesta de despedida de André, en la que Rosie, Michel y casi todo el pueblo se aseguraron de que se marchara por todo lo alto, este se fue conduciendo hacia el atardecer para explorar Europa con Wilf. Tras jurar que mantendrían un contacto regular, Rosie dejó ir a su amigo entre lágrimas y luego se puso manos a la obra para desmontar el hotel y volver a montarlo.

Tanto Rosie como Michel tenían muchas cosas en común, siendo la más útil que ambos eran ahorradores y habían acumulado sumas considerables de dinero para invertir en el hotel. Encantados de que su hijo menor pronto fuera el propietario de su albergue local, los padres de Michel también se ofrecieron a prestarle el dinero que necesitara para cumplir sus ambiciones. André acordó un precio para el hotel por teléfono desde Suiza, donde él y Wilf estaban ocupados probando las delicias de la fondue, el chocolate suizo y la grappa, pasándolo en grande.

Después de pasar horas escribiendo su plan de negocio, la entusiasmada pareja visitó al director del banco, que casualmente era muy amigo del tío de Michel, el alcalde. Por algún milagro, también era primo segundo de Hortense, la reina del pueblo, por lo que tuvieron un camino bastante fácil cuando solicitaron la hipoteca. Después de establecer un presupuesto para las reformas y entregar su depósito, los dos jóvenes enamorados firmaron en la línea de puntos y, rebosantes de energía y emoción apenas contenida, comenzaron el siguiente capítulo de sus vidas.

Volvieron a contratar los servicios de Christophe y Bernard, quienes se pusieron a transformar las habitaciones restantes con las mismas especificaciones que las dos primeras. Una vez que estuvieran todas terminadas, el diminuto baño comunitario sería eliminado y convertido en un almacén para el servicio de limpieza, donde podrían guardar toda la ropa de cama y los productos de limpieza, al estilo de la señora Amery. Las pequeñas habitaciones del edificio de una sola planta donde vivían Clémence y André fueron vaciadas y convertidas en un gran espacio que sería el nuevo comedor. Instalaron puertas francesas que daban a la terraza trasera y grandes ventanales en la parte delantera que daban a los jardines. También tenían la intención de utilizar esta sala para eventos como bodas y bautizos y, con suerte, no demasiados velatorios. La cocina fue arrancada y se instaló una nueva, con todos los avances. Aquí, Rosie dejó que Michel hiciera lo que quisiera y durante semanas estuvo perdido en el paraíso de los catálogos mientras diseñaba su lugar de trabajo ideal. El salón fue despojado de todos sus muebles y compraron dos nuevos y cómodos sofás y sillones estilo Reina Ana que se colocarían alrededor de la gran chimenea. Cualquier mueble antiguo que se considerara reutilizable fue cuidadosamente lijado y luego pintado o barnizado por Rosie y reinstalado en su lugar correspondiente.

La gran habitación en desuso sobre el salón fue requisada por Rosie y Michel como su vivienda y convertida en lo que la mayoría describiría como un estudio, pero que ellos llamaban apartamento en su mente. Era adecuado para ellos dos, con un dormitorio y un pequeño baño en suite, un salón y una diminuta cocinita que le recordaba a Rosie la de The Fairhaven donde conoció a André. Fue lo último en terminarse y durante meses durmieron en un colchón en el suelo, rodeados de paredes recién enlucidas y materiales de construcción. La mayoría de las noches estaban demasiado cansados para hablar, y mucho menos para hacer el amor, pero no les importaba porque estaban juntos, convirtiendo sueños en realidad, codo con codo, y eso era lo único que importaba. La parte final del plan era instalar una pequeña piscina, cuya construcción

estaba programada para principios de la primavera, justo antes de que reabrieran completamente.

Aunque el hotel parecía una zona de guerra, Rosie decidió que, como las dos nuevas habitaciones estaban listas para funcionar, aún podían acoger huéspedes, pero advirtiéndoles a todos antes de su llegada que debían aceptar las condiciones tal como estaban. Solo se ofrecía un desayuno continental, siendo el bar la única sala intacta, aunque adecuada para un café rápido y un cruasán. Incluso uno o dos huéspedes de pago podían ser potenciales clientes que repitieran, y si podían ver que el hotel estaba mejorando, tal vez corrieran la voz.

De hecho, tuvieron un flujo constante de clientes que, como Rosie había predicho, viajaban hacia o desde Inglaterra después de visitar a familiares o buscar casa. Los ingresos extra les permitieron comprar bonitos detalles para el hotel. El que los propietarios hablasen inglés también estaba resultando ser una ventaja definitiva y se hacía más evidente cuando Rosie atendía llamadas de viajeros que hacían lo posible por hablar en un francés rudimentario y luego se notaba el alivio en su voz cuando se daban cuenta de que era británica.

Una fría noche de noviembre, mientras lavaban brochas e intentaban quitarse la pintura de los dedos, sonó el teléfono y al otro lado de la línea había un caballero muy cansado que necesitaba una habitación. Iba a tomar el ferry a la mañana siguiente y había tenido la loca idea de conducir directamente hasta el puerto y dormir en su coche, pero hacía demasiado frío, así que decidió buscar una cama caliente. Su huésped improvisado llegó quince minutos después, presentándose como Daniel, e instantáneamente Rosie notó la expresión de alivio en su rostro cuando entró en el salón caldeado por un fuego crepitante en la chimenea.

Como con todos sus huéspedes, le invitó al bar para tomar una copa de cortesía y, como era su único visitante y no podían cenar mientras él se quedaba solo en su habitación, Rosie le pidió que se uniera a ellos. Años más tarde, Rosie recordaría esa noche con una sonrisa, rememorando la agradable velada en la que los tres bebieron vino, comieron una sencilla cena de sopa y pan, compartieron sus planes para el hotel y escucharon todo sobre la hija de Daniel y su familia que vivía en Limousin. Cuando se marchó muy temprano a la mañana siguiente para conducir hasta Saint-Malo, prometió volver la próxima vez que estuviera en Francia. Daniel cumplió su palabra y desde entonces se había convertido en un amigo cercano y cliente habitual.

Durante los largos y ridículamente fríos meses de invierno, Rosie pensaba que moriría congelada por la noche y temía levantarse por la mañana, prefiriendo el calor de su edredón y sus calcetines de lana a la carrera hasta el baño y un lavado con agua helada. Había habido un problema con la fontanería, así que tuvieron que soportar temperaturas bajo cero y sin agua caliente durante dos semanas. Marie, la madre protectora de Michel, les había invitado amablemente a quedarse en su casa hasta que se solucionara, sin embargo, habiendo logrado por fin escapar de las garras de su madre, Michel no tenía ninguna intención de volver. Para ser justos con Marie, era una bendición en lo que respecta a lavar su ropa y mantenerles alimentados, y llegaba la mayoría de las mañanas con una pila de ropa limpia y algo delicioso para comer al mediodía.

Aunque Rosie había reclamado a su niño, las dos mujeres se llevaban bien y Marie mimaba y cuidaba de su "casi" nuera de la misma manera que lo hacía con su hijo. A veces, mientras barrían o movían bolsas de escombros para los albañiles, charlaban y reían y se tomaban descansos a escondidas, durante los cuales Rosie comparaba a Marie con su propia madre quien, a pesar de estar informada de su nueva vida, mostraba poco interés u orgullo por lo que su hija había logrado.

Aunque sus días eran largos y ajetreídos, la mente de Rosie a menudo vagaba al otro lado del Canal y sus pensamientos se dirigían a sus padres y a Ruby. Envío una carta a Doreen y Jim

cuando llegó a casa de André, haciéndoles saber dónde podían encontrarla e informándoles de su decisión de dejar The Fairhaven. Fue más por cortesía que por el deseo de aprobación. Su padre había logrado una respuesta formal, deseándole lo mejor de parte de ambos, y recibió una respuesta similar cuando se enteraron de la noticia de que estaba comprando el hotel. Era obvio que no tenían intención de visitarla ni esperaban que ella los visitara, así que lo dejó ahí, cumplido su deber filial. También le hizo apreciar el amor y la aceptación de Marie y su marido, Yves, quienes se esforzaban por asegurar sus propios lazos familiares y compensaban más que adecuadamente las carencias de los padres de Rosie.

Ruby, sin embargo, era una historia completamente diferente. Desde que llegó a Francia, Rosie se había impuesto el deber de llamarla una vez a la semana y charlar, transmitiendo noticias de la vida cotidiana en el lado francés del Canal y ansiosa por recibir actualizaciones sobre Oliver y, a regañadientes, siempre preguntaba por Marcus. No pasó mucho tiempo antes de que Rosie se diera cuenta de que sus conversaciones eran unidireccionales. Después de haber terminado con la charla sobre el bebé y el tiempo, Ruby no tenía nada más que decir. No queriendo ser indiscreta, Rosie nunca preguntaba si había salido a cenar, al teatro o a visitar a sus amigos porque era evidente que, aparte de otra madre llamada Liz, Ruby no tenía a nadie ni vida fuera del hogar, por lo que ella podía decir.

Rosie estaba perpleja, pues no había razón por la que, con Olivia a la vuelta de la esquina para hacer de canguro y montones de dinero en el banco, Marcus y Ruby no disfrutasen de la vida de casados y de su encantador hijo. Aunque el hotel estaba en mal estado, repetidamente invitaba a Ruby a pasar un fin de semana e intentaba concretar una reserva para la primavera cuando reabrieran, pero siempre había una excusa endeble. Oliver tenía un resfriado, Marcus no podía prescindir del tiempo y no le gustaba la idea de que ella viajara sin él, o cualquier tontería que Ruby pudiera inventar. Rosie tenía que morderse la lengua para no soltar a su prima que la última persona en la tierra que quería ver era Marcus, así que lo dejara en casa. De no haber sido por el hecho de que estaba loca de ocupada con el hotel, Rosie habría tomado un vuelo para comprobar las cosas por sí misma, pero no lo hizo, y sin que ella lo supiera, Ruby se estaba hundiendo, apenas logrando mantenerse a flote.

Aparte de André, que ahora estaba en Austria yodelando y bebiendo cerveza, Rosie escribía con frecuencia a Alfred, quien estaba encantado con su nueva forma de vida y prometió visitarlos en cuanto estuvieran en funcionamiento, ansioso por ver su mini imperio. Había otro rostro del pasado del que había tenido noticias desde su llegada a Francia: Dylan. Una promesa es una promesa y una vez que se separaron en aquel extraño y triste día en Manchester, le envió un mensaje de texto desde el tren durante su largo y solitario viaje de vuelta a Aberdeen. Como ella había pedido, la puso al día sobre su vida, desde el día en que dejó a Ruby en Manchester.

La primera buena noticia fue que su madre se había recuperado de todos sus tratamientos, estaba en remisión y se encontraba bien. Junto con Dylan, siempre se había sentido culpable por no haber llevado a Ruby con ellos, pero estaba tan enferma en ese momento y aterrada por lo que le deparaba el futuro, que su propia familia y su recuperación habían sido una prioridad. Dylan dijo que su madre a menudo preguntaba por Ruby y, al igual que él, se preguntaba si estaba bien. Había estudiado Ingeniería Civil y Estructural en la Universidad de Aberdeen y después de graduarse consiguió un trabajo en una empresa contratada para plataformas de perforación en alta mar. Continuaba con sus estudios, especializándose en hidrodinámica y termodinámica, y tenía la suerte de estar patrocinado por su empresa. El único inconveniente era que Dylan tenía pánico a volar y tenía que soportar frecuentes viajes en helicóptero a través del Mar del Norte hasta las plataformas petrolíferas. Disfrutaba de su trabajo una vez que finalmente llegaba, y

encontraba la vida en las plataformas interesante y emocionante, supervisando operaciones de aparejo y elevación, escribiendo evaluaciones de riesgos y asegurándose de que la plataforma fuera segura. Estar ocupado era una ventaja, ya que decía que centraba su mente lejos del temido viaje de vuelta en helicóptero. Al final del mensaje, le pidió a Rosie que cumpliera su promesa y guardara su número, por si alguna vez Ruby lo necesitaba, y que le llamara si Marcus alguna vez le fallaba porque él siempre estaría allí para recoger los pedazos.

Cuando Rosie recibió un mensaje suyo, justo antes de Navidad, diciéndole que estaba cambiando su contrato de teléfono e informándole de sus nuevos datos de contacto, quedó impresionada, no solo por las letras después de su nombre, sino por su lealtad y diligente atención al detalle. Después de su conversación el día de la boda de Ruby, Rosie pensó que estaba siendo un poco ingenuo y esperaba plenamente que, con el paso de los años, el amor de Dylan por Ruby se desvanecería junto con su promesa. Bueno, esta vez Rosie tenía que admitir que se había equivocado por completo. Con una sonrisa en la cara, teñida de un toque de tristeza al recordar al joven sincero que se sentaba abatido en los escalones del Albert Memorial, respondió con un mensaje muy rápido, diciendo que vivía en Francia y esperaba que estuviera bien, y luego guardó su número en su teléfono y garabateó su dirección de correo electrónico en una nota adhesiva. Rosie no alentó más conversación, ya que no tenía nada que decir sobre Ruby que le animara o le diera esperanzas, pero al menos había cumplido su promesa.

El rápido descenso de la temperatura a medida que se acercaba la Navidad se compensaba con el calor y el cariño que rodeaban a Rosie, y a medida que se acercaban las festividades también trajo recuerdos del pasado.

En el Fairhaven siempre se había volcado en los preparativos de una de las épocas más ajetreadas del año y estaría ocupadísima desde principios de diciembre hasta principios de enero. Estar ocupada era una distracción bienvenida, ya que ayudaba y alentaba a su corazón a evitar la verdad. No se permitía ni un solo minuto para anhelar una Navidad en familia o un hogar acogedor al que ir, o incluso unos padres que apreciaran genuinamente los regalos que les había comprado. En cambio, The Fairhaven le daba un sentido de propósito y, curiosamente, también le daba a Ruby un lugar donde quedarse, de lo contrario habría quedado a la deriva y sola en la supuestamente época más maravillosa del año.

La única vez que Ruby no iba a ver a Rosie era cuando estaba con Dylan, pero aparte de eso, eran solo ellas dos. Alfred siempre había permitido que Ruby se quedara a dormir y una vez que Rosie terminaba su turno, se escondían en su habitación y veían la pequeña televisión y comían sus cajas de bombones surtidos, lo cual era una tradición que conservaban desde la infancia. Cuando eran jóvenes, y mientras Stella y Doreen pasaban la noche discutiendo y quejándose abajo después de demasiada ginebra, ellas se escabullían arriba y comían sándwiches de pavo y chocolate en la habitación de Rosie. A su padre no se le permitía beber el día de Navidad, tenía que llevar a Ruby y a su madre a casa porque no había autobuses. Por lo tanto, para su gran pesar, Jim tenía que permanecer sobrio mientras soportaba a regañadientes una cena muy seca, su esposa dominante y su hermana borracha y descarada.

Para su sorpresa, sin esperar que Doreen se gastase el coste de un sello a Francia, Rosie había recibido una tarjeta de Navidad de sus padres que incluía una breve nota de su madre informándole que su padre estaba enfermo. Había sufrido un leve infarto pero se estaba recuperando bien en casa, así que no había motivo de alarma, ni de visita. La información trajo consigo emociones encontradas y un enorme conflicto dentro del alma de Rosie. ¿Debería ignorar a su madre e ir a casa? Pero si lo hacía, sentía que apenas conocía al hombre al que llamaba papá y tenía poco que decirle, incluso sus cartas eran formales y tibias. La idea de

sentarse junto a su cama de enfermo y sostener su mano era tan ajena como ser abrazada por su madre, y darse cuenta de esto hacía que Rosie se enfadase, y luego se entristeciera enormemente. Decidiendo seguir el consejo de su madre, les encargó una cesta navideña y envió una tarjeta. Luego, simplemente por deber, Rosie llamaba a su madre una vez a la semana para una breve actualización sobre su estado y una charla unilateral y forzada con su padre, pero aparte de eso, los dejó estar y siguió con su vida con Michel.

Ahora que vivía en Francia, por primera vez en muchos años, Rosie sentía una emoción infantil cuando pensaba en la Navidad. Aunque el supermercado estaba decorado festivamente y rebosante de deliciosa comida y bebida, no había la misma presión comercial que había experimentado en Inglaterra. Aún había anuncios en la televisión promocionando juguetes y la alegría navideña, pero ni de lejos tan agresivos y omnipresentes como los de Inglaterra. Lejos del consumismo, la sencillez de la vida en el campo y el ritmo pausado de los asuntos rurales proporcionaban una barrera y permitían apagar la tele, disfrutar de algo de paz y encontrar algo más gratificante o satisfactorio que hacer con el tiempo.

Los amigos y vecinos siempre se pasaban por allí, pero a medida que se acercaba el gran día, había un ambiente aún más jovial cuando los visitantes llegaban con una botella especial que habían elaborado, o un regalo de nubes de colores brillantes adornadas con caramelos, o simplemente un saco de verduras de invierno. En el campo todo el mundo intercambiaba o prestaba cosas y si tú no lo tenías, probablemente tu vecino sí, o si no, conocería a alguien que tuviera justo lo que buscabas y se pondría al teléfono de inmediato para organizarlo. El espíritu comunitario estaba definitivamente vivo y coleando en St Pierre y hacía que Rosie se sintiera en casa por primera vez desde que tenía diecisiete años. Pero quien la hacía sentir viva, en el momento en que cruzaba la puerta, era Michel, y con cada día que pasaba, Rosie se enamoraba más y más de él.

Sus días eran largos y llenos con la renovación del hotel y si no tenían cuidado, había posibilidad de que el cansancio y el estrés los agotaran o los pusieran de mal humor, y ninguno quería que el brillo de su felicidad se apagara. Con eso en mente, Rosie estableció una norma de que dejarían de trabajar a las siete de la tarde todos los días, a menos que hubiera un incidente importante como cuando Bernard inundó uno de los baños y el agua se cascó en la cocina recién enlucida de Michel. Se duchaban y se cambiaban a ropa limpia, luego compartían una botella de vino y algo de comida juntos, ya fuera sentados en el bar o en su pequeño apartamento y mientras esperaban que se completara la instalación eléctrica, comían a la luz de la luna o de las velas.

Los domingos se lo tomaban con calma y caminaban por los senderos hasta la casa de Marie, dejando que ella los mimara. Después, regresaban alegremente a casa y a veces pasaban a ver a Dominique y Zofia o simplemente se iban a la cama y disfrutaban de estar solos en su castillo.

Michel hacía reír a Rosie cuando su personalidad de chef malhumorado se apoderaba de él, como cuando discutía ideas para el menú con Dominique o tenía un momento de diva por teléfono con los proveedores de la cocina, y ganó una medalla de oro en las olimpiadas de la rabieta cuando las baldosas del suelo llegaron en un color completamente equivocado. También había aprendido algunas nuevas palabrotas en francés durante el invierno. Sabiendo cuándo retirarse, Rosie simplemente lo dejaba estar y esperaba a que se calmara porque la cocina era su dominio y la comida que cocinaría allí era su pasión. Había un fuego rugiente en su alma y eso era parte de por qué lo amaba tanto. También era observador, amable y muy consciente de sus preocupaciones respecto a Ruby, razón por la cual le sugirió muchas veces que fuera a casa para una visita rápida, pero siempre recibía la misma respuesta: que este era su hogar ahora, y él decía

que oír esto hacía que su corazón se elevara.

A su vez, Michel admiraba a Rosie por su fuerza de carácter, su amor por la gente en general, y su arduo trabajo y compromiso con el hotel, pero sobre todo, simplemente amaba mirarla. No le importaba si estaba cubierta de pintura y polvo o agotada y malhumorada al final de un largo día. Su momento favorito era cuando la veía reír, tal vez por algo que él había dicho o hecho, o dando la bienvenida a un nuevo huésped, porque era entonces cuando veía la bondad y la pureza de su espíritu iluminando su rostro. Por las mañanas, mientras ella dormía y el sol irrumpía a través de las ventanas sin cortinas, bañando su rostro con sus rayos, él la observaba en silencio y se decía a sí mismo que había hecho bien porque su Rosie era perfecta.

Mientras Rosie mostraba interés y hojeaba las páginas, Michel intervino con palabras de ánimo.

—Mira, cariño, ahora podrás aprovechar toda la fruta y los productos sobrantes del huerto y hacer regalos a todo el mundo. Estoy seguro de que lo disfrutarás. Así no desperdiciaremos nada y encontrarás un pasatiempo que hará sonreír a nuestros amigos. ¡Perfecto!

Lo primero que se le pasó por la cabeza, justo después de dónde podía meterse sus encurtidos, fue que no tendría tiempo para pelar kilos de fruta pasada con un hotel que dirigir, pero Rosie no podía enfadarse con él durante mucho tiempo: su cara sincera y su expresión satisfecha le derritieron el corazón. Sin embargo, aún le molestaba un poco que durante la última media hora no hubiera dejado de mirar el reloj y no pudiera quedarse quieto.

—Michel, ¿vamos a llegar tarde a casa de tu madre? No paras de mirar la hora. Creía que habías dicho que teníamos que estar allí a la una —dijo Rosie mientras empezaba a recoger los trozos de papel de regalo, por si acaso tenían que darse prisa.

—No, cariño, todo está bien —entonces, al oír el timbre de la puerta, su cara se iluminó y se apresuró a salir de la habitación antes de volverse para señalar a Rosie—. Espera aquí. Tengo una sorpresa, tienes que quedarte... no te muevas. ¿Vale? —Luego salió disparado por la puerta y bajó las escaleras de un salto.

Se oyó un murmullo de voces y Rosie se esforzó por oír lo que decían. Luego escuchó cómo se cerraba la puerta principal y Michel subía las escaleras, esta vez un poco más despacio.

—Cierra los ojos, cariño. No los abras hasta que yo te lo diga. Tengo un regalo muy especial para ti.

Rosie estaba emocionada, pero luego se contuvo por si se trataba de una aspiradora industrial o una máquina de coser. Hasta ahora, los regalos de Michel rozaban lo práctico, así que no debía hacerse ilusiones. Entonces Rosie sintió que se arrodillaba en el colchón y colocaba algo delante de ella.

—Abre los ojos, cariño. Venga, ¿qué te parece?

Rosie miró hacia abajo y, para su sorpresa, vio una cesta de mimbre y supuso que sería un juego de picnic o frascos de mermelada vacíos, nada le sorprendería. Entonces la caja se movió ligeramente.

—Date prisa, Rosie, levanta la tapa. Llevo semanas esperando para darte esto.

Con cautela abrió la caja, que contenía una manta azul claro y cuatro ojitos diminutos que parpadeaban a la luz.

—Michel, oh Michel, ¡son perfectos! Venid aquí, pequeños, venid a conocer a vuestra mami —y mientras cogía a los dos diminutos cachorros, uno un labrador dorado y el otro lo que parecía una especie de terrier desaliñado, apenas podía hablar de la emoción y el amor que sentía. No solo por los dos perros inquietos que lamían y se retorcían en un frenesí, sino por su maravilloso Michel, que al final lo había hecho bien.

—Siempre he creído que un hogar lo forman los niños y los animales, así que pensé que empezaríamos con un perro. Ya habrá tiempo para los niños cuando los dos no estemos tan ocupados. Solo iba a coger uno, pero el hombre que vende los labradores tenía también a este pequeñín y no pude dejarlo atrás. Creo que serán hermanos el uno para el otro y no se sentirán solos si nos vamos —dijo Michel mientras acariciaba las orejas de los cachorros y observaba atentamente a Rosie, que ya se había enamorado de sus chicos.

—Los adoro, eres tan listo. Nunca he tenido una mascota ni a alguien tan maravilloso como tú. Feliz Navidad, Michel, vosotros tres sois mis mejores regalos.

Más tarde, fueron caminando a casa de Marie e Yves con Bill y Ben, envueltos en mantas y metidos en sus abrigos. Una vez allí, Rosie tuvo el día de Navidad más feliz de su vida. El centro de atención del día fue la familia, la comida y, obviamente, el vino, así que junto con Henri y los abuelos, Rosie y Michel se sentaron y dejaron que por una vez otros se encargaran de cocinar y de atenderles. Cuando regresaron alegremente a casa esa noche, resistieron la tentación de visitar a sus vecinos, sobre todo porque llevaban a los perros con ellos. Michel confesó que había dejado a los cachorros con Dominique y Zofia durante la noche, pero que ambos se habían deshonrado en su suelo impoluto (más de una vez), así que por ahora puede que no fueran muy bienvenidos en la posada.

Esa noche, mientras Michel roncaba a su lado y Rosie resistía las ganas increíbles de bajar y traer a los cachorros llorosos a la cama con ella, vio cómo las nubes se deslizaban por la luna y pensó en su hogar. La misma luz plateada brillaba también sobre Ruby y Oliver, y esperaba con todo su corazón que la Navidad de su prima hubiera sido tan feliz como la suya.

Mirando alrededor de la habitación a medio terminar desde su colchón en el suelo, era difícil creer que desde su llegada en verano su vida hubiera cambiado tanto. Tal vez todo lo que había ocurrido estaba en su destino y se había estado acercando a su Michel todo el tiempo. Quizás él había estado orbitando su planeta y cuando el momento fue el adecuado, ambos aterrizaron aquí y se encontraron. También se dio cuenta de que no tenía remordimientos. Sí, podía desear unos padres diferentes, pero entonces nunca se habría ido de casa. Había aprendido mucho de Alfred y de su tiempo en The Fairhaven y lo aprovecharía todo aquí. En unos meses, la pequeña auberge resurgiría como un hotel y restaurante de pleno derecho. Todo lo que tenían que hacer era lo que se les daba bien. Michel prepararía comida gloriosa y ella proporcionaría una habitación acogedora en un ambiente acogedor y tranquilo. Pero lo más importante de todo era que tenían que mantener viva la magia y, durante el resto de sus vidas, seguir amándose. Así de simple.

ROSIE 2010

Rosie esperaba impaciente en el restaurante de John Lewis, tal como habían acordado. Estaba ansiosa por que Ruby llegara y sus ojos escudriñaban constantemente a los compradores en busca de un atisbo del rostro de su prima. Después de una tensa mañana en compañía de su madre, Rosie estaba lista para un poco de alivio y una tarde de compras y puesta al día. Doreen había enviado un breve mensaje a Francia desde su lecho de enferma, diciendo que se había caído y se había roto la cadera, pero que no había motivo de preocupación y que sus muchos amigos la estaban cuidando, por lo que no era necesaria una visita. Una vez más, Rosie pasó las siguientes veinticuatro horas intentando descifrar el mensaje codificado y averiguar qué significaba realmente. ¿Estaba Doreen realmente bien y simplemente la informaba por cortesía, o era un grito de auxilio de una anciana dura de corazón y solitaria que buscaba a su única hija en su momento de necesidad?

Cuando Rosie llegó a Cheadle, se dio cuenta al instante de que su madre, de hecho, solo estaba siendo educada, o más probablemente, esperando un regalo por correo y un poco de simpatía a distancia. Su subconsciente también le dijo a Rosie que, de una vez por todas, necesitaba despertar y ver la realidad en lo que respectaba a Doreen. Además de las encantadoras señoras de la iglesia, que parecían apreciar genuinamente a su madre y se turnaban para empujar la silla de ruedas y llevarle comidas calientes, tenía una dedicada asistente y un elevador de escaleras recién instalado. Por lo tanto, Rosie definitivamente sobraba.

Doreen aún no se había suavizado con los años y ni siquiera la muerte de su marido logró derretir su corazón helado. Rosie aceptó que el matrimonio de sus padres probablemente murió el día después de que ella fuera concebida, porque por mucho que lo intentara, simplemente no podía recordarlos mostrándose calidez o amor el uno al otro. Rosie veía su vida juntos como un ejemplo de cómo no ser y juró asegurarse de que lo que tenía con Michel permaneciera tan fresco y emocionante como fuera humanamente posible.

Durante su primera temporada dirigiendo el flamante hotel, habían logrado combinar el trabajo con el placer y se las arreglaron juntos mientras se adaptaban a su nueva vida. Siempre estaban agotados, así que cuando llegó el invierno, lograron reducir un poco el ritmo, concentrándose más en el restaurante mientras el hotel estaba tranquilo. Ahora estaban en su segunda temporada y casi completamente reservados. Rosie realmente podría haberse ahorrado el viaje a Inglaterra, pero por el lado positivo, al menos podría ver a Ruby.

En cuanto a Michel, ya lo echaba de menos y sabía que esto era una buena señal. La mayoría de las parejas temerían trabajar y vivir juntas, sin embargo, ella pensaba que lo habían hecho bastante bien. Entre miradas en busca de Ruby, Rosie echó un vistazo rápido por las ventanas a las oscuras curvas de los Peninos en la distancia. Eran hipnotizantes y melancólicos, cubiertos de

nubes bajas de lluvia que le recordaban el frío y gris día de noviembre cuando sobrevoló sus picos para el funeral de su padre.

Jim sufrió un ataque al corazón masivo después de cortar leña para la hoguera de los Scouts, y el hecho de que muriera ayudando a su iglesia le había dado a Doreen una extraña sensación de consuelo. Rosie recibió la noticia a través de una breve y concisa conversación con el vicario quien, junto con lo mejor de su rebaño, estaba atendiendo las necesidades de la viuda afligida. Recordaba no sentir pena al escuchar la noticia, solo un extraño vacío que reemplazaba la emoción estándar del duelo. Dos días después, mientras se preparaba para volar a Inglaterra para el funeral y una temida estancia en casa de su madre, Ruby llamó desde el hospital para anunciar la llegada anticipada de la bebé Lily, lo que animó muchísimo a Rosie. La perspectiva de té y condolencias con Doreen era suficiente para deprimir a cualquiera, pero ahora podría ver a su nueva prima segunda. Por duro que algunos lo consideraran, el viaje de Rosie a través del Canal de repente había adquirido un propósito más feliz.

Después del funeral, al que asistió mucha gente y que le brindó a Doreen una excelente oportunidad para ser el centro de atención, Rosie abordó el avión de regreso a Francia con emociones muy encontradas. No podía esperar para estar de vuelta con Michel y su refugio seguro, pero al mismo tiempo su conciencia la atormentaba todo el camino hasta el mostrador de facturación. Ruby estaba desesperadamente infeliz. Rosie lo había visto y oído por sí misma y ahora no sabía qué demonios hacer.

En el momento del funeral, Lily tenía seis días y su padre, el encantador Marcus, había volado a la India en un viaje de negocios, dejando a Ruby sola con un niño pequeño y un recién nacido. Olivia aparentemente había sido una bendición y estaba haciendo todo lo posible para ayudar a su manera distante, pero al menos permitió que Ruby asistiera y presentara sus respetos. En el velatorio, las dos primas lograron escapar al piso de arriba, a la antigua habitación de Rosie, y en el entorno familiar de su confesionario de la infancia, Ruby se desahogó y le contó a Rosie la verdad sobre su matrimonio problemático y en decadencia.

Nada de ello sorprendió a Rosie, pero aun así deseaba que no fuera cierto y que todos sus miedos y dudas hubieran sido infundados. Tristemente, en una lúgubre tarde de noviembre, mientras estaban sentadas sobre su brillante colcha de chintz rosa, Ruby admitió que se había casado con un monstruo. Le dieron vueltas al asunto y lo lógico sería echarle, divorciarse y contarle a su madre cómo era realmente su precioso hijo. Ruby se aterrorizó ante esa perspectiva porque le daba pánico ser madre soltera —mira lo que le pasó a Stella.

Ruby quería lo mejor para sus hijos y todo lo que Marcus podía ofrecer, pero sobre todo, quería que fuera el hombre del que se enamoró. La incertidumbre y su miedo a lo desconocido la engañaron haciéndole creer que ahora que tenía una hija preciosa y una familia completa, y una vez que perdiera el peso del embarazo, podrían devolver el brillo a su matrimonio y retomar donde lo dejaron. Ruby estaba convencida de que podría dar la vuelta a la situación y le suplicó a Rosie que no interviniera de ninguna manera.

Rosie pensaba que era más probable que Doreen se convirtiera al islam antes de que Marcus cambiara su forma de ser, sin embargo, Ruby estaba cansada y alterada. También tenía suficiente con lo que lidiar en casa y no necesitaba que nadie removiera las cosas y echara más leña al fuego en una situación ya de por sí volátil. En su lugar, hicieron un pacto. Ruby juró que sería honesta y le diría a Rosie si las cosas empeoraban y, a cambio, Rosie prometió estar ahí al otro lado del teléfono, día y noche, para ayudar en todo lo que pudiera. Así lo dejaron. Había pasado más de un año desde aquel día en su dormitorio y, en lo que a ella respectaba, Rosie había cumplido su parte del trato. Si se podía decir lo mismo de Ruby, pronto lo descubriría.

Dándose cuenta de que se había perdido en sus pensamientos, fijada en las lejanas cumbres y en las muchas conversaciones desalmadas y sombrías que había tenido con su prima desde aquel día, Rosie se obligó a volver al presente. Nada en este mundo podría convencerla de que la vida de Ruby hubiera mejorado. Podía oírlo en su voz, esos tonos apagados y cansados de un espíritu roto. Rosie giró bruscamente la cabeza y escudriñó entre la multitud. ¿Dónde estaba? Solo quería verla en persona.

Entonces la vio entre el mar de cuerpos, su largo pelo rubio recogido en una coleta, apartado de su rostro pálido y demacrado. El hermoso cisne que bebía champán el día de su boda se había reducido una vez más a un gorrión, delgado y frágil, con ojos oscuros y tristes rodeados de sombras. Rosie agitó la mano para llamar la atención de Ruby mientras intentaba ignorar el peso que había caído en la boca de su estómago, dejándola sin aliento y en shock. Mientras abrazaba el diminuto cuerpo de su prima, las lágrimas que Rosie derramó no eran de alegría, eran sollozos apenas contenidos de frustración y culpa entrelazados con un odio desenfrenado hacia el hombre que había reducido a su preciosa Ruby a esto.

Cuando Ruby se apartó, hizo una broma sobre el llanto de Rosie.

—Eh, ¿qué pasa con las lágrimas? No pensé que me hubieras echado tanto de menos —dijo Ruby. Sus ojos también estaban húmedos, aunque ella era capaz de controlar mejor sus emociones.

Al mismo tiempo, Rosie había percibido que mantener a raya sus sentimientos era algo en lo que Ruby tenía práctica.

—Lo siento, solo puedo decir que acabo de pasar veinticuatro horas con mi madre y eso haría llorar a cualquiera. En fin, ya estoy bien, así que vamos a comer algo. Me muero de hambre y parece que a ti te vendría bien meter algo en el cuerpo. ¿Cuánto peso has perdido? ¡Pareces un fideo! —dijo Rosie, queriendo dejar claro que había notado el cambio en el aspecto de Ruby.

—No puedo ganar, ¿verdad? Tengo a Marcus diciéndome que estoy gorda y ahora tú me dices que estoy demasiado delgada. Me tomaré una ración extra grande de patatas fritas con la comida si así te callas, lo que sea por tener paz —dijo Ruby sonriendo y poniendo los ojos en blanco, luego bajó la mirada rápidamente y jugueteó con el salero y el pimentero.

«No me engañas, señora Cole», pensó Rosie para sí misma. Podía oír la tensión apenas disimulada en la voz de Ruby y sabía cuándo la estaba desviando, pero decidió darle un respiro —al menos hasta después de comer.

Durante el almuerzo, charlaron sobre Lily y Oliver y evitaron por completo el tema de Marcus. Rosie ni siquiera le preguntó por qué no quería quedar en la casa, aunque le habría encantado abrazar a sus pequeños primos. En su lugar, se adaptó cuando Ruby sugirió quedar aquí, sospechando que solo quería tiempo para sí misma, lejos de casa. Rosie puso al día a Ruby sobre cómo iba el hotel y el progreso de sus alojamientos rurales. El primero estaba casi terminado y solo necesitaba pintura, mientras que los otros tres también estaban tomando forma. Nada de esto habría sido posible sin el regalo sorpresa de su difunto padre.

Había sido una de las mayores sorpresas de la vida de Rosie cuando, justo después del velatorio de su padre, Doreen le entregó un sobre. En el frente reconoció la letra de su padre.

Una vez que las amigas de su madre se marcharon, se sentaron juntas en el salón escuchando el tictac del reloj y un silencio ensordecedor mientras ambas luchaban por decir algo útil o reconfortante. De repente, Doreen se detuvo a mitad de un sorbo, como si acabara de recordar algo. Dejando su taza y platillo en la mesita auxiliar, se acercó al pequeño escritorio de caoba y abrió el cajón superior.

—Toma, tu padre te dejó esto. Lo encontré entre sus papeles. No hay nota, solo los

documentos y el cheque. Quizás te sea útil si las cosas no van bien en Francia —dijo Doreen, de pie frente a Rosie, ofreciéndole el sobre.

La frialdad de su mirada le dijo a Rosie que su madre le guardaba rencor por lo que fuera que contenía. En lugar de abrirlo delante de Doreen, Rosie decidió privarla de la satisfacción de presenciar su reacción. Con manos ligeramente temblorosas, tomó lo que le ofrecían y se puso de pie. Sujetando el sobre blanco firmemente contra su pecho, Rosie se disculpó apresuradamente ante su expectante madre.

—Creo que lo abriré en mi habitación, si no te importa. Estoy cansada y seguro que después de hoy necesitarás algo de tiempo a solas. Avísame si necesitas algo, si no, nos vemos por la mañana —dijo Rosie sin abrazar ni intentar dar un beso en la mejilla a su madre, porque el afecto había abandonado esa casa hacía muchos años.

En la intimidad de su dormitorio, Rosie abrió el sobre. Una vez había sido sellado por las manos de su padre, pero desde entonces, podía notar que había sido abierto al vapor, invadido y saqueado por su madre cuando descubrió su existencia. Dentro había un cheque por 50.000 libras, mecanografiado a su nombre y fechado la semana antes de que él muriera. Junto a él venía una carta de presentación de la compañía de seguros que había organizado la póliza de dotación. Había vencido en septiembre, en su cumpleaños, y su padre debió haberla contratado cuando ella tenía unos tres años.

Lágrimas calientes y tristes asomaban a los ojos de Rosie, mientras mil preguntas rebotaban en su cabeza. ¿Por qué no le había contado a Doreen sobre la póliza? Porque probablemente la habría cancelado, por eso. Habría estado celosa o habría dicho que Rosie no se lo merecía. Doreen era una vieja arpía rencorosa y no querría que su hija tuviera prioridad sobre ella. Así era ella. Pero a pesar de las formas controladoras de su madre, el padre de Rosie había pagado esta póliza cada mes durante veinticinco años. Todo ese tiempo, él había sabido que algún día le daría esto y ese simple hecho, su pequeño secreto, mostraba un desafío inesperado. Por una vez, había seguido su propio camino y tomado el control, pero lo más importante y increíblemente valioso era que le decía a Rosie que la amaba. A su manera tímida y discreta, él seguía cuidando de ella y al darle este regalo le había enviado un mensaje especial.

Apartando las sábanas, se quitó los zapatos y se deslizó fuera de su vestido negro, luego se metió en la cama. Leyó y releó las palabras de la compañía de seguros, era todo lo que tenía. Tal vez su padre había puesto una carta allí para ella. No le extrañaría que su madre la hubiera quitado, pero no tenía sentido preguntar porque Rosie sabía que su madre nunca lo admitiría, no mientras tuviera aliento en el cuerpo.

Una tristeza abrumadora comenzó a apoderarse de ella, arrastrándola de vuelta en el tiempo a su infancia y de entre los sombríos recuerdos que había almacenado en su cabeza, archivados en la categoría equivocada, Rosie sacó imágenes olvidadas del pasado. Surgieron muchas instantáneas, ya no en sepia o en blanco y negro, estaban en color vívido y todas eran de su padre.

Estaban los dos en la playa, sin rastro de Doreen. Jim llevaba los pantalones remangados y sus tobillos blancos asomaban mientras chapoteaban por la orilla, recogiendo berberechos y saltando las olas. La cogía fuerte de la mano para evitar que se cayera y se empapara. Después, fueron a una terraza donde él se tomó disimuladamente una clara y Rosie bebió Coca-Cola directamente de la botella. Pidieron un plato de patatas fritas, bañadas en sal y vinagre, y se las comieron con los dedos, sabiendo ambos que Doreen se pondría hecha una furia si se enterara.

Luego, estaba su primera postal navideña del colegio. Rosie la hizo ella misma: era una casa con nieve de algodón y medio kilo de purpurina en el tejado. Cuando su padre volvió del trabajo,

casi estalló de orgullo cuando dijo que era la mejor postal que había visto jamás e insistió en que debía ocupar un lugar destacado en la repisa de la chimenea. Doreen se quejaba a diario de que cuando quitaba el polvo, la purpurina se esparcía por todas partes, pero Jim se mantuvo firme y dijo que tenía que quedarse donde estaba.

A continuación, aparecieron las campañas de Blue Peter y Rosie recordó acurrucarse junto a él en su sillón y ver la tele mientras fumaba en pipa. Organizaban sus propios mercadillos benéficos en el jardín y recordó cómo recogían cucharas y monedas que enviaban para que las fundieran y comprar audífonos o apoyar a los servicios de salvamento marítimo.

Rosie sonrió en la oscuridad, recordando lo aterrada que estaba de Doctor Who. Se escondía detrás de un cojín o del sofá mientras lo emitían, y luego su padre la perseguía por el salón fingiendo ser un Dalek hasta que, inevitablemente, aparecía Doreen y les decía que se calmaran, aguando la fiesta.

Luego estaba aquella vez en que su madre tuvo que pasar la noche en el hospital para una operación que hasta el día de hoy solo se conocía como "problemas de mujeres". Les había dejado un pastel de carne en la nevera, pero en lugar de calentarlo, Rosie y su padre fueron al centro y se compraron un kebab cada uno. Fue el cielo. Se sentaron a comérselo en el coche mientras la salsa picante les abrasaba los labios. El viejo Volvo apestaba y tuvieron que rociar los asientos con todo tipo de ambientadores antes de ir a buscar a Doreen al día siguiente; incluso rasparon el pastel en una bolsa de plástico y lo tiraron en el cubo de la basura de los vecinos, por si acaso ella lo veía entre su basura. Luego, tuvieron que comerse un paquete entero de caramelos de menta en el aparcamiento del hospital para disimular su aliento a ajo, porque la mujer les aterrorizaba a los dos y no podían enfrentarse a su ira si se daba cuenta.

Entonces las imágenes se desvanecieron, quizás por la misma época en que estar casado con su madre empezó a desgastar a su padre. En algún momento, perdió su espíritu y sus ganas de luchar y comenzó a fundirse con el fondo, mezclándose con los muebles hasta que apenas se le notaba. Rosie sollozó en su almohada, llorando por un padre encantador que de alguna manera se había esfumado, al que habría echado de menos si le hubieran dado la oportunidad de ser él mismo. No tenía sentido desear que se hubiera esforzado más o que se hubiera enfrentado a Doreen. No podía cambiar el pasado, pero con su dinero se aseguraría de cambiar su futuro. Este regalo era un mensaje silencioso de él para ella. Significaba independencia, elección y libre albedrío. En honor a los buenos recuerdos que le quedaban, esa noche Rosie hizo un pacto consigo misma para hacer todo lo posible por enorgullecerle.

Bajo la atenta mirada de su prima, Ruby había devorado obedientemente todo lo que había en su plato mientras escuchaba todas las noticias de Francia. Al otro lado de la mesa, Rosie había decidido que el momento de la charla trivial había pasado y quería enfrentarse de una vez al fantasma de Marcus. Solo estaría allí unas horas más y podía ver el blanco de los ojos de Ruby, así que no podía ser esquivada por teléfono. Era hora de algunas verdades.

—Bueno, ¿cómo van las cosas entre tú y Marcus? Y no empieces a mentir. No soy tonta, Ruby, y puedo notar en tu voz cuando me llamas que no eres feliz. ¿Las cosas no han mejorado desde que nació Lily? —dijo Rosie algo nerviosa, temiendo lo que iba a escuchar pero aún esperando que Ruby le dijera la verdad.

Poniendo los ojos en blanco, Ruby intentó una respuesta despreocupada que desmentía la gravedad de su situación.

—Vale, me rindo. Puedo ver que has querido preguntarlo desde que llegué y nunca has sido de las que se andan con rodeos, así que mejor lo suelto ya. La respuesta es no, no ha cambiado nada. De hecho, ha empeorado. Está de mal humor, gruñón, bebe demasiado y en cuanto a ser

marido y padre, es un completo inútil. Por fin he afrontado la triste y patética verdad de que solo fui una máquina de hacer bebés y ahora que he cumplido con mi deber, no le intereso ni le sirvo para nada. Ya está, ¿eso lo resume todo para ti?

Los ojos de Ruby estaban fríos y esto sorprendió a Rosie. Dadas las circunstancias y la naturaleza de su confesión, habría esperado lágrimas.

—Joder, Ruby. ¿Por qué no lo dijiste antes? Te he dado suficientes oportunidades. Pensaba que podíamos contarnos todo. Han pasado, ¿qué, dieciséis meses desde la última vez que estuve aquí y me estás diciendo que todo este tiempo has sido infeliz y te lo has guardado para ti? Dime qué ha estado haciendo. Por tu aspecto, parece que te estás muriendo de hambre, pero supongo que es solo el estrés. Espero por Dios que lo sea. ¿Sigues controlando lo que gastas y adónde vas? —dijo Rosie furiosa.

—Sí, sí, es lo mismo de siempre. Tengo que pedirle dinero extra para mí. Casi ha arruinado mi amistad con Liz y ahora solo la veo en el colegio. La única persona que parece bienvenida en casa es Olivia, pero incluso eso le irrita. Apenas se comunica conmigo y a veces creo que apenas tolera a Oliver. Lily le pone de los nervios si tan solo hace un gorjeo y en cuanto a mí, no soy mejor que una niñera y ama de llaves interna. Le pedí que fuera a terapia y se rio en mi cara. ¿Qué más puedo hacer aparte de seguir adelante y esperar que esto sea una fase, o rezar por un milagro para que un día se convierta milagrosamente en un ser humano decente? —Ruby cogió su taza y dio un sorbo a su café mientras Rosie continuaba su interrogatorio.

—Ya sabes cómo dijiste que bebe demasiado y tiene mal genio, bueno, ¿no te hace daño, verdad? —dijo Rosie rezando para estar equivocada, pero nada le sorprendería tratándose de Marcus.

Al escuchar una pregunta tan directa, Ruby levantó la mirada y estudió a Rosie por un segundo, decidiendo qué decir, cuán sincera podía ser.

—Rosie, ¿podemos simplemente no hablar de esto hoy? Estoy bien, de verdad. Puedo lidiar con Marcus, de verdad que puedo. Es solo que he estado deseando verte y durante unas horas quiero olvidarme de casa y del Señor Oscuro y divertirme un poco. Por favor, por mí, déjalo estar. Estoy bien —los ojos de Ruby suplicaban a Rosie.

—Vale, pero no te libras del todo. Estoy segura de que hay algo que no me estás contando, pero estoy de acuerdo, no voy a dejar que él estropee nuestro día. Venga, vamos a ir de compras y lo primero que voy a hacer es comprarte algo alegre para que te pongas. Empiezas a parecer una mujer descuidada. Vamos, que invito yo. Y por cierto, es un nombre genial para él... al menos no ha conseguido ahogar tu sentido del humor —dijo Rosie cogiendo su mochila y examinando a su prima.

Ruby se mostró visiblemente aliviada por su indulto y parecía que no podía esperar para salir del restaurante mientras se ponía su sosa chaqueta beige. Sosa y aburrida, eso es lo que le vino a la mente a Rosie mientras la observaba. Ruby se estaba convirtiendo en Jim, desvaneciéndose en la insignificancia, mezclándose y tratando de no llamar la atención. Sin embargo, no era débil, en realidad era bastante fuerte. Pasar un día con Marcus debía de ser agotador. Poner buena cara por tus hijos, contener las lágrimas y no transmitirles la tensión requería cierta fortaleza. Aun así, Rosie se preguntaba cuánto tiempo podría alguien aguantar así, con dos niños pequeños que cuidar y sin apoyo.

Ruby cogió su bolso e intentó adoptar un tono más alegre, esbozando una sonrisa brillante y esperanzadora que casi iluminó su rostro pálido.

—Venga, vamos. He visto un vestido bonito para Lily al entrar, así que ¿empezamos por la sección infantil? —dijo Ruby.

—¡Ni hablar! Vamos directas a la sección de mujeres, y no se hable más —dijo Rosie. Y para demostrar que iba en serio, agarró a Ruby del brazo y la guio en la dirección correcta, pero al hacerlo, notó que su prima hacía una mueca de dolor.

Mientras se alejaban, Rosie fingió no haber notado la reacción de Ruby, pero eso no impidió que la ansiedad se extendiera, ni que ignorara la sensación de mal presagio que se había apoderado de su mente, ya de por sí muy suspicaz.

Echaron un vistazo a la variedad de prendas expuestas, riendo y bromeando sobre sus respectivos horribles gustos para vestir, y finalmente se dirigieron a los probadores con los brazos llenos de ropa para que Ruby se la probara. Rosie montó guardia fuera de la cortina y se encargó de colgar las prendas mientras obligaba a Ruby a probarse los conjuntos alegres y juveniles que había elegido específicamente para animarla. Rosie también había escogido a propósito algunas camisetas de manga corta porque quería comprobar discretamente si Ruby tenía moratones en los brazos. La oportunidad de mirar llegó mucho antes de lo esperado.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro? Date prisa y déjame ver cómo te queda. Si no te gusta ese vestido de flores, me lo voy a comprar yo —dijo Rosie. Había elegido un vestido recto de flores rosas que habría favorecido el tono de piel de Ruby si no fuera porque estaba de un tono grisáceo casi mortal.

—No puedo subir la cremallera... ¿quieres esperar un momento? —Ruby sonaba nerviosa.

—Bueno, deja que te ayude, si no estaremos aquí todo el día —y sin esperar respuesta, Rosie apartó la cortina para echar una mano.

Ruby se quedó inmóvil mirando al espejo, petrificada, con los ojos llenos de horror y un toque de vergüenza. Rosie sintió que las piernas le flaqueaban y que la cara le ardía antes de que una oleada fría de miedo le recorriera las venas. Sus ojos se movieron del cuerpo de Ruby a su reflejo en el espejo, antes de volver a examinar su piel magullada y maltratada. Al ver los moratones de color ciruela, los arañazos en carne viva y las marcas de verdugones que cubrían su pálida piel, separados solo por la columna vertebral sobresaliente de Ruby, Rosie se tapó la boca porque pensó que iba a gritar o a vomitar.

Como sospechaba, el brazo izquierdo de Ruby tenía un enorme moratón, justo en el lugar donde la había agarrado. Al mirar hacia abajo, vio más marcas sospechosas en las piernas que antes habían estado cubiertas por pantalones negros. Recomponiéndose, Rosie cerró la cortina tras ellas. Se quedaron en silencio durante un rato hasta que Ruby se desplomó en la silla junto al espejo, con la cabeza gacha, y empezó a llorar, con sollozos silenciosos que desgarraban el corazón y que conmovieron a Rosie. Arrodillándose frente a Ruby, abrazó a su frágil prima mientras lloraba. Las únicas palabras que se les ocurrieron, entre lágrimas, resultaron ser exactamente las mismas. Ambas dijeron que lo sentían.

—Lo siento por mentir, Rosie. Siento no haberte contado cómo es él en realidad. Estás tan lejos y tan feliz. No quería fastidiar tu vida también. Sabía que te preocuparías y volverías a casa si lo hacía, pero no hay nada que puedas hacer. Mi vida es un completo desastre, pero esa no es razón para estropear la tuya. Te echo mucho de menos, Rosie, y no sé qué hacer. Mira toda esta ropa tan bonita. Aunque me la compraras, no podría ponérmela. Él ni siquiera sabe que estás aquí. Mi vida es una gran mentira —dijo Ruby.

Ruby se aferró a Rosie, que en realidad tenía miedo de abrazar con demasiada fuerza el cuerpo tembloroso por si le hacía daño o se partía en dos.

—Ya, tranquila, soy yo quien lo siente. Sabía que algo iba mal. En el fondo sabía que estabas en problemas, pero he sido egoísta y debería haber seguido mis instintos y haber vuelto para ver cómo estabas. Siento que te he fallado y nunca me lo perdonaré. Dios mío, Ruby, mira lo que te

ha hecho —dijo Rosie mientras secaba las lágrimas de Ruby.

—No es culpa tuya, Rosie, así que por favor no te sientas mal ni culpable. Ya soy mayor y tengo que aprender a resolver mis propios problemas. No puedo venir corriendo a ti cada vez que Marcus pierde los estribos —Ruby había recuperado la compostura y había dejado de temblar.

Rosie no estaba dispuesta a aceptarlo.

—Vale, vístete y yo devolveré esta ropa, luego saldremos de aquí y buscaremos un sitio para hablar y ver si podemos solucionar algo. ¿De acuerdo? —dijo Rosie sonriendo con valentía a Ruby, que asintió, y luego la dejó para que se cambiara.

Cuando cerró la cortina tras de sí, Rosie se apoyó contra las paredes de los probadores y respiró hondo. Si pudiera echarle mano a Marcus Cole ahora mismo, sabría exactamente lo que se siente al ser golpeado, luego cavaría un gran agujero, lo tiraría dentro y lo enterraría. Vivo o muerto, le daba igual.

Ruby les llevó a un bar que estaba fuera de los circuitos habituales y cerca del aeropuerto. El vuelo de Rosie no salía hasta las ocho, así que aún tenían un par de horas antes de que tuviera que recoger a Oliver y Lily. El bar estaba casi vacío y encontraron un rincón apartado donde podían hablar sin que las oyeran. A pesar de su vergüenza inicial por haber sido descubierta, Ruby sintió un gran alivio ahora que Rosie sabía lo de Marcus. Por fin podía hablar de ello con otro ser humano, en lugar de tener la misma conversación en su cabeza, noche tras noche. Ruby había afrontado la verdad de que, por mucho que lo deseara, nadie iba a venir a rescatarla porque eso solo ocurría en los cuentos de hadas. Ahora podía desahogarse sin tener que cargar con la culpa de imponer sus problemas a otra persona, ya que Rosie había descubierto su secreto. Se limitaron a tomar refrescos, Ruby temía que Marcus oliera el alcohol y Rosie dijo que, tal como se sentía, si empezaba a beber no podría parar. Ya no había forma de evitar el tema, necesitaban hablarlo y esta vez no se iban a contener.

Una vez acomodadas, Ruby empezó a explicar cómo, desde que nació Lily, su desinterés por ella se hizo aún más evidente y sus cambios de humor cada vez más frecuentes. No había más comunicación entre ellos que la estrictamente necesaria; aparte de querer saber dónde había estado, pedir lo que quería para cenar o mandarla a hacer un recado, apenas hablaban. Las únicas veces que las cosas eran medio normales era cuando Olivia venía a comer o, como la noche anterior, cuando invitaba a gente a una de sus falsas cenas.

La violencia empezó una noche cuando Lily tenía solo unos meses. Había estado despotricando toda la semana sobre que necesitaba dormir y Ruby temía oír llorar a su hija, así que, para mantener la paz, se mudó al dormitorio de Lily, donde podía consolarla en cuanto hiciera un ruidito. Esa noche, Lily no paraba de llorar y no se podía calmar, lo que provocó que Marcus irrumpiera en su habitación, jurando y maldiciendo en voz alta, despertando inevitablemente a Oliver, que se unió al llanto. Ruby también estaba cansada y, de forma poco característica, simplemente estalló, señalando que era él quien estaba gritando y empeorando las cosas. Cuando la bofetada impactó en su cara, durante una milésima de segundo no se dio cuenta de lo que había pasado y cuando lo asimiló, el shock y el miedo se apoderaron de ella. Marcus simplemente se dio la vuelta y se fue pisando fuerte a su dormitorio, gritando que nunca más volviera a hablarle así. A partir de entonces las cosas fueron escalando gradualmente, empezando con empujones agresivos y fuertes codazos, luego más bofetadas que llevaron a puñetazos. Ahora, ya no había quien lo parara. La más mínima cosa le hacía perder los estribos y su vida se reducía a caminar constantemente sobre una cuerda floja y ser usada como saco de boxeo.

—Así que ya lo sabes, la verdad, con pelos y señales. He intentado todo lo que he podido para mantener la vida en casa tranquila y que todo funcione sin problemas, pero de repente, por

la cosa más pequeña, se vuelve loco. La bebida lo empeora, pero ni siquiera necesita una excusa estos días —dijo Ruby dando un sorbo a su zumo de naranja y esperando el veredicto de Rosie.

—Tienes que dejarlo, Ruby. Si esto sigue así, va a hacerte daño de verdad. Podrías hacer que lo encerraran esta misma noche. Para empezar, necesitamos hacer fotos de esos moratones como prueba. También deberías contárselo a su madre, que sepa lo que ha hecho su precioso hijo. Se acabó el tiempo de jugar a las familias felices. Te acompañaré a la policía. Puedo llamar a Michel y decirle que me quedo unos días más para ayudarte a organizarte. No te voy a dejar sola, Ruby, no ahora que sé cómo es —dijo Rosie furiosa, queriendo castigar a Marcus ella misma, con sus propias manos.

—Rosie, escucha, no sabes cómo es. Por favor, déjame pensar las cosas. Necesito tiempo. ¿Crees que quiero ser madre soltera? Quiero una familia, una casa bonita y al hombre con el que me casé. Sé que piensas que no cambiará, pero podría hacerlo. Déjame darle una oportunidad más. Le diré que si vuelve a hacerme daño iré a la policía. Incluso se lo diré a Olivia. Eso le avergonzará, estoy segura. Si cree que nos va a perder, quizás le impacte lo suficiente como para buscar ayuda con la bebida y la ira, y si su madre lo sabe, tendrá que intentarlo. Debería haber hecho esto hace mucho tiempo y ahora que estás al tanto me has dado el valor para enfrentarme a él —dijo Ruby con el rostro pálido, sonrojado y asustado.

—Te estás engañando, ¿lo sabes, no? Lleva años así y no va a cambiar. La gente como él no puede. Debería haberte contado esto hace mucho tiempo. Descubrí algo sobre Marcus, justo después de que os casarais, pero fui tan tonta de darle el beneficio de la duda y ahora parece que me equivoqué —dijo Rosie sin poder creer lo estúpida que había sido al no contárselo a Ruby en ese momento.

Ruby tragó saliva, su cara estaba cenicienta y sus labios se sentían entumecidos, pero lograron decirle a Rosie que continuara.

—Atacó a una de las criadas en The Fairhaven. Intentó violarla y se puso muy violento. No te lo conté con la esperanza de que fuera un incidente aislado por la borrachera. No ha cambiado, Ruby, y nunca lo hará —dijo Rosie sintiéndose fatal por haber guardado un secreto en primer lugar y luego tener que contar la verdad. Por eso tenía que decírselo a Ruby sin rodeos esta vez, para hacerla entrar en razón.

Hablaron de todo, una y otra vez, pero estaba claro que Ruby no solo temía a Marcus; estaba aún más aterrada de convertirse en su madre. La vida de Stella era como una visión del infierno que había atormentado a Ruby durante años, y de ninguna manera pondría en peligro el futuro de Lily y Oliver. Si había alguna forma de llegar a Marcus, alguna mínima esperanza de poder arreglar su matrimonio, quería intentarlo una última vez. Al final, llegaron a una tregua, con las condiciones firmemente establecidas por Rosie.

Primero, Ruby tenía que prometer contarle a Olivia exactamente lo que estaba pasando y mostrarle los moratones, inmediatamente. Si no lo hacía, Rosie juró que lo haría por ella. Segundo, irían directamente al baño para tomar fotos de sus lesiones y guardarlas como prueba. Y finalmente, si Marcus no aceptaba buscar ayuda y detener la violencia, Ruby tenía que jurar que iría a la policía.

Rosie también quería que Ruby fuera a Francia durante las vacaciones de mitad de trimestre, viniera Marcus o no, preferiblemente no. Sería una prueba de su compromiso con el matrimonio y, además, Ruby y los niños necesitaban unas vacaciones, ya que el único que salía del país o se divertía era él. Ella aceptó todo y sabía que Rosie iba en serio. Especialmente cuando prometió que llamaría a Olivia al final de la semana para comprobar el progreso y tener una pequeña charla sobre el comportamiento vil de su hijo, así no habría vuelta atrás ni excusas.

Cuando subieron al coche y se dirigieron al aeropuerto, ambas estaban agotadas. Ruby notó que Rosie estaba a punto de cancelar su vuelo y quedarse, pero eso solo añadiría problemas. Ahora, tenía un plan y un camino a seguir, y podía manejar las cosas por sí misma. Si Rosie se quedaba, solo molestaría a Marcus y ella quería hacer esto a su manera, demostrarle que iba en serio y que podía enfrentarse a él sola. Mientras entraban en la zona de descarga de la terminal, una Rosie llorosa le recordó a Ruby todas sus promesas y se aferró a sus manos, apretándolas para infundirle fuerza, con miedo de soltarla.

—Rosie, vete ya, perderás tu vuelo y yo tengo que recoger a los niños. Quiero estar en casa y en la cama antes de que él llegue y mañana iré a ver a Olivia mientras Marcus está en el trabajo y Oliver en el colegio. Te prometo que estaré bien. Si te hace sentir mejor, te enviaré un mensaje para que sepas que estoy bien y a salvo. Por favor, no hagas esto más difícil de lo que es, o me harás llorar otra vez —dijo Ruby, llenándose de lágrimas y perdiendo su resolución.

—Vale, no me decepciones, o volveré en el próximo vuelo. Te quiero, Ruby, por favor, cuídate y dale un gran beso y un abrazo a los niños de mi parte —y con un rápido beso y un apretón, Rosie saltó del coche, se colgó la mochila al hombro, se despidió con la mano y se dirigió hacia el edificio de la terminal.

Dentro del coche, Ruby sabía que Rosie estaba llorando y eso la hacía sentir fatal. La observó hasta que la perdió de vista y luego arrancó el motor, puso el intermitente y se alejó.

Dentro del aeropuerto, Rosie observó a Ruby a través del cristal tintado, manteniendo la cara pegada a la ventana para que los transeúntes no vieran sus lágrimas.

Nunca en toda su vida se había sentido tan dividida como en ese momento, y las ganas de saltar a un taxi y seguir a su prima libraban una batalla en su corazón. Quería estar en casa con Michel, segura en sus brazos en su pequeño mundo, pero ¿cómo podía hacer eso sabiendo a qué volvía Ruby? Oír la voz nasal en el altavoz haciendo un anuncio interrumpió sus pensamientos. No, iba a volver a casa con Michel. Y si al final de la semana no se había avanzado, volvería y patearía traseros, pero por ahora, tenía un vuelo que coger.

Cuando Ruby entró en el callejón sin salida más tarde esa noche, se le cayó el alma a los pies. Marcus había llegado temprano. Si eso no fuera suficientemente malo, Lily no había dejado de llorar durante todo el camino a casa y Olivia sospechaba que estaba pillando algo. Había un virus desagradable circulando y ninguno de los niños había comido su cena, lo que no era buena señal; Oliver era conocido por su apetito voraz. Mientras los metía a los dos en la casa, el olor a comida china llegó desde el pasillo, lo que significaba que él no había cenado en la ciudad, y no estar en casa a tiempo para cocinar la cena significaría un punto negro contra ella.

—Marcus, voy a acostar a los niños. Hemos estado en casa de tu madre y creo que no se encuentran bien. Bajaré en un minuto. Siento llegar tarde. No pensé que estarías en casa tan pronto.

Justo cuando subían las escaleras, él apareció en el pasillo, comiendo de un envase plateado y mirándola con desprecio.

—Sé perfectamente dónde habéis estado. He llamado a mi madre. Me alegro de que hayáis pasado una buena velada y no hayas tenido que preparar tu propia cena. Mantén a esos dos arriba si están enfermos, no quiero pillar lo que sea que tengan —y justo cuando se giraba para ir a la cocina, se acordó—. Ah, ¿y dónde está mi ropa de la tintorería? No me digas que se te ha olvidado, te lo he recordado mil veces. ¡Joder, eres una completa inútil! —dijo Marcus con desdén antes de volver a la cocina, dejando caer fideos por el suelo a su paso.

Ruby se quedó pálida. Ahora le había molestado aún más, pero al menos Olivia no la había delatado.

—Lo siento mucho, Marcus —dijo a su espalda—. Iré a buscarla mañana a primera hora.

Y para colmo, como si no tuviera ya bastante con lo que lidiar, Oliver vomitó sobre sí mismo, la alfombra y las paredes.

Ruby subió corriendo las escaleras para atender a dos niños enfermos, mientras se preocupaba por las alfombras que tendría que fregar y por que Marcus estaría hecho una furia. Al abrir los grifos para preparar un baño a Oliver, Ruby suspiró, sabiendo que le esperaba una noche larga y dura.

Al final de la semana, Oliver y Lily ya se estaban recuperando de su gastroenteritis. Ruby fue la siguiente en contagiarse y pasó unos días horribles intentando cuidar de todos, sobre todo porque Olivia también cayó enferma y no pudo ayudar. Marcus salió ileso, seguramente porque no movió un dedo para ayudar ni se acercó a menos de un metro de ninguno de ellos. En realidad, Ruby se alegraba de que no estuviera enfermo porque estaba agotada y no tenía ni la paciencia ni las ganas de cuidar también de él. Rosie no había dejado de llamar, pero a regañadientes le había dado más tiempo para hablar con Olivia, solo debido a que todos habían caído con el virus. Aun así, Ruby sabía que no podía posponer indefinidamente el desenmascarar a Marcus, y pronto, Rosie volvería a presionarla.

El problema era que, cuando había una tregua en la tormenta y él la dejaba en paz, el miedo y la ira se aliviaban por un tiempo. Seguía siendo infeliz y pasaba las noches en vela, pero era soportable. Por esa razón, empezaba a perder su determinación y temía su confesión a Olivia. ¿Y si no la creía? ¿Y si se ponía del lado de su hijo? Podrían aliarse contra ella y decir que mentía, o que estaba loca e inestable. Podrían conseguir la custodia de los niños. Eran ricos y contratarían a un abogado de prestigio, y entonces ella acabaría sola y sin nada. Estos miedos la habían atormentado durante un tiempo y eran una de las principales razones por las que se había guardado las cosas para sí misma en un principio. Ahora, la atormentaban en cada momento de vigilia y le impedían conciliar el sueño por las noches. Mientras el extraño en la otra habitación roncaba hasta la mañana siguiente, ella permanecía despierta, recordando a Stella, el triste y frío piso y no tener nada. Ruby no podía soportar volver a eso, simplemente no podía hacerlo.

Ese viernes, cuando Rosie llamó para ver cómo estaba, Ruby la despachó con su última táctica dilatoria. Marcus tenía que volar a Hong Kong el lunes por la mañana, así que una vez que él estuviera fuera, se enfrentaría a Olivia y le contaría todo. Con suerte, para cuando él volviera, ella estaría de su lado.

Ruby no estaba del todo convencida de su propia historia, especialmente porque Olivia nunca la había querido y no había deseado que se casaran en un principio. ¿Cómo podía esperar confiar en esta mujer fría y distante que se había mantenido alejada durante los últimos cinco años, o incluso esperar que se pusiera en contra de su propio hijo? Ruby estaba perdiendo impulso y a medida que se acercaba el día, sabía en su corazón que estaba a punto de echarse atrás en su promesa. Sin embargo, los acontecimientos que siguieron le quitaron firmemente la decisión de las manos y, al final, su marido prácticamente hizo la parte difícil por ella.

Llegó el lunes por la mañana y Marcus se levantó al alba, trajinando con sus maletas y revisando sus papeles. Ruby estaba tan contenta de que se fuera porque su mente estaba obsesionada con su próxima confesión, pero en un último intento de extraer un atisbo de esperanza, trató valientemente de entablar conversación con él antes de que se fuera al aeropuerto. Oliver y Lily aún dormían, así que le llevó el café arriba y se sentó en el borde de la cama mientras él reorganizaba su equipaje.

—Marcus, sé que has dicho que no antes, pero como vas a estar fuera dos semanas y el viernes empieza el puente, me preguntaba si me dejarías llevar a los niños de vacaciones, quizás

a la playa —dijo Ruby con el corazón latiendo con fuerza mientras esperaba una respuesta.

Él la ignoró por completo y siguió con su tarea.

—Marcus, ¿me has oído? ¿Puedo llevarme a los niños una semana? Incluso podría pedirle a tu madre que nos acompañe si eso te hace sentir mejor.

Por fin levantó la mirada y sonrió con desdén.

—¿Por qué demonios querría ir a ningún sitio contigo? ¿Aún no te has dado cuenta? No te soporta. La única razón por la que te tolera es porque eres la madre de mis hijos, si no, ni te miraría. La respuesta sigue siendo no. No vuelvas a preguntar —dijo, y cogió sus maletas y las arrastró hasta el descansillo.

Ruby le siguió e hizo un último intento.

—Marcus, esto es muy injusto. Nunca han ido de vacaciones. Nosotros tampoco, ya puestos. ¿De qué sirve que trabajes tan duro si ellos no pueden beneficiarse de todas esas horas que dedicas? Se merecen divertirse un poco. Sé que las cosas no van bien entre nosotros, pero por favor, no castigues a los niños. Déjame llevarlos de vacaciones unos días, les encantará —dijo Ruby temblando y casi deseando no haber insistido tanto.

Cuando Marcus finalmente se volvió para mirarla, el odio puro brillaba en sus ojos.

—¿Estás sorda además de tonta? ¿Qué parte de "no" te resulta tan difícil de entender? No te los vas a llevar a ninguna parte, ni ahora ni nunca. ¿Lo has pillado? —dijo, y luego se giró para bajar las escaleras, descartándola sin más.

Ruby no esperaba oír su propia voz respondiéndole ni que su mano se alargara para agarrar su camisa con rabia. Quizás realmente existía una niebla roja en alguna parte del cuerpo y las líneas invisibles se cruzaban de verdad, pero justo en ese momento, ambas cosas ocurrieron simultáneamente y algo se rompió en el cerebro de Ruby. Estaba harta.

—Por favor, recuerda que también son mis hijos, Marcus, y estoy harta de que me digas lo que puedo y no puedo hacer. Tengo derechos. Soy su madre —dijo, y luego se hizo el silencio.

Fue solo una frase corta, nada exagerado ni demasiado dramático, pero quizás su tono fue más cortante de lo normal o simplemente el hecho de que no soltara su camisa, lo que finalmente hizo que Marcus perdiera los estribos. El primer puñetazo furioso le echó la cabeza hacia atrás, rajándole la piel y salpicando sangre por las paredes cuando su cráneo chocó contra el marco de la puerta.

En su estado semiconsciente, Ruby sintió cómo los golpes y puñetazos llovían sobre su cuerpo, como un boxeador acorralado contra las cuerdas por su oponente, recibiendo golpe tras golpe. Mientras se desplomaba en el suelo intentando recuperar el aliento, con un dolor abrasador y demasiado aterrorizada para moverse, esperó en silencio. Ruby vio cómo sus zapatos negros y relucientes bajaban las escaleras y cuando llegó a su altura, se giró y se apoyó en el escalón superior.

—Recuerda esto, Ruby. Te encontré en la cuneta y puedo devolverte allí cuando me dé la gana. Así que en adelante, haz lo que se te diga o acabarás igual que esa fulana a la que llamas madre. Ahora limpia este desastre antes de que Oliver lo vea.

Ruby intentaba concentrarse con todas sus fuerzas. Los bordes de la imagen se estaban volviendo borrosos y mientras él desaparecía de su vista, sus palabras se filtraron en su cerebro, manchándolo con su odio, destruyendo su alma y cualquier último vestigio de esperanza. Entonces todo se volvió negro.

—Ruby, Ruby cariño, despierta, soy yo, Olivia. Vamos, mi amor, abre los ojos. Está bien... vas a estar bien. Estoy aquí ahora.

Ruby podía oír una voz tranquilizadora, decía cosas agradables y una mano le acariciaba la

cabeza. La voz sonaba como Olivia, pero no podía ser, Olivia la odiaba, así que debía estar soñando.

Entonces otra voz se filtró a través de la niebla, pequeña y asustada, y la llamaba.

—¡Mamá, mamá, por favor despierta! ¡Soy yo, Oliver! ¡Tengo miedo, mamá, quiero que despiertes!

Ruby luchó contra la niebla que la envolvía, arrastrándola de vuelta al sueño y al olvido, pero tenía que abrir los ojos, Oliver la necesitaba.

Cuando lo hizo, ver la cara asustada y preocupada de Olivia mirándola fijamente sumió a Ruby en la confusión. Apenas podía mover la cabeza, pero instó a sus débiles músculos a trabajar. ¿Dónde estaba él, dónde estaba su hijo? Y entonces Ruby lo sintió, una diminuta mano caliente en la suya, agarrándola con fuerza. Girando la cabeza hacia la izquierda, se centró en dos enormes ojos oscuros. La carita de Oliver estaba aterrorizada y surcada de mocos y lágrimas, y al verla, el corazón de Ruby se partió en dos.

—Está bien, Oliver, mamá está bien. Estoy bien, por favor no llores, cariño —Ruby apenas pudo hablar, el dolor en su cabeza era tan intenso que no podía ver bien por el ojo derecho y le escocían los labios, el pecho también le dolía y le quitaba el aliento cuando intentaba moverse.

Otra voz interrumpió.

—Ruby, cariño, escúchame. La ambulancia está en camino y Henry está abajo con Lily. Intenta quedarte quieta y tranquila. Todo saldrá bien. Voy a cuidar de ti ahora, te lo prometo — Olivia apartó el pelo de la cara de Ruby y sonrió con amabilidad mientras las lágrimas caían de sus ojos sobre el pijama ensangrentado de su nuera.

—¿Dónde está Marcus, se ha ido? —Ruby entró en pánico cuando las imágenes de sus puños golpeándola pasaron por su cabeza.

—Sí, se ha ido, Ruby. No te preocupes más por él. No dejaré que se te acerque otra vez. Shh, mi amor, quédate quieta.

El sonido de una sirena aullando en la distancia y luego el ruido de pasos subiendo las escaleras fue seguido pronto por manos cariñosas y voces amables.

Ruby tranquilizó a Oliver, que estaba haciendo todo lo posible por ser valiente, y le prometió que volvería a casa muy pronto. Luego dejó que la envolvieran en mantas y se la llevaran. Durante el trayecto al hospital, mientras la ambulancia daba botes y corría por las calles, la sirena aullaba sobre su cabeza, alguien le agarraba la mano sin soltarla nunca. Cada vez que se estremecía de dolor, una voz familiar aliviaba su miedo y cuando abría los ojos para comprobar que no estaba soñando, Ruby veía el rostro angustiado de Olivia.

RUBY

Casi había anochecido cuando Ruby regresó a casa con Olivia. A pesar de tener puntos y riesgo de conmoción cerebral, había insistido en que le dieran el alta y le dijo al médico muy educadamente que, le pareciera sensato o no, se iba a casa y cogería el autobús en pijama si fuera necesario. Olivia prometió al personal médico que se quedaría a pasar la noche para vigilarla de cerca y que la llevaría de vuelta inmediatamente si empeoraba. Finalmente, después de mucho resoplar y menear la cabeza, la dejaron marchar. También quedó muy claro que no se creyeron ni una palabra de la historia que se había inventado apresuradamente.

Ruby les contó que se había tropezado y caído por las escaleras y que, de alguna manera, había logrado subir arrastrándose porque su hija estaba llorando. Cuando llegó arriba, debió desmayarse y, al caer, se golpeó la cabeza contra el marco de la puerta. La enfermera preocupada esperó a que Olivia saliera de la habitación antes de preguntarle si quería llamar a la policía. En voz baja, le dijo amablemente a Ruby que nunca había visto a nadie con un ojo morado y el labio partido después de caerse por las escaleras, quizás brazos y piernas rotos, pero no un enorme moratón y marcas de golpes por todas las costillas.

A pesar del ofrecimiento de ayuda, Ruby insistió en que todo era cierto y se mantuvo firme en su historia, solo quería volver a casa con sus hijos y luego podría decidir qué hacer a continuación. El taxista obviamente había visto de todo y ni pestañeó cuando recogió a Ruby y Olivia en urgencias. Tuvo la decencia de reducir la charla trivial al mínimo y después de preguntar adónde iban, se contentó con escuchar la radio y maldecir a los conductores de la hora punta.

Cuando llegaron al callejón sin salida, Olivia pagó la carrera y ayudó a Ruby a subir por el camino. Todavía se sentía aturdida e inestable, pero el deseo de entrar y esconderse de las miradas indiscretas le ayudó a superar el dolor. Pronto, estaban en el pasillo de su casa inquietantemente silenciosa y terriblemente deprimente.

—Vamos, te acomodaremos. Pondré la tetera y quizás quieras cambiarte de ropa. Henry llegará pronto con los niños y no queremos que te vean así. ¿Quieres subir y darte una ducha o te traigo algo de ropa aquí abajo? Si no puedes subir, podemos cambiarte en el salón —dijo Olivia con el rostro tenso por el esfuerzo y el cansancio.

—Creo que prefiero quedarme aquí abajo un rato, si no te importa. ¿Puedes traerme un pijama limpio y algo para asearme? Me siento sucia —dijo Ruby, incapaz de enfrentarse aún a subir las escaleras.

La idea de lo que había ocurrido allí arriba le provocaba punzadas de miedo en el corazón. Podía imaginar la sangre en la puerta y solo pensarlo le daba náuseas. Le recordaba a aquella noche de hace años cuando Barry el Pervertido intentó entrar en su habitación, dejando manchas

de sangre en la sucia madera.

Ruby se acomodó con cuidado en el sofá del salón y esperó mientras Olivia se afanaba, encendiendo la tetera y haciendo ruido en la cocina, luego la oyó caminar por el pasillo y subir las escaleras. ¿Quién era esta extraña mujer que había permanecido a su lado y la había ayudado durante el día? Era como si se hubiera transformado. O eso, o los ladrones de cuerpos habían entrado por la noche y la habían reemplazado por una réplica alienígena. Fuera cual fuera la razón, la persona que marchaba arriba buscando ropa interior limpia y actuando como Florence Nightingale era una gran mejora respecto a la fría suegra de antaño.

Antes, mientras Ruby yacía en la cama del hospital, envuelta en un cubículo verde a rayas de caramelo, hubo momentos en los que la sospecha y la desconfianza la pinchaban y la molestaban, recordándole a la mujer fría y distante que conoció hace cinco años. ¿Realmente Olivia tenía los mejores intereses de Ruby en mente? ¿O estaba allí simplemente para proteger a su hijo, vigilando los acontecimientos y lista para rechazar cualquier acusación de abuso?

Tal vez estaba ahora mismo contándole al médico un montón de mentiras sobre ella, insinuando que se había tirado por las escaleras porque era inestable e incapaz de cuidar a sus hijos, comunicándose en secreto con Marcus, dándole tiempo para salir del país o crear una coartada. La bilis y el miedo se arremolinaron en el estómago de Ruby y estaba a punto de tocar el timbre para pedirle a la enfermera que llamara a la policía cuando Olivia regresó, con el rostro pálido y ojeras apareciendo bajo sus ojos enrojecidos.

—Bien, acabo de hablar con Henry. Se quedó en la casa con los niños un rato para limpiar un poco, pero ahora está en la nuestra para que puedan correr por el jardín y desahogarse un poco. La señora Wallace se quedará y le llevará, y se asegurará de que ambos estén cambiados y alimentados para que podamos relajarnos y centrarnos en ti por un tiempo —dijo Olivia colocando su bolso Gucci de charol negro al final de la cama y arrastrando la silla de plástico al lado de Ruby.

La paranoia empezaba a inquietar a Ruby, quien sospechaba que Henry había estado ocupado eliminando pruebas y limpiando manchas de sangre mientras ella yacía allí, completamente inconsciente. Cuando su mente divagó hacia sus hijos, sus peores pesadillas volvieron a atormentarla. Se los imaginó siendo llevados a un país extranjero y directamente a los brazos de su padre insensible y cruel. Justo cuando la histeria y su vívida imaginación comenzaban a apoderarse de ella, la voz de Olivia irrumpió en sus pensamientos erráticos.

—Oliver fue muy valiente hoy, Ruby. Deberíamos estar todos muy orgullosos de él. Nunca olvidaré el sonido de su voz temblorosa al otro lado de la línea. Debía estar aterrorizado, pero aun así tuvo el valor y el sentido común de bajar a por tu móvil. Se quedó contigo hasta que llegamos y luego bajó para dejarnos entrar. Parecía un pequeño fantasma cuando abrió la puerta y se negó a separarse de ti mientras esperábamos a la ambulancia. Nunca perdonaré a Marcus por hacerle pasar por esto, y mucho menos por lo que te ha hecho a ti. Oliver probablemente lo recordará el resto de su vida, ver a su madre cubierta de sangre así. Me parte el corazón, de verdad. Bueno, estoy segura de una cosa, Marcus no se saldrá con la suya, Ruby, y si decides denunciarlo a la policía te apoyaré hasta el final, es una promesa —dijo Olivia, sonando indignada y completamente desconsolada al mismo tiempo.

En ese momento, Ruby se dio cuenta de que Marcus había afectado a todos, y mientras miraba a la mujer cansada e inusualmente desaliñada a su lado, comprendió que, en cierto modo, todos eran sus víctimas. Extendiendo su mano hacia Olivia, quien inmediatamente aceptó el gesto, Ruby habló en voz baja para que no las oyeran.

—Nunca sabrás cuánto significan esas palabras para mí, pero no quiero involucrar a la

policía. Marcus ya se habrá marchado y estará de camino a Hong Kong. No quiero que Oliver sepa que su padre ha sido detenido y posiblemente encarcelado porque, como has dicho, ya ha tenido bastante con lo que lidiar. Lo que quiero, más que nada, es volver a casa y estar con los niños, así que, ¿puedes sacarme de aquí, Olivia, cuanto antes mejor? —Ruby sonrió y apretó la mano de su suegra, sabiendo instintivamente que haría lo que le pedía.

Visiblemente emocionada, Olivia tomó una gran bocanada de aire y asintió.

—Vale, si eso es lo que quieres. Déjame ir a buscar a ese médico y decirle que se dé prisa. Con un poco de suerte, deberíamos estar de vuelta a tiempo para merendar, ¿qué te parece? —Y con eso, se levantó, se alisó la falda y salió disparada con su bolso de diseño colgado del brazo, en una misión para localizar al médico y llevar a Ruby a casa.

Después de un lavado rápido y un cambio de ropa, Ruby se sintió cien veces mejor. Henry había llamado para preguntar si podía llevar a los niños a McDonalds como premio, lo que hizo reír a Olivia, sabiendo perfectamente cuánto disfrutaba él de una hamburguesa a escondidas y solo estaba usando a sus nietos como excusa.

Las dos mujeres estaban sentadas en el salón, ambas pensativas y perdidas en un silencio amistoso. Ruby no podía enfrentarse a la tostada que Olivia había preparado, así que solo sorbía su té y se preguntaba qué estaría pasando por la mente de su suegra. Veinticuatro horas antes, Olivia probablemente pensaba que tenía un hijo maravilloso y ahora había descubierto que era un maltratador. Como si leyera sus pensamientos, Olivia dejó su taza y se sentó junto a Ruby en el sofá, tomando su mano libre entre las suyas antes de colocarlas sobre su regazo.

Cuando habló, su voz era suave y sincera.

—Creo que te debo una disculpa, Ruby. Todo esto es culpa mía y siento que te he fallado.

Ruby intentó hablar, pero Olivia la hizo callar.

—Siempre temí que esto pudiera pasar, pero intenté protegerte de Marcus, de verdad, desde el principio. Está claro que fracasé estrepitosamente y ahora mírate. Cometí un gran error de juicio y, por eso, a la larga tú y Oliver acabasteis pagando por mi error.

Ruby apenas podía respirar. ¿A qué demonios se refería Olivia y por qué pensaba que esto era culpa suya?

—Olivia, de verdad que no lo entiendo. No se te puede culpar por sus acciones. Yo mantuve todo en secreto. Oculté la verdad a todos e incluso me engañé a mí misma, así que no es tu culpa, de verdad que no.

—Bueno, te dejaré que seas tú quien juzgue, querida, pero primero, escucha lo que tengo que decirte... luego podrás decidir. Lo único que sé es que ya no puedo soportar más esta farsa y necesito contarte todo sobre mi hijo, algo que debería haber hecho el primer día que te conocí.

Olivia estaba acostumbrada a que Marcus se presentara sin invitación en eventos sociales. Casi siempre estaba borracho o al menos bien encaminado y posiblemente bajo los efectos de alguna droga u otra —le habían dicho que su favorita era la cocaína. Sin falta, estaría acompañado de alguna tonta borracha a quien había recogido en uno de sus antros. Sus actividades eran notorias y había recibido informes de fuentes dentro de su empresa de que se estaba convirtiendo en un lastre, viviendo la vida a todo tren a costa de contratos y credibilidad. El incidente en el Hotel Fairhaven fue la gota que colmó el vaso y ya era suficiente. Se libró por los pelos y le costó una pequeña fortuna en gastos legales, sin mencionar la cuantiosa indemnización a la criada en cuestión. Aseguró su silencio y un billete de ida a su familia en Polonia, pero la vergüenza y el engaño de todo ello enfermaron a Olivia y juró que si alguna vez volvía a cruzar esa línea, lo dejaría en la estacada. Su comportamiento no había sido una sorpresa total porque, en lo que respecta a su hijo, ella se había dado por vencida hace mucho tiempo,

pero hasta el fiasco del hotel, apenas había logrado mantenerse fuera de problemas.

Siempre fue un niño de carácter fuerte y nervioso, propenso a rabietas si no se salía con la suya y capaz de enfurruñarse durante días. Nada era lo suficientemente bueno a pesar de no carecer de nada. Olivia consentía todos sus caprichos, principalmente con la esperanza de ver, aunque fuera una vez, un rayo de luz emanando del niño al que tanto amaba. También rezaba para que las "etapas" por las que constantemente le aseguraban que estaba pasando terminaran pronto. Nunca lo hicieron y, cuando llegó a la escuela primaria, era evidente que estaba empeorando.

Olivia estaba convencida de que ninguno de los profesores le caía bien, ni tampoco la mayoría de los padres, especialmente aquellos cuyos hijos habían sufrido su acoso. Su marido, Nigel, no servía ni de ayuda ni de adorno y era de la misma calaña, así que, al final, Marcus recibía una palmadita en la espalda de su padre después de una reprimenda en el despacho del director. Cuando pidió ir a un internado, Olivia al principio se quedó devastada y luego algo aliviada, sabiendo que Marcus sería responsabilidad de otra persona durante meses y que ella solo tendría que controlarlo durante las vacaciones. En consecuencia, sembró el caos en todos y cada uno de los cursos escolares y las exorbitantes tasas que pagaban fueron un completo desperdicio de dinero, ya que no tenía intención de esforzarse ni de ir a la universidad. Olivia estaba acostumbrada a escuchar su arrogante teoría cuando le reprendía por sus pésimos informes escolares:

—¿Para qué perder el tiempo trabajando cuando tengo un trabajo hecho a medida esperándome en Cole's en cuanto salga del colegio? —decía.

Olivia se dio cuenta de que el internado le daba a Marcus la libertad de hacer de las suyas, justo dentro de los límites y nunca lo suficiente como para ser expulsado. Sabía perfectamente que se abría paso en la vida intimidando y coaccionando, haciendo tan infelices como fuera posible a las almas más débiles. El pasatiempo favorito de su hijo era encontrar una víctima tranquila y solitaria —un empollón era la palabra que le había oído usar— y entonces él, junto con sus compinches, hacía la vida del pobre chico completamente miserable. Una vez que se habían divertido, de repente, permitían que el aterrorizado muchacho fuera su amigo, asegurándose así un esclavo agradecido y aliviado para el resto del trimestre.

Marcus tenía una reputación terrible en todos los aspectos de su vida y usaba su innegable atractivo con las chicas del colegio, jugando con fuego en muchas ocasiones, rompiéndoles el corazón después de haber tomado de ellas exactamente lo que quería. Olivia sabía todo esto porque tenía información privilegiada. Su antiguo amor, Henry, era profesor en el colegio y la mantenía informada del comportamiento atroz de Marcus, aunque la mitad de las veces ella realmente no quería saberlo.

Una vez que se calmó la tormenta tras su arresto en The Fairhaven, Olivia le dijo a Marcus sin rodeos que estaba pisando hielo muy fino. El consejo de administración estaba muy descontento con su estilo de vida de "quemar la vela por ambos extremos" y si no frenaba sus payasadas inmediatamente, se encontraría apartado de la sección de importación y estaría permanentemente destinado en el Reino Unido. Esto significaría el fin de sus juergas con Roman y en el futuro previsible pasaría sus días recorriendo el país de punta a punta para coordinar con sus fábricas de tejidos de punto.

Olivia también le recordó las ventajas del trabajo, que en ese momento incluían: su flamante coche de empresa, viajar en clase ejecutiva a los rincones más remotos del mundo y cargar a gastos de representación lo que quisiera o a quien quisiera. Luego lo comparó con la creciente probabilidad de un Mondeo estándar, comida de áreas de servicio de autopista y moteles baratos.

La elección era suya. O se ponía las pilas y evitaba la vergüenza de ser degradado o ella lo entregaría a los directores y dejaría que lo castigarán a su manera.

Su última advertencia fue con respecto a su elección de mujeres. Estaba harta de que apareciera medio borracho o demasiado resacoso para comer el almuerzo del domingo, con alguna niña pija y superficial, más interesada en lo que valía su novio que en una relación significativa. Era hora de que sentara la cabeza. Tenía treinta y cinco años y si no se calmaba y formalizaba una relación, lo más probable es que acabara estrellado contra un árbol o muriera como un anciano muy solitario.

Marcus odiaba cada segundo de la reprimenda de su madre, pero por una vez, sus palabras calaron hondo y surtieron efecto. Efectivamente, se puso las pilas y los informes de la empresa eran prometedores. Olivia sabía que era más el miedo a que le quitaran sus juguetes que un acto de obediencia y, como siempre, simplemente estaba cuidando de sí mismo.

Olivia recordaba vívidamente el día en que Marcus le habló de Ruby. Había pasado por casa de vuelta del gimnasio una fría tarde de noviembre y anunció casualmente que había conocido a alguien especial. Olivia sospechó al instante. Habían pasado cuatro meses desde su ultimátum y le sorprendió que en tan poco tiempo hubiera pasado de ser un Don Juan borracho a un hombre al borde del amor. Cuando Marcus le contó todo sobre su dependencia del este de Manchester, que había tenido una vida dura y apenas tenía familia de la que hablar, supo que no tramaba nada bueno. Pasar de lo sublime a lo ridículo en el espacio de unos pocos meses puso los nervios de punta a Olivia y las alarmas empezaron a sonar. Conociendo lo astuto y manipulador que podía ser su hijo, sospechaba que quienquiera que fuese esta chica, la había elegido a dedo con un único objetivo en mente: el control total. Olivia lo había visto antes y sabía que era solo un juego, mantener a su madre contenta obedeciendo sus reglas y restregándose por las narices al mismo tiempo. Marcus estaba intentando irritarla mientras se mantenía dentro de los límites y, lo que es peor, se había hecho con un nuevo juguete de paso.

El día que Olivia abrió las puertas de par en par para conocer a la nueva novia de su hijo, todos sus temores se hicieron realidad en cuestión de horas. Ruby era hermosa, de aspecto fresco y deseosa de causar buena impresión. Un lienzo en blanco sobre el que hacer su obra. Con cada pregunta que le hacía a ese ser humano encantador y amistoso sentado frente a ella, el corazón de Olivia se hundía un poco más con cada respuesta.

Ruby estaba distanciada de su madre y no tenía padre cerca que la protegiera. Su pariente más cercano era su prima, que viajaba mucho y trabajaba en The Fairhaven. Olivia casi se desmayó de la impresión cuando escuchó el nombre y también notó la sonrisa de satisfacción que su angustia le provocaba a Marcus. Añadía un giro a la historia y le daba un placer extra, salirse con la suya, otra vez. Olivia supo al instante que tenía que alejar a Ruby, por su propio bien; de lo contrario, Marcus haría la vida de la chica completamente miserable. Y como ella había puesto las reglas, Olivia se sentía totalmente responsable.

Lo único que se le ocurrió a Olivia fue dar la espalda a Ruby y hacer que la pobre chica se sintiera tan poco bienvenida e indigna que quizás terminara la relación por sí misma. A partir de ese momento, Olivia hizo todo lo posible para disuadir a Marcus de su elección, insistiendo en que Ruby era vulgar, inferior a él, inculta y de mala cuna. Mientras decía las palabras se sentía completamente avergonzada porque si había algo que Olivia no era, era una esnob.

Cada vez que se encontraban, ella se mostraba deliberadamente fría, desinteresada y ligeramente condescendiente, pero por más que lo intentaba, Marcus no picaba el anzuelo, y Ruby tampoco. En Nochevieja, cuando Marcus le informó que se llevaba a Ruby a Dubái con la intención de pedirle matrimonio, Olivia casi estalló. Estaba furiosa y se lo prohibió al instante,

pero a pesar de esto, sus protestas cayeron en saco roto y, tal como ella sabía que haría, él siguió adelante y le pidió a Ruby que se casara con él. Su destino estaba sellado.

A Olivia solo le quedaban dos opciones: enfrentarse a Ruby y decirle que el hombre con el que se iba a casar no la haría feliz y que realmente no la amaba; que sus verdaderos motivos eran egoístas y un medio para un fin, simplemente una forma de acallar a sus detractores y, en última instancia, proporcionarle una familia y un conveniente aire de respetabilidad. Pero Olivia temía que Ruby no la creyera y pensara que era solo una madre controladora y celosa que quería algo mejor para su hijo. No podía arriesgarse a exponer a Marcus como un depredador sexual o siquiera insinuar lo ocurrido en el hotel, porque él podría acabar en la cárcel por intento de violación y ella por obstrucción a la justicia. Así que, en su lugar, Olivia se quedó con el Plan B. Todo lo que podía hacer ahora era observarlos desde la distancia, buscar señales de que Marcus se estaba comportando mal y, si lo hacía, entonces ella estaría allí para ayudar.

Al principio, las cosas parecían ir sobre ruedas, pero sospechaba que Marcus estaba tomando lentamente el control de la vida de Ruby, ya que rara vez salía sola y había perdido el contacto con sus compañeras de piso. Una vez que nació Oliver, Olivia vio su oportunidad de acercarse a Ruby y, al mismo tiempo, tener una mejor idea de lo que estaba pasando a puerta cerrada. Por eso les compró la hermosa casa, justo a la vuelta de la esquina de la suya.

Olivia aún tenía que andar con pies de plomo, sabiendo perfectamente que si se ponía del lado de Ruby o parecía estar interfiriendo de alguna manera, Marcus le daría la espalda y se perdería la conexión. Por esa razón, Olivia se ofreció a ayudar en todo lo que pudiera, pero se mantuvo distante e imparcial cada vez que la invitaban a comer o estaba en compañía de ambos. Aun así, no hacía falta ser detective para darse cuenta de lo que le estaba pasando a Ruby. Olivia podía verlo con sus propios ojos. La que una vez fue una joven novia radiante estaba perdiendo poco a poco su brillo. Estaba nerviosa, apagada y vestía ropa poco favorecedora, tenía poca o ninguna conversación y parecía perdida en algún lugar de su propio mundo, sin amigos ni vida más allá de Marcus y su hijo.

Olivia se sorprendió cuando se enteró de que Lily venía en camino y detectó que los futuros padres también tenían sentimientos encontrados sobre la noticia. Cuando nació su nieta, Olivia sabía a ciencia cierta que había problemas en el horizonte. Llegaban rumores de la empresa de que Marcus había vuelto a las andadas y se hablaba de mujeriegos y fiestas salvajes en su apartamento de la ciudad.

Afortunadamente, el hecho de que Oliver estuviera creciendo y empezando a hablar permitió a Olivia obtener información vital desde dentro y, cuando tenía cuatro años y asistía a la guardería, se convirtió en un pequeño parlanchín y un oído involuntario sobre el terreno. Aparte del lenguaje corporal, para Olivia estaba claro que su querido nieto no sentía mucho aprecio por su padre y, en su mayor parte, tenía poco o nada que decir sobre él, lo cual en realidad le decía bastante. A partir de sus solícitas observaciones, estaba claro que Oliver evitaba a Marcus y pasaba de ser un niño ansioso e inquisitivo a un ratoncillo tímido e introvertido en compañía de su padre, acciones que solo confirmaban los temores de Olivia.

También había pequeños detalles aquí y allá que ella captaba y guardaba. Oliver le contó a su abuela que había escuchado a papá gritarle a mamá, y ruidos de golpes y cosas rompiéndose que venían de su dormitorio y que le daban miedo. Mamá había llorado mucho anoche y ahora dormía en la habitación de Lily. Papá no volvió a casa, así que nos dejaron desayunar huevos. Mamá se cayó y tenía un golpe en la mejilla, y cosas así. Olivia siempre se sentía fatal cuando llegaba la hora de que Oliver volviera a casa. Podía ver que era mucho más feliz con ella y Henry, y le daba mucha pena Ruby, que sabía que era una madre maravillosa y estaría destrozada

si se enterara.

Olivia también había empezado a encubrir a Ruby e intentaba darle todo el tiempo libre que Marcus le permitía. Sabía que la situación no podía continuar por más tiempo y, después de una angustiada charla con Henry, él la convenció de que debía actuar con toda la información que había recibido de su pequeño espía y enfrentarse a Ruby, ofrecerle su apoyo, poniendo las cartas sobre la mesa antes de que fuera demasiado tarde.

Irónicamente, la noche en que Ruby regresó de su encuentro con Rosie, con la intención de hablar con Olivia al día siguiente, Olivia había decidido hacer exactamente lo mismo. Oliver le había dicho que esa mañana había visto una gran marca roja en el brazo de mamá y que había vuelto a oír los ruidos de golpes en su dormitorio, y luego mamá estaba llorando en el baño de abajo. Esta fue la gota que colmó el vaso y Olivia supo que era el momento de actuar.

Desgraciadamente, el virus que los dejó a todos postrados durante una semana frustró cualquier plan bien intencionado y, al final, ambas lo dejaron demasiado tarde. Aquella mañana, cuando el teléfono de su mesilla de noche empezó a sonar, Olivia supo que era un presagio de desgracia. Cuando cogió el auricular y escuchó la voz sollozante y aterrorizada de su nieto, suplicándole que viniera rápido porque "Papá le ha hecho daño a mamá", su mundo se derrumbó en el acto y supo que solo podía culparse a sí misma.

—Así que ya lo sabes. ¿Ahora entiendes por qué todo esto es culpa mía? Si hubiera tenido el valor de decirte hace cinco años de lo que Marcus es verdaderamente capaz, no estarías sentada aquí en este estado. Me siento tan avergonzada de haberle dejado salirse con la suya en esto y en tantas otras cosas. Soy una madre terrible y una persona terrible —dijo Olivia.

Olivia parecía tan cansada e increíblemente triste. Ruby también estaba agotada, así que apoyó la cabeza en el hombro de su suegra. Era lo más cerca que habían estado nunca y, si era sincera, se sentía bien y le daba consuelo.

—Ya lo dijiste todo al principio, Olivia. Si me hubieras contado lo de Marcus antes de que nos casáramos, habría estado convencida de que lo hacías por rencor y que solo querías deshacerte de mí porque no era lo suficientemente buena. Ya me sentía así. Pensaba que por eso no te caía bien y, aunque era tímida e insegura, también tenía mi lado testarudo y me habría quedado con Marcus solo para desafiarte —dijo Ruby. Oyó suspirar a Olivia y supo que no estaba convencida, así que siguió adelante.

—El pasado ya está, no podemos cambiarlo, pero ¿sabes qué? Aunque me duele horrores y he pasado por lo peor viviendo aquí con Marcus, saber que en realidad no me odias alivia el dolor. Descubrir que me estabas cuidando e intentabas hacer lo mejor para todos, bueno, no tiene precio y borra el pasado. Te juro que no tienes nada de qué sentirte culpable. Hiciste lo que creías correcto en ese momento y ahora estás aquí, ¿no? Y ahora es cuando más te necesito —Ruby no pudo contenerse más y empezó a llorar en silencio. Estaba abrumada por tantas emociones, pero lo que la hacía llorar en ese momento era pura gratitud y alivio.

La voz de Olivia se quebró mientras abrazaba a Ruby.

—Querida, no sabes cuánto significa eso para mí. Las cosas podrían haber sido tan diferentes para nosotras. Podríamos haber tenido una vida feliz, todos juntos, y ahora él lo ha estropeado. Quizás tengas razón, no podemos cambiar el pasado, pero podemos hacer que el futuro sea más brillante y si hay algo que quiero que sepas y recuerdes para siempre, es que no te odio. Nunca lo he hecho, y si hubiera tenido una hija como tú, sería la madre más orgullosa del mundo —ahora le tocó a Olivia dar rienda suelta a sus emociones.

Las lágrimas que había contenido durante tanto tiempo brotaron de los cansados ojos de Olivia mientras abrazaba a Ruby, dándose cuenta tristemente de que esto también era algo que

debería haber hecho hace mucho, mucho tiempo.

El sonido de la puerta de entrada abriéndose y luego la voz de Oliver las devolvió a la realidad y, mientras se secaban los ojos y se recomponían, el pequeño entró con cautela en la habitación. Cuando vio la cara de su madre, la suya empezó a arrugarse porque tenía el ojo muy hinchado y la piel alrededor se estaba poniendo morada, el labio estaba cortado e hinchado y había una línea de puntos en su cabeza. Antes de que se pusiera demasiado triste, Ruby abrió los brazos y pidió el abrazo más grande del mundo a su valiente niño.

Se quedaron así un rato, simplemente abrazados y disfrutando de la sensación de estar en los brazos del otro hasta que Henry irrumpió con una caja de nuggets de pollo y un helado de nata. Al parecer, Oliver pensó que era justo lo que Ruby necesitaba para animarse, así que lo habían traído a casa. Recuperándose rápidamente y volviendo a su habitual parloteo, Oliver empezó a contarles a todos que Henry había sido un glotón y había repetido dos y tres veces e incluso se había zampado dos tartas de manzana. Pronto los hizo reír a todos mientras le daba de comer nuggets a Ruby a la fuerza y Lily se untaba alegremente de helado a sí misma y al sofá.

—Venga, Henry. Creo que deberías prepararnos a todos una buena taza de té y yo veré si puedo improvisar algo más sensato que nuggets de pollo para Ruby y para mí. Tú quédate aquí, Oliver, y hazle compañía a mamá. Luego arriba a darte un buen baño caliente, que has tenido un día muy largo —dijo Olivia, asintiendo en dirección a la cocina, dándole a Henry la pista de que deberían dejar a madre e hijo a solas.

Lily siguió instintivamente a su abuela y gateó en dirección a la cocina y a más comida, así que una vez que sus pies desaparecieron de la vista, Ruby habló suavemente a Oliver.

—¿Estás bien ahora, cariño? La abuela me ha dicho que hoy has sido muy valiente y que si no fuera por ti no me habrían atendido en el hospital. Estoy muy orgullosa de ti, ¡espero que lo sepas! —Ruby apartó un mechón de pelo de su pálida y seria carita.

Oliver respondió en un susurro apenas audible, como si quisiera mantener en secreto lo que iba a decir.

—En realidad no soy valiente. Vi lo que papá te hizo, pero tenía demasiado miedo para detenerlo. Me escondí debajo de la cama y esperé hasta que se fue a trabajar y entonces salí. No te movías y pensé que estabas muerta. El abuelo de Archie, de mi clase, está muerto y ya no puede hablar con Archie. Está bajo tierra en la iglesia. Por favor, no dejes que papá te haga más daño, mamá. Me da miedo y no quiero que estés muerta. Te echaría mucho de menos. ¿Me lo prometes? —Oliver rodeó con sus brazos el cuello de Ruby y se aferró con fuerza.

Ella podía sentir sus manitas apretándole la piel y aunque su peso corporal la hizo estremecerse al apoyarse sobre sus moratones, lo abrazó con fuerza y le susurró al oído.

—Te prometo que papá nunca más me hará daño y no dejaré que te asuste más, Oliver. Te lo prometo, te lo prometo, te lo prometo —y si Ruby sabía algo con certeza, justo allí y en ese momento que cambiaría su vida, era que cumpliría su palabra.

Marcus había ido demasiado lejos y Oliver había visto demasiado. Las crueles y despiadadas palabras que había pronunciado en las escaleras, diciéndole lo que realmente sentía, se quedarían con ella para siempre. Si eso no fuera suficiente, su precioso niño había presenciado todo y, para colmo, pensaba que su mamá estaba muerta. Ruby ahora sabía la verdad, su matrimonio había terminado. Con la ayuda de Olivia podría liberarse de Marcus, pero exactamente cómo lo haría podía esperar hasta la mañana. Por ahora, estaba a salvo y él estaba a miles de kilómetros de distancia. Ese hecho por sí solo les permitiría a todos dormir en paz esa noche.

OLIVIA

Eran las once de la noche. Olivia velaba por Ruby, que roncaba suavemente mientras yacía en el sofá bajo su edredón. Los niños estaban bañados y en la cama, y por suerte, profundamente dormidos. Henry se había ido a casa y volvería por la mañana con ropa limpia para ella y luego llevaría a Oliver al colegio. Aunque estaba agotada, Olivia no podía dormir. Había demasiadas cosas en su cabeza y la inquietaban. Una película casera en blanco y negro se reproducía en su mente y no encontraba el interruptor para apagarla. En su lugar, se sentó allí a la luz de la lámpara, descansando sus doloridos pies en el reposapiés y dejó que los recuerdos hicieran lo peor. Antes, le había contado a Ruby todo sobre Nigel, con la esperanza de que el hecho de que ella también hubiera sufrido a manos de un hombre cruel y abusivo aclarara las cosas y demostrara que se puede sobrevivir y que, si eres fuerte, tu vida puede cambiar.

Olivia había sido criada por su devoto padre y dos niñeras igualmente devotas desde los ocho años, después de que su preciosa madre perdiera su larga batalla contra el cáncer. El hogar quedó desolado, pero cumpliendo la promesa hecha a su esposa moribunda, Maurice Bootle se sacudió el luto y se dedicó a cuidar de su niña. Haber conocido el amor de una madre y todos los regalos que eso conlleva, junto con los preciosos recuerdos que crearon antes de su fallecimiento, le dio a Olivia unos cimientos sólidos sobre los que construir el resto de su vida. Su padre era su héroe y fue bendecida con una infancia rodeada de amor porque, sin importar lo ocupado que estuviera en el trabajo, Maurice siempre tenía tiempo para ella. Cenaban juntos todas las noches y él ayudaba a Olivia con sus deberes los fines de semana. También se aseguraba de que se tomaran unas vacaciones cada año, solo ellos dos. Junto con su ama de llaves, Olivia tenía a sus leales guardianas, la niñera Polly y la niñera Tess, que cuidaban de todas sus necesidades, las veinticuatro horas del día. También le proporcionaban amistad y estabilidad cuando Maurice estaba fuera en sus largos viajes al Lejano Oriente o tenía que quedarse hasta tarde en la oficina.

Saber que estaban allí y que nunca estaba sola permitió a Olivia florecer y convertirse en un ser humano equilibrado, amable, cariñoso y generoso. Le fue bien en la escuela e hizo que su padre se sintiera orgulloso. Olivia disfrutaba aprendiendo y Maurice la animaba en todos los aspectos de su vida, esperando plenamente que su inteligente hija fuera a la universidad a estudiar, o quizás le siguiera en el negocio, lo que ella deseara, siempre que la hiciera feliz. Cuando llegaron sus años de adolescencia, Maurice organizó sus viajes de negocios para que coincidieran con las vacaciones escolares, donde combinaban trabajo con placer y educación; ella le acompañaba a Hong Kong, Tailandia, Malasia y la mayor parte de Europa. Estos fueron los mejores momentos de la vida de Olivia: tenerle solo para ella mientras visitaban museos y veían las maravillas del mundo, o simplemente nadaban en la piscina del hotel, comían en restaurantes exóticos y viajaban por todo el mundo.

A los dieciocho años, Olivia consiguió una plaza en la Universidad de Manchester para estudiar historia, con el sueño de ser profesora. Le alegraba permanecer cerca de su padre mientras disfrutaba de la vida universitaria, y fue allí donde conoció a Henry, posiblemente el chico más tímido de Lancashire. Él estaba en su último año de ingeniería y planeaba unirse a la Real Fuerza Aérea. Debía comenzar su formación como oficial en cuanto se graduase, pero hasta entonces, disfrutaron de un romance perfectamente decoroso, aprobado por su padre y alentado por sus niñeras semijubiladas, que adoraban a Henry. Como era de esperar, Henry se alistó y comenzó su vida militar, por lo que, de una manera típicamente británica y sin aspavientos, ambos acordaron seguir con sus respectivas carreras, manteniéndose en contacto y quedando siempre que él estuviera de permiso.

Olivia adoraba recibir sus cartas, que recorrían miles de kilómetros. Henry escribía religiosamente desde cualquier lugar donde estuviese destinado. Algunos países, como Malasia o Singapur, los había visitado con su padre, pero el Golfo Pérsico sonaba tan romántico que, durante un tiempo, albergó sueños de ser la esposa de un oficial y seguirle por todo el mundo. En su último año de universidad, el destino, con ideas propias, jugó su baza. Una noche, Olivia volvió a casa y encontró a su padre en su despacho, charlando con un grupo de amigos de negocios, entre los que había una cara nueva y atractiva.

Nigel Cole se había unido recientemente a Bootle & Co., y Olivia quedó inmediatamente prendada del hombre maduro y elegante, ingenioso e inteligente, una estrella en rápido ascenso en el trabajo. Decir que la dejó sin aliento sería quedarse corto y pronto, Henry y cualquier idea de ser la esposa de un oficial quedaron casi olvidados. A pesar de sus esfuerzos, su padre simplemente no congeniaba con Nigel, temiendo que los quince años que les separaban a él y a su hija fueran demasiados. Además, las niñeras aún añoraban al maravilloso Henry, y Maurice siempre se remitía a su juicio. Olivia, criada para tener criterio propio y ser fiel a sí misma, rechazó cualquier comentario desfavorable sobre Nigel, así que, cegada por su encanto, siguió adelante sin hacer caso.

Cuando Gran Bretaña empezó a retirar sus escuadrones del Lejano Oriente, Henry fue destinado a Chipre. Con paso ligero y un anillo de diamantes en el bolsillo, volvió a casa con un largo permiso con la intención de pedirle finalmente matrimonio a Olivia, solo para descubrir a su llegada que le habían puesto los cuernos de verdad. Henry regresó a Chipre con el corazón roto y finalmente se casó con una encantadora mujer llamada Elizabeth, quien de hecho se convirtió en esposa de oficial y, durante los siguientes veinte años, le siguió lealmente por todo el mundo.

Olivia se sintió fatal y lloró durante horas cuando Henry se marchó. No fue hasta que se fue que admitió para sí misma lo mucho que él significaba para ella. Al repasar sus cartas, leyendo una y otra vez las palabras de amor eterno, se dio cuenta de algo. Las muchas horas que habían invertido el uno en el otro desde el otro lado del mundo ahora, debido a su estupidez, habían sido un terrible desperdicio. Él se veía tan guapo y maduro en su uniforme azul de oficial y ella nunca, jamás olvidaría la mirada de dolor y decepción en sus ojos cuando se detuvieron frente a su casa y él salió corriendo, solo para encontrarla en medio de un abrazo con Nigel. Su padre estaba indignado y esto pareció alimentar aún más su rechazo hacia Nigel.

Por más cartas que Olivia enviara, tratando desesperadamente de explicarse, o las llamadas transatlánticas que intentó hacer esperando que una vez que hablara con él, pudiera hacerle volver y perdonarla, Henry las ignoró todas. Era un hombre orgulloso y se había ido.

Incapaz de enfrentarse a Nigel, ya que solo le recordaba el dolor de Henry, Olivia no tuvo otra alternativa que recomponerse y concentrarse en sus exámenes finales. Afortunadamente,

junto con las niñeras, su padre estuvo presente en la ceremonia de graduación, y fue el hombre más orgulloso de la sala cuando ella recibió su título de primera clase con honores. Fue un día feliz y una ocasión que nunca olvidaría porque dos días después, Maurice murió en un accidente de coche en la M6 y nunca más volvió a verle sonreír.

El mundo de Olivia se derrumbó. Su precioso y devoto padre se había ido y una caverna de dolor se abrió y la tragó por completo. Las niñeras nunca se habían mudado de la gran mansión en Prestbury una vez que Olivia ya no las necesitaba realmente porque se habían convertido en parte de la familia; se alojaban gratuitamente en sus antiguas habitaciones, pero permanecían a mano por si se las necesitaba. Hacía tiempo que le habían prometido a Maurice que siempre cuidarían de Olivia si le pasara algo a él. Manteniendo su promesa, fueron vigilantes en su cuidado, nunca dejando su lado, e intentaron todo lo que pudieron para darle consuelo. El médico iba y venía. Olivia rechazaba cualquier pastilla o escuchar su monótono psicoanálisis y realmente no le importaba si lo superaría algún día. La persona más importante en todo su mundo se había ido y por esa razón ya no veía sentido en nada. Olivia perdió toda motivación o ambición y se negó a salir de casa, prefiriendo pasar sus días en el despacho de su padre, donde el olor a humo de cigarro había impregnado las cortinas y la tapicería y su forma estaba moldeada en su sillón de cuero.

Casi un año pasó en una casa prácticamente envuelta en oscuridad, donde el tiempo se marcaba por el reloj de pie en el pasillo y el ritual de tres sombrías comidas donde apenas probaba bocado y cualquier conversación se mantenía al mínimo. Olivia rechazaba todas las invitaciones de amables personas bien intencionadas y se negaba rotundamente a hablar con Nigel, quien, hay que reconocerlo, hizo todo lo posible por devolverla a la realidad con flores, cartas y llamadas telefónicas.

Las niñeras estaban desesperadas y se les acababan las ideas cuando llegó una carta inesperada: el matasellos decía Chipre y sabían que tenía que ser de Henry. Rezando para que escribiera diciendo que volvía a casa para arrastrar a Olivia de vuelta al mundo de los vivos, subieron corriendo las escaleras y llamaron a su puerta. La habitación estaba, como de costumbre, a oscuras aunque era media tarde. Su pupila estaba tumbada de lado fingiendo dormir, así que dejaron la carta en su mesita de noche y cerraron la puerta en silencio.

Las niñeras aguardaron esperanzadas en el salón y decidieron darle una hora antes de subir una bandeja y comprobar la situación. Diez minutos después de su espera escucharon un terrible chillido seguido de sus pasos en las escaleras. Al salir apresuradamente de la habitación, la encontraron acurrucada a mitad de camino, temblando y sollozando mientras sostenía la carta. La niñera Polly se la cogió con manos temblorosas y leyó en voz alta las palabras que habían causado tanta angustia a Olivia. Al parecer, la noticia de la muerte de su padre acababa de llegar a Henry, quien enviaba sus sinceras condolencias y disculpas por no haber escrito antes. La información había llegado a través de su mujer, que se había enterado del fallecimiento de Maurice por un conocido mutuo que vivía en su ciudad natal de Alderley Edge.

Fue la palabra "mujer" lo que finalmente sacó a Olivia de su mundo de luto. Durante las largas horas que había pasado esperando y rezando para que Henry volviese a casa y arreglara las cosas, se había convencido a sí misma de que él era el único hombre que amaba, después de su padre. Ahora, estaba casado y sus esperanzas se habían hecho añicos. Las niñeras estaban igual de devastadas, sabiendo que su último salvavidas se había ido, así que se resignaron a otro período de tristeza y aislamiento. Ambas casi se murieron del susto cuando Olivia apareció en el desayuno a la mañana siguiente, duchada y vestida, llevando un conjunto de punto azul brillante y pantalones informales, su pelo lavado y peinado y su delgado rostro animado con un toque de

maquillaje.

Había sido una noche de introspección y reproches, pero cuando el primer rayo de luz se coló por la rendija de sus cortinas, anunciando un nuevo día, Olivia había expulsado sus demonios y se había liberado del dolor. Henry había saldado las cuentas. Ella le había hecho daño y él había hecho lo mismo a cambio. Era un terreno de juego nivelado y ahora tanto él como su padre se habían ido, así que era hora de seguir adelante. Abriendo de par en par las puertas de su armario, Olivia eligió algo brillante y alegre y después de darse cuenta de que la mayoría de su ropa le quedaba demasiado grande, decidió que más tarde iría de compras. Era una joven adinerada con toda la vida por delante y tenía la intención de vivirla. Lo primero que iba a hacer era llamar a Nigel y pedirle que la llevara a cenar. Luego sorprendería a las niñeras en el desayuno y las llevaría a ambas a almorzar para agradecerles su paciencia. Olivia iba a reservar unas vacaciones, comprar un coche nuevo y encargar un retrato de su padre, todo en una tarde si era posible, así que con todo resuelto en su mente y con paso ligero, se dirigió a la ducha.

Una vez que el prolongado período de luto de Olivia terminó, su romance con Nigel se reavivó y recibió la aprobación de las niñeras quienes, después de verla en tal estado, se alegraron de que se hubiera recuperado. Incluso llegaron a hablar en nombre de Maurice cuando Olivia vaciló ligeramente al recordar la desaprobación de su padre hacia Nigel. Le aseguraron que lo único que él siempre quiso fue que ella fuera feliz y que se habría entristecido al verla tan afligida. Por lo tanto, si Nigel le devolvía la sonrisa a sus labios, él habría dado su bendición.

Olivia se casó con Nigel Cole dos días antes de Navidad en una ceremonia glamurosa a la que asistieron la alta sociedad de Cheshire y la mayoría de los amigos y colegas más antiguos de su padre. La ceremonia se celebró en la iglesia de San Pedro en el pueblo de Prestbury y la fastuosa recepción tuvo lugar en el Hotel Fairhaven. Enclavado en el corazón del campo, era un escenario de postal para las fotografías de boda invernales de la feliz pareja.

Su marido estaba ascendiendo rápidamente en Bootle's, que ahora estaba dirigida por los directores y su recién nombrado presidente, Harold. Todas las acciones, propiedades y fábricas del Reino Unido de su padre habían sido dejadas en fideicomiso y en su totalidad a Olivia y serían suyas cuando cumpliera treinta años. Desafortunadamente, esto y algunos otros asuntos importantes le habían sido aclarados a Nigel en su despedida de soltero por un presidente ebrio y con la lengua suelta. Harold le informó tajantemente al novio que, aunque se estuviera casando con la hija del jefe, no debía pensar que eso significaba un asiento automático en el consejo, tendría que abrirse camino, como todos los demás.

Nigel se enfureció interiormente, luego mencionó la conversación de pasada a Olivia con la esperanza equivocada de que ella se indignaría contra Harold y se pondría de su lado. Ciertamente no obtuvo la respuesta que buscaba porque Olivia solo confirmó que no había forma de cambiar las reglas para él y que sus conexiones no garantizarían un puesto en el consejo, y de todos modos, ¿qué orgullo había en eso? Su padre creía en el trabajo duro y la justa recompensa, pero después de todo, ¿por qué debería preocuparse? Tenían todo lo que necesitaban: un hermoso hogar, su muy generosa asignación y su buen trabajo. Había mucho tiempo para que él ascendiera, así que, mientras tanto, deberían simplemente divertirse.

Sin que Olivia lo supiera, trabajar duro o ascender no estaba en la agenda de Nigel. En su gran plan, casarse con la hija del jefe se suponía que llevaría al control de la empresa junto con el acceso libre y sin restricciones a su riqueza. También había planeado hacer algunos cambios en casa una vez que se asentara y comenzaría por deshacerse de esas dos viejas decrépitas. Era como vivir en una residencia de ancianos y de ninguna manera iba a pasar el resto de sus días viendo a esas brujas babear durante las comidas. Ya era bastante malo preguntarse qué hacían las

dos en sus habitaciones. Aunque todos los demás estaban felices de barrer bajo la alfombra el hecho de que claramente eran mucho más que buenas amigas, él, por otro lado, pensaba que eran asquerosas.

El retrato de Maurice que colgaba al pie de las escaleras, mirándolo con piedad día tras día, era el segundo en la lista. Mientras tanto, le daba a Nigel un perverso sentido de placer hacerle un corte de mangas al viejo cada noche mientras subía las escaleras para tener sexo con la princesita de Maurice. Pero Nigel era un tipo paciente. Lo había demostrado cuando la tonta yegua pasó un año llorando en su cama mientras él esperaba que se recompusiera. Algo de lo que decía su querida esposa era correcto porque había mucho tiempo, y si tenía que soportar estar casado con una niña mimada y consentida de papá, entonces se aseguraría de sacarle el máximo provecho.

Cuando Marcus Maurice Cole vino al mundo, Olivia estaba exultante. Sus días transcurrían envueltos en una bruma de amor por su bebé mientras las niñeras estaban a mano para aconsejarla. Ambas, ya entradas en los setenta, eran más útiles en un sentido espiritual y estaban demasiado cansadas para ser prácticas, así que Olivia se volcó en ser la madre y esposa perfecta. Cualquier aspiración de enseñanza que tuviera se esfumó junto con las nanas que le cantaba a Marcus cada noche.

Nigel era un marido cariñoso que parecía adorar a su esposa y a su hijo pequeño, principalmente desde lejos y sin mancharse las manos gracias a su propio ejército privado en forma de ancianas niñeras, una eficiente ama de llaves, un jardinero y una madre devota. Todos ellos estaban disponibles las 24 horas del día, lo que le permitía toda la libertad que necesitaba para hacer lo que quisiera, con quien quisiera.

Todo lo que Nigel tenía que hacer era mantener la farsa hasta que Olivia cumpliera treinta años, entonces su riqueza heredada sería compartida con su devoto marido, y entonces le demostraría exactamente a ese engreído de Harold quién iba a ser el jefe. Una vez que tuviera el control de su esposa y sus acciones, sin mencionar las fábricas que necesitaban para producir prendas de punto para la creciente demanda de las empresas de catálogos, tendría la herramienta de negociación perfecta para conseguir o exigir un asiento en el consejo. Entonces solo sería cuestión de tiempo antes de que hicieran las cosas a su manera y él dirigiera la empresa.

Un gran obstáculo surgió justo antes de la fiesta del trigésimo cumpleaños de Olivia, cuando los rumores sobre la infidelidad de su marido llegaron a su hogar. Su jardinero, Jed, lo escuchó en el pub de boca del tipo que cortaba el césped en el club de golf. Este lo sabía de buena tinta por Pete, el guardia de seguridad, quien había visto a Nigel y a la guapa camarera liados en el asiento trasero de su coche una noche mientras hacía la ronda. Tomando un té con pastas, Jed se lo contó a la señora Hunt, el ama de llaves, quien entonces se sintió obligada a contárselo a las niñeras.

Las ancianas le dieron vueltas y se preocuparon por la información durante días, y estaban al pie de las escaleras, mirando fijamente el retrato de Maurice esperando alguna intervención divina del rostro amable de su querido jefe, cuando Olivia las pilló y les preguntó qué hacían. Atrapadas bajo su mirada, le relataron con tacto y nerviosismo el terrible (aunque no inesperado) rumor. No había forma de que pudieran mentir justo delante de Maurice y, por tanto, no tuvieron más remedio que soltar la liebre. Olivia les hizo jurar que guardarían el secreto y que no le dirían a Nigel que lo sabían, asegurando a las niñeras que ella se ocuparía de él a su manera.

Con este nuevo conocimiento, Olivia actuó como si nada pasara e hizo lo posible por disfrutar de su fiesta mientras observaba a su marido engullendo champán y pavoneándose delante de sus amigos. Sonrió para la cámara y sopló sus treinta velas, e incluso le cogió la mano

mientras cantaban «Cumpleaños feliz», pero todo el tiempo, en su interior, su corazón decepcionado se estaba rompiendo.

Una semana después, junto con su marido muy entusiasmado y solícito, Olivia acudió al despacho de su abogado, Lionel, uno de los amigos y confidentes más antiguos de Maurice. Estaban allí para conocer los detalles del testamento de su padre y firmar los papeles necesarios para la transferencia de acciones y propiedades. Lionel solo trabajaba a tiempo parcial en estos días y había venido a la oficina para asegurarse de que todo iba bien y cumplir su promesa a Maurice de que cuidaría de su niña. Mientras se leía la lista de activos, junto con el impresionante saldo bancario y el valor de las acciones en todo el mundo, Nigel pensó que todas sus Navidades habían llegado de golpe. Sabía que le había tocado la lotería el día que Olivia entró en el despacho de su padre, pero esto superaba con creces sus sueños más salvajes: estaba establecido de por vida. Eso fue hasta que el pulcro montón de documentos se deslizó por el escritorio hacia Olivia y Lionel señaló con manos arrugadas y manchadas por la edad dónde debía firmar.

Nigel observó con impaciencia cómo ella garabateaba en cada una de las hojas que Lionel le pasaba y luego, cuando completó la última, las apiló ordenadamente y Olivia le devolvió el bolígrafo. Nigel se quedó perplejo por un segundo y esperó a que Lionel le invitara a hacer lo mismo. Seguramente se requeriría su firma para algo, después de todo ahora tenía derecho a la mitad de los bienes de su esposa, así que cuando no ocurrió, preguntó sin rodeos. El astuto abogado se reclinó en su silla y miró a Nigel sabiamente por encima de sus gafas durante un rato antes de informar con gran placer al codicioso e infiel sinvergüenza sentado ante él que su ayuda no sería necesaria.

Una de las estipulaciones en el testamento de Maurice era que su patrimonio debía permanecer únicamente a nombre de su hija, incluso después del matrimonio, y si en algún momento intentaba vender alguno de sus bienes, los beneficios también debían seguir siendo solo suyos, para hacer con ellos lo que considerara oportuno. Maurice confió en que Olivia respetaría sus deseos y el asentimiento de su cabeza confirmó su acuerdo. Por lo tanto, la única forma en que Nigel iba a poner sus sucias manitas en el dinero de Maurice era a través del trabajo duro y su nómina. Quizás, ocasionalmente podría beneficiarse de la generosidad de su esposa si ella se sentía inclinada a ello o como beneficiario de su testamento, que convenientemente, su cliente acababa de firmar entre el montón de papeles frente a él.

Olivia disfrutó bastante la parte en la que Lionel recitó la Ley de Propiedad de 1870, cuando el Parlamento disolvió el derecho inmediato de un hombre sobre la fortuna de su esposa, y le recordó sarcásticamente a Nigel que —esto no es la era victoriana, amigo, todos hemos avanzado—. En realidad no le llamó codicioso, sucio o infiel, pero era exactamente lo que Lionel pensaba mientras veía cómo se borraba por completo la sonrisa de la cara púrpura y sudorosa de Nigel.

Lionel estaba en su salsa y encantado de haber ido a trabajar ese día. Estaba aún más satisfecho de que Olivia le hubiera llamado unos días antes para repasar los términos del testamento de su padre, solo para asegurarse de que los recordaba correctamente. También le contó los rumores sobre el querido y confundido Nigel, que ahora estaba sentado enfrente, con aspecto visiblemente perplejo, y le pidió consejo a Lionel. Al final de la llamada, Olivia se sintió aliviada al escuchar que su marido no tenía derecho por matrimonio a ninguna parte de su herencia, así que, siguiendo el consejo de Lionel, le dio permiso para redactar un testamento hermético, atado con nudos muy apretados, todo dentro de la ley, por supuesto. En consecuencia, aparte del acuerdo requerido para un cónyuge, Olivia había dejado casi todo a su hijo.

Después de cerrar su expediente y besar a Olivia en la mejilla, sin ofenderse lo más mínimo

porque Nigel rechazara la mano que le ofrecía para estrecharla, Lionel los acompañó educadamente a ambos fuera de su despacho y luego reservó una mesa en su club para almorzar. Sentía que se merecía una palmadita en la espalda, un jugoso filete y un coñac muy grande para celebrar un trabajo bien hecho.

Nigel no dijo ni una palabra de camino a casa. Olivia notaba que estaba furioso y asimilando toda la información. Al llegar a la casa, le pidió hablar con él en privado, así que la siguió hasta el despacho de su padre. Una vez dentro, con las puertas bien cerradas, Olivia le contó los rumores y le preguntó si eran ciertos. Él lo negó todo y juró que era obra de gente amargada y rencorosa que tenía envidia de su matrimonio. Estaba incrédulo y no podía entender por qué ella creería algo así de él. ¿No había sido siempre el marido más cariñoso y comprensivo? Fue él quien estuvo a su lado, esperando pacientemente mientras ella guardaba luto, luego la guió durante los años posteriores a la muerte de Maurice e hizo todo lo posible para hacerla feliz de nuevo.

Cambiando de táctica cuando se dio cuenta de que ella no se lo estaba creyendo, Nigel dijo que se había sentido descuidado y apartado desde la llegada de Marcus y admitió que había pasado demasiado tiempo fuera de casa, ahogando sus penas. Le aseguró que todo cambiaría y que aún podían devolver el brillo a su matrimonio y mostrar al mundo lo enamorados que estaban realmente. Nigel insinuó que Olivia no estaba totalmente libre de culpa y que estaba absorta en la maternidad a expensas de su propio marido. Hizo una representación maravillosa y Olivia quería desesperadamente creerle, no solo eso, tenían un hijo de cuatro años y ella no quería que esto fuera el final.

A pesar de las señales de alarma en su cabeza y apartando deliberadamente la mirada del retrato de su padre mientras Nigel la conducía seductoramente a la cama, le dio a su marido una oportunidad más y guardó sus dudas y temores. Esa noche, mientras yacía con los brazos de él estrechamente envueltos a su alrededor, Olivia creyó realmente que sus problemas estaban en el pasado y que podían seguir viviendo una vida feliz y lujosa juntos. Sin embargo, tristemente, esto sería solo el primero de una larga serie de nuevos comienzos y promesas rotas, porque mientras Olivia sonreía en sueños, Nigel permaneció despierto toda la noche, hirviendo de rabia.

OLIVIA

Durante un tiempo, Nigel se portó bien y fue un marido fiel y cariñoso, aunque esto pudo deberse en parte al nuevo juego de palos de golf, unas vacaciones con todos los gastos pagados en el Caribe y la entrega de un flamante Jaguar, todo organizado por Olivia y diseñado para suavizar el golpe tras la visita a Lionel. Cuando Marcus cumplió siete años, Olivia ya tenía bastante con lidiar con su horrible hijo pequeño que, una vez que empezó el colegio, pareció cambiar de la noche a la mañana de ángel a pequeño demonio. Estaban constantemente entrando y saliendo del despacho del director, donde Nigel no era de ninguna ayuda. Se deleitaba siendo desagradable y condescendiente hasta el punto de resultar vergonzoso y, para empeorar las cosas, parecía aprobar el comportamiento de su hijo y veía su actitud de matón como una característica positiva.

El matrimonio de Olivia también se había convertido en una montaña rusa porque cuando eran felices, ella estaba en la cima del mundo, luego venía la caída y se precipitaba a la tierra para pasar meses sumida en la miseria y la desesperación. Sospechaba que él volvía a ver a otras mujeres, pero se había vuelto experto en cubrir sus huellas y era difícil conseguir pruebas. Era como si estuviera al borde del precipicio, disfrutando de hacerle daño y provocándola para que se divorciara, y luego la atraía de nuevo, haciéndola tan agradecida de que estuviera en casa y jugando a ser el marido cariñoso que siempre perdonaba su mal comportamiento.

Los defectos de Nigel venían de muchas formas y el peor de ellos era su afición a la bebida, porque cuando bebía demasiado se volvía abusivo, lo que llevaba a todo tipo de acusaciones atroces y dolorosas verdades. Le decía abiertamente en muchas ocasiones que la despreciaba, que le aburría sexualmente y que solo se había casado con ella por su dinero, y que en realidad no soportaba a su padre prepotente y santurrón y se alegraba de que estuviera bajo tierra. Una noche, en medio de una de sus diatribas, Olivia vio a Nigel gesticular hacia el retrato de su padre y cuando le gritó que parara, él arrojó su whisky sobre el lienzo. Al día siguiente, como de costumbre, estaba lleno de autodesprecio y disculpas sinceras, culpando de todo a la bebida y a sus sentimientos de inadecuación. Era un mantenido y ella le había quitado su orgullo y, por mucho que lo intentara, sentía que nunca podría estar a la altura de la leyenda que era Maurice.

Marcus se fue a un internado cuando tenía once años y Olivia lloró durante días por el niño pequeño que había tenido en sus brazos, al que había amado incondicionalmente y al que se había dedicado. Ciertamente no lloraba por el niño horrible en el que se había convertido, que pisoteaba y se enfurruñaba por la casa cuando le entraba uno de sus humores negros y que casi había sido expulsado de su bonito colegio privado por tirar al gato del director desde el tejado. Solo por esta razón se alegraba de la separación temporal que traía el curso escolar, al mismo tiempo que lo protegía del empeoramiento del trato que ella soportaba a manos de su padre.

Todo empezó cuando Nigel no consiguió un ascenso en el trabajo y Harold nombró a un recién graduado para dirigir el departamento de contabilidad. Durante el almuerzo de la semana anterior, su leal y honesto presidente le dijo abiertamente a Olivia que no confiara a su marido ni la caja chica, y mucho menos las llaves de la caja fuerte y el talonario de cheques de la empresa. Así que cuando Nigel se enteró oficialmente de la noticia, volvió a casa para descargarlo todo en Olivia, a quien acusó de ser desleal y de conspirar en secreto para mantenerlo en su sitio. Fue la primera vez que la golpeó y resultó no ser la última. Durante casi un año estuvieron yendo y viniendo al borde del divorcio y las humildes disculpas, viviendo una vida de desconfianza y esfuerzos de última hora para reparar su matrimonio en crisis.

Debió de ser en uno de esos desesperados fines de semana fuera, mientras tapaban grietas, cuando Olivia se quedó embarazada. Tenía treinta y siete años y pensaba que sus posibilidades de concebir se habían esfumado hacía tiempo, no solo por su edad sino por el turbulento estado de las cosas en casa y su vida amorosa casi inexistente, al menos en su caso. A pesar de sus preocupaciones iniciales, Olivia estaba encantada y vio al bebé como un buen presagio, un nuevo comienzo y otro ser humano en su vida al que poder amar y cuidar. También juró que este hijo no se parecería en nada a su hermano. Cuando le dio a Marcus la maravillosa noticia de que pronto tendría un hermano, él dijo que era asquerosa. Para colmo, a su marido no podía importarle menos, diciéndole que en lo que a él respectaba, ella era tan inútil gorda y embarazada como cualquier otro día de la semana.

Sin que Nigel lo supiera, Olivia finalmente se había enfrentado al hecho de que él nunca cambiaría y se había resignado a lo inevitable. Los papeles del divorcio ya estaban redactados después de instruir al hijo de Lionel, David, sobre su situación y estaba a la espera para la próxima vez que Nigel levantara la mano contra ella. Irónicamente, la noticia del bebé le dio a Nigel un indulto involuntario y durante un tiempo durante su embarazo, fue casi soportable y mantuvo los puños para sí mismo.

Olivia estaba de ocho meses y en plena floración. El inminente nacimiento había traído un aire de emoción a la casa e incluso había rejuvenecido a sus envejecidas niñeras, que tejían ropa de bebé como posesas mientras los decoradores repintaban la vieja habitación infantil. La noche en que su mundo se vino abajo, Olivia estaba leyendo en la cama cuando escuchó el chirrido de los frenos y el inconfundible sonido de metal y cristal rompiéndose cuando el coche de Nigel se estrelló contra el rocalla. Su corazón dio un vuelco y pensó que podría estar herido o incluso muerto, así que se levantó a investigar, quizás esperando lo segundo. Cuando se puso la bata, él ya estaba dentro de la casa y subía las escaleras. Olivia le encontró en lo alto y pudo ver por su paso inestable que estaba completamente borracho.

Si tan solo no le hubiera reprendido por conducir borracho o incluso no hubiera intentado sujetarle cuando se tambaleaba peligrosamente al borde de las escaleras. Muchas, muchas veces después deseó con todo su corazón haberle dado un empujón tremendo y haberle hecho caer por la escalera hasta la muerte. Nadie la habría sospechado, debido principalmente al estado en que se encontraban él y su coche, y los que le conocían probablemente tampoco la habrían culpado. En su lugar, fue una Olivia desprevenida la que recibió un puñetazo violento mientras él juraba y maldecía y desataba su vil veneno.

En los años siguientes, su pesadilla recurrente siempre comenzaba en las escaleras, luego un fuerte empujón y su rostro vengativo mientras la lanzaba hacia atrás. Curiosamente, siempre recordaba la escena como si estuviera filmada en blanco y negro, y a cámara lenta, cayendo silenciosamente por el aire mientras su imagen se alejaba. Luego venía el golpe. Siempre la despertaba del sueño, pero en realidad, aquella noche Olivia había quedado inmóvil en el frío

suelo de mármol, mirando hacia el rostro amable y sabio de su padre. Mientras entraba y salía de la consciencia, esperando en vano que alguien la salvara mientras un dolor insoportable ardía en su interior y la sangre empapaba su camión, el alma de su bebé nonato abandonó silenciosamente su cuerpo.

Después, cada vez que Olivia abría los ojos, había una figura sin rostro sentada en la silla junto a su cama. Le hablaba, pero ella no podía oír lo que decía. La habitación siempre estaba oscura, pero ella lo prefería así; la oscuridad la devolvía a su subconsciente, a un lugar donde su corazón no dolía tanto. A veces había una voz gritando o llorando, se tragaba una pastilla y entonces el terrible sonido cesaba y podía volver a alejarse hacia un lugar tranquilo. A Olivia le encantaba dormir porque en el mundo de los sueños su bebé la esperaba y allí podía sostenerla en sus brazos y cantarle nanas. A veces, su hija era mayor, con el pelo rubio y rizado y los ojos más azules. Agarraba su manita y caminaban por campos amarillos ondulantes, el cielo siempre era azul con nubes blancas como algodón. Las dos reían y sonreían mientras el sol calentaba su piel. Olivia nunca quería volver a despertar.

Con el tiempo, la figura de la silla se volvió más reconocible y empezó a oír palabras, luego abrieron las cortinas y ya no pudo escapar tan fácilmente. Cuando oía llorar, Olivia reconocía su propia voz, pero las pastillas no llegaban tan a menudo y el dolor en su corazón ya no podía ignorarse. Después de meses viviendo en un mundo de sueños, Olivia emergió a la realidad y, como siempre, las niñeras estaban esperando para recibirla. Pero esta vez, el corte era demasiado profundo y el dolor demasiado intenso. Su mente estaba dañada y el tortuoso camino de Olivia hacia la recuperación sería mucho más largo que cuando murió su padre.

Nigel nunca fue acusado de causar el accidente de Olivia porque interpretó a la perfección el papel de marido desconsolado que había perdido a su hijo nonato, describiendo entre lágrimas el terrible shock de encontrar a su preciosa esposa al pie de las escaleras cuando llegó a casa. Escondió su coche dañado en el garaje y para cuando llegó la ambulancia había cubierto sus huellas bebiendo unos cuantos whiskies fuertes, para calmar sus nervios. No queriendo arriesgarse a que Olivia hablara mientras estaba en un estado semi-drogado, se turnó con las niñeras y se sentó junto a su cama, susurrando falsas palabras de amor salpicadas de disculpas sin sentido, que caían en oídos sordos e indiferentes.

Una vez que Olivia volvió al mundo de los casi vivos, fue diagnosticada, como era de esperar, con depresión y, a pesar de las sugerencias en contra, nunca se movió de su habitación, de la que Nigel fue desterrado para siempre. Marcus volvía a casa en vacaciones y era una prueba en sí mismo, completamente indiferente a la situación de su madre e irritado por su enfermedad. Desesperado por tener aliados, Nigel se puso el gorro de padre y consintió en exceso a su hijo descarriado solo para mantenerlo de su lado. Vivió los siguientes doce meses al filo de la navaja, fumando y bebiendo hasta la inconsciencia, aterrorizado de que cuando Olivia recuperara el juicio lo hiciera arrestar y lo perdiera todo. Mantuvo la farsa delante de las niñeras, que en privado no estaban convencidas de sus charadas y apenas toleraban su existencia. Sabían perfectamente que siempre había querido que se fueran, pero tenían la piel dura y preferirían morir antes que abandonar a su protegida en manos de alguien como Nigel.

Olivia seguía frágil y sabía que los antidepresivos eran lo único que la mantenía en pie. Por el lado positivo, las largas horas que había pasado en la cama llorando a su hija no fueron del todo en vano y había tenido mucho tiempo para planear su venganza por la muerte de su niña. Había llamado a su pequeña Annabel y estaba enterrada en los terrenos de la iglesia del pueblo. Allí, Olivia se sentaba durante horas junto a su tumba, hablando con la hija que nunca conocería, que le había dado tanto que esperar y en cuya vida nonata había invertido una multitud de esperanzas

y sueños. Podrían haber sido las mejores amigas y, al igual que había hecho con su padre, podrían haber viajado por el mundo juntas y visitado todos los lugares que había visto con Maurice. Olivia lo había planeado todo en su cabeza: visitas a la ópera y al ballet, compras, almuerzos en la ciudad e incluso sus fiestas de cumpleaños. Ahora, todo le había sido arrebatado, así que a cambio le quitaría todo a Nigel y lo privaría de lo único que le importaba: el dinero.

Olivia finalmente se enfrentó a él en el jardín un domingo por la tarde de mayo. La brillante luz del sol resaltaba las grietas y sombras que definían su rostro amarillento e hinchado, y notó que sus ojos tenían un tono amarillo enfermizo. Apenas podía soportar mirarlo, pero quería ser testigo de los efectos de sus palabras porque las había planeado cuidadosamente para causar el máximo daño. Ahora eran como extraños y ni siquiera podía recordar haberlo amado, así que fue bastante fácil imponerle su sentencia y no sentir más que alegría mientras lo veía retorcerse.

—Justo antes de descubrir que estaba embarazada ya había decidido divorciarme de ti —dijo Olivia a Nigel—. Incluso estaba dispuesta a aceptar el precio del acuerdo solo para deshacerme de ti, porque pagarte cientos de miles de libras era preferible a tenerte cerca. ¿No es irónico que si no hubieras perdido los estribos y me hubieras empujado por las escaleras, matando así a nuestro bebé, ahora estarías sentado tranquilamente con una pequeña fortuna y la libertad que tan desesperadamente anhelabas? Desafortunadamente para ti, las circunstancias han cambiado. Estoy bastante segura de que no tienes ningún deseo de acabar en prisión por maltrato conyugal e intento de asesinato, por lo tanto, el precio de la libertad será renunciar a tu innecesaria vida de lujo y conformarte con las migajas que te arroje.

Olivia procedió entonces a explicarle con todo detalle cómo iban a ser las cosas a partir de ahora.

—No te atreverás a pedirme el divorcio porque si lo haces, iré directamente a la policía y les contaré todo sobre aquella noche. Estoy bastante segura de que el tipo del taller que reparó tu coche estará encantado de corroborar mi historia; no será difícil de encontrar. Y las niñeras testificarán con gran detalle haber oído y visto cómo me golpeabas y luego me empujabas por las escaleras. Ah, y sin mencionar las fotografías Polaroid que están guardadas en la caja fuerte de mi abogado como prueba gráfica de tus fechorías anteriores. Para no disgustar a Marcus, que está a punto de presentarse a los exámenes y ya anda con la soga al cuello, y para guardar las apariencias, se te permitirá quedarte en la casa y ocupar solo una habitación, en la parte trasera y lo más lejos posible de mí y de las niñeras. No permitiré que el nombre de mi familia o la reputación de Bootle's se vean empañados de ninguna manera al convertirse en el tema candente entre los cotillas de Cheshire. Si te pasas de la raya una sola vez, te echaré y, si fuera necesario, me enfrentaré de cara al escándalo de estar casada con un mujeriego y asesino maltratador. Y si aún así te atreves a pedir el divorcio, te pintaré un cuadro del señorito pijo, apañándote solo en prisión y luego, una vez liberado, lo más probable cuando seas más viejo y decrepito de lo que ya eres, acabarás tus días en el cruel mundo de los pobres.

A partir de ese día, él no era nada para ella, aparte de un inquilino sin alquiler. Cómo se alimentaba y qué hacía con su tiempo era asunto suyo. Tenía un sueldo, así que podía usarlo para satisfacer cualquiera de sus patéticas necesidades siempre que no trajera problemas ni rumores a su puerta. Nigel escuchó atentamente y ni se inmutó, simplemente lo asimiló todo. Sabía cuándo estaba vencido y tendría que aceptar las condiciones, o de lo contrario acabaría sin un céntimo y en la cárcel.

Después de un viaje alrededor del mundo, Olivia se volcó en el trabajo benéfico. El Instituto de la Mujer se convirtió en su segundo hogar y la iglesia era su lugar favorito. No especialmente para rezar, aunque disfrutaba del canto y las oraciones contemplativas, sino porque le daba un

propósito y amistad y, lo más importante, mantenía su mente ocupada. Continuaron viviendo juntos bajo el mismo techo durante dos largos años, como extraños. Nigel era un inquilino indeseado que se mantenía al margen y comía solo, comprendiendo realmente cómo se sentía ser un mantenido, sin orgullo y a merced de su esposa. No socializaban juntos y cualquier función que ella organizara se llevaba a cabo mientras él estaba de viaje de negocios o en la oficina. Su presencia no era requerida, ni su ausencia notada. De todos modos, a nadie le caía bien.

Olivia habría preferido no asistir a los días de padres porque rara vez escuchaba algo positivo sobre Marcus, pero para mantener las apariencias y ser vista como una madre abnegada, viajaba sola a Shropshire para soportar otra reprimenda de sus maestros. Era un hermoso día soleado de julio mientras caminaba por los terrenos del internado, admirando los pulcros y coloridos bordes y curioseando en los puestos de la fiesta del jardín, atendidos por alumnos ansiosos por vender sus manualidades y pasteles.

No le importaba ser una madre soltera entre los visitantes acomodados, sabiendo que preferiría sufrir alguna que otra mirada y gesto inquisitivo a pasar un minuto en compañía de Nigel. Olivia estaba perdida en sus pensamientos, tratando de descifrar qué se suponía que era esa horrorosa maceta hecha a mano cuando alguien tosió detrás de ella, el tipo de tos educada que llama la atención sobre uno mismo. Temiendo tener que hacer conversación trivial con otro padre, Olivia se preparó, pero antes de que tuviera la oportunidad de girarse, la voz de mil recuerdos pronunció su nombre. Por un segundo, pensó que no tendría el valor de mirar, pero el impulso de ver su rostro de nuevo era demasiado fuerte, así que reuniendo su ingenio y calmando sus nervios, Olivia se giró para encontrarse con Henry.

Fue un día que cambió su vida. Tras superar su timidez, Olivia y Henry se pusieron al día cortésmente sobre sus respectivas vidas mientras paseaban por la orilla del río, fingiendo observar a los estudiantes en sus canoas cuando, en realidad, solo tenían ojos el uno para el otro. A los cuarenta y cinco años, Henry se había retirado de la RAF y ahora daba clases en el departamento de ciencias del colegio de Marcus. Vivía con su mujer Elizabeth en el pueblo y habían hecho la transición de la vida militar a la civil con relativa facilidad. La única sombra que se cernía sobre su matrimonio era la falta de hijos, pero lo habían sobrellevado y ahora estaba rodeado de cientos de esos pequeños diablillos. Al final de su paseo y después de una breve incursión en el pasado, se separaron a regañadientes para cumplir con sus respectivos deberes como profesor y madre, pero acordaron verse más tarde en un pequeño restaurante a las afueras de la ciudad, lejos de miradas indiscretas.

Allí, Olivia se disculpó en persona por su trato a Henry todos esos años atrás y l, a su vez, confesó saber que ella lo sentía porque había leído y guardado cada una de las cartas que ella escribió, pero había sido demasiado terco y orgulloso para responder. Una cosa que tenían en común era el conocimiento de que ambos habían cometido errores y no estar juntos era el mayor arrepentimiento de sus vidas.

Olivia fue honesta y franca sobre su situación con Nigel, y Henry a su vez le dio una idea de su matrimonio. En marcado contraste, él no podía culpar ni reprochar nada a su mujer. Puede que albergara un amor no correspondido por Olivia, pero Elizabeth siempre había sido una compaera leal, cariñosa y constante y por esa razón nunca podría dejarla o traicionarla, sin importar lo que sintiera por la mujer sentada frente a él. Dicho esto, ninguno de los dos quería que esto fuera un adiós, así que después de hablar las cosas decidieron que solo había una solución. Tal como lo habían hecho tantos años atrás, acordaron seguir sus caminos separados, continuar con sus vidas pero mantenerse en contacto constante.

Cuando Olivia regresó del día de padres, su vida se había iluminado una vez más. Era como

si el sol hubiera salido. Sus suaves rayos estaban calentando su corazón y alumbrando un camino más brillante. Henry había vuelto a su vida, aunque solo fuera en forma de cartas y llamadas telefónicas, pero no le importaba. Para ella, él era estabilidad, un guiño a los días en que las cosas eran tranquilas y fáciles, no una batalla constante y agotadora para salir adelante día a día. La primera persona a la que Olivia se lo contó fue a Annabel, quien sabía que se alegraría por ella, y a medida que llegaban las cartas de Henry, su confianza crecía y solo escuchar su voz por teléfono hacía que su corazón cantara.

Henry siempre llamaba por motivos profesionales para ponerla al día sobre el monstruo (lo cual no llevaba mucho tiempo) y luego pasaban el resto de la conversación charlando de cualquier cosa. Olivia sabía que solo eran amigos y que él estaba casado con una mujer leal y devota, así que su frecuente y ansiada comunicación era todo lo que él podía ofrecer. Henry lo había dicho en sus cartas, pero eso era todo lo que ella esperaba de este hombre decente y honesto que nunca traicionaría a su mujer, y por eso Olivia lo adoraba. Su propia vida era demasiado complicada para buscar el amor en otra parte y, a sus cuarenta y tres años, no estaba dispuesta a volver a sufrir. Olivia se contentaba con su romance platónico a distancia por segunda vez, pero no le fallaría de nuevo y, si fuera necesario, lo esperaría para siempre, en esta vida o en la siguiente.

Cuando recibió la llamada del hospital unos meses después para decirle que Nigel se había desplomado en el campo de golf y estaba muy grave, Olivia no corrió a su lado; en su lugar, terminó su partida de bridge y luego se dirigió a urgencias por la ruta más larga. Intentó poner cara de grave preocupación mientras el médico le explicaba con delicadeza que su marido había sufrido un infarto, y luego se esforzó igualmente por ocultar su decepción cuando le dijeron que probablemente se recuperaría por completo. El ataque le había dejado un ligero defecto en el habla, pero aparte de eso, había salido bien parado. El médico le aconsejó un cambio completo de estilo de vida si quería evitar que se repitiera. Las sabias palabras cayeron en oídos sordos y, en consecuencia, ocho meses después de su primer infarto, Nigel sufrió el grande, que le dejó postrado en cama, paralizado e incapaz de hablar. Su desafortunada situación significaba que ahora estaba totalmente a merced de Olivia y de las enfermeras privadas que le atendían en una solitaria prisión dormitorio, enteramente creada por él mismo.

Sus amigos y conocidos pensaban que Olivia era una santa, cuidando de un hombre que todos sabían que le había fallado en muchas ocasiones y que ciertamente no merecía la devoción de su sufrida esposa. Lo que no sabían era que Olivia no estaba ni entregada ni interesada en su marido y le daba igual si vivía o moría. Disfrutaba dándole la vuelta a la tortilla y, al igual que él había hecho, montaba un espectáculo diario de amor y afecto únicamente en beneficio de las dos enfermeras, que podían apresurarse a contar historias sobre cuánto amaba la señora Cole a su marido inválido.

Una mirada de puro odio emanaba de los ojos de Nigel cada mañana cuando Olivia se asomaba para saludarle y preguntarle si había dormido bien. Luego le decía adónde iba y con quién, antes de darle un tierno beso en su calva y sudorosa cabeza. Le ponía la piel de gallina, pero merecía la pena. Olivia volvía a las seis de la tarde, solo para hacerle saber lo bien que le había ido el día y charlar un poco de esto y aquello, contándole qué deliciosa creación iba a cenar mientras la enfermera trituraba su sopa. Él murmuraba algo entre dientes, mirándola fijamente desde debajo de las sábanas mientras ella le daba unas palmaditas en la mano y le deseaba dulces sueños. Cerraba la puerta tras de sí, se limpiaba los labios y lo borraba firmemente de su mente.

Nigel falleció (presumiblemente en paz) mientras dormía a los cincuenta y nueve años. Su funeral tuvo una asistencia moderada, pero Olivia sabía que la mayoría de los presentes estaban

allí para apoyar a la viuda afligida, principalmente porque Nigel no tenía amigos de verdad. Marcus tenía dieciocho años y parecía no verse afectado por la muerte de su padre ni por haber suspendido estrepitosamente todos sus exámenes de selectividad. Sin embargo, estaba ansioso por empezar a trabajar en la empresa, así que justo cuando el pobre Harold pensaba que se había librado de un enorme quebradero de cabeza, otro Cole inútil estaba listo para dejar su huella en el mundo de la importación y exportación. Mientras el presidente bebía desanimado su jerez en el velatorio de Nigel, observando a Marcus burlarse de los compañeros de su difunto padre y hacer comentarios obscenos a las camareras, Harold no veía la hora de recibir su reloj de oro y su cheque. Saldría por la puerta sin mirar atrás porque el joven que acababa de pellizcar el trasero de la camarera iba a ser un problema.

Una vez que Olivia limpió la casa de cualquier último recuerdo de Nigel, siguió con su vida, liberándose para siempre de las ataduras de su matrimonio y encerrando todos los recuerdos dolorosos. Henry se jubiló anticipadamente y regresó a la ciudad natal de su esposa, Alderley Edge, donde estaba a un paso de Olivia. A pesar de su amor tácito, siempre se comportaban de manera impecable y se conducían como viejos amigos cuando sus caminos se cruzaban. A su esposa no se le dio ningún motivo para sospechar que albergaban sentimientos profundos, así que cuando falleció repentinamente tras una enfermedad misericordiosamente corta, Henry pudo afrontar el futuro con la conciencia tranquila sabiendo que había permanecido fiel a Elizabeth hasta el final.

Durante un periodo de tiempo apropiado y decente, Henry y Olivia mantuvieron las distancias y respetaron el hecho de que la vida intachable de Elizabeth y su prematura partida debían ser honradas. Finalmente, sintieron que había llegado el momento y una vez más iniciaron un romance perfectamente respetable y por encima de toda sospecha, pero esta vez, ambos juraron no cometer ningún error.

Olivia se maravillaba de cómo un hombre adulto que había servido en las fuerzas armadas y viajado por el mundo, y que luego sufría a diario a manos de escolares precoces, podía seguir siendo tan tímido y lento para captar las cosas como Henry. Pero para ella, eso era su encanto y lo adoraba tal como era. Finalmente, y no antes de tiempo, después de años de cartas, cenas románticas y preciosos momentos robados mientras las niñeras dormitaban, Henry se lanzó a la aventura y llevó a Olivia a Roma para un fin de semana de pasión. Después de atesorar su amor durante más de treinta años, superando pérdidas y desengaños en el camino, había que reconocer que había merecido la pena esperar. Continuaron viviendo por separado, a solo unos kilómetros de distancia, hasta que se volvió poco práctico mantener ambas casas y, en realidad, querían más de la vida que ser un simple acompañante en los eventos sociales. Anhelando una compañía permanente y la oportunidad de compensar adecuadamente el tiempo perdido, Olivia aguantó la ira de Marcus y mudó a Henry a su casa.

En cuanto a las niñeras, ambas aguantaron todo lo que pudieron, bien entradas en los noventa, y estaban convencidas de que su pequeña protegida había encontrado por fin la verdadera felicidad. Una vez que supieron que estaba a salvo en los brazos de su querido Henry, Polly y Tess estuvieron felices de aceptar que sus días de cuidado infantil habían terminado. Con la conciencia tranquila, finalmente podían partir de este mundo sabiendo que habían cumplido su promesa a Maurice y que su contrato de amor estaba cumplido. La niñera Polly se quedó dormida en su silla junto a la ventana y partió primero, para comprobar su nuevo alojamiento en el cielo, seguida de cerca unos meses después por su alma gemela con el corazón roto, la niñera Tess. Olivia estaba desconsolada, pero no podía permitirse volver a los días oscuros de depresión porque eso sería decepcionarlas, y además, ninguna estaría allí para cogerle la mano y hacer que

las cosas mejoraran. Así que con toda la fuerza y el amor que ambas habían invertido en ella durante más de cincuenta años, Olivia las dejó marchar.

Los pensamientos de Olivia se vieron interrumpidos por Ruby, que estaba despertándose. Se encontraba agotada y necesitaba acostarse. Secándose una lágrima del rabillo del ojo, levantó sus piernas entumecidas del taburete y esperó hasta que Ruby estuviera completamente despierta.

—Venga, dormilona. Tenemos que subir y yo necesito mi cama. Hay decisiones que tomar mañana y esos dos diablillos se levantarán al amanecer, listos para dar guerra. Guardemos las fuerzas y demos el día por terminado, ¿vale? —dijo Olivia sonriendo y extendiendo su mano.

—Siento haberme quedado dormida y haberte dejado aquí sentada. Debes de estar agotada —dijo Ruby dejando que Olivia la ayudara a levantarse antes de recoger su edredón y apagar la luz.

Las dos mujeres subieron lentamente las escaleras juntas, una estaba muy cansada y la otra magullada y golpeada, aunque por primera vez en años, no completamente sola. Cualquier cosa que Ruby tuviera que afrontar por la mañana, lo haría con Olivia y por esa razón, cuando llegaron al rellano y al escenario del acto final de Marcus, pudieron pasar sin inmutarse. Ambas mujeres habían sufrido por separado a manos de hombres crueles en lo alto de las escaleras. Ninguna lo olvidaría, ni permitiría que volviera a suceder.

Oliver se recuperó rápidamente y fue directo al colegio a la mañana siguiente. Estaba encantado de que su abuela estuviera allí cuando se despertó. Henry llegó con ropa para Olivia que no combinaba entre sí ni con sus zapatos, pero ella le perdonó a pesar de tener que pasar todo el día fuera de su elegante zona de confort. Mientras estaban sentados frente a frente en la mesa de la cocina, viendo a Lily embadurnar de cereales toda la bandeja de su trona, Olivia abordó con cautela el tema de Marcus y qué hacer a continuación. Durante la noche, Ruby había permanecido despierta, repasando sus opciones y había llegado a una sola conclusión: quería el divorcio. Aparte de eso, no estaba segura de qué pasos dar a continuación y estaba completamente aterrorizada por lo que pasaría cuando él volviera de Hong Kong.

—Bueno, ¿has tenido tiempo de decidir qué deberíamos hacer con Marcus? Estoy indignada de que no te haya llamado ni una sola vez para ver cómo estás. Sabía en qué estado te dejó y podrías estar muerta por lo que él sabe. Henry dice que no se ha puesto en contacto con nuestra casa, así que supongo que está demasiado avergonzado o demasiado borracho con las copas gratuitas del avión como para comprobar cómo estás —dijo Olivia furiosa.

—Rara vez me llama de todos modos, así que no es nada nuevo y, para ser sincera, me alegro porque creo que no podría soportar hablar con él ahora. He decidido que quiero el divorcio, pero me da miedo lo que hará cuando vuelva. ¿Cómo se lo diré y, lo que es más importante, cómo lo mantendré alejado de mí? —dijo Ruby estremeciéndose ante la idea, sabía que se pondría furioso.

—Bueno, ¿por qué no vienes a vivir conmigo? No es que no tengamos espacio. De verdad que no será un problema, Ruby. Nos encantaría tenerte y estoy segura de que puedo mantenerte a salvo —dijo Olivia suavemente.

Sin embargo, Ruby se mantuvo cautelosa. —No estoy tan convencida de eso, Olivia, aunque la idea de estar lejos de aquí y protegida por ti es muy tentadora. Pero estaría trayendo problemas a tu puerta y sé que alteraremos tu vida. Por lo que me contaste anoche, tú y Henry habéis esperado lo suficiente para estar juntos, así que no voy a mudarme a tu casa y estropearlo. Y si Marcus arma un escándalo, Henry sentirá que tiene que protegerme y no hay manera de que pueda enfrentarse a él cuando está enfadado, créeme, lo sé. Lo último que quiero es coches de policía en tu casa y todos los vecinos cotilleando, además de que Oliver se volverá a alterar al verlo enfurecido y montando una escena en casa de su abuela —Todo esto había pasado por la

mente de Ruby la noche anterior y aun así no la llevaba a ninguna parte.

Olivia asintió. Todo lo que Ruby decía era cierto y nada que ella misma no hubiera considerado. Odiaría que Henry se viera arrastrado a esto; los vecinos, sin embargo, eran lo que menos le preocupaba porque realmente le importaba un bledo lo que pensara la gente.

—Bueno, ¿qué sugieres... hay algún otro sitio al que puedas ir? ¿Qué tal la casa de tu tía en Cheadle, podrías quedarte allí hasta que se calmen las cosas?

—Sinceramente, Olivia. Esa no es una opción. La tía Doreen es un poco rara y definitivamente no me recibiría a mí ni a nadie con los brazos abiertos, a menos que fuera el Arzobispo de Canterbury y entonces tendría que reservar con mucha antelación —dijo Ruby sonriendo, al menos había hecho reír a Olivia, y entonces se le ocurrió una idea.

—Hay un sitio al que podría ir, un lugar donde le costaría encontrarme y sé que me recibirían con los brazos abiertos, pero no creo que a ti te haga mucha gracia.

Al oír esto, Olivia hizo una pausa y dejó su taza. Con gesto de aprensión, le pidió a Ruby que continuara.

—Podría ir a Francia, a casa de mi prima Rosie. He querido visitarla desde hace tiempo, pero Marcus no me lo permitía. Podríamos quedarnos allí indefinidamente hasta que se calme. Oliver termina el colegio el viernes para las vacaciones de mitad de trimestre y podríamos estar lejos cuando él vuelva de su viaje, pero está muy lejos de ti. Los niños te echarán demasiado de menos y sé que tú los echarás de menos a ellos, así que quizás no sea tan buena idea después de todo —dijo Ruby. Su corazón se había animado cuando tuvo la idea, pero al ver la cara de desánimo de Olivia, volvió a hundirse en su lugar habitual.

Olivia recogió la vajilla de la mesa y empezó a meterla en el lavavajillas. Estaba pensando intensamente e intentando controlar el torbellino de emociones que se agitaban en su corazón. Después de varios viajes de ida y vuelta durante los cuales Ruby permaneció en un silencio inquieto, sintiendo que necesitaba dar tiempo a su suegra para pensar, Olivia se sentó de nuevo en su silla y habló.

—Tienes razón en todo. Deberías ir a Francia. Todos os merecéis unas vacaciones y eso pondrá suficientes kilómetros entre Marcus y vosotros para que te sientas segura. Estoy casi segura de que el marido de Rosie podrá lidiar con él si aparece, aunque espero que no lo haga. Os echaré de menos a los niños y a ti, Ruby. No pienses ni por un segundo que no tienes un lugar especial en mi corazón, pero este no es momento de ser egoísta, es momento de actuar y creo que deberíamos poner las cosas en marcha inmediatamente. Una vez que estéis instalados, iré a visitaros unos días, no está tan lejos, ¿verdad? —dijo Olivia, mostrándose valiente aunque se le estaba rompiendo el corazón.

El corazón de Ruby dio un vuelco al escuchar las palabras de Olivia.

—Solo es un descanso, un tiempo bien lejos de él y, si he de ser sincera, de esta casa. Ha sido como una prisión durante tanto tiempo y estoy desesperada por escapar. De verdad que ya no puedo más, Olivia —dijo Ruby. Las lágrimas le escocían en los ojos y un enorme nudo se le estaba formando en la garganta.

—Me hago cargo de cómo ha sido, Ruby. Estoy segura de que el director lo entenderá, y mientras se sigan pagando las cuotas... pero ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él —dijo Olivia, sonriendo con valentía y alegrándose cuando Ruby le cogió las manos y las apretó con fuerza.

—¿Estás segura de que no te importa? Sé cuánto quieres a los niños y te juro que solo me iré si me prometes que vendrás a vernos muy pronto. Lo digo en serio —dijo Ruby, con el corazón latiéndole con fuerza mientras su mente iba a toda velocidad. Pensamientos de libertad e

imágenes de estar a salvo ya se estaban formando en su cabeza.

—Ruby, hace muchos años supe lo que tenía que hacer con Nigel, pero lo dejé demasiado tarde. Le di tantas segundas oportunidades y acabé perdiendo algo precioso. Casi muero aquella noche. Perdí tanta sangre mientras Nigel se escabullía, escondiendo su coche y bebiendo whisky para disimular que ya estaba borracho. Para cuando llamó a la ambulancia y despertó a las niñeras, yo también estaba casi perdida. Cuando te vi en lo alto de esas escaleras y la sangre por todas partes, todo volvió a mi mente y pensé que lo había dejado demasiado tarde otra vez. Marcus te abandonó de la misma manera que Nigel me dejó a mí. No permitiré que mi hijo te haga daño de nuevo ni que sea responsable de que mis nietos crezcan sin su madre. Así que te irás a Francia y le daremos a Marcus una lección que nunca olvidará. Ahora quiero que llames a tu prima y hagas algunos preparativos, y luego tú y yo nos organizaremos, ¿trato hecho? —dijo Olivia, ahogada por la emoción y conteniendo las lágrimas.

—De acuerdo, Olivia, trato hecho. Aunque no podría hacer esto sin ti. Nunca lo olvidaré, jamás —dijo Ruby, y con eso se secó los ojos y soltó las manos de Olivia.

—Bien, voy a llamar a Rosie para explicárselo y luego podemos hacer una lista de lo que hay que hacer. Ah, ¿y puedes limpiar a Lily? Ha hecho un buen estropicio con esos cereales —dijo Ruby sonriendo y apartando su silla, luego fue al salón para hacer la llamada y, al coger el auricular, ya podía sentir cómo se aflojaban sus cadenas.

Siguiendo todos los consejos de Olivia y dejándose instruir en el arte de dar una lección a alguien, Ruby empezó a empaquetar todas sus pertenencias en cajas. Para facilitar las cosas y al mismo tiempo dar a Olivia y Henry el máximo tiempo posible con los niños, Ruby accedió a quedarse en su casa hasta que se fueran a Francia. También la hacía sentirse segura; estaba aterrorizada de que Marcus volviera antes de tiempo de su viaje y le impidiera marcharse. Debido al estado de su cara magullada y golpeada, Ruby no podía llevar a los niños al colegio, así que Henry se encargó de ello mientras ella y Olivia pasaban los días en la casa, borrando cualquier rastro de la familia de Marcus. La intención de Olivia era que el día que él volviera de sus viajes esperando que todo estuviera olvidado, suponiendo que sus fechorías se hubieran barrido bajo la alfombra y listo para comenzar otro reinado de terror, Marcus se encontrara en cambio con una casa oscura y vacía y descubriera que su mujer y sus hijos se habían ido.

Olivia se encargó de los detalles. Se aseguraría de que todos los cabos legales estuvieran atados y trataría con el colegio, luego esperaría para pronunciar un castigo apropiado para su hijo, cuyos detalles no interesaban a Ruby, que solo quería haberse ido para cuando él aterrizara.

Una vez que las camas quedaron desnudas, las habitaciones de los niños parecían no haber sido ocupadas nunca. Sus juguetes y pertenencias estaban todos guardados en casa de Olivia y tres maletas estaban llenas con los artículos esenciales para su viaje a Francia. No se hicieron planes firmes, ni se discutió la posible duración de la estancia de Ruby. De una cosa estaba segura: no tenía ningún deseo de vivir en una casa que guardaba tan malos recuerdos. Ruby tampoco confiaba en que Marcus se mantuviera alejado si ella vivía sola, así que por ahora simplemente disfrutaría del espacio que el Canal de la Mancha podría poner entre ellos.

Pasaron una semana encantadora en casa de Olivia. Era como ver a alguien con ojos nuevos. Ruby observaba a su suegra con Lily y Oliver, corriendo en calcetines, jugando al escondite y preparando palitos de pescado para merendar. Por las noches, cuando los niños dormían, se sentaban juntas en el salón y Olivia hablaba de su padre y sus adorables niñeras, repasando álbumes de fotos que Ruby nunca había visto antes, dando vida al patrimonio de sus hijos y dando sentido al pasado. A Oliver no se le había contado su inminente partida, por si acaso se le escapaba con alguno de sus amigos y la red de viejos compañeros de colegio se lo hacía saber a

Marcus. Olivia cubrió meticulosamente todas las eventualidades y planeó cualquier contratiempo menor. Se le daba bien esto.

Se sorprendieron al recibir una carta de la policía que llegó una mañana mientras hacían una última revisión de la casa. Al parecer, la encantadora enfermera había transmitido sus preocupaciones a un agente de guardia en el hospital y, en consecuencia, se envió una carta estándar ofreciendo asesoramiento y apoyo de la Unidad de Violencia Doméstica. El agente de policía proporcionó un número de teléfono por si Ruby lo necesitaba, así que Olivia lo guardó en su bolso sabiendo que su abogado le daría un buen uso.

Mientras Ruby echaba un último vistazo a su tranquilo y desalmado hogar y miraba nerviosa la carta que había dejado en el escritorio de Marcus, no sintió ni un atisbo de tristeza. En su día había sido un símbolo de su ascenso en la escalera de la respetabilidad. El día que se mudó, dejó de ser la desaliñada Ruby del barrio de protección oficial, otra niña que no sabía quién era su padre, con una madre que no se preocupaba por nadie excepto por sí misma. La urbanización privada en Prestbury y todo lo que representaba, en su momento, había hecho que Ruby casi estallara de orgullo y alivio. Qué extraño resultaba ahora que se sintiera más aliviada al atravesar sus puertas a toda velocidad, en dirección contraria.

Llegó el sábado por la mañana y durante el desayuno le dijeron a Oliver que al día siguiente se iría de vacaciones a Francia, para ver a Rosie y alojarse en su hotel. Estaba loco de emoción y naturalmente preguntó si la abuela y el abuelo también podían ir. Se quedó decepcionado durante unos segundos, pero una vez que le aseguraron que estarían allí lo antes posible, subió corriendo a buscar a Henry, que tendría libros con imágenes del lugar al que iba. En ningún momento preguntó por su padre o cuándo volverían a casa. Todos intentaron llenar ese día de diversión y risas tanto como fue posible, pero antes de darse cuenta, los cinco estaban de pie en las puertas de la sala de embarque, dos de ellos preparándose para decir valientes adioses.

—Muy bien, jovencita. No quiero ver lágrimas porque Oliver tiene las antenas a pleno rendimiento y notará que algo no va bien. Dame un abrazo y nos veremos pronto. Mándame un mensaje en cuanto aterrices y hazme saber cuando lleguéis a casa de Rosie —dijo Olivia mientras abrazaba fuertemente a Ruby durante unos segundos antes de soltarla.

Volviéndose hacia Oliver, cuyos ojos escudriñaban el aeropuerto absorbiendo todo, Olivia sacó dos pequeños sobres marrones de su bolsillo. Le había dado uno más grande a Ruby ese mismo día con suficiente dinero para mantenerse hasta que pudiera arreglar sus finanzas, e insistió en que lo aceptara.

—Oliver, esto es para ti y Lily, uno para cada uno. Dentro hay un dinero gracioso llamado euros y es lo que usan en Francia. Es para que lo gastes en lo que quieras una vez que cruces esas puertas. Estoy segura de que mamá te dejará comprar lo que quieras porque hoy es un día muy especial y emocionante. Quizás podrías ayudar a Lily a elegir algo, pero no un coche o uno de esos robots, ¿vale? —dijo Olivia guiñándole un ojo a su nieto.

Oliver estaba en la luna por tener libre albedrío y un sobre lleno de dinero, así que abrazó a su abuela y le dio las gracias.

Ruby apenas podía hablar, pero se recompuso por el bien de todos. Aun así, había algo que necesitaba quitarse de encima que, si no lo decía, siempre lamentaría.

—Gracias por salvarme, Olivia. Gracias por ser lo suficientemente valiente para liberarnos. Siento que acabo de encontrarte y ahora tengo que irme. Ojalá no hubiéramos desperdiciado todos estos años viviendo a la vuelta de la esquina como extrañas. Ojalá hubiera podido ser una verdadera hija para ti porque sé que habrías sido una madre maravillosa para mí. Por favor, no rompas tu promesa y asegúrate de venir a vernos pronto porque te echaremos mucho de menos

—dijo Ruby mientras echaba los brazos alrededor de los hombros de Olivia y contenía un sollozo.

Olivia le dio unas palmaditas en la espalda a Ruby mientras vigilaba a Oliver. —No perdamos el tiempo con lamentaciones, querida. Tenemos el futuro para disfrutar y no romperé mi promesa. Y para que lo sepas, en lo que a mí respecta, y a cualquier otra persona, desde este momento eres mi hija y cuidaré de ti el resto de tu vida. Así que, ¿podrías irte antes de que arruine mi maquillaje y pierdas el vuelo? —dijo Olivia empujando suavemente a Ruby y señalando al funcionario que esperaba pacientemente para tomar sus tarjetas de embarque.

Incapaz de hablar, Ruby besó a Henry en la mejilla, agarró la mano de Oliver y empujó el cochecito de Lily hacia las puertas. Entre gritos de "¡Hasta pronto, abuela!" y "¡Te enviaré una postal, abuelo Henry!", Ruby logró llevar a los niños a través del escáner corporal, que fascinó a Oliver, y una vez que estuvieron al otro lado, los tres se giraron y saludaron a través del cristal. Las figuras al otro lado devolvieron el saludo con entusiasmo hasta que Ruby no pudo soportarlo más, así que se dio la vuelta y se alejó, señalando a Oliver la dirección de la tienda y a sí misma el camino hacia la libertad.

El avión rodó hasta el final de la pista y Oliver finalmente se quedó quieto, pero solo porque esperaba con el alma en vilo el despegue. Tenía una bolsa de juguetes y numerosos regalos guardados bajo sus pies que había comprado en la tienda libre de impuestos. Una vez sentados, había pulsado con curiosidad todos los botones de su reposabrazos y ahora llevaba puestos sus auriculares de piloto, fingiendo que pilotaba el avión. Oliver también se moría de ganas de ir al baño, solo para ver cómo era, pero Ruby le dijo que tenía que esperar hasta que estuvieran en el aire. Lily estaba casi dormida en su regazo y Oliver estaba ocupado mirando por la ventana a los otros aviones cuando de repente se volvió hacia su madre y se quitó los auriculares. Extendiendo el brazo, colocó su pequeña mano rosada sobre la de su madre y la miró, con sus enormes ojos marrones llenos de preocupación. El corazón de Ruby dio un vuelco. ¿Estaba asustado o a punto de montar un escándalo en el último momento? Entonces habló.

—No tengas miedo, mamá, te cogeré de la mano —dijo, y luego en un susurro—: Gracias por alejarnos del papá que da miedo. Todo estará bien cuando lleguemos a casa de Rosie porque ya no podrá hacerte daño ni hacerte llorar. Lo pasaremos genial, mamá, lo sé —mantuvo la mirada de Ruby durante un segundo y luego sus ojos se abrieron como platos cuando sintió que los motores empezaban a rugir debajo de él y el avión comenzaba a moverse hacia adelante.

Si Ruby tenía alguna duda en su mente mientras subía al avión sobre lo que estaba haciendo, escuchar esas pocas palabras inocentes de su hijo fue la única confirmación que necesitaba.

—Allá vamos, mamá. ¡Prepárate, agárrate fuerte!

Y mientras el avión se lanzaba por la pista y las ruedas se despegaban del suelo, Ruby sintió que la pequeña mano de Oliver apretaba la suya. Mientras sus cadenas y grilletes se soltaban, dispersándose por la pista, reconoció un sentimiento que creía que la había abandonado para siempre. Por primera vez en años, Ruby sintió esperanza.

ROSIE Y RUBY

Después de que Rosie colgara el teléfono tras su larga y traumática conversación con Ruby, se sentó en el sofá y lloró desconsoladamente. Sabía que no debería haberla dejado. Debería haber seguido sus instintos y no haber corrido a casa para estar con Michel. Había sido egoísta y, por eso, Marcus podría haber matado a Ruby. Gracias a Dios que el pequeño Oliver había sido sensato y había salvado la situación, y un aplauso para la fría Olivia, que sorprendentemente había estado a la altura y ayudado a Ruby en su momento de necesidad. Al principio fue mucho para asimilar y, para colmo, Ruby le había preguntado si podían venir a Francia. Sin dudarlo, Rosie dijo que sí.

Cuando logró recomponerse, el dolor y la ira comenzaban a alimentar la adrenalina en su cuerpo. Tenía cuatro días completos para prepararlo todo. Su mente empezó a funcionar a toda velocidad y la profesional hotelera que llevaba dentro salió a relucir mientras comenzaba a componer listas de tareas en su cabeza. Las habitaciones de invitados estaban casi completamente reservadas para la temporada y necesitaba dejarlas libres, así que la única opción era el ático. Habían planeado usarlo como habitación adicional, pero nunca llegaron a terminarlo. En su lugar, guardaban trastos allí y, aparte de haber sido repintado, la habitación seguía siendo un cascarón vacío, pero era suficiente para las necesidades de Ruby y los niños. Lo primero que iba a hacer era buscar a Michel y ponerle al día, y luego llamaría a los terribles gemelos y pediría a Bernard y Christophe que vinieran a vaciar el ático.

Rosie se lavó la cara y se recompuso antes de bajar a hablar con Michel. Ordenando sus pensamientos, cogió la fotografía de su escritorio donde aparecían ella y Ruby sentadas en un escalón. Era la única que tenía de ellas juntas de su infancia y siempre la había tenido cerca. Un nudo enorme se formó de nuevo en su garganta y lágrimas frescas empezaron a arder en sus ojos mientras miraba la imagen descolorida de una niña flacucha con coletas, vestida con ropa andrajosa, agarrada del brazo de su prima mayor y sonriendo a la cámara. Rosie recordaba ese día con claridad. Le había prometido a Ruby que siempre cuidaría de ella y serían mejores amigas para siempre. Bueno, ahora era su oportunidad de cumplir esa promesa y para cuando llegaran el domingo, tendría un refugio seguro listo y esperando, entonces podría cobijarlas bajo sus alas y cuidar de todas.

Oliver iba a nadar todos los días, a veces incluso dos veces, pero sus otras cosas favoritas eran ayudar a Michel en la cocina, desgranar guisantes o lavar zanahorias, y subir a casa de Dominique con mamá, donde buscaba huevos y los ponía en una cesta. Se sintió orgulloso como un pavo real la primera vez que volvió con seis huevos cubiertos de caca de gallina y dijo que eran los mejores que había probado nunca cuando él y Michel los cocinaron para su almuerzo. También estaba el parque del pueblo donde podía jugar con los otros niños. Todos hablaban de

forma graciosa, pero jugaban al pilla-pilla igual que en Inglaterra y después iban al café a tomar un refresco y charlar con un hombre simpático llamado Sebastien. Bernard y Christophe dijeron que le ayudarían a construir una casa en el árbol en el gran roble detrás del huerto y pasó horas diseñando su refugio de madera.

Pero lo mejor de todo era que cuando se iban a la cama por la noche, estaba justo al lado de mamá. Ella ya no lloraba y cuando abría los ojos, estaba allí mismo, al otro lado con la traviesa Lily, y esa sensación de miedo que había tenido en la barriga durante tanto tiempo simplemente había desaparecido.

Cuando hacía demasiado calor fuera, Oliver pasaba la tarde en su dormitorio, desde donde podía ver kilómetros y kilómetros a través de las dos pequeñas ventanas del ático. Decía que era como estar en un lugar secreto desde donde podías espiar a todo el mundo. Cada día, se sentaba en el alféizar de la ventana, mirando a través de unos viejos prismáticos que Michel le había regalado, observando los coches que viajaban por las sinuosas carreteras rurales o los tractores que iban y venían por los campos rayados. Lo que más le gustaba era contar todos los tipos diferentes de pájaros. Había visto un águila, una abubilla y un búho, y actualmente estaba buscando un oso pardo amistoso que Dominique le había dicho que rondaba por los pinares a las afueras del pueblo. A pesar de su vigilancia, Oliver aún no lo había visto, pero aseguraba a todos que estaba muy atento y que les avisaría en cuanto lo viera.

Para Ruby, la habitación en lo alto de la casa simbolizaba la libertad y con Rosie y Michel justo debajo, vigilando las escaleras, dormía plácidamente cada noche, sana y salva con sus hijos a su lado. Rosie siempre estaba muy ocupada, así que cuando Lily dormía, Ruby ayudaba con las tareas del hotel. Había que hacer las camas y la limpieza, y también había que mantener ordenados la terraza y los jardines, así que sin que se lo pidieran, se puso manos a la obra. En secreto, Ruby adoraba trabajar en el hotel y sentirse útil. Sus días pasaban volando en una nebulosa de sábanas blancas, persiguiendo a Lily, viendo a Oliver en la piscina, gloriosas horas de comida, pero lo mejor de todo era estar con Rosie.

Había conocido a tanta gente nueva que la aceptaron inmediatamente como parte de la familia y de su comunidad. A Ruby le encantaba ir al pueblo donde todo el mundo decía hola y adiós cuando entrabas en las tiendas. Las madres del parque hacían todo lo posible por conversar y aunque realmente no podían charlar, siempre la invitaban a sentarse con ellas y compartir sus picnics. El hotel estaba constantemente lleno de actividad, con comensales que llegaban por la noche y huéspedes que iban y venían. Estaba Océane, una chica encantadora de la granja de la carretera que trabajaba en la cocina con Michel, y su apuesto hermano mayor, Pascal, que trabajaba en el restaurante y llevaba el bar.

Dependiendo de lo ocupada que estuviera, Rosie estaba disponible para charlar con los huéspedes (su pasatiempo favorito), pero de vez en cuando tenía la noche libre y se sentaba con Ruby en el apartamento a compartir una botella de vino, comer patatas fritas y ver la televisión francesa. A veces hablaban de cuando eran niñas, pero ambas habían acordado que ninguna quería hablar de Marcus porque, por ahora, él era el pasado y estaban disfrutando demasiado del presente como para estropearlo ni por un segundo por culpa del Señor Oscuro.

Llevaban casi un mes en Francia y aunque Oliver disfrutaba corriendo libre y tenía mucho con lo que entretenerse, necesitaba amigos y Ruby estaba preocupada de que pudiera quedarse atrás, así que hacía todo lo posible por mantener su lectura y escritura al día, asegurándose de pasar tiempo con él cada día intentando que se sentara y se concentrara. Fue durante una barbacoa un domingo por la tarde en casa de Dominique cuando Ruby conoció a Sylvie, la directora de la escuela e hija mayor de la realeza del pueblo, Hortense. Por suerte, Sylvie hablaba

un inglés excelente y estaba charlando con Ruby sobre el futuro —su madre ya le había contado todo el horrible asunto del marido malvado y aunque Ruby confesó no tener planes firmes, mencionó de pasada que estaba preocupada por que Oliver se perdiera estar con otros niños.

—Tengo una idea, Ruby. ¿Te gustaría traer a Oliver a la escuela unos días la semana que viene? Quizás disfrute jugando con los otros niños y participando en nuestras actividades. Estoy segura de que le encantará, ¿qué opinas? —dijo Sylvie, que había estado observando al pequeño reír y jugar a la petanca con los hombres y podía notar que era educado y muy inteligente.

—¿Eso está permitido? No quiero meterte en problemas. ¿Y qué hay de la barrera del idioma? No entenderá a nadie y no quiero que se sienta incómodo —dijo Ruby preocupada, pero sabía cuánto le gustaba a Oliver ir a la escuela. En Inglaterra no había faltado ni un día desde que empezó.

—Bah, ¿cómo voy a meterme en problemas? Soy la directora y mi madre y mi tío están en el consejo escolar. Mi sobrina está a cargo de la école maternelle, que es lo que creo que vosotros llamáis guardería y, de todos modos, nadie se opondrá a una cara nueva. Te sorprenderás, Ruby, de lo rápido que los niños pueden aprender un nuevo idioma. Tengo dos alumnos ingleses en mi escuela que ahora hablan francés con fluidez. Oliver estará bien y yo cuidaré de él... podemos empezar con unos días de media jornada si quieres, para ver cómo se adapta. Ya casi es final de curso, así que estamos bajando el ritmo y divirtiéndonos un poco, deberías dejarle participar —dijo Sylvie sonriendo alentadoramente a Ruby.

—Pero casi tiene cinco años. Cumple años en agosto. ¿No es un poco mayor para la guardería? —dijo Ruby. Para ella, y por mucho que Oliver protestara, seguía siendo su bebé y dejarle ir la ponía nerviosa, así que quizás estaba buscando excusas para mantenerlo cerca.

—No, en absoluto. En Francia se puede empezar la guardería a los dos años, pero la escuela no es obligatoria hasta los seis, cuando se empieza la école élémentaire. Aun así, seguimos un programme d'études estructurado. ¿Cómo se dice en inglés? Ah sí, currículo. Así que creo que Oliver lo disfrutará —dijo Sylvie mientras se servía otra copa de vino y esperaba a que Ruby lo pensara.

—Vale, si crees que estará bien y que no te meterás en problemas por colar a alguien, entonces quizás deberíamos preguntarle al interesado —dijo Ruby mientras se protegía los ojos del sol, buscaba a Oliver y le llamaba cuando terminó de lanzar su última bola. Después de limpiarle la frente sudorosa, le explicó todo sobre la escuela de Sylvie.

Debería haber sabido la respuesta antes incluso de preguntar y, al enterarse de que tenía los miércoles libres, se cerró el trato. No solo haría nuevos amigos, sino que tendría un día entero para él en el hotel haciendo lo que fuera que hiciera desde el segundo en que se despertaba hasta que su cansada cabecita tocaba la almohada. Quedó todo arreglado y empezaría al día siguiente, solo por la tarde para ver cómo iba, y a partir de ahí ya verían. Al oír a Zofia llamarle para que fuera a por un trozo de tarta y fresas, salió disparado.

Ruby apenas reconocía a su hijo; su pequeña oruga, que antes temía hasta su propia sombra, se estaba convirtiendo en una mariposa ante sus ojos. Estaba muy orgullosa de él, lanzándose a la vida del hotel y siendo lo bastante valiente como para probar la escuela en un país extranjero. Ruby decidió llamar a Olivia más tarde esa noche para contarle las novedades, pero por ahora, iba a relajarse y disfrutar de la compañía, sin perder de vista a Lily, que se estaba volviendo un diablillo y en ese momento embadurnaba la cola de Bill con helado aplastado.

Rosie saboreaba su tarde libre. Habían establecido como norma cuando se hicieron cargo del hotel que el domingo seguiría siendo un día familiar, como era tradición en toda Francia. Trabajaban lo suficientemente duro durante la semana y echaban las horas necesarias, así que

una vez que se servía y recogía el desayuno, era su día y un momento en el que ella y Michel podían disfrutar de los frutos de su trabajo y el uno del otro. Había estado observando a Ruby charlar con Sylvie, y a Lily dar helado a los perros. Oliver era una delicia y no daba ni un momento de problema a nadie. Michel le había cogido cariño enseguida y disfrutaba de su tiempo juntos en la cocina, donde Oliver le ayudaba en todo tipo de tareas simples pero extremadamente importantes. Michel le había confesado a Rosie que no podía entender cómo cualquier hombre podía no querer a este niño inteligente y cariñoso o ser tan necio como para tirar por la borda una familia completa.

Luego estaba Ruby. Realmente era una persona cambiada que, con un poco de sol en la cara y aire fresco en los pulmones, empezaba a brillar de nuevo, desprendiéndose lentamente de su antiguo yo y encontrando su lugar. Rosie no tenía duda de que St Pierre tenía mucho que ver con ello y el hotel simplemente emanaba calma y tranquilidad; todos los que lo visitaban siempre decían que nunca querían irse. Esto llevó a Rosie a preguntarse qué iba a hacer Ruby respecto a su hogar y dónde iba a establecerlo, y más importante aún, por cuánto tiempo podrían evitar el tema de Marcus. Olivia les había mantenido al tanto de los acontecimientos allí y, fiel a su palabra, había logrado controlar a su hijo y mantenerlo alejado, pero había que hacer arreglos y Rosie tenía algo bajo la manga. Por eso, si todo había salido según lo planeado con su amiga Sylvie, la primera fase de su misión ya estaba en marcha.

Por lo que a Rosie respectaba, podrían quedarse para siempre, porque eso era lo que realmente deseaba. Durante toda su vida, ella y Ruby habían estado separadas, principalmente por culpa de sus madres, y ahora Rosie solo quería que su familia estuviera junta, no al otro lado del Canal. Sabía que sonaba un poco egoísta, querer todo a su manera, pero estaba convencida de que Francia podría ofrecer a Ruby y a sus hijos una forma de vida más feliz. ¿Qué podría ser mejor que crecer rodeado de campo y respirar aire fresco cada día con toda tu familia alrededor para dar amor y apoyo? Era una pena lo de Olivia, pero tenía montones de amigos y actividades para ocuparse, y a Henry, por supuesto, además de un montón de dinero en el banco, así que podría visitarlos cuando quisiera. Un día, cuando Olivia ya no estuviera, Ruby volvería a estar sola en Inglaterra sin familia y, mientras tanto, Oliver y Lily serían solo visitantes de vacaciones en Francia. Ruby por fin había logrado escapar y, después de ver lo feliz que era, Rosie pensaba que sería una lástima que volviera, así que se le había ocurrido una idea.

El hotel ya tenía un montón de reservas repetidas para la próxima temporada y tenían ideas para cursos de cocina y vacaciones de pintura, e incluso un poco de cambio de la comida francesa durante los meses de invierno cuando estaban tranquilos. Habían decidido organizar noches temáticas en el restaurante, que en realidad era idea de Rosie, pero dejó que Michel pensara que era suya. Después del revuelo cuando sugirió servir comida inglesa en su menú, se dio cuenta de que tenía que ir con cuidado en lo que respectaba al ego galo de su maravilloso chef y compañero.

Rosie quería que hubiera algunas opciones inglesas sencillas disponibles, solo por si aparecía alguien como su madre y odiaba cualquier cosa remotamente extranjera. Michel no lo entendía en absoluto y no comprendía por qué alguien vendría a Francia y no querría comer comida francesa. Por mucho que Rosie intentara explicarle que aunque a la gente le encantara el país, no necesariamente querían comer ancas de rana, pollo relleno de trufas o foie gras. Su forma de pensar era que si una pareja venía a cenar al restaurante, mientras que uno de ellos podría adorar todo lo que Michel tenía que ofrecer, si el otro se sentaba allí con cara de pocos amigos, picoteando una ensalada y mordisqueando un panecillo, la experiencia se arruinaría para ambos y no volverían. Sin embargo, si el señor o la señora Quisquillosos pudieran tomar un filete con

patatas fritas o una tortilla -incluso una loncha de jamón con un huevo encima serviría-, entonces todos estarían contentos. Michel pataleó y echó humo, y Rosie esperó a que se demostrara que tenía razón, lo que afortunadamente ocurrió cuando un grupo de cuatro parejas de Norfolk reservó para la semana de Pascua.

La Pascua era un periodo extremadamente sagrado en Francia y muchos lugares cerraban completamente para aprovechar el largo fin de semana de Pascua, así que al no ser particularmente religioso (excepto cuando estaba cerca de su madre), Michel decidió que mantendría el restaurante abierto para alimentar a sus huéspedes y a cualquier otra reserva ocasional. La primera noche, el contingente de Norfolk bajó en tropel, vestido con sus mejores galas y con ganas de darse un atracón. Desgraciadamente, solo dos de los comensales entendían el menú y cuando Rosie lo tradujo para el resto se encontró con caras mayoritariamente inexpresivas y poco entusiastas. Después de lo que pareció una eternidad, finalmente lograron elegir algo que pensaron que les podría gustar, sin embargo, Rosie sabía en el fondo que la velada iba a ser un desastre.

Los tres devotos francófilos del grupo, más un alma aventurera que decidió probar suerte, disfrutaron todos de una estupenda comida, mientras que los otros cuatro comensales picotearon y hurgaron en cada plato, raspando la salsa y devolviendo a la cocina platos sin tocar. Michel estaba indignado y ofendido mientras Rosie ponía una marca en su casilla de «ya te lo dije». Los ocho huéspedes no comieron en el restaurante las dos noches siguientes, y durante el desayuno un tipo jovial llamado Stan le dijo con tacto a Rosie que habían ido a McDonald's (dos veces) porque casi todos los demás sitios estaban cerrados, y los demás no querían malgastar dinero comiendo comida francesa que no les gustaba. En consecuencia, estaba harto de hamburguesas con queso, patatas fritas y Coca-Cola, y a su vez, Rosie decidió que ya era suficiente y se fue a hablar con Michel.

—¿Sabes que nuestros huéspedes prefieren comer hamburguesa con patatas fritas a comer en tu restaurante de primera clase solo porque eres demasiado cabezota para escuchar mis consejos? Hemos perdido los ingresos de dos noches mientras nuestros clientes han estado comiendo comida rápida cuando podrían estar aquí, disfrutando del ambiente del hotel y de tu cocina. Probablemente no volverán ahora, y no tiene nada que ver con mis habitaciones. Así que, listillo, ¿qué sugieres que hagamos? Porque por lo que a mí respecta, podríamos cerrar unas cuantas noches y poner los pies en alto —dijo Rosie furiosa y sabiendo ya la respuesta al problema; solo rezaba para que Michel captara la indirecta.

—Bueno, quizás es que son tontos o tienen muy mal gusto. No lo sé, pero si estamos perdiendo dinero tendré que pensar en algo —fingi💎💎 reflexionar un rato mientras picaba ajo antes de suspirar dramáticamente y ofrecer una solución—. Tal vez podría preparar algo de comida un poco más inglesa, solo unos cuantos platos, eso sí, y no pienso hacer pasteles. No tengo tiempo para andar complaciendo los caprichos de gente ignorante, pero si eso te hace feliz a ti y a ellos, bueno, supongo que estoy dispuesto a rebajar mis estándares. ¿Eso hará que dejes de gritar como una loca?

Michel sabía que estaba vencido, pero pensó que había hecho un trabajo estupendo para salir del paso sin admitir que se había equivocado.

—Qué buena idea, Michel. Me pregunto por qué no se me habrá ocurrido a mí. Voy a decirle al pobre hombre hambriento que hay ahí fuera que puede esperar algo delicioso para cenar. Realmente eres un genio, ¿lo sabías? —Y Rosie se marchó a darle la buena noticia a Stan al mismo tiempo que se preguntaba lo difícil que podía ser meter unas patatas fritas en la freidora y preparar una maldita tortilla.

Funcionó de maravilla y los ocho huéspedes cenaron en el restaurante cada noche durante el resto de su estancia. Casi vaciaron el bar, lo que supuso un gran beneficio y una generosa propina para Pascal, pero lo más importante es que hicieron firmes reservas para volver a finales de verano, para el 60 cumpleaños de Stan.

Rosie volvió a la realidad y a la tarea de afinar su astuto plan. Iban a tener noches temáticas una vez al mes, incluyendo cocina italiana, española y americana, y con suerte, podría colar algún curry de vez en cuando porque se moría por un buen tikka masala de vez en cuando. Si esperaban promocionar el restaurante, Rosie necesitaría ayuda extra durante el día con el hotel, así podría conservar sus energías para la noche. Aquí es donde entraba el puesto permanente de ama de llaves. Había notado que Ruby era muy eficiente y parecería más profesional que alguien entregara las toallas con un bonito uniforme, en lugar de Rosie, que llevaba tantos sombreros que a veces no sabía si iba o venía. Un ama de llaves permanente significaría que podrían diseñar un turno y tomar días libres, lo cual sería esencial, especialmente ahora que quería centrarse en los gîtes. En cuanto terminara la temporada alta, sería a todo gas porque este era el paso tres de su intento de dominar el mundo y, además, convenientemente, incluía a Ruby.

El primer gîte estaba completo, excepto por la instalación de la cocina a finales de mes. El número dos le seguía los pasos y después de eso, Bernard y Christophe podrían ponerse manos a la obra con el tres y el cuatro. El dinero que su padre le dio había sido reservado específicamente para este propósito y Rosie los quería listos cuanto antes. La habitación del ático era acogedora pero carecía de instalaciones y no era adecuada a largo plazo, sin embargo, el gîte número uno era perfecto para una familia pequeña. Tenía un salón y una cocina de planta abierta, un baño con ducha y un dormitorio doble. Era compacto pero ideal para Ruby y los niños, y tan acogedor como la habitación en la que estaban ahora. También les daría un poco de independencia mientras que, al mismo tiempo, no estarían demasiado lejos de ella y Michel. Por lo tanto, si a Oliver le gustaba la escuela y seguían siendo felices durante el verano, si Ruby tenía un trabajo y autoestima, y siempre que Olivia no armara un escándalo, Rosie rezaba para que pudieran convencerlos de quedarse.

La tarde de comer, beber y jugar a la petanca se prolongó hasta la noche. Lily estaba profundamente dormida en su sillita. Zofia envolvió a Oliver en una manta bajo la carpa verde y le dio chocolates polacos mientras él observaba a los adultos charlando en el jardín. Las pequeñas luces que rodeaban la casa brillaban en la noche y Oliver pensó que parecían hadas, esparciendo polvo mágico sobre las flores y toda Francia. El polvo hacía que todos sonrieran y el sol brillara, pero lo mejor de todo, hacía que su mami fuera feliz. Mañana, iría a la escuela con Sylvie y mientras estuviera fuera no se preocuparía por nada como solía hacer. Cuando volviera a casa, Michel estaría esperando con algo rico para comer y luego podría ver a la Dorada Rosie, que siempre le daba abrazos y sonrisas.

También necesitaba decirle algo importante a Mami. Necesitaba que le dijera a la abuela que viniera pronto y compartiera la magia con ellos porque echaba mucho de menos a ella y al abuelo Henry y eso hacía que su corazón se sintiera extraño y un poco triste. Pero lo que más necesitaba decirle a Mami era que nunca, nunca quería volver a la casa de los gritos o ver al Papi Que Da Miedo. Solo quería quedarse aquí en Francia, para siempre.

OLIVIA

Olivia se encontraba en un estado de ánimo extraño y confuso cuando colgó el teléfono tras una larga charla con Ruby. Hablaban cada pocos días y ella esperaba con ilusión escuchar su voz y las conversaciones repletas de información sobre Oliver, que la hacían sonreír al oír su efervescente felicidad burbujeando a través de la línea. Su corazón se encogió un poco al enterarse de que Oliver iba a probar la escuela del pueblo. Ruby se lo había presentado como una forma de mantenerlo ocupado y hacer algunos amigos, pero en el fondo, Olivia sabía que también indicaba la creciente posibilidad de que se asentaran allí permanentemente, y egoístamente, eso la entristecía. No se podía negar que Ruby había tomado la decisión correcta al irse a Francia. No solo eran mucho más felices, sino que también estaban a salvo y, después de presenciar el estado de ánimo de Marcus cuando se enteró de que se habían marchado, estaban mejor lo más lejos posible. Olivia nunca había visto a su hijo tan furioso como la noche que regresó de Hong Kong; sin embargo, ella estaba más que preparada para él y lista para impartir su castigo, que tan merecidamente se había ganado.

Cuando Marcus entró en el callejón sin salida poco después de las 9 de la noche, no tenía ni idea de lo que le esperaba, o no, según resultó ser. Mientras su casa aparecía a la vista desde donde estaba sentado en la parte trasera del taxi, Marcus se sintió ligeramente molesto al ver que estaba completamente a oscuras. Su primer pensamiento fue que la inútil de su mujer había olvidado que volvía a casa hoy y podría estar en casa de su madre. No estaba al tanto de sus planes, principalmente debido al hecho de que no se había molestado en llamarla mientras estaba fuera; no tenía nada de qué hablar con ella y lo mismo ocurría con su madre. Lo último que Marcus quería era oír a Ruby lloriquear o esperar una disculpa por su humor antes de irse y, de todos modos, necesitaba que se le diera una lección, así que su silencio era parte de su castigo.

Marcus salió del taxi y pagó al conductor, luego, al girarse, vio el cartel de "Se vende" en el jardín delantero. Un nervio se crispó en su mandíbula, pero no mostró ninguna otra reacción, por si acaso la tonta estaba dentro, observándolo y esperando alguna señal de que estaba sorprendido. En su lugar, arrastró sus maletas por el camino y tocó el timbre. Sus llaves estaban en el fondo de su equipaje de mano y si ella estaba dormida, pues que se levantara de la cama y le abriera la puerta. Que Dios la ayudara si no le había preparado nada de comer porque, además de ese patético cartel, ya estaba en serios problemas.

La luz del pasillo no se encendió, así que, enfadado, Marcus mantuvo la mano en el timbre y comenzó a golpear la puerta principal. Después de unos minutos se detuvo cuando finalmente se dio cuenta de que ella no estaba en casa. La zorra se había llevado a los niños de vacaciones después de que él lo prohibiera expresamente. Un millón de pensamientos recorrieron su cerebro agotado por el jet lag, ninguno de ellos bueno, mientras abría la cremallera de su bolsa y buscaba

furiosamente sus llaves, maldiciendo entre dientes y prometiendo venganza por sus acciones. Cuando finalmente las encontró, metió la llave en la cerradura y, por un brevísimo momento, anticipó el escenario de que ella hubiera cambiado las cerraduras. Tal vez su rabieta antes de irse había sido un poco extrema y como resultado ella había sacado agallas, pero cuando la puerta se abrió, la rabia en él se calmó y sonrió con suficiencia mientras entraba en la casa oscura y silenciosa.

Olía fuertemente a desinfectante y había un frío en el aire. Marcus tiró sus llaves sobre la mesa del pasillo y se dirigió a la cocina, que estaba tan limpia y reluciente como el día en que se mudaron. Estaba desesperado por beber algo, así que abrió la nevera de golpe para coger una cerveza y ver si ella le había dejado algo de comer. Cuando se encontró con los estantes vacíos que normalmente estaban repletos de todos los requisitos para su regreso a casa, se quedó inmóvil, asimilándolo, pensando. El interior blanco y liso señalaba problemas y por un segundo Marcus se quedó desconcertado. Se movió hacia los armarios que también estaban totalmente vacíos, ni siquiera un cereal o una bolsita de té adornaban sus estantes de alto brillo, sin pensarlo dos veces, Marcus se dio la vuelta y salió de la cocina. Subió las escaleras con cautela, su mente trabajando a toda velocidad. Si se había llevado a los niños de vacaciones, ¿por qué también se había llevado todo el contenido de los armarios de la cocina? Las preguntas resonaban en su cerebro. Sus piernas no corrieron ni subieron las escaleras de dos en dos, porque eso es lo que hacen los hombres que aman a sus familias en el momento en que se dan cuenta de que toda su vida se ha ido, que han empujado demasiado lejos a sus seres queridos y que están a punto de sentir las consecuencias de su comportamiento. Marcus, sin embargo, no experimentó ninguna de esas emociones, solo la de la ira y la negativa a creer que ella tendría el valor de dejarlo.

Se detuvo en lo alto de las escaleras y tuvo la decencia de recordar la alfombra manchada de sangre que no mostraba rastro de sus acciones, luego, su atención se dirigió a las cinco puertas que bordeaban el rellano. Todas estaban firmemente cerradas, burlándose de él, desafiándole a abrirlas y ver lo que había detrás. Los nervios volvieron a crispase en su mandíbula y una vena pulsante en su sien respondió al aumento de sangre hirviendo que recorría su cuerpo. Dando un paso adelante, agarró el pomo de la puerta y entró.

El colchón desnudo y el edredón pulcramente doblado con las almohadas apiladas encima le dijeron todo lo que necesitaba saber. No tenía sentido abrir las puertas de su armario, ya que sabía que estarían vacías, pero miró de todos modos, solo para confirmarlo. Con calma, se dio la vuelta y se dirigió a la habitación de su hijo y se encontró con una imagen similar. Las paredes y estanterías que una vez estuvieron adornadas con juguetes de colores brillantes y pilas de libros estaban vacías, al igual que la habitación. La habitación rosa pastel de Lily estaba en el mismo estado, despojada, fría y sin alma.

Marcus se dio la vuelta y bajó lentamente las escaleras hasta el salón, donde todo parecía igual que antes de irse, hasta que se fijó en los marcos de fotos. Estaban exactamente en el mismo sitio, pero las imágenes que contaban una falsa historia de una familia feliz, con bebés sonrientes y niños pequeños de ojos dulces, habían desaparecido. Incluso su foto de boda mostraba un lienzo en blanco donde antes estaba la imagen de una hermosa novia y su apuesto novio.

Marcus se quedó atónito. Su cuerpo se quedó entumecido por el impacto de sus acciones. Jamás en la vida habría imaginado que esa criatura patética tendría la osadía de abandonarle, y le costaba asimilarlo todo. El último lugar donde miró fue su despacho, y estaba seguro de una cosa: si ella le había dejado una nota, estaría allí. Efectivamente, al entrar en la habitación y encender la luz, la vio apoyada contra la pantalla del ordenador, provocándole, retándole a mirar

y leer sus palabras de desafío. Enfadado, agarró el sobre blanco y crujiente y lo abrió de un tirón, desdoblando apresuradamente las páginas de su nota, porque eso es lo que era, unas pocas palabras. Ni un homenaje empalagoso a un matrimonio que aún quería salvar, ni súplicas de cambio o insinuaciones de volver si él accedía, solo un mensaje escueto y unas instrucciones finales, y desde luego ni un ápice de amor persistente.

—Marcus:

Como probablemente ya sabrás, te he dejado y me he llevado a los niños. Si volvemos, no será a esta casa, ni a ti. He solicitado el divorcio y pronto tendrás noticias de mi abogado. Tu madre está al tanto de la situación y tiene más instrucciones que te comunicará en mi nombre. Las llaves del coche y de esta prisión están en el cajón de la cocina. No intentes encontrarnos ni seguarnos, porque nada de lo que puedas decir o hacer nos convencerá ni nos obligará a volver.

Ruby

Después de leer y releer la nota, Marcus empezó a temblar. En algún lugar de su cuerpo, un volcán estaba a punto de entrar en erupción mientras la lava fundida recorría sus venas y sus manos temblaban con una rabia apenas controlada. Arrugó la nota entre sus puños de nudillos blancos, la tiró al suelo y salió disparado al pasillo, agarró sus llaves y cerró la puerta de un portazo. Nunca se había dado cuenta de lo jodidamente despacio que se abrían las puertas eléctricas del garaje y estaba tan alterado mientras aceleraba el motor de su coche que se sintió tentado de simplemente atravesarlas y hacerlas añicos, como en las películas.

Mientras salía a toda velocidad de la urbanización y luego por las tranquilas carreteras de Prestbury, lo único que veía era su cara, que quería hacer pedazos. Su único pensamiento era llegar a casa de su madre y averiguar qué sabía y preguntarle por qué no se había puesto en contacto con 1. Tal vez se acababa de enterar y estaba esperando a que aterrizara. Marcus se consoló con la idea de que ella odiaba a la zorra tanto como él y le ayudaría a hacer todo lo posible para castigar a Ruby y recuperar a sus hijos. Sonriendo mientras imaginaba su venganza, Marcus siguió conduciendo como un loco. En cuestión de minutos llegó a casa de su madre y entró en el camino de entrada, aliviado al ver que las luces seguían encendidas. Saltando del coche, Marcus corrió hasta la puerta principal, que Henry abrió rápidamente antes de que tuviera tiempo de llamar. Después de que le dijeran que Olivia estaba en el salón, Marcus pasó como una exhalación junto al viejo cascarrabias y entró bruscamente en la habitación de color amarillo pálido para encontrar a su madre de pie frente a la chimenea, bebiendo tranquilamente. Ella apenas reaccionó a su llegada y dejó el vaso con delicadeza sobre la mesa mientras esperaba a que su hijo hablara.

—¿Te puedes creer lo que ha hecho esa zorra? ¡Me ha dejado y se ha llevado a los niños! Dice que tú lo sabes todo. ¿Cómo se atreve a dejarme? ¿Y cuándo te enteraste? ¿Por qué no me llamaste? —dijo Marcus, casi morado de ira y escupiendo veneno mientras hablaba.

—Hola, Marcus, me alegro de verte también. Para empezar, menos palabrotas, si no te importa, y sí, sabía que Ruby te había dejado. Me enteré hace más de una semana. La ayudé a hacer las maletas y le di mi bendición. Y no te lo dije porque, francamente, ¡no te lo merecías! —dijo Olivia, dejando que las palabras flotaran en el aire y calaran lentamente mientras observaba cómo el rostro incrédulo de su hijo se bañaba en puro horror y conmoción.

—¿Qué coño quieres decir? La ayudaste y le diste tu bendición. Por el amor de Dios, madre, sé que la odias, pero no esperaba que llegaras tan lejos para deshacerte de ella, ¿y qué pasa con los niños? ¿Por qué dejaste que se los llevara? Deberías haberlos retenido aquí —dijo Marcus, paseándose como un animal enjaulado.

—Por favor, cuida ese lenguaje, Marcus. Ya te he pedido una vez que moderes tu lengua y,

para que conste y lo tengamos claro mientras continuamos, no odio ni he odiado nunca a Ruby. Creo que es una madre maravillosa y un ser humano hermoso que tuvo la desgracia de cruzarse en tu camino y, en consecuencia, ha llevado una vida muy miserable desde entonces. Por eso, cuando me di cuenta de que estaba en peligro y de que mis nietos vivían con un monstruo, la animé y ayudé a buscar refugio en otra parte. Así que, en lugar de estar ahí despotricando, creo que deberías sentarte y escuchar lo que tengo que decirte. Ruby me ha dejado a cargo de sus asuntos y mientras has estado fuera, se han puesto en marcha ciertas cosas que deberías saber —dijo Olivia, esperando a que Marcus asimilara la información y, sintiendo la necesidad de mantener el impulso y su posición de poder, optó por permanecer de pie.

—No, no voy a sentarme. No tengo doce años y no voy a hacer lo que se me diga, y menos lo que me digas tú. ¿Esperas que escuche como un crío patético mientras me echas la bronca? Ni hablar. Venga, madre, continúa. Cuéntame lo que tú y esa imbécil habéis tramado. Dios mío, ¿quién lo iba a decir? Mi propia madre poniéndose del lado de una vulgar dependienta. Esto es realmente una tomadura de pelo. Intentaré no reírme demasiado alto. No quisiera estropear tu momento de gloria, mamá querida —dijo Marcus mientras se dirigía al carrito de las bebidas y se servía un whisky grande, derramando el líquido marrón por los bordes y sobre la bandeja de plata.

—Si así es como quieres jugar, Marcus, de acuerdo. He intentado ignorar cómo eres y, en mi propia forma ilusoria, esperaba que algún día cambiases. Ahora sé que nunca lo harás, así que lo que te voy a decir a continuación, creo con todo mi corazón que es exactamente lo que te mereces. Ruby ha solicitado el divorcio por tu comportamiento irrazonable, que es considerable. Tenemos pruebas fotográficas de sus lesiones, sin mencionar testigos que incluyen a Henry, a mí y a tu propio hijo, así que cualquier intento de negar lo que hiciste será absurdo. La policía se ha puesto en contacto con Ruby y puede en cualquier momento presentar cargos contra ti, y debido a tu anterior delito impune y las pruebas que están en la caja fuerte del abogado, estarás en un buen lío. Por suerte para ti, tu futura ex esposa no tiene intención de que te detengan siempre y cuando cooperes —dijo Olivia dando un sorbo a su bebida porque, aunque había ensayado su discurso una y otra vez, mirar a los ojos oscuros y llenos de odio de su hijo era extremadamente inquietante, así que necesitaba ceñirse a los hechos y terminar con esto.

Marcus se llevó el vaso a los labios con una mueca mientras hablaba.

—¿Chantaje, madre, otra vez? Se te da bien esto y ahora incluso le pasas consejos a mi encantadora esposa. Muy loable, debo decir. Entonces, ¿qué se supone que debo hacer en este jueguecito vuestro? —dijo Marcus, blanco de rabia mientras miraba con vehemencia a su madre.

—Como habrás notado, la casa se ha puesto a la venta y con suerte se venderá rápidamente. Una vez hecho esto, el cincuenta por ciento de los ingresos irá para Ruby, con el resto puedes hacer lo que quieras. En cuanto a los niños, espero que establezcas pagos regulares y generosos para su crianza. Esto se puede ingresar en una nueva cuenta bancaria que se ha abierto a nombre exclusivo de Ruby. Por último, hasta que se te contacte e invite a ver a los niños, te mantendrás bien alejado y no harás ningún intento de encontrarlos. ¿Están claras y son aceptables todas estas condiciones? —dijo Olivia observando a su hijo mientras reflexionaba sobre sus instrucciones, notando que parecía inusualmente sumiso y por un segundo realmente pensó que estaría de acuerdo hasta que, de repente, echó la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas, terminando su hilaridad con un largo resoplido sarcástico.

Entonces Marcus habló, mirando a su madre a los ojos.

—Si crees por un segundo que le voy a dar a esa fulana un solo céntimo de mi casa, vas lista. La compraste con mi herencia, ¿cómo te atreves a esperar que le dé algo? Deberías estar de mi

lado, ¿por qué demonios le darías dinero? Los niños pueden tenerlo cuando estés muerta, pero ella no. Ni de coña se va a ir con un duro, ¿te enteras? —dijo Marcus, que ahora temblaba. Nunca había estado tan conmovido o enfurecido en toda su vida.

Olivia se mantuvo firme.

—Marcus, déjame dejarte algo muy, muy claro. En lo que respecta a las herencias, estás jugando en terreno resbaladizo y lo has estado haciendo durante mucho tiempo. A quién dejo mi fortuna es asunto mío. Soy yo quien decide quién creo que la merece y, en este momento, estás al final de la lista, justo después del santuario de gatos de Chester. Así que, ¿empezamos de nuevo? Harás exactamente lo que te digo, de lo contrario, en el momento en que te salgas de la línea, le pediré a David que me traiga mi testamento, que para tu información ya ha sido modificado, y sin más dilación lo firmaré y te desheredaré con un simple trazo de pluma —dijo Olivia, que estaba a punto de continuar cuando Marcus habló entre dientes.

—No te atreverías a hacer eso. Soy tu hijo y me lo debes. Todo es un farol y sé que no podrías soportar los cotilleos y el escándalo. Es una broma... todo esto es una gran broma —dijo Marcus con una sonrisa de suficiencia, pero bajo su exterior tranquilo estaba entrando en pánico porque nunca había visto a su madre así y tenía la creciente sospecha de que realmente lo decía en serio.

Marcus ya había notado que en la repisa de mármol, donde antes descansaba una historia fotográfica de su vida, ahora había fotos de Oliver y Lily y, para su desagrado, de su esposa.

Olivia arqueó sus cejas perfectamente perfiladas y continuó, haciendo caso omiso de sus comentarios.

—Además, he tenido una larga reunión con el Presidente y le he informado detalladamente de tus, digamos, travesuras. Junto con los informes negativos que ha estado recibiendo de nuestras oficinas en el Lejano Oriente, ambos estamos bastante descontentos con tu rendimiento en general. En consecuencia, hemos decidido que ya es hora de que aprendas el significado del trabajo duro y se te ha asignado un puesto en la fábrica de Leicester. Será un traslado temporal y una oportunidad estupenda para que alguien de la oficina de Manchester pruebe suerte, además de la ocasión de disfrutar de los placeres de viajar en primera clase y ascender en el mundo — Olivia hizo una pausa antes de dictar el resto de la sentencia de Marcus.

—Una vez que hayas terminado en las Midlands, te irás a China. Parece que es un mercado emergente y tenemos algunos contactos que necesitan seguimiento, junto con muchas fábricas que nos gustaría que inspeccionaras. Puedes quedarte con tu coche por ahora, así que una vez que se venda la casa puedes escabullirte a tu piso de soltero y continuar con el estilo de vida que parece preferir, en lugar de tu encantador hogar y familia. Por el momento, también quisiera que te mantuvieras alejado de aquí. No tengo nada que decirte y, en un futuro próximo, hasta que te hayas redimido o al menos hayas cumplido con mis condiciones, creo que será mutuamente beneficioso seguir con nuestras vidas por separado.

Después de dar un sorbo a su bebida, Olivia continuó.

—Ten por seguro que te vigilaré muy de cerca, Marcus, así que no pienses que puedes engañarme y si escucho un solo informe negativo, te juro que cumpliré todas mis amenazas. Dejé que la preocupación por el escándalo me obstaculizara hace muchos años, impidiéndome tomar decisiones sensatas, lo cual siempre lamentaré. Así que, por favor, ten la certeza de que no temo a los cotilleos. Se pueden ver cosas mucho más interesantes en la televisión diurna que en las frondosas calles de Prestbury, y los dramas familiares de los Cole son de poco interés estos días. Ahora, estoy segura de que tienes mucho que decir al respecto, así que adelante, haz lo peor que puedas —Olivia estaba agotada por su discurso y decidió que era el momento de sentarse, sus

piernas estaban un poco temblorosas por los nervios y necesitaba otra copa para fortalecerse.

Marcus permaneció en silencio unos instantes, observando a su madre tomar asiento y dar un sorbo a su gin-tonic. Fue entonces cuando notó el temblor en sus manos y, detectando debilidad, cambió de táctica.

—Vaya, realmente lo has pensado todo, ¿verdad, madre? Hasta el último detalle. No sé qué te habrá contado esa furcia para justificar todo esto, pero te ha lavado el cerebro, ¿no es así? ¿Se te ha ocurrido pensar que todo este tiempo podría haber estado atrapado en un matrimonio infeliz? Ruby es insoportable y ha hecho de mi vida un infierno, ¿lo sabías? No, claro que no. Has saltado inmediatamente en su defensa y te has creído todo lo que ha dicho. Es inestable, ¿sabes?, y depresiva. He hecho todo lo posible por ocultarte la verdad para que no te disgustaras, pero los últimos años han sido una pesadilla para mí y me preocupa dejar a los niños solos con ella. Ni siquiera tiene amigos, por el amor de Dios, ¿qué te dice eso? —Marcus esperó una respuesta, pero al no obtenerla, ligeramente desconcertado, continuó.

—Incluso amenazó con tirarse por las escaleras justo antes de que me fuera a Hong Kong, simplemente porque no le dejé llevar a los niños de vacaciones, pero estaba aterrado de que no los cuidara bien. Amo a mi familia y no soporto la idea de separarme de Oliver y Lily. Ojalá hubiera acudido a ti antes con mis preocupaciones, y quizás podríamos haber resuelto esto juntos, pero ahora te has puesto de su lado y, francamente, estoy destrozado de que me des la espalda de esta manera —Marcus se llevó las manos a la cabeza y respiró profundamente, esperando que su madre hablara.

El sonido de un aplauso lento sacó rápidamente a Marcus de su mundo de fantasía.

—Muy bien hecho, Marcus, buen intento, y tu pequeña actuación rozó lo convincente, pero verás, no me he creído ni una sola palabra. No te importa un bledo tu familia. Me sorprende que incluso recordaras los nombres de los niños. Has sido un padre horrible y un marido despreciable. Ni yo ni ningún jurado del país creería esas cosas que has dicho sobre Ruby. Incluso tu propio hijo me ha contado cómo la tratas, y a él. Todos hemos sido testigos del resultado de tu violencia y si alguien es inestable por aquí, esa persona eres tú. No vuelvas a intentar engañarme con tu versión retorcida del matrimonio. Tú solo lo has hecho así y ahora tendrás que pagar el precio —Olivia estaba furiosa y apenas podía contener su ira por más tiempo.

Y entonces Marcus estalló.

—¡Traidora! ¡Traidora sin agallas! Ja, pero se me olvidó por completo mi padre... ¿qué podía esperar de una mujer que redujo a su propio marido a nada más que un inquilino sin un céntimo? Oh, sí, papá me lo contó todo sobre cómo lo trataste, obligándolo a vivir aquí contigo y esas viejas locas, negándote a divorciarte de él y dejándolo sobrevivir con las migajas que le arrojabas. Pues bien, a mí no me tratarás así. Prefiero morir antes que hacer tu voluntad. No me iré a Leicester y desde luego no me iré a China. No seré barrido bajo la alfombra como mi pobre padre, así que puedes despedirme. Vamos, te reto. Entonces te llevaré a ti y a tu maldito imperio a los tribunales y arrastraré tu nombre por el barro. Dios no quiera que el apellido Cole se manche con un escándalo, ¿qué haríamos, mamá? Puedes meterte tus condiciones por donde te quepan. Me estoy enfrentando a ti como padre debería haber hecho hace años, entonces podríamos haber dirigido la empresa a nuestra manera y haberte puesto en tu sitio —Marcus bebió de un trago lo que quedaba de su whisky y golpeó el vaso contra la mesa pulida, con un brillo de triunfo en sus ojos enloquecidos.

Olivia se enfrentó al desafío, visiblemente temblando de rabia y odio contenido hacia un hombre cuyo nombre apenas mencionaba.

—No te atrevas a pronunciar el nombre de ese hombre en mi casa. Tu padre era aún más repugnante de lo que tú eres ahora. No tienes ni idea de lo que estás hablando y si lo supieras, sabrías que deseo con todo mi corazón haberme divorciado de ese desgraciado cien veces. No se merecía nada porque, al igual que tú, esperaba riqueza y no estaba dispuesto a dar nada a cambio. Ese parásito arruinó mi vida y mató a mi hija. ¿Me oyes, Marcus? Asesinó a mi bebé y nunca le perdonaré por eso, jamás. Ahora sal de esta casa y no vuelvas hasta que yo te invite. Tienes veinticuatro horas para aceptar mis propuestas, de lo contrario te desheredaré. ¡Lárgate de mi vista antes de que llame a David ahora mismo y le haga traer los papeles esta noche para que los firme! ¡Fuera, fuera, fuera! —dijo Olivia temblando de pies a cabeza, con la voz quebrada por la histeria.

Marcus nunca había visto a su madre tan enfadada y retrocedió con cautela, aturdido por sus amenazas y finalmente sin ninguna duda de que hablaba en serio. Cuando Henry irrumpió en la habitación para ver qué era todo ese alboroto, apenas reparó en Marcus y centró su preocupación en Olivia.

Al llegar junto a ella, Henry se volvió hacia la causa de la ansiedad y, con su voz más firme de maestro de escuela y una mirada fulminante, echó a Marcus de la habitación.

Marcus estaba en estado de shock. Sentado tras el volante de su coche en la entrada, casi hiperventilando, aturdido por la crueldad de las palabras de su madre, horrorizado de que ella se volviera contra él de esa manera. Lo peor de todo era que se daba cuenta de que, a pesar de sus protestas e intentos de hacerla cambiar de opinión, ella no iba a ceder. A menos que aceptara su trato y siguiera sus reglas, lo perdería todo. Los niños eran lo último en su mente porque de todas formas no habría sabido qué hacer con ellos, y en cuanto a esa zorra de Ruby, nunca quería volver a verla. No podía imaginar una vida sin sus lujos y de ninguna manera arriesgaría su herencia, así que eso significaba que estaba jodido. Le gustara o no, tendría que ceder a sus exigencias y permitir que lo exiliaran a sabe Dios dónde. Marcus no soportaba Leicester y la idea de vivir en China tampoco le hacía mucha gracia, pero no dejaría que Ruby ganara, así que mientras fuera un buen chico, podría quedárselo todo.

En cuanto a su madre, bueno, no duraría para siempre y algún día, con suerte pronto, su imperio sería suyo y entonces sí que podría divertirse de verdad. Arrancó el motor, salió de la entrada y al girar hacia la calle, echó un vistazo al espejo retrovisor y notó cómo las grandes puertas de hierro se cerraban lentamente, dejándolo fuera. Cualquier persona normal habría sentido tristeza o arrepentimiento, pero Marcus lo vio como el insulto final y mientras se alejaba, sonrió con suficiencia. Él también podía jugar a largo plazo y ella se estaba metiendo con la persona equivocada. Mientras tanto, ahora que era un hombre libre, podría darse una vuelta por la ciudad y animarse con la primera afortunada que se cruzara en su camino. Iba a pintar Manchester de rojo y cargarlo todo a gastos, qué narices.

Henry luchaba por calmar a Olivia, que estaba inconsolable. Tantos recuerdos habían sido arrastrados a la superficie. Cicatrices profundas grabadas en su corazón se volvieron crudas y dolorosas una vez más. Recriminaciones y decisiones mal tomadas atormentaban su alma mientras los rostros de los que ya no estaban la perseguían cada vez que cerraba los ojos. Anhelaba sostener esas visiones en sus brazos y escuchar sus palabras de consuelo una vez más. Era demasiado para soportar, enfrentarse a la realidad y la decepción que era su hijo. Pero lo peor, lo que le causaba dolor físico, era echar de menos a sus queridos nietos más con cada día que pasaba. Estar al fin al alcance de alguien a quien podía amar y tratar como la hija que tanto anhelaba había sido un regalo del cielo, pero apenas había encontrado la felicidad, tuvo que dejarlos ir a todos.

Henry finalmente logró calmar a Olivia con la seguridad de que había hecho lo correcto, junto con promesas de una visita a Francia; una vez que el polvo se asentara, él lo arreglaría todo. Finalmente, sus lágrimas cesaron y fueron reemplazadas por imágenes felices. Mientras se relajaba en los brazos de su Henry, Olivia tuvo el pensamiento más extraño: imaginó que alguien esparcía polvo de hadas mágico en sus ojos y finalmente, con una sonrisa en los labios, se sumió en un sueño profundo y tranquilo.

OLIVIA Y RUBY

Habían pasado seis semanas desde que Olivia despidió a su pequeña familia en el aeropuerto de Manchester. Desde entonces, había estado viviendo en un mundo patas arriba, confundida por altibajos y vaivenes emocionales. Sometida a un torrente continuo de emociones, luchaba contra sus propios demonios y se enfrentaba a su subconsciente a diario. Sus momentos de alegría llegaban tras recibir fotos y llamadas de Ruby y los niños, que venían reconfortantemente adornadas con historias emocionantes de Oliver, contándoles con gran detalle sobre osos, pájaros y gallinas, o lo que fuera que hubiera hecho ese día. Lily siempre insistía en hablar con Golly, aunque no tuviera mucho sentido lo que decía; sin embargo, parecía totalmente encantada con unos perritos, así que aparentaba estar bastante contenta. Solo escuchar la voz de Ruby le decía a Olivia que se estaba recuperando, sonaba más ligera y cualquier rastro de tensión había desaparecido. Incluso tenía algo interesante que decir cada vez que hablaban, lo cual era muy diferente de la chica tímida que dejaba a sus hijos apresuradamente antes de escabullirse de vuelta a su coche.

Los momentos bajos llegaban sobre todo los días que siempre había reservado para llevar a los niños al colegio y las meriendas especiales, o cuando pasaba por la sala de juegos que estaba abarrotada con una gran variedad de sus juguetes y juegos. Últimamente, había optado por cerrar la puerta para evitar que le recordaran su ausencia. Olivia aún tenía su ronda de actividades y trabajo benéfico para mantenerse ocupada y la mayoría de los días agradecía al cielo por sus amigos y compañeros de bridge, cuya compañía la mantenía a flote, aunque por los pelos.

Olivia estaba consumida por tantas emociones que debía superar y enormes obstáculos la esperaban para frenarla cada día, desde el momento en que abría los ojos y recordaba que se habían ido. La peor emoción, temía, era el odio y un sentimiento que había reservado solo para Nigel. Ahora, Olivia atribuía la pérdida de sus nietos al comportamiento de su hijo y cuando estaba realmente baja de ánimo, culpaba firmemente de su partida a sus hombros. La única forma en que podía defenderse de sus pensamientos oscuros era diciéndose a sí misma que tuviera esperanza, tal vez él cambiaría, pero en su corazón sabía que era una tontería.

Luego estaba el miedo. Una terrible oleada la invadía cuando imaginaba perder el contacto con los niños y Ruby. A veces parecían estar tan lejos y ella estaba atrapada en una playa con la marea baja. La única manera de acallar el miedo era recordarse que en realidad, estaban a menos de dos horas de distancia y que tardaba más en conducir a Londres que en llegar hasta sus queridos nietos. La duda también era una visitante frecuente en el santuario interior de su mente. ¿Y si se olvidaban de ella? ¿Y si las llamadas telefónicas y los chats por internet no fueran suficientes para mantener su vínculo y, gradualmente, fuera reemplazada por otros a medida que se volvieran más independientes y la necesitaran menos? En sus peores momentos, Olivia

contemplaba llamar a Ruby y pedirle que volviera. Prepararía un excelente argumento sobre por qué deberían regresar, les prometería el cielo y la tierra si eso era lo que hacía falta. Podría insinuar que ellos también eran su familia, que los necesitaba y que deberían estar juntos aquí, en Inglaterra.

Las vacaciones de verano pronto llegarían y habría tantas oportunidades perdidas, tantas cosas que podrían estar haciendo juntos si vivieran a este lado del Canal. Esto confundía a Olivia, cuestionando sus acciones y su prisa por dejarlos ir. Luego se reprendía a sí misma por sus pensamientos egoístas y apaciguaba su conciencia con el conocimiento de que había acudido al rescate de Ruby y por eso debería estar orgullosa.

La única persona con quien Olivia había expresado sus pensamientos era, por supuesto, Henry, quien escuchaba pacientemente sus desahogos, secaba sus lágrimas y se dedicaba a la tarea de animarla y mantenerla en pie. Él también echaba de menos a los pequeños, especialmente a Oliver, que era un placer tener cerca y su protegido. Había tenido grandes planes para enseñarle todo sobre aviones e ingeniería y se sintió casi desolado cuando se fueron. La casa siempre se iluminaba cuando llegaban y eran los nietos que pensó que nunca tendría.

Su mayor temor, sin embargo, era que el potencial de Olivia para sucumbir a la profunda depresión que la había alcanzado y engullido por completo en el pasado pudiera despertarse de nuevo. Rezaba para que permaneciera dormida mientras vigilaba las señales y luchaba valientemente contra ella a diario. Fue por esa razón que en la quinta semana después de que Ruby se fuera, Henry concluyó que ahora que Marcus estaba instalado de forma segura en un pequeño piso en Leicester y había cumplido con sus condiciones, el camino estaba despejado y podía hacer planes para animar a Olivia a lo grande. Después de una mañana escudriñando internet y haciendo intensas llamadas telefónicas en voz baja en el estudio de Maurice, Henry estaba armado con impresiones, horarios y entradas, listo para la acción y ansioso por desvelar su sorpresa a Olivia.

Cuando entró en el comedor trayendo el almuerzo, la señora Wallace le guiñó un ojo alentador a Henry mientras colocaba el cuenco de ensalada sobre la mesa antes de salir discretamente de la habitación.

Mientras Olivia desdoblaba su servilleta, notó que su compañero de mesa estaba inusualmente inquieto.

—¿Por qué parece tan satisfecho contigo mismo, Henry? ¿Has vuelto a ganar a alguien al ajedrez por internet o has encontrado por fin tus gafas de repuesto? Pareces el gato que se ha comido al canario. Venga, ¿vas a trincar este pollo o te vas a quedar ahí jugueteando con ese montón de papeles? —dijo Olivia sonriendo mientras hablaba. Ninguna de las manías de Henry le molestaba realmente, pero le gustaba picarle.

—En realidad, querida, tengo una sorpresa para ti. Creo que es hora de que visitemos a Ruby y a los niños. Dijimos que iríamos pronto y creo que nos estamos demorando un poco. Sé que estabas preocupada por Marcus, pero parece que se ha calmado y está haciendo caso, así que decidí tomar la iniciativa y poner las cosas en marcha, por así decirlo.

Olivia había dejado el cuenco de ensalada y estaba toda oídos mientras dos pequeñas manchas rosadas aparecían en sus mejillas y sus ojos brillaban de emoción.

—Venga, Henry, ¿qué has hecho? ¿Cuándo podemos ir? ¿Dónde nos alojaremos?

Henry sonrió. —Paciencia, querida, déjame explicarte. He consultado todo primero con Ruby y la señora Wallace. Creo que he cubierto todos los frentes, comprobado todos los detalles y espero haber encontrado el lugar perfecto para nosotros —Henry revolvió sus papeles y empezó a buscar algo, luego perdió el hilo de sus pensamientos.

—Henry, por Dios, céntrate y cuéntamelo o iré ahí y lo veré yo misma —Olivia apenas podía ocultar la emoción y la impaciencia en su voz.

—Oh, lo siento, querida, me he despistado un poco. Sí, estaba pensando que como las vacaciones escolares están a punto de llegar y para ahorrarnos las molestias de ir y venir todo el verano, podría ser ventajoso encontrar un alquiler a largo plazo cerca del hotel de Rosie. Amablemente se ofrecieron a alojarnos, pero creo que están bastante ocupados y pensé que de esta manera, tal vez, los niños y Ruby podrían venir a quedarse con nosotros de vez en cuando y no estaríamos molestando en el hotel. Podemos tenerlo todo el verano y si necesitamos volver aquí por algo, podríamos fácilmente reservar un vuelo. Me he tomado la libertad de reservar un coche, un Citroën bastante bueno y lo suficientemente grande para salidas, así que, si me das el visto bueno, nos iremos a nuestro lujoso retiro campestre a finales de esta semana. ¿Qué te parece? —Henry levantó la vista de sus notas y vio que Olivia se estaba llevando la servilleta a la boca. Quizás se había tragado un hueso de pollo porque claramente no podía hablar.

Levantándose de un salto de su silla, corrió a darle palmaditas en la espalda donde, al observar más de cerca, se dio cuenta de que en realidad estaba sollozando en silencio. Ya que estaba de pie, Henry decidió que bien podría darle un golpecito de todos modos, solo para estar seguro, y mientras lo hacía, Olivia le cogió la mano.

—Gracias, Henry. Eres tan maravilloso y amable. Eres el hombre más considerado de la tierra y dondequiera que hayas elegido será perfecto, lo sé. Sin embargo, creo que deberías pasarme esa montaña de notas para que pueda comprobar que no nos vamos a quedar en un monasterio tétrico o en el quinto pino, y sé un cielo y sirve el almuerzo, estoy muerta de hambre. Debe ser toda la emoción —Olivia le besó la mano con cariño y esperó los detalles.

La idea de lujo de Henry a veces podía ser muy diferente de la suya, así que pensó que era mejor asegurarse. Cuando Olivia llegó a la fotografía de la casa, su corazón dio un vuelco. Distribuida en tres plantas, las paredes de arenisca crema de la casa de doble fachada con ventanas georgianas de marcos blancos rezumaban encanto y sofisticación. Situada en su propio terreno, había un garaje doble en la planta baja y en el frente, las ornamentadas barandillas de hierro protegían una escalera curva que conducía a la puerta desde ambos lados. Las fotografías del interior mostraban suelos de roble pulido, hermosos sofás y sillas contemporáneos que rodeaban la chimenea abierta más grande que Olivia había visto jamás. La cocina era de alta tecnología y moderna con una hermosa cocina y una larga mesa de pino. El comedor era espectacular y estaba decorado con gusto con muebles modernos, antigüedades y sillas de cuero de respaldo alto. Los dormitorios complementaban el resto de la decoración, con camas con dosel cubiertas de lujosa ropa de cama. Parecía una página de una revista brillante de alta gama y Olivia no podía creer que su Henry hubiera elegido semejante joya. En la parte trasera de la casa había un jardín con césped, abundante en flores y una terraza de madera, completa con una zona de comedor sombreada y una barbacoa con todos los extras. Al notar que Henry escrutaba nerviosamente sus expresiones, decidió sacar al querido hombre de su miseria y le sonrió desde su extremo de la mesa.

—Es perfecto, Henry, absolutamente perfecto, ¡igual que tú!

Olivia contemplaba los verdes campos del Loira mientras descendían a través de las nubes. La extensa ciudad de Nantes se acercaba rápidamente en el horizonte y, mientras seguía el serpenteante río Loira, apenas podía distinguir el arco de un puente recortado contra el sol. No podía esperar a que las ruedas tocaran la pista y, si fuera necesario, se abriría paso a codazos hasta el frente de la cola y pasaría el control de pasaportes antes de que cualquier rezagado pudiera pestañear. Desde el momento en que Henry le dio la sorpresa, fue como si hubiese

rejuvenecido. La señora Wallace había sido un ángel, ayudándola a prepararse y hacer las maletas, tranquilizándola con calma de que la casa estaría bien y prometiendo hacer una limpieza de verano de proporciones épicas mientras ella estuviera fuera. Como regalo especial y enorme agradecimiento por su continua lealtad y apoyo, Olivia y Henry le habían dejado un sobre en la cocina. Contenía un cheque, junto con una nota animando a su maravillosa ama de llaves a tomarse un par de semanas libres e ir a algún sitio agradable con el señor Wallace, invitación de ellos.

Olivia siempre se había enorgullecido de cuidar a las personas que la cuidaban a ella. Aparte de las niñeras, cuando su antigua ama de llaves, la señora Hunt, y Jed, el jardinero, se jubilaron, se aseguró de que estuvieran cómodos y bien atendidos en su vejez gracias a una generosa indemnización y atención sanitaria privada. Su padre había marcado el estándar, siempre recompensando el trabajo duro y la lealtad, haciendo su parte en la comunidad circundante y contribuyendo a organizaciones benéficas en todo el mundo. Desde su prematura muerte, Olivia continuó firmemente con esa tradición. Era incomprensible cómo su propio hijo había resultado ser como era a pesar de haberle dado lo mejor de todo; se había resignado al hecho de que solo podía ser el resultado de genes defectuosos por parte de su padre.

Ahora estaban en la aproximación y el corazón de Olivia se aceleró. Pronto, los vería en persona y podría abrazarlos a todos. Solo quería apretarlos fuerte y no soltarlos nunca. Oliver la había llamado después del colegio y estaba fuera de sí de emoción cuando escuchó la noticia, insistiendo en que era el polvo de hadas mágico lo que había hecho realidad sus deseos. Cuando dijo esas palabras, se le erizó el vello de la nuca a Olivia, le recordaba a algo pero no podía recordar exactamente qué era.

Parecía que había pasado tanto tiempo desde que se fueron y pensó que su corazón se partiría literalmente en dos, pero ahora tenían ocho largas semanas juntos. Dos meses enteros de verano con su familia por delante y no permitiría que el dolor del pasado se interpusiera. Miró a la derecha y sonrió con cariño a Henry quien, habiendo pasado la mayor parte de su vida volando, ahora prefería pasar el viaje leyendo National Geographic o The Times. Mientras aterrizaban, Olivia miró por las pequeñas ventanas cuando el aeropuerto apareció a la vista y mientras el avión rodaba lentamente, imaginó a su querido Oliver esperando dentro. Estaría rebosante de emoción y Lily, la dulce Lily, estaría volviendo loca a Ruby y corriendo por todas partes. Las lágrimas le picaban en las comisuras de los ojos mientras se los imaginaba a todos y si ese maldito piloto no se daba prisa y aparcaba este avión, Olivia iba a liberarse, abrir la puerta y saltar directamente a la pista para correr hacia ellos.

Dentro de la terminal, Oliver estaba hiperactivo y en alerta roja. Había revisado y vuelto a revisar los monitores de televisión. Ruby señaló la palabra Manchester, así que él se fijó solo en eso. Su cara estaba ahora aplastada contra el cristal que daba a la sala de llegadas y estaba empañado con vapor y marcas de labios y Dios sabe qué más que tenía pegado en las manos.

Tuvieron que salir ridículamente temprano solo para complacer a su ansioso hijo. Para pasar el tiempo, habían comido en el pequeño bistró dentro del aeropuerto que, afortunadamente, estaba a plena vista de las llegadas y la fascinante pantalla de televisión. Las manos de Oliver, manchadas de comida, estaban ahora firmemente presionadas contra el cristal y las huellas que dejaba harían un buen trabajo para los limpiadores del aeropuerto. Lily era ajena a la tensión en el aire, aunque entendía que Golly y el abuelo venían, pero aparte de eso estaba bastante contenta trepando por las sillas de la sala de espera.

A pesar de la felicidad que había encontrado en Francia, Ruby tenía que admitir que echaba de menos a Olivia y la única forma en que podía describir el sentimiento era como si le hubieran

dado un regalo encantador y luego se lo hubieran quitado cruelmente. La semana que habían pasado juntas era un recuerdo precioso aunque estuviera teñido de momentos horribles. Era un tiempo que Ruby siempre recordaría como el de haber encontrado a una madre y luego haber terminado demasiado pronto, lo que hacía que Ruby se sintiera increíblemente triste. Cuando Henry telefoneó para exponerles su idea a ella y a Rosie, estaba convencida de que el sol de verano brillaba más ese día y su corazón estaba ligero como una pluma, porque pronto los eslabones perdidos se unirían para hacer que su familia estuviera completa.

Recordar la amabilidad de Olivia antes de que dejara Inglaterra siempre le provocaba un nudo en la garganta a Ruby. No solo la había guiado a través de lo que necesitaba hacer, sino que se había asegurado de que tuviera dinero para vivir y mantenerse. Su suegra se horrorizó al saber que Ruby estaba casi sin dinero, sin nada propio y sin acceso a la riqueza de Marcus. Justo antes de que dejara Inglaterra, abrieron una nueva cuenta en el banco de Olivia y no solo hizo un ingreso sustancial para que su nuera comenzara, sino que también le dio un sobre lleno de euros mientras esperaban en la sala de embarque del aeropuerto.

Cuando Ruby le contó a Rosie todas las bondades de Olivia, su prima quedó asombrada y se sintió mal por haberla juzgado tan equivocadamente durante todos estos años. Siempre habían bromeado que entre ellas, les habían tocado las dos peores madres del mundo con Doreen y Stella, y por si eso no fuera suficiente, Ruby se había llevado además la suegra del infierno para colmo de su desdicha.

De las tres madres y contra todo pronóstico, Olivia había resultado ser la mejor de todas. Con suerte, estas vacaciones serían una oportunidad para conocerse mejor y crear vínculos. Pero Ruby tenía otras cosas en mente, aparte de Olivia. Por mucho que intentara apartar la verdad, sabía que eventualmente tendría que tomar una decisión sobre si deberían volver a Inglaterra o dar un salto de fe y establecerse en Francia. Sus pensamientos fueron bruscamente interrumpidos por la voz aguda de Oliver anunciando la llegada, por fin, de su abuela.

—Ahí está. Mamá, mira, ahí está la abuela, ¡y puedo ver al abuelo Henry! Saluda, mamá, saluda para que puedan verte —Oliver saltaba arriba y abajo agitando los brazos como un pájaro.

Justo en ese momento, Lily se quedó atrapada con la pierna entre el marco de acero de los asientos del aeropuerto, así que hubo un pequeño revuelo mientras la sacaban y luego estaban en la puerta, esperando a que se abriera. Ruby sujetó con fuerza la mano de Oliver para que no se interpusiera en el camino de nadie mientras Lily se retorció en su cadera, desesperada por libertad. Finalmente, los paneles de cristal oscuro se separaron y allí estaban.

Oliver saltó hacia adelante y dio un brinco hasta los brazos de Olivia, y entonces Lily se dio cuenta de qué iba todo el alboroto y empezó a gritar:

—¡Lita, Lita, Lita!

Ruby se quedó atrás y les dejó abrazarse como locos, tragándose un enorme nudo que le obstruía la garganta mientras se secaba lágrimas de felicidad.

Una vez que los niños habían saludado, con Lily ocupada tirando de las orejas de Henry y Oliver aferrado a la mano de su abuela como si le fuera la vida en ello, se dirigieron hacia Ruby, que de repente se sintió nerviosa y fuera de lugar.

No debería haberse preocupado porque cuando Olivia vio a su nuera, de pie al margen como siempre, observando y esperando ser invitada, inmediatamente abandonó sus maletas y a Oliver. Corriendo hacia ella con los brazos extendidos y en una nube de Chanel N° 5, Olivia envolvió a Ruby en un largo y cálido abrazo.

—Ruby, querida, estás estupenda y te he echado tanto de menos. Estoy tan contenta de que estemos aquí. Podría abrazarte todo el día y no soltarte nunca.

Cualquier reserva que Ruby pudiera haber tenido se esfumó, así que respiró aliviada, creyendo finalmente en las palabras y saboreando la sensación de pertenencia.

—Yo también te he echado de menos, Olivia. No puedo decirte cuánto. Vamos, vámonos, así podremos empezar nuestras vacaciones. Va a ser maravilloso teneros aquí todo el verano.

Y con eso, el feliz grupito se dirigió charlando hacia el mostrador de alquiler de coches. Cinco rostros ansiosos, iluminados por la emoción, el amor y la expectación; su pequeña unidad familiar, atando nudos y enlazándose, formando vínculos irrompibles... y eso incluso antes de haber salido del aeropuerto.

RUBY, ROSIE Y OLIVIA

El sol de finales de agosto abrasaba el Loira y Les Trois Chênes, bañando todo el campo y a los habitantes del hotel en un cálido resplandor. Daba vida a los cultivos en los campos que ahora estaban en sus etapas finales de crecimiento; pesados y abundantes con sus frutos, semillas y verduras, y a punto de la cosecha de septiembre. El sonido del verano estaba por todas partes, tractores retumbando por los caminos, libélulas y abejas zumbando en el aire, y el rugido de los aviones de la Fuerza Aérea Francesa surcando los interminables cielos azules. Aparte de eso, estaban rodeados de silencio. Su tranquilidad relajaba a todos en sus largos y calurosos días, respirando los aromas de las flores estivales, nadando en la piscina y disfrutando del aire fresco. Oliver y Lily estaban floreciendo, dorados y pecosos después de semanas jugando en el campo y excursiones a la playa o al lago.

Siempre había una variedad de lugares para elegir. O bien esperaban a que la abuela y el abuelo condujeran hasta el hotel donde todos nadarían juntos y luego almorzarían con Ruby, Michel y Rosie. Otros días, iban a su casa, que era encantadora, y podían dormir en las camas elásticas con las cortinas susurrantes. A veces, Ruby se quedaba en el hotel y ayudaba a Rosie porque estaban muy ocupados, así que en esos días los niños disfrutaban de las muchas atracciones del Loira.

Oliver estaba en su salsa en las Machines de l'île, situadas a orillas del Loira en Nantes, un mundo de fantasía de animales artificiales, basado en la obra de Julio Verne y Leonardo da Vinci. Daba vida a mecanismos intrincados en forma de Le Grand Éléphant: una gigantesca proeza de ingeniería andante, que te llevaba a dar un paseo por el astillero y rociaba agua a los asombrados espectadores desde su trompa. Le encantaba el Carrousel des Mondes Marins, una atracción de feria en tres niveles que contenía esculturas gigantes de animales y embarcaciones marinas. Oliver montó en el barco que rebotaba y echaba vapor, luego a lomos de un caballito de mar y, finalmente, se sentó en un cangrejo gigante con el abuelo Henry y manejaron las patas y las pinzas con palancas especiales mientras giraba lentamente al son de la mágica música marina. Otros días, llevaban un picnic al lago artificial y montaban en hidropedales o jugaban en el parque de arena. Les encantaba la playa de La Baule y Pornichet y fueron al Zoo Parc de Beauval. Henry no estaba de acuerdo con los zoológicos hasta que vio este y le comentó a Olivia que le recordaba estar de safari, porque aquí todos los animales estaban alojados en hábitats naturales y libres para deambular. Los favoritos de Oliver eran el tigre blanco, los pandas y el enorme manatí, pero antes de irse insistió en echar un vistazo a los osos, solo para hacerse una mejor idea de lo que estaba buscando en el bosque de pinos.

Ruby y Olivia se tomaron tiempo para ellas y pasaron muchas horas felices paseando por el mercado de Angers, comprando fruta y queso en los puestos o bebiendo café y charlando en pequeños bistrós, viendo pasar el mundo y riendo juntas bajo el sol de verano. Ruby también era dueña de un elegante guardarropa nuevo porque Olivia había insistido en regalarle algo cada vez que veían una boutique. El énfasis estaba en lo brillante y alegre después de que Olivia

comentara que Ruby tenía treinta y tantos años pero se había estado vistiendo como una duquesa viuda durante años y era hora de que sacase lo mejor de sí misma.

Olivia tampoco se quedaba atrás en cuanto a terapia de compras se refería, y ponía su tarjeta de crédito y su exquisito gusto a buen uso en cada oportunidad. También disfrutaba de la compañía de Rosie, que la hacía reír y cuyo entusiasmo y energía hacían que Olivia se sintiese joven de nuevo. Junto con Rosie, las tres mujeres disfrutaron de una visita al Salon de Beauté, seguida de una tarde muy alegre en el bar de Sebastien en el pueblo, bebiendo pastis y riendo como colegialas por tonterías. La imagen de Olivia haciendo su camino de vuelta medio borracha por el camino lleno de baches quedaría grabada para siempre en el cerebro de Ruby. Había caminado todo el camino de vuelta en medias (sus Manolos le apretaban un poco) y luego durmió la mona en una tumbona junto a la piscina, roncando como un camionero.

La mayoría de los domingos por la tarde, Michel se tomaba un descanso de su trabajo y todos se trasladaban a la casa alquilada de Olivia, donde cocinaba en la enorme barbacoa, que Rosie podía ver que codiciaba, y allí se sentaban todos en el precioso jardín, reunidos alrededor del calentador de gas, comiendo y riendo hasta que el sol descansaba en el horizonte. Fue durante una de estas noches, cuando el cielo se volvía naranja y las luces solares comenzaban a brillar a lo largo de los bordes floridos, que el espectro del hogar y las decisiones inminentes inevitablemente asomó su fea cabeza. Lily estaba profundamente dormida en el columpio, Oliver estaba acurrucado en una manta y fuera de combate, soñando en una tumbona al lado de Ruby, y Henry acababa de anunciar que le apetecía un trozo de tarta.

Todo fue culpa de Michel, porque fue él quien inocentemente se preguntó qué pasaba con la casa al final de la temporada y luego inquirió si Olivia y Henry volverían de visita en otoño. Con su manera directa, había asumido y esperado que Ruby se quedara y, siendo conocedor del plan secreto de su esposa, supuso que se había hecho lo suficiente para cerrar el trato. Una vez dichas las palabras, un silencio incómodo llenó el espacio donde antes había habido una animada charla, y todos esperaron a que alguien más hablara primero. Al final, fue Rosie quien rompió el silencio. Había cosas que debían decirse, así que mejor acabar con ello de una vez y, en realidad, se alegró de que Michel hubiera metido la pata.

—Bueno, eso nos ha dejado con un gran elefante en la habitación, pero supongo que tenemos que discutirlo tarde o temprano. Ruby, tienes que decidir si quieres quedarte aquí en Francia o volver a Inglaterra. De cualquier manera, hay que hacer planes, sobre todo por Oliver, porque no puede estar sin ir al colegio para siempre —dijo Rosie. Ruby abrió la boca, pero levantando la mano, Rosie continuó—: Antes de que hables, solo quiero que sepas que nunca te presionaré en una dirección u otra, la elección tiene que ser tuya, pero siempre habrá un lugar para ti aquí, eso está claro.

El corazón de Rosie latía con fuerza en su pecho y quería gritar "¡elígeme, elígeme!", pero en su lugar se mantuvo callada y esperó a que alguien más hablara, que resultó ser Olivia.

—Rosie tiene razón y yo siento lo mismo. Sea lo que sea que decidas, te apoyaré y, del mismo modo, siempre habrá un lugar para ti con nosotros en Inglaterra. Entonces, ¿cómo te sientes?, ¿qué te dice tu corazón que hagas? A veces, y créeme que tengo experiencia en este asunto, es mejor seguir eso que tu cabeza.

El corazón de Olivia también latía con fuerza, pero a diferencia de Rosie, no quería ser elegida porque después de mucha introspección y teniendo en cuenta tantas cosas, pensaba que Ruby y los niños deberían quedarse en Francia; sin embargo, hasta que Ruby tomara su decisión, mantendría su opinión para sí misma.

—Si soy sincera, no he pensado en otra cosa y, como de costumbre, he sido una cobarde y he

evitado el hecho de que necesito organizarme. Me encanta estar aquí y a los niños también. Estoy muerta de miedo por Marcus y solo pensar en subirme a un avión y estar en el mismo país que él, bueno, me pone enferma. Lo siento, Olivia. Espero que eso no te ofenda, después de todo es tu hijo —Ruby levantó la mirada para calibrar la reacción de los que la rodeaban, especialmente Olivia, que habló a continuación.

—Ruby, por favor, ya hemos pasado por esto suficientes veces. Marcus merece todas las críticas que se le hagan, así que siéntete libre de hablar como lo ves. De verdad que no me ofendo —dijo Olivia sonriendo amablemente y diciendo cada palabra en serio.

—Sé que has arreglado las cosas en el colegio y el director ha sido muy comprensivo, pero la idea de Prestbury y todos los otros padres, mirando y cuchicheando, bueno, me pone los pelos de punta. Aunque la casa esté en venta, podría llevar mucho tiempo encontrar un comprador y sé que podemos vivir con vosotros o alquilar algo, pero cada vez que imagino volver es como si una enorme nube estuviera sobre mi cabeza. Luego, cuando pienso en estar aquí, incluso en invierno, que Rosie me ha advertido que es gélido y nada que ver con los días brumosos del verano, mi corazón se alegra y definitivamente no hay nube —Ruby jugueteaba nerviosamente con los lazos de su camisa, pero tenía que tomar una decisión, así que siguió adelante.

—Pero cuando os imagino a ti y a Henry solos en Inglaterra, esa nube vuelve. Es cruel e injusto por mi parte separaros a largo plazo de los niños porque os quieren mucho y os echan de menos, y sé que vosotros los echáis de menos a ellos. Estoy tan dividida porque sé que Rosie y Michel se han acostumbrado a que estemos aquí y me encanta trabajar en el hotel y Oliver no se cansa del colegio del pueblo. La única forma de elegir es poner a los niños primero, así que quizás deberíamos dejar que Oliver decida, ¿o crees que es cruel dejarle la elección a él? Solo se sentirá exactamente como yo ahora, pero si tengo que elegir, van a ser los sentimientos de los niños por encima de los míos —Incluso mientras decía las palabras, estas hacían que Ruby se sintiera triste y preocupada, sobre a quién elegiría Oliver y luego dejar a los demás disgustados.

Ruby ni siquiera podía mirar a Rosie, quien sabía que desesperadamente quería que se quedara. Había dado suficientes pistas y era obvio que le ofrecería un trabajo en el hotel en un abrir y cerrar de ojos. Ahora la había decepcionado al no elegir directamente y podía sentir lágrimas de frustración y confusión forzando su camino hacia sus ojos.

Olivia habló a continuación.

—Ruby, por favor no llores. Realmente no hay necesidad porque hay algo que tengo que decir. He hablado de esto con Henry y nos damos cuenta de la dificultad que te causará tomar una decisión. Íbamos a abordar el tema pronto de todos modos, así que déjame tranquilizarte. Por supuesto que os echaremos de menos a todos si os quedáis aquí, sin embargo, este viaje me ha abierto los ojos a muchas cosas, sobre todo a la maravillosa forma de vida que los niños pueden tener en Francia. Sé que ambos podrían beneficiarse de una educación privada y vivir en una zona encantadora en Inglaterra, pero hay más en la vida que eso. También entendemos que Rosie y Michel son su familia también —Olivia hizo una pausa y dejó que sus palabras calaran.

—No quiero que te preocupes por Henry y por mí. Estamos bastante asentados en nuestras costumbres y tenemos mucho que hacer en casa para mantenernos ocupados y fuera de líos. Estáis solo a una hora más o menos y saber que podemos hablar con vosotros por teléfono y veros a menudo nos mantendrá en marcha, así que esto es lo que propongo. Si quieres quedarte aquí, entonces te doy mi bendición. Podemos volver en las vacaciones escolares o en cualquier momento que nos necesitéis y quizás cuando los niños sean mayores, puedan venir a quedarse con nosotros si quieren. Sin embargo, hasta ese momento, estoy feliz de acumular puntos de viajero frecuente, o como se llamen, para visitaros a vosotros y a esta maravillosa parte de

Francia. También espero que Henry y yo podamos unirnos a Rosie y Michel y ser parte de una gran familia porque ya nos han hecho sentir muy bienvenidos y realmente será un desgarrar tener que dejarlos a todos. Así que, teniendo todo en cuenta, creo que deberíais quedaros aquí.

Hubo una larga pausa y parecía que todos alrededor de la mesa contenían la respiración, esperando la respuesta de Ruby. Cuando se levantó de un salto de su silla y rodeó con sus brazos el cuello de una sonriente Olivia, todos supieron que había tomado su decisión.

—Gracias, Olivia, gracias. Pero solo me quedaré si prometes reservar vuelos para todas y cada una de las vacaciones escolares y algunas visitas entre medias, cuando quieras. Júralo o no hay trato —dijo Ruby, secándose una lágrima caliente y esperando su respuesta.

—Lo prometo, y si te hace sentir mejor, nos quedaremos hasta que Oliver empiece el colegio, solo para asegurarnos de que se ha adaptado. Bien, ahora que está todo arreglado, tienes que pensar dónde viviréis. Con el tiempo, vuestro escondite en el ático puede quedarse un poco pequeño y estoy segura de que Rosie y Michel podrían darle buen uso a esa habitación y llenarla de invitados —dijo Olivia, volviéndose para evaluar la reacción de Rosie, esperando no haber hablado fuera de lugar.

—Bueno, quizás pueda ayudarte con eso —dijo Rosie, mirando a Michel, quien asintió para que continuara.

—Tengo un par de ideas que me gustaría comentarte. Necesito algo de ayuda en el hotel y pensaba ofrecerte el puesto de ama de llaves, si te apetece. Sé que recibirás la manutención de "ya sabes quién", pero ganar tu propio dinero te dará autoestima. En cuanto al alojamiento, puedes quedarte en el ático indefinidamente, pero no hay nada en alquiler en el pueblo y me gustaría tenerte cerca por ahora, así que, ¿qué te parece la casa rural? Solo necesita que se conecte la electricidad y estará lista. Realmente no podemos alquilarla hasta que las otras estén terminadas, así que si la quieres, es tuya —luego Rosie miró a las pequeñas bellezas dormidas y continuó.

—Pero primero, creo que nos hemos olvidado de alguien muy importante con quien deberíamos hablar. ¿Y si Oliver realmente quiere volver a Inglaterra? No podemos preguntarle a Lily porque elegiría a Bill y Ben.

Todos asintieron y murmuraron su acuerdo, dándose cuenta de que Rosie tenía razón, justo cuando Oliver asomó su cabeza despeinada por encima de la manta.

Mirando a través del anochecer y la luz de las velas con ojos soñolientos, bostezó ruidosamente y luego habló.

—Esa es una pregunta fácil, quiero quedarme aquí. Me gusta mi nueva escuela porque hacen comidas deliciosas y Arno es mi mejor amigo. Se pondrá triste si lo dejo atrás. Ahora que la abuela y el abuelo vendrán a vernos mucho, sería tonto volver a casa. Entonces, ¿podemos quedarnos, mamá, por favor?

Todos los adultos se miraron entre sí y se dieron cuenta de que su pequeño fisgón, que nunca se perdía nada, probablemente había estado escuchando durante mucho tiempo. Sacudiendo sus cabezas y riendo, la última palabra fue para Ruby.

—Vale, pillín, tú ganas. ¡Nos quedamos! Pero solo si vuelves a dormir ahora mismo.

Oliver sonrió radiante, luego sus ojos se abrieron como platos.

—Pero, ¿y el pastel? Recuerdo que el abuelo dijo que iba a traer algo y definitivamente no he comido nada. ¡También tengo mucha hambre! —Oliver podía ser muy convincente, especialmente cuando se trataba de comida.

—Vale, pastel y luego a dormir. ¡Sin discusiones! —dijo Ruby, sonriendo con amor a su hijo.

Menos mal que quería quedarse porque la habría matado volver, aunque habría hecho el sacrificio por él y Lily, y sus adorables abuelos.

Las mariposas revoloteaban en el interior de Ruby y se sentía como una niña demasiado emocionada, sin saber si reír o llorar, así que decidió abrazar el momento y guardarlo en su memoria. Rosie y Olivia estaban enfrascadas en una conversación, con las cabezas juntas, sin duda tramando algo relacionado con ella. Los brazos de Rosie se agitaban por todas partes describiendo algo con gran detalle. Henry y Michel estaban cortando el pastel y repartiéndolo. Lily seguía en el país de los sueños y Oliver miraba fijamente las luces, sonriendo para sí mismo y perdido en su propio mundo.

Y entonces lo comprendió: este era realmente un nuevo mundo propio, para forjarlo ellos mismos con la ayuda y el apoyo de toda su familia. Por fin se sentía real, lo que Ruby siempre había deseado: su prima a su lado y una verdadera madre. El miedo finalmente se había esfumado y la preocupación había levantado su pesada carga de sus hombros; ahora podía echar raíces y empezar de nuevo.

Ruby observó la escena ante ella. Olivia aceptó un trozo de pastel de Michel y durante la pausa, Rosie la miró y sonrió, luego con un guiño, se volvió hacia Olivia y continuó su charla.

El corazón de Ruby se hinchó de felicidad y amor por las personas que la rodeaban, especialmente por su prima. Recordando un tiempo lejano cuando era un gorrión desaliñado y tímido, estar cerca de Rosie siempre la hacía sentir segura. Tenía tanto miedo de perder a su mejor amiga que un día, Ruby hizo jurar a Rosie que la cuidaría para siempre. Su águila dorada hizo un juramento de infancia y contra todo pronóstico, a pesar de la distancia y el paso de los años, en los buenos y malos momentos, nunca la defraudó. Rosie había recordado su promesa a Ruby, y la había cumplido.

RUBY EN LA ACTUALIDAD

Ruby escuchaba Radio Alouette, soñando despierta y cantando desafinadamente una canción de Pink mientras conducía por la tranquila carretera rural. Su ruta estaba flanqueada a ambos lados por setos en flor que cobraban vida con el cálido calor de mayo, y a través del techo solar le llegaba el aroma a hierba recién cortada de las cunetas recién arregladas. A lo lejos podía ver otra hilera de molinos de viento en construcción, una imagen que se estaba convirtiendo en parte habitual del paisaje en toda Francia. Volvía de casa de Anna después de unas horas de limpieza. Desde que su amiga inglesa había comprado una propiedad en el pueblo de al lado, Ruby se había buscado otro trabajito como cuidadora y siempre pasaba a darle un repaso justo antes de que alguien fuera a visitarla. Todo el mundo adoraba a Anna y a su familia, que pasaban el tiempo cruzando el Canal casi tanto como Olivia y Henry.

El sol calentaba el brazo de Ruby a través del cristal y se permitió una sonrisa de satisfacción, reconociendo la vida que llevaba ahora en la tierra del contento. Esta existencia le proporcionaba muchas cosas. Había amistad, no solo de Rosie y Anna, sino también de las madres del colegio de los niños, sus vecinos del pueblo y, desde que compró su casa en la nueva urbanización, Ruby se sentía realmente parte de la comunidad.

Una vez que se vendió la casa de Prestbury y la mitad de los ingresos se transfirieron a su cuenta, Ruby había rastreado la zona en busca de algo adecuado, pero nada le llamó la atención, así que, siguiendo el consejo de Rosie, se quedaron en la casa rural hasta que apareció el hogar adecuado. Fue con gran emoción que Hortense irrumpió en el hotel una fría mañana de noviembre y gritó escaleras arriba que tenía noticias urgentes que compartir. Deteniendo a una curiosa Ruby y a Rosie en seco y con el obligado café en el salón, soltó la bomba.

Hortense explicó que en la reunión del ayuntamiento de la noche anterior, presidida por su cuñado, el alcalde, se había votado por unanimidad aprobar los planes para una nueva urbanización en el pueblo. Las parcelas saldrían a la venta en unas semanas y, por lo tanto, Ruby tenía que darse prisa y apuntarse. No había tiempo que perder y, naturalmente, Hortense ya se había tomado la libertad de concertarle una cita. En consecuencia, poco menos de un año después, Ruby se convirtió en la orgullosa propietaria de una casa nueva de tres dormitorios después de dar el valiente paso de firmar y mudarse de la casa rural.

El día que recogió el gran sobre marrón del notario, que contenía el brillante juego de llaves y el certificado que decía que era propietaria de una vivienda, fue la guinda del pastel de la felicidad. Esto era suyo y nadie podía quitárselo. Simbolizaba una base sólida y, lo mejor de todo, los cimientos que sostenían la casa los apoyarían durante el resto de sus vidas. Después de vivir tanto tiempo con el miedo de convertirse en madre soltera o, peor aún, en Stella, desterró esos pensamientos de su mente al girar la llave en la cerradura y abrir la puerta de entrada a su

futuro.

Ruby se había entristecido al despedirse de la habitación del ático y luego de la casa rural porque habían sido perfectamente felices en su pequeña casa de vacaciones. Era muy conveniente para el trabajo, a solo unos minutos por el camino y, después de la llegada de André y Wilf, tenían la seguridad añadida de amigos viviendo justo al lado. Había sido una agridulce sorpresa para Rosie cuando recibió la llamada de André, diciéndole que se había lastimado la espalda haciendo esquí acuático en Italia y volvía a Francia para recibir tratamiento y beneficiarse del sistema sanitario francés.

Como tenía mucho dolor y dormir en la autocaravana se había vuelto un poco incómodo, le ofrecieron la casa rural número dos y se quedaron casi un año mientras André recibía fisioterapia, además de muchos mimos de Wilf y Rosie. Cómo se habían reído durante un invierno muy frío acurrucados alrededor de la estufa de leña por la noche, envueltos en mantas escuchando las exageradas historias de Wilf sobre su viaje de descubrimiento. Todos se turnaban para cortar leña y tenían un horario para mantener sus fuegos encendidos, y fue un tiempo que quedaría immortalizado en su memoria, junto con su primera Navidad en Francia.

El hotel estaba tranquilo durante el invierno, aparte de algún huésped ocasional que se quedaba una noche en el viaje de ida o vuelta, así que Olivia y Henry se quedaron en Les Trois Chênes durante todo el período festivo y, junto con Ruby y los niños, tuvieron su primera muestra de una Navidad francesa al estilo rural.

Llegaron al aeropuerto de Nantes cargados de regalos y golosinas para todos y pronto se instalaron alrededor del crepitante fuego de leña. Acurrucados entre su familia extendida y amigos, disfrutaron del ambiente del hotel y de la muy generosa hospitalidad de sus anfitriones. Era una tradición que se había repetido dos veces desde entonces, y Ruby no tenía motivos para creer que su cuarta Navidad en Francia sería diferente. Primero, sin embargo, tenían que pasar el verano y como el hotel y las casas rurales estaban reservados al completo para el período de vacaciones, Ruby esperaba estar muy ocupada toda la temporada y lista para un merecido descanso al comienzo del otoño.

Gracias al cielo por Olivia, que se había mantenido fiel y siempre estaba allí durante las vacaciones para cuidar de Lily y Oliver, quienes ahora daban por sentado que el abuelo y Golly estarían disponibles para atender todas sus necesidades. Era un arreglo que funcionaba bien para todos. Ruby amaba su trabajo y, como Rosie había sospechado, le daba autoestima y orgullo, además de una sensación de realización cada día al terminar su turno. Durante el curso escolar, dejaba a los niños en el colegio y luego iba directamente al hotel, y siempre terminaba a primera hora de la tarde, lo que le daba mucho tiempo para hacer sus cosas antes de recogerlos a la salida. El miércoles era su día libre, a menos que realmente la necesitaran; entonces los niños iban con ella durante unas horas y jugaban en casa de Rosie. Durante las vacaciones escolares, Olivia y Henry llegaban y se hacían cargo, y después de unas semanas con sus enérgicos nietos, siempre necesitaban volver a casa para descansar.

Ruby pensó en sus tareas para el resto del día y tenía justo el tiempo suficiente para pasar por casa y sacar a Freddo antes de que sonara la campana del colegio. Freddo era el querido perro de Oliver y Lily, un poco mestizo y mucho más grande de lo que cualquiera de ellos había esperado. Fue un regalo de Navidad de Michel, quien al parecer tenía la costumbre de comprar cachorros y creía que hacían un hogar completo. Freddo también debía protegerlos y hacerlos sentir seguros una vez que André y Wilf se fueran a más aventuras.

Fue con gran alegría y gritos de entusiasmo que sus hijos abrieron una cesta de picnic aquella primera mañana de Navidad para encontrar un cachorro negro, regordete y juguetero con

calcetines marrones y una mancha a juego sobre un ojo, esperando para saludarlos. Era un perro precioso y a Michel le habían asegurado que era un cruce de Jack Russell, sin embargo, al verlo ahora, Ruby estaba convencida de que su padre debía haber sido un Labrador callejero porque era enorme, pero los niños lo adoraban. Era un grandullón cariñoso y un perro guardián inútil, pero completamente entregado a todos ellos.

Era un corto paseo por el pueblo hasta la escuela y el camino de vuelta siempre lo hacían con otros padres y niños que vivían cerca. Arno seguía siendo el mejor amigo de Oliver y eran uña y carne, charlando sin parar en un mundo de fantasía, superhéroes y fútbol. Su hijo se había integrado bien y, tal como Sylvie había dicho, había aprendido a hablar francés y ahora estaba en camino de ser bilingüe. Incluso soñaba en francés porque ella le había oído murmurar en sueños.

Lily era una estrella y a la tierna edad de casi cinco años (como recordaba frecuentemente a todos) parecía imperturbable ante cualquier cosa o persona. Como miembro extrovertido y seguro de la familia, parloteaba en francés en la escuela y luego cambiaba sin problemas al inglés en casa para beneficio de Ruby. Lily era lista y astuta, discutiendo en francés con Oliver, sabiendo que podía salirse con la suya más fácilmente si su madre no captaba el quid de lo que estaba pasando.

Esta noche había Zumba en la Salles des Fêtes y allí, Ruby podía practicar su francés, que iba mejorando lentamente, con las otras mujeres. El ping-pong había terminado hasta el otoño, pero aún quedaba el bingo, o loto como se conocía aquí, aunque realmente no importaba cuál fuera la actividad, era muy diferente a su vida con Marcus. Ruby no pensaba a menudo en su ex marido, sin embargo, era inevitable que de vez en cuando algo le trajera un recuerdo o la hiciera comparar con cómo solía vivir. Pero a medida que pasaba el tiempo, las imágenes no tenían el mismo efecto sombrío que antes y había aprendido a descartarlas y pensar en lo positivo en su lugar. Al principio había sido un acto de malabarismo con los niños y se había esforzado por calibrar sus sentimientos y hacer lo correcto con respecto a su padre, porque al final, su existencia no podía negarse, especialmente cuando su propia madre era una visitante frecuente. Finalmente lograron resolver el dilema, principalmente debido a que Oliver habló y básicamente hizo todo mucho más fácil para todos ellos.

Aunque Marcus prácticamente se había desentendido de Ruby y los niños, una vez que se completó el divorcio exprés, Olivia insistió en que aún enviara tarjetas y regalos en las fechas señaladas. Era obvio que su madre compraba los regalos, ya que estaban bien pensados, todo lo que Marcus hacía era rellenar las etiquetas. Ruby aceptaba cada uno educadamente porque en el fondo sabía que Olivia se aferraba a la esperanza de una madre de que algún día su hijo podría sorprenderlos a todos y redimirse, así que lo hacía solo por ella.

En su sexto cumpleaños, Oliver leyó la etiqueta adjunta a su regalo, abrió el presente de su padre, luego empujó el avión de juguete a un lado y continuó rompiendo el papel del resto sin alboroto ni comentarios. Días después, el avión seguía en la esquina del salón y no había sido guardado en la habitación de Oliver junto con el resto de su botín de cumpleaños. Por curiosidad y preocupación, Ruby le preguntó por qué no lo había movido y él simplemente dijo:

—Porque no lo quiero.

Luego continuó preguntándole a su manera directa si podía decirle a Marcus que dejara de enviarle regalos. Oliver explicó que cuando recibía algo de su padre se sentía desanimado, diciendo con honestidad infantil que recordaba todas las cosas malas pero que realmente le gustaban sus cumpleaños. Así que, si estaba bien, preferiría no recibir más regalos de "él" porque lo estropeaba todo. Ruby, nerviosa y con sensibilidad, transmitió la conversación a Olivia, quien se disgustó al saber que Oliver se había visto afectado de esa manera y admitió la derrota en su

intento de tender puentes, pasando el mensaje directamente a oídos indiferentes y despreocupados.

Desde entonces, el único contacto que tenía era en forma de pagos de manutención, lo cual les venía bien a todos. Lily nunca había conocido realmente a su padre, por lo tanto no echaba de menos algo que no había experimentado, y si era sincera, Ruby se alegraba de que estuviera libre de los recuerdos que atormentaban a Oliver. En aras de la equidad y para limpiar su conciencia, Ruby había elegido un momento tranquilo cuando estaban a solas y le mostró a Lily fotografías de su padre que se guardaban en un sobre, no en el álbum familiar feliz. Ruby repasó cada una, dando una breve explicación, pero Lily se aburrió rápidamente: tenía mejores cosas en qué ocupar su mente, así que mostró un interés educado y luego continuó jugando con sus muñecas. Desde entonces, Ruby había dejado las fotografías en el sobre, estaban allí por si alguna vez Lily pedía verlas.

De las pocas e incómodas conversaciones que Ruby había tenido con Olivia sobre el tema de Marcus, había deducido que él había cumplido su tiempo en China y ahora estaba de vuelta en el circuito del Lejano Oriente. Apenas logrando comportarse, llevaba un estilo de vida despreocupado de soltero que conducía desde el apartamento de Quays y era un visitante poco frecuente en Prestbury, un arreglo que era mutuamente aceptable para todas las partes implicadas.

Apartando su mente de Marcus y volviendo al presente, la atención de Ruby se centró en otro personaje desagradable: el hombre que había estado merodeando por las carreteras de la zona y recientemente había robado y atacado a dos mujeres. La policía había pasado por el hotel para advertir a todos que un hombre desconocido estaba deteniendo a conductores y fingiendo estar herido o averiado y necesitar ayuda. Una vez que detenían sus coches, los asaltaba y les robaba sus pertenencias. Todo el mundo estaba atento a una furgoneta blanca y los gendarmes habían aconsejado especialmente a las mujeres que estuvieran en guardia y no se detuvieran por nadie en las rutas a veces desiertas alrededor de los pueblos.

Era una noticia importante y hasta había salido en la radio porque cosas así rara vez ocurrían en el campo y daba miedo saber que alguien andaba al acecho. Ruby se estremeció y siguió conduciendo, había cerrado las puertas y las ventanillas del coche a propósito, usando el techo solar para que entrara aire fresco. Se acercaba a los nuevos molinos de viento y a unas obras en la carretera, así que redujo la velocidad para esperar a que cambiaran los semáforos provisionales. Un equipo de obreros que descargaban una de las enormes aspas de la turbina la distrajo un poco antes de que volviera a concentrarse en las próximas vacaciones de mitad de trimestre y la inminente llegada de los abuelos.

Cuando Olivia y Henry venían de visita, se alojaban en el hotel o alquilaban la casa de verano si estaba disponible. Cuando Ruby compró su nueva casa, había supuesto que se quedarían allí, pero en su lugar le dieron una gran sorpresa. A Henry le encantaba el estilo de vida francés y no era muy aficionado a las reuniones sociales de Olivia, pero asistía a ellas solo para mantenerla contenta. En realidad, prefería trastear, leer y hacer lo suyo, así que una mañana, de repente, decidió que deberían comprar un pequeño pedazo de Francia para ellos. Así podrían pasar más tiempo al otro lado del agua y él podría escapar hábilmente de los rigores de formar parte de la alta sociedad de Cheshire. También se estaba convirtiendo en toda una odisea transportar ropa y alquilar un coche, así que si tuvieran una casa propia podrían simplemente subirse a un avión con equipaje de mano y, como por arte de magia, tendrían todo lo que necesitaban esperándoles cuando llegaran.

Sin más dilación y con un paso ligero, Henry buscó en Internet propiedades adecuadas e

incluso se compró un bonito Citroën negro, bastante deportivo. La casa que alquilaban anteriormente era preciosa pero demasiado grande y señorial -tenían una así en Inglaterra-, así que al final se decidieron por algo pequeño, pintoresco y manejable. Su pequeña casa de campo estaba situada en una pequeña aldea de otras tres casas y en las afueras de St Pierre. Tenía su propio huerto de manzanos y un pozo de piedra, dos dormitorios y una acogedora cocina y salón. Una vez que los albañiles la pusieron al día y la modernizaron, Henry y Olivia se mudaron a su casita de luna de miel, como la llamaban, y se entregaron a encender fuegos y disfrutar de la novedad de cocinar ellos mismos en la cocina económica.

Naturalmente, Ruby se aseguraba de que estuviera impecable antes de su llegada y los niños no podían esperar a dormir en sus literas en cuanto aparecieran sus abuelos. Ruby tomó nota mental de escribir una lista de la compra y hacer su parte en casa de Olivia, y tendría que comprar un regalo de cumpleaños para Sabine. La pequeña de Rosie cumpliría dos años a principios de junio y harían una gran celebración a la que Olivia y Henry llegarían justo a tiempo.

Michel y Rosie siempre organizaban una fiesta fantástica y ella la esperaba con ganas. Estarían todos, Anna y Daniel con su familia, Dominique y Zofia por supuesto, los niños de la escuela del pueblo, la familia de Michel y el inevitable dúo terrible, su hermano Henri y su compinche Sebastien, del bistró del pueblo. Todavía le hacían gracia al recordar cómo ambos competían por su atención en cada evento social al que asistían juntos y, por mucho que intentara darles largas o ignorar sus avances amorosos, no parecían captar la indirecta.

Ruby entendía perfectamente que había escasez de sangre nueva por estos lares y que una cara nueva, sobre todo alguien soltero y disponible, disparaba los niveles de testosterona de los agricultores solitarios. Pero Ruby no estaba tentada. Le habían roto el corazón dos veces y no le interesaba lo más mínimo repetir la experiencia. Tal vez tendría que sacar del armario su ropa vieja y aburrida y ponérsela para la fiesta en un intento de ahuyentar a sus admiradores. Pero como Rosie decía tan elocuentemente, todos estaban desesperados, así que ni siquiera llevar un saco de patatas y un pasamontañas serviría de nada.

Los semáforos cambiaron, sacando a Ruby de su ensimismamiento con listas y atuendos para centrarse en la carretera. La radio emitía a todo volumen a Michael Jackson, así que se puso a cantar mientras conducía. Los molinos de viento iban quedando atrás y Ruby ya pensaba en la cena cuando vio unos faros por el retrovisor. Al principio, su cerebro no registró el peligro inminente mientras observaba las luces parpadeando erráticamente. Luego, alguien sacó la mano por la ventanilla del conductor y empezó a agitarla frenéticamente. Fue entonces cuando las alarmas sonaron en sus oídos y las advertencias de los guardias civiles hicieron que el miedo corriera por sus venas. Darse cuenta de que el vehículo también era una furgoneta blanca disparó su nivel de adrenalina y el pánico se apoderó de su corazón. Lo único que podía hacer era huir. Los guardias civiles le habían dicho que no se detuviera, así que eso es exactamente lo que haría.

Pisando a fondo, agarró el volante y huyó. Ruby sabía que conducía demasiado deprisa y nunca había alcanzado esas velocidades, pero ahora el terror estaba al mando y si eso la salvaba del maniaco que tenía detrás, se dejaría llevar. La furgoneta no daba señales de rendirse y la estaba alcanzando, lo que solo podía significar que el conductor era realmente un loco y tenía la intención de hacerle vete a saber qué. Los pensamientos de Lily y Oliver cruzaron por su mente y las lágrimas le picaron en los ojos. Tenía la boca seca y los nudillos de sus manos empapadas en sudor estaban blancos por el esfuerzo de agarrar el volante y controlar el coche. La furgoneta se estaba acercando, así que su única esperanza era llegar al pueblo, pero estaba al otro lado de la siguiente colina y ni siquiera se veía todavía.

Ruby tuvo entonces una idea. Conocía bien esta carretera y sabía que giraba a la derecha un poco más adelante, y justo después, a la izquierda, había un estrecho desvío hacia la granja donde Dominique compraba leche fresca. El camino abandonado y lleno de baches continuaba a lo largo de los campos hasta la parte trasera del hotel. Los lugareños y los granjeros lo usaban como atajo, y si giraba rápidamente al pasar la curva, el loco no la vería y podría seguir de largo. El corazón de Ruby latía con fuerza mientras mantenía un ojo en la carretera y otro en la furgoneta. Al divisar la señal de advertencia que indicaba la curva en la carretera, tomó el giro y, una vez que su coche estaba fuera de vista, pisó los frenos y giró bruscamente hacia el camino de tierra. El coche patinó ligeramente y se tambaleó de lado a lado, pero logró mantener el control y, una vez que se enderezó, Ruby pisó el acelerador y salió disparada, con el corazón latiéndole como un tambor. Su lógica le advertía que si él la había visto, estaba perdida, porque este camino estaba aún más desierto y nadie podría oír sus gritos aquí. Sin embargo, su corazón aterrorizado estaba ahora al mando, así que conduciendo como una posesa, aceleró.

Las vacas en los campos miraban asombradas mientras el pequeño Fiat color crema pasaba zumbando junto a ellas en una nube de polvo. La mujer del granjero creyó ver algo pasar como un rayo mientras tendía la ropa, pero desapareció antes de que pudiera echar un segundo vistazo, mientras que su marido (que estaba sentado en su tractor justo detrás del granero, bebiendo a escondidas una botella de sidra) dio gracias a Dios por no haber venido en dirección contraria por el camino, de lo contrario habría sido una carnicería. El sudor corría por la frente de Ruby mientras los campos pasaban en un borrón y ella se concentraba en el camino que tenía delante. Dos veces ya, la parte inferior de su pobre coche había raspado la tierra al golpear baches profundos, pero ella siguió adelante. De ninguna manera se detendría hasta llegar a casa de Rosie. Para su alivio, no había visto ninguna luz de faros o, más importante aún, otro vehículo viniendo en dirección contraria. Al llegar a la cima de la colina que subía gradualmente, echó un rápido vistazo al sinuoso camino detrás de ella y estaba vacío. Lo había perdido, y mientras descendía por el otro lado, vio el techo del hotel asomando entre las copas de los árboles y casi gritó de alivio. Pasando la puerta de Zofia, redujo la velocidad y entró en el patio delantero de Rosie mientras el pánico comenzaba a disminuir.

Ruby permaneció inmóvil en su coche, el miedo fue rápidamente superado por el shock y mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad con manos temblorosas, su único pensamiento era entrar y llamar a los guardias civiles. Necesitaban atrapar a este hombre rápidamente antes de que alguien resultara muerto, así que con piernas temblorosas y conteniendo las lágrimas, Ruby corrió dentro para hacer la llamada.

ROSIE

Rosie estaba agotada. Sabine la había dejado exhausta todo el día y finalmente, después de que el calor de la tarde pudo con ella, la pequeña revoltosa se quedó dormida en su habitación, así que Rosie bajó las escaleras como un ratón, desesperada por no despertarla. En realidad, no había otra forma de bajar las escaleras porque en su avanzado estado de embarazo, un lento contoneo era todo lo que podía hacer. A los nueve meses, Rosie estaba más que en plena floración y se sentía como un globo inflado a punto de estallar en cualquier momento. Lo único que podía pensar ahora era: que venga ya. Cuanto antes llegara su bebé elefante, mejor, porque estaba acalorada, cansada e impaciente. No había ayudado que en las últimas etapas de su embarazo por fin hubieran podido mudarse a su granero restaurado, pero incluso el paseo por el camino hasta el hotel parecía una escalada de montaña, así que hoy había decidido quedarse en casa y desembalar algunas cajas más.

La reforma aún no estaba completamente terminada, pero los dormitorios estaban preciosos y el salón y la cocina de planta abierta solo necesitaban unos toques finales aquí y allá. Era funcional y aunque Michel pensaba que era el fin del mundo, ella podía vivir sin los azulejos que se habían perdido en el tránsito y probablemente estaban atascados en algún palé en España. Rosie no podía creer que después de todos estos años pasando por delante del granero destartado y parándose a sentarse en el tocón mientras imaginaba transformar la vieja ruina, ahora estuvieran realmente durmiendo bajo su techo de madera. Era un honor estar protegida cada día por sus muros de piedra que guardaban tanta historia y habían esperado pacientemente durante cientos de años a que alguien los rescatara.

Cogiendo un vaso de agua, Rosie se dejó caer en el sofá y se quitó el considerable peso de los pies, luego comenzó a desembalar una caja de cartón que contenía adornos y marcos de fotos. En la parte superior estaba una de sus posesiones más preciadas, la foto granulada de ella y Ruby, sentadas en el escalón de la casa de sus padres. Estaban apretujadas, con los brazos entrelazados y sonriendo al sol. A continuación, había una más colorida de ella y Michel el día de su boda invernal. Rosie sonrió con amor a la foto de su apuesto marido mientras reía a la lente de la cámara, con el brazo alrededor de la cintura de su nueva esposa, copos de nieve cubrían su pelo negro azabache y los hombros de ella. Había sido un día maravilloso, lleno de sonrisas y risas, rodeados de sus amigos y familiares y a pesar de la prisa por organizarlo en medio de las temperaturas heladas, todo salió perfectamente.

Una vez que Ruby y los niños se instalaron en el gîte, todos comenzaron una vida con orden y rutina. Michel y Rosie se volcaron en la creación del restaurante, mientras que el hotel estaba hábilmente atendido por su nueva ama de llaves. En lo que respectaba a Rosie, su vida era perfecta y no tenía motivos para sospechar que Michel se sintiera de otra manera. Sin embargo, a

pesar de sus viajes anteriores y su espíritu independiente, ahora anhelaba en secreto el compromiso y una familia propia. Conociendo bien a sus padres —que aún pensaban que vivían en la Francia de la posguerra— y observando su creencia en la santidad del matrimonio, Michel decidió que debía pedirle matrimonio a Rosie. La mañana de su cumpleaños, ella se despertó y encontró la mesa de café de su pequeño apartamento cubierta con un mantel blanco impecable y adornada con pétalos de rosa. Una botella de champán se enfriaba en el cubo y de alguna parte, Michel había conseguido fresas, lo que para él era un milagro ya que estaban fuera de temporada y eran un tabú en la mente obsesionada con lo orgánico de su pequeño chef. Estaba preparando huevos Benedict y cuando ella entró en la habitación, la guio hasta el sofá e insistió en que se relajara y esperara su comida.

Rosie sabía que algo pasaba porque podía notar que estaba nervioso. Cocinaba todos los días de su vida y el desayuno no iba a suponerle un esfuerzo, así que no era eso, y tampoco era un cumpleaños especial, entonces ¿por qué tanto alboroto? Entonces lo entendió, se comportaba así cuando le compró los cachorros, así que a menos que se equivocara, en algún lugar del hotel se había escondido otro regalo canino y ahora esperaba ser presentado. Rosie fingió no sospechar, especialmente cuando él hizo la rutina de "cierra los ojos, tengo un regalo especial para ti", pero esta vez Michel no salió de la habitación ni se movió del sofá de enfrente. Cuando medio gritó "sorpresa", lo último que Rosie esperaba ver al abrir sus cautelosos ojos azules era a Michel de rodillas y una caja con un anillo de diamantes.

Rosie sonrió para sí misma y miró su anillo de compromiso, recordando su cara aterrorizada cuando le pidió que se casara con él y su alivio cuando ella dijo que sí. Todavía no podía entender por qué estaba tan inseguro de su respuesta porque ella se había comprometido con él en cuerpo y alma el día que compraron el hotel. Una vez que los besos y la prueba del anillo terminaron, Michel anunció con valentía que ya había hablado con su tío, el alcalde. Podrían casarse el mes siguiente y tendrían la recepción en el hotel. Él se encargaría del catering, ya que sería una excelente práctica, qué mejor lugar para probar el menú con sus invitados.

Rosie no estaba muy segura de si debía sentirse ofendida porque su boda iba a ser utilizada como una prueba o dar una palmada en la espalda a su prometido por usar el cerebro. De cualquier manera, le encantaba que pensara por sí mismo y tuviera el valor de sus convicciones, así que ciertamente no iba a echar agua al fuego en su vientre ni estropear sus planes secretos. Como era su costumbre, Rosie y Michel se pusieron manos a la obra para organizar su boda como un equipo, lo que hay que decir que era propenso a algunas rabietas aquí y allá, pero al final, obtuvieron un resultado y un mes después, al final del noviembre más frío registrado, se casaron.

Sacar la foto de grupo de la caja llenó la cabeza de Rosie con un torbellino de recuerdos y emociones, que iban desde la amarga decepción hasta la gratitud que colmaba su corazón, el verdadero significado de la amistad y el amor incondicional. Ruby estaba entusiasmada con la boda, especialmente porque estaría allí para presenciarla y ser la dama de honor principal, y no atrapada en Inglaterra donde se le habría impedido asistir. Una vez que pasó la euforia, tuvieron que ir al grano, y fue entonces cuando surgió el desagradable tema de Doreen. Rosie había aceptado el hecho de que, hasta la fecha, su madre había mostrado poco interés o deseo de participar en su vida, pero seguramente querría estar allí para ver a su única hija casarse y conocer a su yerno. Con el ánimo de Ruby, Rosie envió una invitación manuscrita y esperó cautelosamente una respuesta.

Habían anunciado formalmente su compromiso y la próxima boda en una cena de cumpleaños especial donde Rosie aprovechó la oportunidad para pedirle un favor a su querido

amigo. Para ella, era como un padre y cuando hizo su petición, él respondió con voz quebrada por la emoción. André dijo que estaría honrado de entregar a su chérie, ya que para él, ella era la hija que nunca tuvo.

Mientras tanto, Michel planeaba su menú y Rosie hizo un viaje a Angers con Ruby donde compró un vestido blanco vaporoso con mangas largas acampanadas y un abrigo azul hielo de cuerpo entero, por si acaso hacía frío ese día. Si hubiera sabido que la tormenta de nieve del siglo estaba a punto de caer sobre el tranquilo pueblo de St Pierre y cubrir el Loira con un manto de nieve crujiente y profunda, Rosie habría comprado un jersey de lana, un gorro con pompón y unas botas de agua a juego.

Al colocar su foto en la mesa de centro, los ojos de Rosie se humedecieron ligeramente mientras miraba el feliz retrato familiar. Ruby se veía preciosa con su vestido azul que combinaba perfectamente con el abrigo de la novia, y Lily también se habría visto encantadora si no hubiera tenido huellas de patas por todas sus medias y vestido blancos. Lo único que permaneció limpio fue el fajín azul alrededor de su cintura. Todavía hacía reír a Rosie, recordando el alboroto cuando Olivia la vio cargando a Ben, el perro muy embarrado, literalmente dos minutos después de haberla vestido. Oliver se veía muy elegante con su traje gris y corbata azul y era el orgulloso portador de los anillos, un papel que se tomó muy en serio y había practicado caminando con un cojín durante días. Disfrutó de todo el evento y cuando vio a Rosie con su vestido de novia, exclamó ruidosamente y dijo que parecía una hermosa reina de las nieves, lo que la hizo llorar. Sus suegros, Marie e Yves, miraban orgullosamente a la cámara, vestidos con sus mejores galas y fingiendo ignorar la nieve y la temperatura en picado. Henri y Henry se veían muy elegantes y estaban de pie en la parte de atrás como centinelas mientras Olivia y su enorme sombrero estaban apretujados junto a los diminutos abuelos de Michel. A ambos lados de ellos estaban André y Wilf, el padre honorario de la novia y su pareja.

Solo faltaba una persona y esa era Doreen. Su carta llegó casi en el correo de vuelta, cuya velocidad le dijo a Rosie que su madre ni siquiera había deliberado o meditado sobre la decisión de no asistir. Obviamente era una elección fácil que no requería búsqueda interior ni tiempo para recopilar sus pensamientos; aquellos que luego permitirían la redacción de palabras amables para decepcionar ligeramente a su única hija. En cambio, la breve y cortante nota le decía a Rosie que no era un momento conveniente para hacer el viaje al extranjero —cualquiera habría pensado que estaba navegando hacia el Cabo de Buena Esperanza, no cruzando el Canal— ya que tenía compromisos con la iglesia y citas médicas que no podían cancelarse. No solo eso, en su mal estado de salud era injusto que Rosie esperara que viajara. Además, al no haber sido tomada en cuenta anteriormente o, para el caso, formalmente presentada, Doreen se sentiría incómoda entre desconocidos en una tierra extraña. Mientras leía la carta, la ira y el resentimiento recorrieron a Rosie. Como de costumbre, su madre estaba eludiendo cualquier culpa o responsabilidad. La decepción era esperada, pero de una manera extraña finalmente la liberó. Desde ese día en adelante, Rosie aceptó que su relación había terminado definitivamente. Nada más se podía hacer para tender puentes —había hecho lo mejor posible, pero estaba dando palos de ciego y lo había estado haciendo durante años, así que sin derramar una sola lágrima, Rosie rompió la nota y el sobre en pedazos, y luego los arrojó al fuego.

La siguiente foto que encontró era de ella y Michel, sentados en la parte trasera del remolque de un granjero. Rosie no podía creer lo que veían sus ojos cuando se despertó la mañana de su boda y vio el jardín. Habían escuchado el pronóstico del tiempo la noche anterior que decía que había posibilidad de una ligera capa, lo que emocionó a todos ya que se vería muy pintoresco y haría unas fotos preciosas. Era obvio que alguien en Meteo France no había hecho bien sus

cálculos o estaba mirando la pantalla de radar equivocada, porque la manta blanca que cubría todo hasta donde alcanzaba la vista ciertamente no era una fina capa de nieve. Además, seguía cayendo con fuerza y para la 1 de la tarde las carreteras alrededor del pueblo eran casi intransitables en coche. El teléfono no había dejado de sonar con invitados preocupados preguntando si la boda seguía en pie y, más preocupante aún, cómo diablos iban a llegar allí. Michel estaba en el restaurante, dando los toques finales a su festín mientras Rosie se preparaba nerviosamente arriba.

En el bar, un comité secreto de emergencia para la boda, liderado por Hortense y Henry, elaboró planes de contingencia que habrían enorgullecido al Sr. Churchill y al Sr. de Gaulle. La única forma de llegar a la Mairie donde se celebraría la ceremonia era a pie si vivías en el pueblo, o en tractor si no. Así que clavaron un mapa en la pared y Henry trazó una ruta que rodeaba St Pierre y las granjas de los alrededores. Luego llamaron a todos los invitados y les indicaron que caminaran hasta el final de sus calles o esperaran en sus puertas, donde serían recogidos a la hora señalada y llevados a la Mairie. Pascal reunió refuerzos adicionales y, junto con su vecino Gilbert, llegaron a las 14:00 con sus remolques limpios y listos para transportar pasajeros. Zofia y Olivia revoloteaban atando las guirnaldas de flores de los coches alrededor de los motores de los tractores y encontraron abrigos calientes o mantas para todos para protegerse del frío.

Siguiendo las instrucciones de Henry, Rosie viajó en el asiento delantero del primer tractor con Pascal, seguida de cerca por Michel conducido por Pierre, quien ya había recogido a un gran número de invitados perplejos y congelados. Los que se habían reunido en el hotel subieron a la parte trasera de los remolques y se acurrucaron bajo paraguas y mantas mientras avanzaban lentamente por el camino rural como un pequeño desfile de carnaval. Oliver pensó que era lo más emocionante que había hecho en mucho tiempo, especialmente cuando recogieron a su mejor amigo Arno y a muchas otras personas en el camino, todas vestidas con sus mejores galas de boda, calzando botas de agua y llevando bolsas de plástico con sus zapatos de baile dentro. La multitud que esperaba en la Mairie estalló en carcajadas cuando la procesión llegó a la plaza y los pasajeros multicolores saludaron alegremente —aunque todos pensaban que podrían morir de hipotermia, sufrían calambres severos y tendrían el trasero dolorido durante días.

Tras la ceremonia, oficiada diligentemente por el tío de Michel y presenciada por la mayoría del pueblo, los tractores emprendieron el viaje de vuelta al hotel, abarrotados hasta los topes con todo el séquito nupcial, el alcalde y sus invitados. Siguió una fiesta para el recuerdo cuando la humeante comitiva se apiñó en el hotel y se acurrucó alrededor del fuego mientras Dominique y Océane servían grandes copas y los huesos congelados se descongelaban. La celebración se prolongó hasta bien entrada la noche y se habló de la boda durante meses, considerándola la mejor juerga que St Pierre había visto en años.

Cómo llegaron todos a casa es otra historia, mejor mantenerla lejos de los oídos de los guardias civiles (bueno, los que no fueron transportados en la parte trasera de un remolque muy zigzagueante) y todo gracias a Pierre, el héroe de la jornada. Luchó valientemente por los caminos, ligeramente bizco y ocasionalmente viendo doble, pero gracias a que viajaba a un kilómetro por hora, logró no estrellarse y llevó a todos a casa sanos y salvos al amanecer.

La última foto era de Rosie y André frente al ayuntamiento, justo antes de que él la llevara dentro. En su muñeca lucía la pulsera de plata que le había regalado la víspera de su boda. Le había entregado una pequeña caja de joyas de madera que una vez perteneció a Clémence. Contenía una colección de pendientes, un fino collar de oro, algunos broches y la pulsera. André insistió en que se los quedara, un regalo de él y de su abuela adoptiva en el cielo, que quería que

pasaran a su chérie.

Rosie echaba mucho de menos a André y estaba deseando verlo en un par de semanas, ya que había prometido volver para el cumpleaños de Sabine y esperar la llegada del bebé elefante. Al igual que con su primer hijo, Rosie prefería tener una sorpresa en lugar de conocer el sexo de su bebé. Ni ella ni Michel esperaban uno u otro, siempre que estuviera sano... y se diera prisa en llegar.

Las fotos del bebé salieron a continuación. La primera era de los tres en el hospital, minutos después de que Sabine hiciera su entrada en el mundo a primera hora de la mañana. Michel literalmente lloró como un bebé cuando ella nació y fue un desastre emocional durante días. Su segunda favorita era de Oliver, Lily y Sabine. Los tres pequeños primos estaban sentados juntos en el sofá justo después de que la trajeran a casa. Lily pensó que Sabine era una muñeca hecha especialmente para ella y hubo un pequeño alboroto cuando Oliver la cogió primero. Desde entonces, Lily se había abierto paso a codazos y se había convertido definitivamente en la protectora a tiempo completo de Sabine y la que estaba al mando. Aun así, su hija idolatraba a su prima mayor y la seguía a todas partes, copiando todo lo que hacía. Oliver había perdido el interés en Sabine, principalmente porque era "una niña", pero siempre era amable y la cuidaba a su manera tímida. En cuanto a Lily, no necesitaba que la protegieran y podía cuidarse sola. Cuando Rosie veía a los niños jugando o comiendo en la mesa y charlando, sabía que Ruby había tomado la decisión correcta al quedarse, porque era allí donde pertenecían, todos juntos.

Rosie estaba muy orgullosa de su prima. Ruby se había adaptado bien al pueblo y al estilo de vida francés, y se esforzaba por dominar el idioma para poder seguir el ritmo de sus hijos. Además, era una amiga maravillosa y leal, y trabajaba duro en el hotel. Formaban un buen equipo y entre ellas encontraban un equilibrio perfecto, combinando sus vidas familiares y el trabajo, en parte gracias a un meticuloso horario y a la flexibilidad que les brindaba ser parientes. Olivia visitaba con frecuencia St Pierre y su llegada siempre provocaba gran entusiasmo en los tres niños, ya que nunca aparecía con las manos vacías. Pero sobre todo, porque era una súper abuela, la adoraban completamente, al igual que a Henry. Todo el mundo trataba a Olivia como a una reina, posiblemente debido a la elegancia y la serenidad que emanaba de cada fibra de su ser; sin embargo, en el fondo era una de las personas más amables y naturales que Rosie había conocido.

Cada vez que Rosie pensaba en Olivia y André y el papel que jugaban en sus vidas, se le ponía la piel de gallina porque, de alguna manera, Ruby había encontrado una madre y, a cambio, Olivia una hija. Rosie tenía un vínculo único con su querido André, eran una combinación perfecta: él era su padre y su amigo. Y sabía muy bien cuánto lamentaba no haber tenido hijos, así que, de muchas maneras, el destino los había unido a todos y los había hecho completos. Lo único que Rosie pensaba que podría faltar era algo de compañía masculina para Ruby, pero ella estaba decidida a preferir estar sola, bastante contenta tal como estaba. Así que, por ahora, Rosie no interferiría ni haría de casamentera por mucho que le picaran las manos por encontrar un novio adecuado para su prima entre los granjeros solteros y ansiosos del Loira.

Rosie miró el reloj. Necesitaba llamar a Océane y comprobar que había preparado una mesa para el grupo familiar numeroso que se alojaba en el gîte grande y había reservado para cenar esa noche. Le costaba delegar y dejar las cosas en manos de otros, pero agradecía toda la ayuda que recibían de la familia y del personal, así que Rosie hacía lo posible por no entrometerse. El hotel iba viento en popa y sus noches temáticas durante los meses de invierno eran todo un éxito, atrayendo a los lugareños e incluso a clientes de pueblos más lejanos, ofreciendo algo un poco diferente y un respiro de las largas y oscuras noches en el campo.

Los gîtes también iban bien. Habían instalado la piscina y una zona de juegos con arena para los niños, y su próximo proyecto iba a ser un camping en el extremo más alejado del campo. Fue una idea brillante de Wilf, así que al final de esta temporada empezarían a preparar las parcelas y tenían previsto construir un pequeño bloque de aseos y duchas. «Nuestro pequeño imperio», pensó Rosie con orgullo mientras doblaba el papel de seda descartado y lo guardaba.

Al oír que un coche se detenía frente a la casa, Rosie colocó la foto de André sobre la mesa y se dirigió a la puerta antes de que alguien pudiera despertar a Sabine; solo pedía otra media hora de paz y tranquilidad. Mirando por la ventana, vio que era Ruby, que a veces se pasaba antes de recoger a Oliver y Lily del colegio. Había estado preocupada por el hecho de que Rosie estuviera sola en la casa en medio del bosque cuando un loco andaba suelto por la zona. Desde la experiencia de su prima en el coche de rally mientras intentaba escapar del hombre de la furgoneta blanca, Ruby se había vuelto extremadamente nerviosa. Rosie le señaló que los gîtes estaban al otro lado de los árboles y llenos de veraneantes, y que podía ver la ventana de la cocina del hotel desde el salón, así que no estaba precisamente aislada. Sin embargo, Ruby no cedía y se había propuesto pasar a verla a diario, por si acaso.

Bueno, Rosie tenía buenas noticias en ese aspecto porque acababa de enterarse por el correveidile de Hortense de que su hermano, el jefe de policía, tenía al culpable bajo custodia después de que una patrulla aleatoria lo pillara merodeando en el aparcamiento del lago, así que ahora todos podían respirar tranquilos. Rosie sabía que la tensión de Ruby nacía sobre todo de malos recuerdos y de la huella que el comportamiento violento había dejado en su alma. Solo esperaba que con el tiempo aprendiera a confiar de nuevo y, con un poco de suerte, encontrara a alguien que realmente la mereciera.

DYLAN

Dylan estaba sentado en su coche al borde de la carretera con un mapa arrugado extendido sobre sus piernas. Miraba desalentado la pantalla del navegador, esperando desesperadamente que alguno de los dos le proporcionara alguna inspiración divina. El mapa estaba cubierto de círculos rojos que indicaban cada uno de los pueblos que había buscado en su cacería de Ruby. Había intentado ser metódico, pero era como buscar una aguja en un pajar y después de una semana conduciendo como un acosador enloquecido, no había conseguido nada. Al doblar el mapa, sabía que debería admitir la derrota y pasar a su siguiente trabajo, pero la idea de que ella estuviera aquí en Francia, en alguno de los pueblos o aldeas de los alrededores, le estaba volviendo loco. Apenas había dormido desde el día que la vio. Debió ser una casualidad y una coincidencia total que ella pasara por el campo en el que estaba trabajando, ¿o era el destino? Desde ese momento, su única misión en la vida había sido encontrarla y, por muy inútil que pareciera, simplemente no podía rendirse ahora.

Tenía que estar en La Rochelle en tres días y había planeado pasar sus bien merecidos días libres disfrutando del tiempo y relajándose. Sin embargo, desde que la vio, Dylan estaba tan alterado que pensaba que podría explotar por la pura frustración de haberla perdido de nuevo. Era su propia culpa estúpida haber perdido el contacto con Rosie y ahora ni siquiera podía llamarla y preguntarle dónde encontrar a Ruby.

Habían pasado más de cinco años desde que envió su último mensaje, pasando su nuevo número de móvil más un breve texto y dejándolo así. Unos meses después, le robaron tanto el teléfono como la cartera. En los días anteriores a los teléfonos inteligentes —y a las personas inteligentes que hacían una copia de seguridad de su lista de contactos en un ordenador—, de un solo golpe le robaron su único vínculo con Ruby. Llamó al Hotel Fairhaven donde trabajaba Rosie, pero le dijeron que se había marchado y que ciertamente no podían revelar información personal, y lo único que dijo la estirada recepcionista fue que había oído que se había mudado a Francia. Atando cabos, Dylan ahora suponía que Ruby debía estar aquí visitando a Rosie y si no localizaba pronto a una de las dos, se volvería loco.

A medida que pasaba el tiempo, los mensajes que había fantaseado en su cabeza de Rosie diciendo que Ruby le necesitaba nunca se materializaron. Cuando consiguió un nuevo contrato y cambió su número de teléfono, finalmente perdió la esperanza, enfrentándose a los duros hechos y a la realidad: el hilo que unía a Ruby, Rosie y él se había roto para siempre. Las novias iban y venían, pero ninguna de ellas estuvo a la altura de Ruby o siquiera se acercó a hacerle sentir como ella lo hacía, pero eso era cosa del pasado y era obvio que su matrimonio había sido un éxito y que era feliz sin él.

Dylan se volcó en el trabajo y ascendió rápidamente en su empresa. Seguía odiando el viaje

en helicóptero a las plataformas, pero a medida que ascendía de categoría, la necesidad de jugarse la vida se reducía considerablemente. Eso fue hasta que se ofreció voluntario para cubrir un turno de Navidad como favor a un compañero que quería pasar las vacaciones con su familia. Los duros vientos del Mar del Norte habían azotado la plataforma durante semanas y Dylan temía literalmente el vuelo de vuelta al puerto de Aberdeen. En lo que iba a ser su último viaje en helicóptero a casa, mientras el piloto luchaba contra la tormenta y se abría paso entre la lluvia torrencial y el viento aullante, se envió una señal de socorro desde la aeronave y el copiloto les preparó para lo peor. Milagrosamente, consiguieron llegar a tierra, pero por los pelos. Cuando Dylan bajó del helicóptero con las piernas como gelatina y las venas congeladas por el miedo, juró que nunca más volvería a poner un pie en una plataforma petrolífera, ni en un helicóptero.

En seis meses, Dylan se había diversificado y había encontrado un empleo alternativo en otro sector de la industria energética. Utilizando su máster en termo e hidrodinámica, se embarcó en una nueva carrera trabajando para una empresa que construía parques eólicos, aunque evitaba cuidadosamente los situados en alta mar. Le interesaba el cambio climático y las energías renovables, así que disfrutaba de su trabajo, que era variado e implicaba muchos viajes, y así fue como se encontró en Francia como consultor senior del proyecto actual de su empresa. Estaba absorto en el diagrama que le mostraba el supervisor de la planta cuando se distrajo con la música que sonaba en la radio de un Fiat color crema que esperaba en los semáforos temporales. Llevaba gafas de sol oscuras envolventes, pero incluso a través de las lentes negras supo al instante que era Ruby.

Se había vuelto para mirar la pala de la turbina y en el segundo en que vislumbró su rostro, su corazón dio un vuelco. El tiempo se detuvo por un momento y luego ella se puso en marcha, y cuando su cerebro registró este hecho, empezó a gritar su nombre. Sus compañeros pensaron que se había vuelto loco cuando se quitó el casco y corrió hacia su coche, que estaba totalmente bloqueado por el camión que transportaba la turbina, así que corrió hacia la furgoneta más cercana y empezó a gritar pidiendo las llaves. Finalmente, uno de los obreros rebuscó en su bolsillo y le pasó el mando, que Dylan casi le arrancó de los dedos.

Dylan condujo como un loco hasta la carretera, ignorando la luz ámbar y salió a toda velocidad en persecución de Ruby. Su corazón latía con fuerza mientras seguía el coche de ella, haciendo señales con las luces y agitando los brazos por la ventanilla, intentando desesperadamente llamar su atención y hacerla parar. Casi la alcanzó, pero después de que ella tomara una curva en la carretera y él llegara a la cima de la siguiente colina, se dio cuenta de que la había perdido. Tal vez se había desviado por uno de los caminos de la granja, no podía saberlo, pero estaba a punto de llorar de pura rabia y frustración por haber estado tan cerca. A partir de ese momento, en cuanto terminaba de trabajar y a veces antes de llegar al lugar de trabajo por la mañana, recorría las carreteras de los alrededores, escudriñando caminos y senderos con la vana esperanza de ver su coche. Su supervisor le sugirió amablemente que tal vez ella estuviera de paso y que podría estar a kilómetros de distancia ahora, sin embargo, algo en sus entrañas le decía que estaba cerca. Era instinto o un deseo ilusorio, pero casi podía sentir su presencia.

Hoy, su plan maestro era preguntar en todos los pueblos cercanos si alguien conocía a una chica inglesa llamada Ruby. Era una posibilidad remota, pero existía una mínima probabilidad de que alguien la conociera, o incluso a Rosie. Primero, tenía que encontrar un sitio donde alojarse porque se había dado de baja en el hotel que había reservado su empresa, pero una vez organizado eso, continuaría con su búsqueda. Tenía tres días enteros antes de tener que admitir la derrota, pero hasta que no hubiera agotado todas las vías de investigación y a sí mismo si fuera

necesario, seguiría buscando.

Después de dos horas mirando en patios de granjas y entradas de casas del pueblo con la vana esperanza de ver un Fiat color crema, Dylan se sentía confuso y frustrado por su incapacidad para leer un mapa correctamente. Todo empezaba a parecerle igual; la sospecha de que podría haber dado vueltas y visitado algún lugar dos veces no ayudaba. La sed y el hambre finalmente pudieron con él, así que al entrar en el tranquilo pueblo de St Pierre de Fontaine, Dylan se permitió un descanso y aparcó en el estacionamiento frente a la iglesia normanda, para luego dirigirse al bistró de enfrente. Dentro estaba tranquilo y fresco, así que pidió un Panaché y el plato del día. Había descubierto que en la mayoría de los sitios, por unos diez euros servían un menú de tres platos bastante aceptable con una pequeña jarra de vino y café, así que se recostó y se relajó un rato, contento de dar un respiro a su cerebro y ver pasar el mundo.

Dos mujeres entraron en el bistró, una llevaba una gran cesta de huevos que entregó al dueño, al que llamaron Sebastien. Después de muchos besos en las mejillas, rechazaron una bebida pero tuvieron una rápida charla y luego se fueron. A cambio, Sebastien se despidió en voz alta de Zofia y Hortense. Dylan sonrió para sí mismo, pensando que debía ser agradable vivir en un lugar donde los habitantes se conocían, o por otro lado, quizás se volvía un poco molesto si todo el mundo sabía de tus asuntos.

Este pensamiento le llevó a preguntar al camarero sobre Ruby cuando le trajo la comida. Desafortunadamente, el joven no hablaba ni una palabra de inglés y Dylan era pésimo en francés, así que se dio por vencido y en su lugar, se dedicó a su entrante de ensalada de huevos de codorniz con pequeños trozos de bacon escondidos entre las hojas verdes frescas. Cuando el camarero limpió la mesa y trajo su plato principal de estofado de conejo con patatas, lo hizo en un silencio cauteloso por ambas partes. Su postre de helado, decorado con finas hebras de caramelo, estaba delicioso y el café fuerte hizo que su corazón se acelerara, preparándole bien para la búsqueda del tesoro de la tarde. Dylan no había tocado el vino, ya que sabía que le daría sueño y necesitaba estar alerta.

Estaba listo para pagar la cuenta cuando el dueño se acercó a su mesa y se presentó jovialmente en un inglés básico. Su camarero, Noa, le dijo que el cliente quería información pero no entendía exactamente qué. Aliviado, Dylan preguntó si había algún lugar cerca donde pudiera quedarse unas noches. Los ojos de Sebastien se iluminaron y luego corrió hacia el bar, volviendo con un folleto impreso antes de darle indicaciones para llegar al hotel de su buen amigo Michel, asegurándole que estaba literalmente a minutos de distancia. Dylan estaba a punto de pasar a su segunda pregunta, cuando un grupo de hombres entró en el bar y distrajo a Sebastien de su conversación, se disculpó y fue a saludar a sus clientes que obviamente eran agricultores y habituales. Viendo que los apretones de manos y la alegre charla estaban en pleno apogeo y podrían durar un tiempo, Dylan dejó el pago en la mesa y salió silenciosamente del bistró. Podría preguntar en el hotel sobre Ruby y Rosie. Tal vez el dueño Michel podría ayudarle, pero primero necesitaba encontrar este lugar y ver si había habitación en la posada, así que siguió las indicaciones de Sebastien, arrancó su coche y salió de la plaza.

Al entrar en el patio de Les Trois Chênes su ánimo mejoró ligeramente; parecía un lugar encantador, lleno de encanto y carácter. Esperaba que no estuviera lleno porque sería bastante agradable pasar un par de noches aquí y descansar. Mientras esperaba en la puerta principal, podía oír el sonido de niños jugando al otro lado del edificio, y luego el ocasional ladrido de un perro. Cuando finalmente se abrió la puerta, una joven y guapa chica de pelo oscuro le saludó educadamente y le preguntó en un inglés perfecto si tenía reserva. Cuando le dijo que no, pero que le habían enviado desde el bistró, ella le invitó a entrar y comprobó en el gran libro sobre el

atril al pie de las escaleras. Sonriendo ampliamente, la chica que se presentó como Océane, le dijo que estaba de suerte, la habitación del ático estaba disponible. Se ofreció a mostrársela primero, pero le aseguró que era muy cómoda y tenía un pequeño baño privado y servicio para hacer té. Dylan había estado echando un vistazo al salón extremadamente elegante y acogedor, que estaba impecable y olía a cera de abeja, así que no tuvo reparos en tomar la habitación, diciéndole a Océane que esperara mientras salía rápidamente al coche a por su bolsa.

Una vez que tomó sus datos, Océane le mostró el ático y luego, tras comprobar educadamente que tenía todo lo que necesitaba, le dejó en paz. La habitación era de buen gusto, limpia y muy acogedora. Supuso que se usaba para familias pequeñas, ya que bajo los aleros, a ambos lados de la estancia, había dos camas de hierro antiguas, una de matrimonio y otra individual. El baño era compacto pero parecía bastante nuevo y más que adecuado para sus necesidades. Había una pequeña ventana recortada en la lejana pared de piedra y desde allí, Dylan podía ver por encima de las copas de los árboles. Divisó el tejado de un granero mientras abría el pequeño cristal para dejar entrar el cálido aire de mayo, junto con los gritos de los niños que había oído jugar antes. Se asomó tanto como pudo y apenas alcanzó a ver la esquina de una piscina donde dos jóvenes nadadores se salpicaban juguetonamente; uno era un niño de pelo oscuro y el otro, una niña más pequeña de pelo rubio.

Dylan dejó la ventana abierta y se tumbó en la cama de matrimonio. Estaba agotado por su infructuosa búsqueda y sus noches sin dormir, así que decidió darse una hora para recuperarse y recobrar fuerzas. Mientras su almuerzo de tres platos se asentaba en su estómago, los sonidos del campo y de los niños felices entraban y salían de la habitación y sus pesados párpados comenzaron a cerrarse. El cómodo colchón alivió la tensión de sus huesos mientras la tranquilidad de su entorno le arrullaba en un sueño profundo y pacífico.

El último pensamiento que tuvo, justo antes de entrar en el mundo de los sueños, fue sobre Ruby. Ahí estaba de nuevo, esa sensación. Podía sentir su presencia, como un aura a su alrededor, asentándose sobre él como la niebla, diciéndole que no se rindiera, que siguiera buscando. Mientras dormía, sus sueños eran de una chica rubia esperándole en una parada de autobús en un frío y gris día de octubre en Manchester. Luego, estaba sentado junto a ella en el piso de arriba, agarrando su mano con fuerza, solo para asegurarse de que no la perdería de nuevo. El camino frente a ellos se extendía, alejándose de la ciudad y a lo largo de un sendero sinuoso hacia colinas verdes y campos que se prolongaban hasta el infinito.

Dylan no sabía que mientras yacía en el ático, roncando suavemente y sonriendo en sueños, la protagonista de su sueño estaba a solo unos metros de distancia, sentada fuera junto a la piscina, viendo a sus hijos chapotear mientras Sabine babeaba y dormitaba plácidamente en sus brazos.

ROSIE, RUBY Y DYLAN

Ruby estaba perdida en sus pensamientos; su mente era un torbellino confuso de recuerdos y oportunidades perdidas, arrepentimientos y remembranzas de un amor perfecto. No podía sacarse a Dylan de la cabeza y había estado repasando su tiempo juntos, paso a paso desde el día en que se conocieron. Todo lo que podía ver cada vez que cerraba los ojos era su rostro. Esos ojos marrón claro, sombreados por el pelo rubio ceniza, sonriéndole en la parada del autobús. El trozo de papel en su bolsillo le quemaba en los pantalones de lino y las lágrimas de frustración que había derramado toda la noche amenazaban con volver en cualquier momento si no se concentraba y las apartaba. El día anterior había comenzado como un martes perfectamente normal, sin embargo, por la tarde había descendido a la incredulidad y la desesperación mientras era consumida por un torrente de emociones encontradas.

Al enterarse de que habían capturado al hombre de la furgoneta blanca, el ánimo de Ruby se alegró al instante y su conversación con Rosie se centró en la próxima fiesta de cumpleaños de Sabine. Naturalmente, Michel se encargaría de la comida y, siempre que hiciera buen tiempo, la mayoría de las actividades podrían realizarse en la terraza y alrededor de la piscina. Ya hacía suficiente calor para nadar, así que todos los demás niños podrían traer sus bañadores y chapotear un rato. Sensatamente, estaban pensando en alternativas para la lluvia o para niños hiperactivos que se aburrían fácilmente, y Rosie pensó que deberían tener algún tipo de entretenimiento, como un payaso. Ruby dijo que era una idea horrible porque daban un poco de miedo, así que en su lugar, optaron por un mago. Como le dolían los pies y Sabine estaba a punto de despertarse, Rosie le pidió a Ruby que subiera al hotel y trajera su gran agenda telefónica azul porque estaba segura de que al final, entre todos sus papeles, había un número de un animador. Cuando Ruby regresó, Sabine ya estaba despierta y armando alboroto en su habitación, con Rosie tras ella, intentando en vano vestirla.

—Bajaré en un minuto, estoy arreglando a la señorita. Busca ese folleto, ¿quieres? Estoy segura de que está por ahí —dijo Rosie sin aliento desde el balcón del altillo de madera.

—Vale, lo haré, y te prepararé un té cuando bajes. Dile a Sabine que tengo chocolate, pero solo si se porta bien con mamá —dijo Ruby mientras abría la parte trasera del libro y sacaba la carpeta que, entre otras cosas, contenía folletos y volantes publicitarios de eventos locales. Volcándolos sobre la mesa de centro, comenzó a revisar viejas postales y notas garabateadas que solo Rosie entendería.

Ruby encontró el anuncio de colores chillones casi de inmediato y lo dejó a un lado. Luego decidió ordenar el revoltijo de papeles variados en montones útiles antes de volver a meterlos en la carpeta. Una de las manías de Ruby era guardar publicidad inútil que llegaba por correo, así que se ocupó de clasificar los anuncios de muebles de jardín que tenían dos años de antigüedad,

entre otros papeles similares. Había terminado con las postales y los folletos y estaba empezando con los diversos papeles y notas, justo cuando Rosie comenzó a bajar las escaleras con cautela, agarrando con fuerza la mano de Sabine. Mientras Ruby alisaba cada uno y lo añadía al montón, se encontró con una nota adhesiva doblada que abrió, esperando que estuviera completamente obsoleta, pero al leer las palabras y los números, escritos con el estilo inconfundible y audaz de Rosie, se le paró el corazón. Allí, ante sus ojos, subrayado en tinta roja, había un número de teléfono y la palabra "Dylan". Sus manos temblaron al coger la nota y se le secó la boca. El corazón de Ruby latía con fuerza en su pecho y podía oír sus latidos en los oídos. Al levantar la vista, vio a Rosie que se había detenido al pie de las escaleras. Ruby sostuvo la nota frente a ella antes de hacer la pregunta crucial.

—Rosie, ¿por qué tienes el número de teléfono de Dylan y por qué no me dijiste que lo tenías? ¿Qué está pasando, por qué está aquí?

Ruby esperó su respuesta y pudo notar por la reacción de su prima que un millón de pensamientos corrían por su cerebro y Rosie estaba pensando cuidadosamente qué decir.

—Lo siento mucho, Ruby, lo había olvidado por completo. Debe de haber estado ahí durante años y, si soy sincera, nunca pareció ser el momento adecuado para contarte sobre ello o sacar el pasado a colación. Después de todo este tiempo, supongo que se me fue de la cabeza y simplemente lo dejé estar —dijo Rosie con las mejillas sonrojadas y sintiéndose terriblemente culpable.

—¿Qué quieres decir con contarme sobre ello? No lo entiendo. ¿Cuánto tiempo has tenido este número? —dijo Ruby, consciente de sus manos temblorosas y del tono de acusación en su voz.

—Mira, déjame darle algo de beber a Sabine y será mejor que le des ese chocolate, la mantendrá callada mientras te explico. Tengo la sensación de que no te va a gustar, pero antes de empezar, por favor, créeme, Ruby, que lo que hice fue pensando en tu bien, ¿vale? —dijo Rosie antes de irse rápidamente para traerle a su hija un poco de zumo, luego encendió la tele y la acomodó en el sofá.

Una vez que supo que Sabine estaba ocupada, Rosie se acercó y se sentó junto a Ruby antes de soltar un profundo suspiro. Entonces comenzó.

Las dos lloraron desconsoladamente. Las hormonas fluctuantes de Rosie solo empeoraban el problema, pero principalmente sus lágrimas eran de pena por haber guardado un secreto que, de haberlo revelado en su momento, podría haber ahorrado a su prima un montón de sufrimiento y, sin duda, muchos moratones.

Ruby lloraba por Dylan. Lloraba por el chico que se sentaba solo en las escaleras del Albert Memorial y por la chica estúpida con su vestido de novia que pasó de largo junto al amor de su vida y le rompió el corazón. No culpaba a Rosie, ¿cómo podría? Porque toda su vida solo había hecho lo correcto y, si los papeles se hubieran invertido, Ruby tenía que admitir que probablemente habría tomado la misma decisión.

Rosie miró a Ruby a los ojos antes de hablar.

—Quiero que sepas que si en algún momento darte ese papel te hubiera hecho feliz o hubiera cambiado tu situación, te juro que no habría dudado en hacerlo. Pero, ¿cómo te habrías sentido si hubieras llamado a Dylan cuando Marcus estaba en su peor momento, le hubieras pedido ayuda y él te hubiera rechazado o estuviera con otra persona? Sé que prometió estar siempre ahí, pero fue una declaración muy atrevida y la vida sigue. No podía arriesgarme a que te decepcionaran de nuevo. ¿Me crees, Ruby? Odio verte llorar y me siento fatal —dijo Rosie. Estaba agotada y sin fuerzas, pero su prima tenía peor aspecto.

—Si hay algo que sé, Rosie, es que no tiene sentido martirizarse por el pasado o desear poder cambiarlo. Ya he pasado por eso y tengo la camiseta, así que por favor no pierdas ni un momento en "qué hubiera pasado si", porque es una pérdida total de energía. Claro que te creo, tonta, y siento que hayas tenido que cargar con el peso de un secreto. Yo también te oculté cosas, así que ¿cómo ibas a saber que debías llamar a Dylan? O siquiera que necesitaba su número para que viniera a rescatarme. Ahora todo está al descubierto y al menos sé que realmente volvió por mí y, lo mejor de todo, que me amaba, tanto como yo siempre le he amado —dijo Ruby, y volvió a romper en llanto.

Más tarde esa noche, mientras yacía en su habitación con el papel que contenía el número de teléfono de Dylan sobre su mesilla de noche, Ruby repasó toda su vida, recordando los más mínimos detalles, examinando todas las pruebas mientras intentaba decidir si llamarle sería una locura. Quizás debería dejar las cosas como estaban, con dulces recuerdos agridulces y la certeza de que él había vuelto a Manchester. Comparó esto con el riesgo de una conversación incómoda y embarazosa que probablemente acabaría en rechazo. Fue la noche más larga de la vida de Ruby y cuando amaneció y los pájaros comenzaron a cantar, no estaba más cerca de saber qué hacer o cómo aliviar su corazón dolorido.

Ruby estaba agotada tras una noche en vela y no le apetecía ir detrás de Lily, que se estaba poniendo demasiado inquieta. Sus mejillas coloradas indicaban que necesitaba descansar del sol y beber algo fresco. Sabine empezó a moverse, así que Ruby decidió que todos deberían bajar por el sendero hasta el granero para ver cómo estaba Rosie, que había estado echando una siesta.

Cuando Océane apareció en la terraza, ayudó a Ruby a sacar a los niños resbaladizos de la piscina y a envolverlos en toallas.

—Gracias, Océane. Volveré luego para ver si necesitas algo antes de irme a casa y recogeré todos estos juguetes. ¿Has tenido mucho lío hoy? —dijo Ruby mientras subía a Sabine a su cadera.

—No ha estado mal. He repuesto el armario de la ropa de cama y he preparado la habitación cuatro para mañana. Ah, y tenemos un nuevo huésped en el ático. Parece muy majo... solo se queda unos días. Sus datos están en el libro, así que ¿se lo dirás a Rosie? ¡Y deja de preocuparte, que es tu día libre! —dijo Océane sonriendo, besó a Sabine y se despidió con la mano de Lily y Oliver antes de volver dentro.

Ruby se dirigió de vuelta a casa de Rosie con sus patitos, chapoteando por el camino con las toallas sobre sus cabezas. Oliver le dijo que estaba muerto de hambre y que esperaba que Rosie le hubiera preparado la cena, de lo contrario iría directo al hotel a buscar algo de Michel. Lily se paró mil veces para sacarse piedras de los dedos de los pies y luego Sabine dijo que necesitaba hacer pis.

Ruby pensó que cuanto antes terminara el día y pudiera irse a dormir, mejor. Al menos así podría tener algo de paz porque le dolía la cabeza y necesitaba desconectar.

Dylan despertó del sueño más profundo que había tenido en mucho tiempo. Se sentía como si le hubieran drogado y tardó un rato en recordar dónde estaba y por qué. Mirando su reloj, logró enfocar sus ojos cansados y vio que eran casi las 6 de la tarde. Estaba furioso, toda una tarde desperdiciada durmiendo, así que ahora tenía dos opciones: dar una vuelta rápida en coche y probar suerte antes de que anocheciera o bajar y preguntar al dueño si había oído hablar de Ruby y Rosie. Había un restaurante, así que podría cenar allí esta noche y estar fresco para mañana. Bostezando, Dylan eligió la segunda opción y se dirigió a la ducha, encendiendo el hervidor al pasar. Hacía tiempo que no tomaba una buena taza de té inglés y el pequeño bote en la bandeja contenía lo que parecía sospechosamente PG Tips.

Los niños ya habían comido, estaban vestidos con sus pijamas y viendo dibujos animados, así que Ruby los dejó con Rosie mientras volvía a la piscina para recoger sus juguetes, manguitos y todo lo demás que habían esparcido por el lugar. Cuando llegó, Océane se le había adelantado y ya había puesto todo en la cesta, listo para llevarlo de vuelta al granero. Ruby adoraba esta hora de la noche. El sol estaba a punto de ponerse justo detrás de la colina más lejana y podía oír el suave murmullo de los comensales en el restaurante. La idea de la comida le revolvía el estómago ahora mismo. Lo tenía tan lleno de nudos y nervios, pero le había prometido a Rosie que comería más tarde, después de llevar a los niños a casa y acostarlos. La terraza estaba extremadamente tranquila, así que Ruby eligió una tumbona y se tomó unos minutos para sí misma, observando el sol mientras se deslizaba con gracia fuera de la vista.

Recordando el consejo de Rosie del día anterior, que incluso si él estaba con alguien, Ruby aún podría contactar con Dylan y saludarlo, tal vez hacerle saber que estaba bien y decirle que sabía que él había vuelto el día de su boda. ¿Qué daño podría hacer? Solo una conversación educada y amistosa entre dos personas con historia. Sacando el trozo de papel de su bolsillo, Ruby lo miró fijamente por un momento y luego sacó su teléfono. De alguna manera sabía que lo llamaría cuando saliera del granero porque la idea de una noche más sin saber la volvería completamente loca. También se sentía muy tonta, como una adolescente reuniendo el valor para llamar al chico que le gustaba. Sus mejillas ardían de vergüenza y nervios y ni siquiera había marcado el número aún.

Respirando hondo, Ruby comenzó a teclear el código para el Reino Unido y luego, lenta y deliberadamente, completó los números escritos en rojo. Colocando el teléfono en su oreja, escuchó con manos temblorosas y esperó a que se conectara. Cuando oyó el tono monótono característico de un teléfono desconectado, su corazón se hundió como plomo mientras la humillación y la desesperación atormentaban su mente. Lágrimas calientes brotaron de sus ojos y un sollozo escapó de su garganta. Ya no podía contenerlo más, él estaba fuera de su alcance y sin contacto. Esta vez realmente había terminado y ahora, toda esperanza se había desvanecido.

Dylan bajó las escaleras y pasó por el salón y el bar vacíos. Esperó en la puerta del restaurante pero no había nadie alrededor, aparte de otros comensales que estaban absortos en sus propias conversaciones y no se habían percatado de él. Las puertas francesas estaban abiertas al final de la sala, así que siguió su instinto y salió a buscar señales de vida. Quedó impresionado con la elegante terraza empedrada y los costosos muebles de jardín que estaban dispuestos en conjuntos ordenados y miraban hacia la piscina y la vista del campo más allá. Luces de hadas estaban colgadas alrededor de la vegetación y comenzaban a brillar mientras el sol empezaba a ponerse. Dándose cuenta de que tampoco había nadie aquí fuera, Dylan se giró para volver adentro cuando escuchó un ruido. Venía del otro lado de la piscina y sonaba como alguien llorando. Estaba a punto de hacer una salida rápida cuando quienquiera que fuese, se puso de pie. Incluso desde atrás, podía notar que la mujer se estaba limpiando los ojos e intentando recomponerse. Justo cuando empezaba a girarse, los pelos de la nuca de Dylan comenzaron a erizarse. Había algo familiar en la forma de su cuerpo y en cómo llevaba el pelo recogido en una larga coleta y cuando finalmente le dio la cara, Dylan supo en ese segundo de puro alivio y alegría, que había encontrado a su Ruby.

Ruby se puso en pie y se secó los ojos. No tenía sentido quedarse allí sentada toda la noche llorando. Debía seguir adelante con su vida y volver con Rosie y los niños. Mientras se recomponía y echaba un último vistazo al orbe anaranjado en el horizonte, tuvo la extraña sensación de que la observaban y percibió que alguien estaba detrás de ella. Al girarse lentamente, miró hacia el restaurante y vio la silueta de un hombre, iluminado por las luces del

local. Estaba completamente inmóvil, mirándola fijamente desde la terraza. Al principio Ruby se sintió un poco inquieta, pero solo duró un segundo porque había algo muy familiar en la forma de su cuerpo y en cómo su pelo caía en suaves ondas alrededor de su rostro. En ese instante de increíble revelación y pura alegría, supo que su Dylan había vuelto.

Las luces de la terraza centelleaban como hadas, revoloteando excitadas alrededor de sus cabezas, esperando que algo sucediera, esparciendo frenéticamente polvo mágico y lanzando sus hechizos.

Dylan habló primero.

—Te he estado buscando por todas partes. Pensé que te había perdido para siempre y entonces te vi en la carretera. Te perseguí pero te escapaste. Iba a seguir buscando, pero estabas aquí todo el tiempo. No puedo creer que te haya encontrado. Mira, me tiemblan las manos. Estoy tan nervioso que no sé qué decir ahora —levantó sus manos temblorosas y escuchó su suave risa desde el otro lado de la piscina.

Ruby se secó los ojos mientras su corazón se elevaba.

—He estado aquí sentada llorando. Encontré el número que le diste a Rosie, pero la línea estaba muerta. Pensé que también te había perdido para siempre. No sabía que eras tú quien me perseguía. Creí que eras un loco que intentaba matarme, y mira, a mí también me tiemblan las manos. Entonces... ¿qué hacemos ahora? —Ruby ya no podía verle bien porque sus ojos estaban nublados por las lágrimas y su garganta estaba tan apretada que no le salían más palabras.

Todo el cuerpo de Dylan anhelaba tenerla entre sus brazos. Había esperado tanto tiempo e imaginado tantas veces cómo sería si alguna vez la encontraba. Por un momento, se le pasó por la cabeza que todo esto podría ser un sueño cruel, y si lo era, se ahogaría en esa piscina en cuanto despertara. Decidiendo que no había un segundo que perder, caminó silenciosamente alrededor del borde del agua y cuando estuvo a unos centímetros de ella, su visión le cortó la respiración. Para él, no había cambiado nada, seguía siendo su Ruby. Cuando extendió sus brazos y la envolvió, ella se aferró con fuerza y sollozó. Mientras la dejaba llorar y sus propias lágrimas caían sobre su pelo, Dylan hizo un juramento silencioso de que esta vez sería para siempre. Nunca la defraudaría y nunca la dejaría ir. Pasaría el resto de su vida compensando el tiempo perdido y removería cielo y tierra solo para hacer feliz a Ruby.

Ruby no podía pensar ni siquiera hablar. Su mente estaba en blanco y su corazón dolía por la pura felicidad. Su Dylan estaba aquí, abrazándola fuerte después de todos estos años, y eso era lo único que importaba.

Ruby y Dylan se sentaron en la tumbona y se cogieron de las manos. Intentaron ponerse al día lo más rápido posible, tropezando con sus palabras y riendo cuando se dieron cuenta de lo cerca que habían estado y lo fácilmente que podrían haberse perdido si él no hubiera entrado en el bistró de Sebastien.

Sacándolos de sus divagaciones, sonó el teléfono de Ruby. Era Rosie al otro lado, preguntándose dónde se había metido Ruby y comprobando que estuviera bien, luego diciendo que los tres niños estaban dormidos en el sofá, así que bien podrían quedarse a cenar.

Sonriendo, Ruby se llevó los dedos a los labios y habló con Rosie.

—Estoy de camino ahora. Llegaré en dos minutos y prepárate para una gran sorpresa.

Cuando Rosie abrió la puerta y encontró a Ruby en el umbral cogida de la mano de Dylan, pensó por un segundo que o bien había sido transportada en el tiempo o estaba alucinando. Por una vez, se quedó totalmente sin palabras y simplemente se quedó allí con la boca abierta y las manos en las mejillas, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y completamente atónita. Después de recuperar el juicio y abrazarlos a ambos, los hizo pasar y siguió sin palabras mientras

le relataban la escena en la piscina y los eventos que llevaron a Dylan al hotel.

El ambiente en la habitación era eléctrico. Nadie podía creer que Dylan estuviera allí o la forma en que el destino lo había llevado a Francia y luego al hotel. Una vez que todos se calmaron, Rosie llamó a Michel, quien bajó corriendo el camino entre plato y plato para estrechar la mano de Dylan, darle una palmada en la espalda y luego volver a subir corriendo antes de que se quemara algo. Desafortunadamente, debido a la conmoción de la llegada de Dylan y la agitación emocional del día anterior, Michel pronto tuvo que volver a bajar corriendo el camino una hora más tarde cuando Rosie entró en trabajo de parto y fue llevada de urgencia al hospital para finalmente dar a luz a su bebé elefante.

La Famille

Sabine odiaba que todos cantaran el cumpleaños feliz y les dijo que pararan en cuanto empezaron. Cuando todos siguieron cantando de todos modos, se echó a llorar y se negó a soplar sus dos velas, así que Lily se ofreció encantada a hacerlo por ella. Esto provocó otra rabieta y tuvieron que repetirlo todo de nuevo. Rosie pensó que el comportamiento de su hija era una combinación de sobreexcitación y una reacción a la llegada, doce días antes, de su hermanita Odette, así que le dio a Sabine el beneficio de la duda y una segunda, tercera y cuarta oportunidad para portarse bien.

Era un hermoso día de junio y toda la familia, junto con sus amigos más cercanos, se había reunido en el hotel para celebrar el día especial de la cumpleañosera. Michel había preparado un festín y en ese momento estaba teniendo algún tipo de desacuerdo con André sobre el contenido de su mezcla de salchichas. Wilf se mantenía al margen y seguía bebiendo su cerveza, hablando con Henry sobre un viaje reciente a Córcega donde él y André habían probado el ala delta. Rosie les dijo a ambos que eran unos irresponsables y que no tendría ninguna compasión si acababan en silla de ruedas, y que si André se volvía a hacer daño en la espalda, sería por su propia estupidez. Sus protestas cayeron en oídos selectivamente sordos porque los planes de verano de la pareja incluían bucear con tiburones y un safari en buggy. Aunque en el fondo, Rosie estaba contenta de que su querido André fuera feliz, así que, cumpliendo su palabra a Clémence, al final siempre le dejaba ir.

Rosie se echó a reír al ver lo que Sabine y Lily le habían hecho a Olivia, aunque sospechaba que la abuela vestida de gasa, que fingía estar dormida, sabía perfectamente lo que estaban tramando. Las dos diablillas habían estado haciendo coronas de margaritas con Olivia, quien les había enseñado pacientemente cómo hacerlo, y ahora ambas niñas lucían preciosos collares y pulseras. Sin embargo, la cabeza de la pobre abuela estaba cubierta de margaritas, dientes de león y mechones de hierba, que los dos pequeños monstruos habían esparcido generosamente sobre su pelo. Efectivamente, Olivia se despertó de forma dramática de su sueño fingido y se horrorizó al descubrir que alguien le había puesto un jardín en el pelo, así que se quitó sus Jimmy Choo y se puso a perseguir a los terrores gritones y risueños por la terraza.

Anna se reía de algo que Zofia le estaba contando, probablemente sobre Dominique, que se había caído del caballo y casi se había lisiado. Tenía miedo de que su mujer vendiera a Fígaro, su yegua caprichosa y muy nerviosa, así que en su lugar inventó un terrible accidente con sus escaleras. El error que cometió fue contar la versión real de los hechos a medio pueblo y, ingenuamente, hacerles jurar a todos que guardarían el secreto. Una vez que el cuento dio la vuelta, inevitablemente, si no por error, llegó a los oídos poco divertidos de Zofia. Llevaba días castigado y al caballo le habían dado su última advertencia.

Zofia estaba aterrorizada por Fígaro después de haber pasado toda una mañana atrapada detrás de un árbol donde el celoso caballo la había acorralado después de que ella le llevara un

cubo de comida. A pesar de sus frenéticas llamadas de auxilio, nadie la escuchó porque su marido se había escapado a casa de los vecinos de enfrente para tomar una copa rápida antes de comer. Desde entonces, se negaba a acercarse al desagradable caballo y dejaba su cuidado enteramente a su marido.

Dominique estaba ajeno a las quejas de Zofia y totalmente absorto en su tarea de repartir el vino casero que había hecho con las uvas del jardín de Anna. También tenía escondidos su absenta y su aguardiente para más tarde; decía que aliviaban el dolor de sus lesiones y el dolor de oídos causado por su mujer.

Pascal disfrutaba de una animada conversación con Dylan sobre energía solar y turbinas eólicas. Muchos agricultores de la zona se estaban pasando a las energías renovables y Rosie sabía que su camarero y barman a tiempo parcial tenía grandes ideas para la granja de su padre y estaba deseoso por probar cosas nuevas, así que ambos estaban en su elemento intentando salvar la tierra. Oliver y Arno jugaban al fútbol con Sam, el hijo de Anna, que acababa de regresar de otra gira por Afganistán y estaba de permiso en casa.

Hortense presidía la reunión con el alcalde y su hija Sylvie, que se había separado recientemente y había llamado la atención de Sebastien y Henri, ambos merodeando y preparándose para una noche de vino, con suerte una mujer (dependiendo de quién ganara el corazón de Sylvie) e incluso un poco de canción.

Buscando por la terraza, Rosie miró a Ruby y la vio frente a una fila de niños ansiosos que esperaban que les pintaran la cara y les adornaran con media tonelada de purpurina. Su corazón se hinchó de orgullo y amor por su prima. Ruby estaba tan guapa hoy, con un vestido largo de flores y sandalias plateadas, los hombros delgados enrojecidos por el sol de la tarde y su rostro radiante con un saludable salpicado de pecas en la nariz. El pelo castaño claro de Ruby ondeaba con la brisa, así que se lo colocó detrás de la oreja y volvió a charlar con la niña que tenía delante. Parecía tan libre y feliz, relajada en su propia piel y cómoda en su entorno y, aunque todavía era tímida con todo el asunto de Dylan, Rosie sabía que Ruby estaba enamorada de nuevo.

Océane interrumpió la observación de la gente de Rosie para anunciar la llegada del mago, así que con chillidos de alegría, los niños corrieron mientras Olivia y Anna los reunían y los colocaban en filas ordenadas en el suelo de la terraza para que el espectáculo pudiera comenzar.

Ruby se tomó un descanso de pintar caras de tigre o la favorita del momento, Campanilla, y aceptó una copa de vino blanco frío de su amable camarero, Dominique. Luego se sentó en el escalón de la terraza, un punto estratégico desde donde podía observar lo que ocurría. Los niños estaban fascinados por el mago, especialmente Oliver y Arno, que estaban sentados justo delante y ya se habían ofrecido como voluntarios para ayudar en dos trucos. Sabía que su hijo embelesado estaría intentando desesperadamente averiguar cómo lo hacía el mago y predijo que para su próximo cumpleaños querría un juego de magia. Dylan y Pascal fingían ver el espectáculo mientras hablaban furtivamente de viñedos ecológicos entre aplausos a los trucos. Olivia estaba sentada entre los niños con Sabine en su regazo. La niña adoraba a su abuela adoptiva e insistía en dirigirse a ella de la misma manera que lo hacían Lily y Oliver —Golly—, así que todos siguieron la corriente, ya que la hacía feliz y a Olivia, que en secreto estaba muy halagada, no le importaba en absoluto.

Ruby estaba muy aliviada de que Dylan y Olivia se llevaran bien. Solo se habían conocido unos días antes y lo que podría haber sido un momento muy incómodo fue manejado con facilidad y encanto por Henry y su futura esposa, lo que era otro acontecimiento. La noche en que Olivia y Henry llegaron, todos se reunieron en su casa para tomar el aperitivo y fueron

sorprendidos con un anuncio: en cuanto pudiera organizarse, se iban a casar. Olivia había confesado que aún no se lo había dicho a Marcus porque, francamente, no era asunto suyo. No iba a dejar que nadie estropeará su felicidad ni a aguantar uno de sus berrinches histriónicos. Así que quizás por eso, cuando Ruby le contó todo sobre el regreso de Dylan, Olivia pareció genuinamente complacida de que los jóvenes amantes se hubieran reunido, al igual que ella y Henry.

Ruby sonrió mientras observaba a Michel acercarse a Rosie y darle un suave beso en la cabeza, para luego retirar la cubierta del cochecito de Odette y sonreír con adoración a su nueva hija. Pronto fue apartado por su madre y, una vez que Michel se alejó, Marie se dedicó a arrullar a su nieta. Ruby contempló la escena y se maravilló de cuántas personas maravillosas habían entrado en su vida. Todas las familias tienen sus altibajos, lo sabía, pero desde sus humildes comienzos y los conflictos de Rosie con sus padres, ambas habían logrado llegar hasta aquí, a esta familia extendida y poco convencional. Rosie tenía a su excéntrico padre adoptivo gay que había sido su pilar durante tantos años y que sabiamente la había guiado hacia Michel y su hotel. Sin importar dónde estuviera en sus viajes, llamaba a Rosie cada semana y la amaba como si fuera su propia hija, y luego estaba la querida Olivia.

De tres madres, ella había sido la joya oculta. No solo se había convertido en la madre que Ruby debería haber tenido y en lo opuesto a Stella, sino que también era igual de atenta y cariñosa con Rosie, quien había anhelado en vano la ternura y el calor de Doreen, y ahora se veía compensada adecuadamente por la atención que recibía de Olivia. Su amor por Ruby y Rosie era constante, leal y correspondido.

Una lección importante que la vida le había enseñado a Ruby era que el amor verdadero no tiene nada que ver con la sangre que corre por tus venas. Cuando alguien ama de verdad a un niño, a cualquier edad, aunque no sea suyo, el honor se encuentra en el acto de dar; ponerlos bajo tu protección y hacer que sea tu deber cuidar de ellos. Era algo que se daba libremente, incondicionalmente y con orgullo.

Ruby levantó la mirada y vio a Dylan, y su corazón dio un vuelco. Cada vez que veía su rostro, su estómago revoloteaba y un bombo retumbaba en su pecho. Tal vez se le pasaría, pero por ahora abrazaba la emoción del nuevo amor, aunque fuera la segunda vez. Ruby había estado nerviosa por presentarlo a Oliver y Lily, sin embargo, él se los había ganado con su amabilidad casual y su naturaleza desenfadada. Aún estaban siendo discretos y aunque tenía la sospecha de que el Inspector Oliver estaba al tanto, su hijo parecía despreocupado y relajado en compañía de Dylan. Lily al principio se mostraba tímida y callada con él, pero ahora lo trataba casi igual que a todos los demás, con un vago interés y de importancia secundaria a sus muñecas y Sabine. La hacía sentir un calor interior recordar el té de ayer, y los ojos abiertos de Oliver mientras relataba algo que Dylan le había contado.

—No te lo vas a creer, pero ¿sabes qué va a traer Dylan para Arno y para mí cuando vuelva? ¡Camisetas del Manchester City! Ganaron la Premier League en Inglaterra y ¿sabes qué? Su estadio está justo a la vuelta de la esquina de donde vivías cuando eras pequeña. ¿Por qué no me lo habías contado, mamá? ¡Es genial! —Oliver continuó comiendo sus espaguetis, que se esparcían generosamente por toda su cara.

—Bueno, porque no pensé que fuera tan importante, pero sí, es cierto. Solía vivir en un lugar llamado Eastlands. Así es como conozco a Dylan. Vivía cerca de mí y fui su novia —Ruby tuvo que ocultar una sonrisa cuando vio la expresión en la cara de Oliver.

—¡Puaj, qué asco! Yo no voy a tener novia, las chicas son aburridas. De todos modos, el Manchester City es ahora el equipo favorito de Arno y mío, después del FC Nantes. Dylan

también me hace reír, dice cosas graciosas como "qué guay", y me llama "tío". Arno y yo ahora decimos "tío" todo el tiempo. ¿Sabías que toca la guitarra y estuvo en una banda y que voy a entrar en un aerogenerador y subir las escaleras? Seguro que no sabías que tenían escaleras dentro, ¿verdad? —Y ahí terminó el tema mientras sorbía su pasta y la conversación pasó a Scooby Doo.

La frase en el testimonio de Oliver que la hizo sentir un calor interior fue la parte en la que dijo que Dylan volvería. Había estado en La Rochelle y luego volvió directamente durante un par de días, donde pasaron juntos cada momento que pudieron. Actualmente estaba trabajando en Burdeos, pero hablaban cada día por teléfono y, como había prometido, había vuelto en coche el viernes por la noche para el fin de semana y la fiesta de cumpleaños de Sabine. Dylan se alojaba oficialmente en el hotel, pero ella había esperado pacientemente a que los niños se durmieran y luego lo había hecho entrar a escondidas por la puerta trasera, rezando para que los vecinos no lo hubieran visto. Ambos se sentían como adolescentes de nuevo, pero al mismo tiempo, sabían que lo que sentían no era un tonto enamoramiento o la locura de la juventud. Era algo real y siempre lo sería.

Se esperaba que el contrato con la empresa energética francesa durara más de un año, así que por el momento Dylan estaría en Francia con regularidad, aunque viajando constantemente, pero le había asegurado a Ruby que siempre que tuviera tiempo libre conduciría o incluso iría a pie si fuera necesario. Aún no le entusiasmaba volar. Iban a tomárselo con calma y él iba a conocer a Lily y Oliver; el resto vendría de forma natural, Ruby estaba segura de ello.

El mago había terminado y ahora estaba fuera de servicio, apoyado en la barra mientras los niños más pequeños jugaban con globos atados en forma de perros y conejos. Oliver y Arno estaban botando una pelota y molestando a los adultos para que jugaran con ellos. Al final, su perseverancia dio frutos cuando Dylan cedió y se levantó.

—Vale, me rindo. Vamos al campo a jugar allí. Venga, Sam, y tú también, Pascal. El resto del mundo contra los campeones, el Manchester City. Los primeros en llegar a las casas rurales sacan.

Sin que se lo tuvieran que repetir, Arno y Oliver salieron corriendo mientras sus compañeros de equipo, medio dispuestos, trotaban detrás.

Dylan se acercó a la carrera y besó rápidamente a Ruby en la mejilla antes de guiñarle un ojo y salir disparado, justo cuando Rosie apareció a su lado y se sentó en el escalón junto a su prima. No hablaron durante un momento, disfrutando de lo que veían y oían: su familia y el sonido de la risa.

Finalmente, Rosie le dio un codazo juguetón a Ruby y habló.

—Bueno, creo que podemos decir con seguridad que nuestro Dylan está coladito. No te ha quitado ojo en todo el día. Parece que tiene otra vez dieciocho años y, si me permites decirlo, tú pareces el sueño del amor joven con esa sonrisa de boba que llevas pegada a la cara desde esta mañana. Supongo que todo va bien, ¿no? —Rosie sorbió su zumo y sonrió con picardía por encima del vaso.

—Sí, gracias, Capitana Cotilla. Todo va bien, y no, no te voy a contar los detalles jugosos porque sé que es lo que buscas. Lo dejaré a tu vívida imaginación —Ruby sabía que Rosie podía sacarle información a cualquiera si se lo proponía y que solo era cuestión de tiempo antes de que le sonsacara los detalles.

—Bromas aparte, se te ve feliz, Ruby. Me alegro mucho de que todo te haya salido bien. Puede que haya sido un camino un poco accidentado, pero al final lo conseguimos, las dos lo conseguimos —Rosie notó cómo se le formaba una lágrima en la comisura del ojo y lo achacó a

las hormonas fluctuantes.

Ruby sonrió. —¡Desde luego que sí! Si me hubieras dicho aquella tarde helada en la estación de tren cuando te fuiste de casa, que un día en el futuro estaríamos sentadas aquí al sol, en Francia, con nuestros preciosos hijos y dos tíos buenorros, habría pensado que estabas como una cabra. La vida parecía tan desesperada, tantas veces, y todo esto estaba más allá de mis sueños más locos. Aunque no podría haberlo hecho sin ti, si no hubiera sido por tenerte en mi vida, creo que simplemente me habría rendido —Ruby extendió su mano y la envolvió alrededor de la de Rosie, incapaz de hablar porque tenía un nudo en la garganta por la emoción.

Rosie besó la mano de Ruby. —Calla o me harás llorar, y pareces olvidar que tener a alguien especial en mi vida, esa conexión inquebrantable entre nosotras dos y saber que me necesitabas, también me hizo fuerte. No importaba dónde estuviera o lo sola que me sintiera, en algún lugar estaba mi primita. Siempre te tuve, Ruby. Así que tienes razón, creo que formamos un buen equipo. Tú y yo contra el mundo y al final, ganamos.

Ruby y Rosie sonrieron, apretando sus manos con fuerza.

De repente, Henry apareció con su fiel cámara colgada del cuello y las sobresaltó a las dos.

—Venga, vosotras dos. Vamos a hacer una para el álbum —Henry toqueteó el objetivo y luego declaró que estaba listo—. Vale, preparadas, decid patata.

Mirando hacia arriba desde donde estaban sentadas en el escalón, con los ojos entrecerrados ligeramente por el resplandor del sol de verano, Rosie y Ruby se cogieron del brazo y sonrieron a la cámara. El gorrión feliz y su fiel águila, juntas por fin, mejores amigas para siempre.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Mis historias están escritas para y inspiradas en mujeres de todos los ámbitos de la vida. No dejo de asombrarme por vuestra resiliencia y capacidad para prosperar, a veces contra todo pronóstico y frente a la adversidad. Al contar mis relatos, espero celebrar las fortalezas y las luchas, los triunfos y el amor, como un homenaje a vosotras.

Este libro trata sobre padres que, a pesar de sus mejores intenciones, tienen un hijo que toma el camino equivocado. Como Marcus. Algunos niños cargan con una madre, como Stella, o padres incapaces de estar a la altura, pero estos jóvenes se liberan de las cadenas de su pasado y viven. Como Ruby y Rosie. Esta historia es para aquellos que lo lograron. Los luchadores, los valientes de corazón, los creyentes que nunca pierden la esperanza y aman incondicionalmente, y los sabios, que se esfuerzan por no repetir los errores de sus padres.

Los libros de esta serie os llevarán al Valle del Loira en Francia. Es un lugar cercano a mi corazón y el escenario de nuevos comienzos donde conoceréis a un grupo de nuevos personajes, todos con una historia especial que contar.

Quiero agradecerlos a vosotros, los lectores, por dedicar tiempo a leer esta historia. Un enorme agradecimiento a mis amigos franceses, que son una alegría y me proporcionan una inspiración interminable. A mis seguidores leales que continuamente me asombran con su apoyo, interés y orgullo por mis logros, gracias.

Al equipo de Bloodhound y Bombshell Books, que son mi pilar, el mejor grupo de compañeros que alguien podría desear. Un enorme agradecimiento a Heather, mi editora, con quien es un placer trabajar y cuyos comentarios y aportaciones han sido inestimables. Gracias también a Abbie por su paciente corrección y atención al detalle.

Finalmente, y como siempre, quiero agradecer a mi familia, seis personas maravillosas. Su amor, aliento y fe inquebrantable en mí son los cimientos sobre los que crece mi escritura.

Hay una persona más a quien agradecer y es mi Ángel, porque soy una creyente. Ella está siempre a mi lado, guiándome, manteniéndome a salvo.

ACERCA DEL AUTOR

SOBRE LA AUTORA

Patricia Dixon nació en Manchester, donde aún vive con su marido. Tienen dos hijos adultos y un nieto, además de la compañía de un bulldog perezoso.

Haciendo caso omiso de sus informes del instituto y posiblemente del sensato consejo de sus profesores, Patricia rechazó el mundo académico y, en cambio, se empeñó en seguir una carrera en la moda. Una vez que el brillo de la vida londinense se apagó, regresó al norte y se embarcó en una nueva aventura: la maternidad. Ahora, casi treinta años después, ha hecho caso a las sabias palabras de sus mayores y se ha dedicado a escribir.

En mayo de 2018, Patricia firmó con la prestigiosa editorial de novela negra Bloodhound Books y su sello, Bombshell Books.

Cuando no está en su escritorio, a Patricia le encanta leer novela histórica o intentar hacer recetas que parecen estupendas en la televisión, pero no necesariamente en su plato. Y cuando el bote de las monedas está lleno, las cambia y se va a Francia, donde el atractivo del vino tinto y la evasión solo se igualan a la búsqueda de su trabajo soñado: escribir.